



FLORENCIA  
BONELLI

Nacida bajo  
el signo del Toro

**¿Cómo rompes el hechizo de sus ojos?**

**¿Cómo aquietas tus latidos al sonido de su voz?**

**¿Cómo le enseñas a tu corazón que amar es peligroso?**

La vida de Camila da un giro drástico el día en que la empresa de su padre se declara en bancarrota.

Un departamento más pequeño en un barrio viejo y decrepito y un colegio público de jornada simple son algunos de los cambios que debe enfrentar.

Detesta la nueva realidad, por lo que se encierra en la soledad que le brindan sus libros.

Hasta que conoce a su nueva vecina, una astróloga que la iniciará en los misterios de las nacidas bajo el signo del Toro.

Y, a medida que el cambio se profundiza en Camila, la realidad que tanto detestaba va tomando un nuevo color. En ella, el lindo de la clase, Sebastián, y Lautaro, el enigmático mejor alumno, se convertirán en los protagonistas.

**El secreto está en conocer tu corazón.**

*Para Patá, mi sobrino adolescente, pero con un alma vieja, sabia y bondadosa, de la cual siempre tengo algo que aprender.*

*Para Agustín, mi otro sobrino adolescente, cuyo espíritu joven, lleno de vida y de pasión, es una fuente inagotable de alegría para mí.*

*Para Felipe, mi sobrino sabandija, que, con tan solo cinco años, está convencido de tener cincuenta.*

*Para Tomás, mi sobrino sin edad. Un ángel.*



“Conocer a otros es sabiduría.

Conocerse a sí mismo es iluminación.”

Lao-Tsé,

filósofo chino del siglo IV a. C.



*Marzo de 2011*

Camila Pérez Gaona detestaba varias cosas, entre ellas, el primer día de clase. El orgullo le impedía mostrar contrariedad, por lo que se detuvo en la puerta del aula, echó un vistazo dentro y siguió avanzando, consciente de que quedaban pocos pupitres vacíos –dos adelante, uno en la parte de atrás– y de que debía actuar rápidamente y con decisión, como si nada le importase ni la afectase, de modo tal de salvaguardar su imagen y disimular la angustia que le causaba no tener a nadie que estuviese reservándole un sitio para compartirlo a lo largo del año. “¿Por qué los pupitres no son individuales?”, se lamentó. “¿Por qué tienen que ser para dos? ¿Acaso podemos hacer las

pruebas de a dos?”, remató, con la mordacidad que pocos conocían; en esa aula, nadie.

—¡Ey, Camila! —la llamó Benigno Urieta, con quien se había sentado el año anterior. Conservaba la esperanza de que alguna de las chicas la invitase, pero ninguna reparaba en ella.

—Hola, Benigno. ¿Qué tal?

—¡Súper!

A Camila, Benigno Urieta le caía bien, aunque perteneciese al grupo de los *nerds* y fuese más feo que agarrarse los dedos con la puerta. No comprendía a qué se debía el eterno buen humor del muchacho; siempre estaba contento. En algo lo admiraba: era muy inteligente, si bien no tanto como el líder del grupo, Lautaro Gómez, el mejor alumno de la división (se sabía que ese año, el penúltimo, se convertiría en uno de los escoltas de la bandera). Sin meditarlo, dirigió la mirada hacia Gómez, que ocupaba el primer lugar, y se sorprendió al descubrirlo observándola. Apartó la cara con un movimiento nervioso; la intensidad de esos ojos oscuros la había inquietado.

—¿Querés sentarte conmigo, Cami?

Camila sonrió. “A Benigno le han puesto bien el nombre”, se dijo. Era bueno como el Quaker. En el fondo, sintió alivio ante la invitación y no le importó que su sueño —que Lucía Bertoni o Bárbara Degèner, las más lindas y populares del curso, notasen que existía y la convocasen— acabara de destruirse. Apoyó la mochila sobre el asiento y dijo:

—Sí, Beni. Gracias.

—¡Claro! ¿Acaso no lo pasamos muy bien el año pasado?

—Hola, Camila. —Karen, la compañera inseparable de Lautaro Gómez, se dio vuelta y le sonrió, actitud inusual porque era parca y callada como Gómez—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien —mintió, y no se atrevió a inventar que había ido a la playa porque estaba más blanca que un queso.

—Tenés el pelo más rubio. ¿Te hiciste algo?

—No —aseguró, y se aferró un mechón para estudiarlo. ¿De veras estaba más rubio? No lo había notado. De niña, tenía el pelo casi blanco. Con los años, mechones más oscuros habían ganado preponderancia. Su madre aseguraba que tenía un cabello espléndido. Ella opinaba lo contrario: no era lacio ni rizado y, últimamente, tenía “frizz”. Tomaba con pinzas las aseveraciones de su madre; había aprendido que, para Josefina Zuviría de Pérez Gaona, sus hijos, Camila y Nacho, eran los más hermosos y perfectos del planeta.

No podía determinar si la afirmación de Karen —que tenía el pelo más rubio— era cierta; lo que sí estaba en grado de asegurar era que estaba gorda. Y eso la martirizaba. Los kilos de más —unos cuantos— no habían llegado por arte de magia, sino por su afición a la comida. Había descubierto un libro viejo de cocina francesa de la abuela Laura y, durante las últimas semanas de las vacaciones, se lo había pasado preparando delicias de la *pâtisserie*. Pocas cosas le gustaban en la vida; cocinar era una de ellas; comer, otra. Como la avergonzaba admitirlo, solo sus padres y su hermano menor, Ignacio, lo sabían y disfrutaban de sus experimentos. Como temió que Karen, en su racha amigable, comentara: “Y estás más gordita”, se dio vuelta para acomodar la

mochila en el respaldo de la silla y sacar la carpeta. Karen era del tipo que expresaba su parecer sin filtros ni inhibiciones, y ella no quería que lo hiciese frente a Gómez. No le habría molestado frente a Benigno; frente a Lautaro Gómez le habría resultado intolerable. Se preguntó por qué.

Un alboroto captó su atención. Bárbara y Lucía se subieron a los pupitres y levantaron los brazos.

—¡Ey! ¡Hola, Sebas! —gritaron al unísono—. ¡Hola, papito!

—¡Hola, hermosuras! —saludó Sebastián Gálvez, y entró en el aula con su porte pendenciero.

A Camila se le atascó la respiración. Por un lado, había lamentado que terminase el verano porque tendría que regresar al colegio. Por el otro, había deseado que acabase para volver a verlo, y allí estaba, el chico más lindo que ella conocía, con la piel bronceada, los ojos verdes fulgurantes y el cabello castaño claro con reflejos rubios en el jopo. Era alto y macizo, con brazos que parecían caños gruesos, los que utilizó para envolver las piernas de Lucía y de Bárbara, justo debajo de la cola, y despegarlas del pupitre para levantarlas en vilo. Caminó por el frente del aula con ellas en andas, ostentando su fuerza. Las chicas aullaban de placer y de divertimento, y los demás aplaudían. Era sabido que Gálvez hacía pesas. Las malas lenguas decían que tomaba anabólicos.

—¡Qué infradotados! —masculló Karen.

Camila de nuevo tropezó con los ojos oscuros e intensos de Lautaro Gómez. No parecía interesado en el espectáculo, sino en ella. La contemplaba con una fijación que casi rayaba en un

comportamiento provocador. De manera disimulada, se pasó la mano por la nariz; tal vez tenía un moco; se peinó las cejas tupidas –en opinión de su hermano Nacho, cuando se despeinaban, parecían las de Drácula–, se limpió la boca, porque de pronto se le ocurrió que tenía migas de la tostada del desayuno, se pasó la lengua por los dientes para eliminar cualquier resto de comida atascado.

De los cambios a los que se había visto forzada a adaptarse el año anterior al ingresar en ese colegio, compartir el aula con varones había resultado uno de los más inquietantes. Desde jardín de infantes, su vida escolar había transcurrido en un mundo exclusivamente femenino. No había maestros, ni profesores, ni celadores; todas eran mujeres; incluso la portería estaba en manos de una mujer. Por supuesto que había conocido varones en las fiestas a las que había asistido con sus primas y sus amigas. Sin embargo, los complejos que la atormentaban la volvían tímida y torpe para relacionarse con el sexo opuesto. Admiraba a su prima Anabela, que ya había estado de novia tres veces; también a su amiga Emilia, que, desde hacía tiempo, salía con un tenista cinco años mayor que ella.

La asaltó la nostalgia, y se preguntó qué estarían haciendo en ese momento. Recordó qué divertidos habían sido los primeros días de clase en el Saint Mary High School, donde todo le resultaba familiar. Ahora caía en la cuenta de que el bienestar había provenido de la seguridad que le brindaba el entorno. La Escuela Pública Número 2, vieja, enorme y fantasmagórica, la asustaba, y, aunque ya hubiese pasado un año dentro de sus paredes descascaradas, no conseguía deshacerse del sentimiento de ajenidad.

—¡Ey, *boy scout*! —Sebastián Gálvez se aproximó al primer banco, el que ocupaban Karen y Lautaro, escoltado por Lucía y

Bárbara, que proferían risitas—. ¿A cuántas ancianitas salvaste hoy? —  
Le pasó la mano por la coronilla y lo despeinó.

Camila observaba la escena sin pestañear. La rivalidad entre Gálvez y Gómez era conocida. El primero no perdía oportunidad de hostigar al mejor alumno y humillarlo por pertenecer al movimiento scout, situación que juzgaba una muestra más de debilidad del jefe *nerd*. Gómez jamás atendía a las pullas y se limitaba a lanzarle vistazos impasibles. A Camila la pasividad de Lautaro no le resultaba extraña, porque, si bien era alto como Sebastián, presentaba la contextura de un junco. Gálvez lo habría dejado fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Salí de acá, retardado! —se ofuscó Karen, y le retiró la mano con la que despeinaba a su amigo—. ¿Por qué no vas a practicar la tabla del dos? Tal vez este año consigas aprenderla.

—¡Callate, cuatro ojos! —le soltó Lucía Bertoni.

—¡Ah! Pistacho y Maní —dijo Karen, que no se echaba atrás—. ¡Qué bueno volver a verlas!

Camila la admiraba por eso, por no intimidarse, a pesar de contar con varios talones de Aquiles en donde las bellezas de la división podrían haberla golpeado. Necesitaba lentes con bastante aumento, tenía una nariz prominente y usaba aparatos.

—¿A quién llamás Pistacho y Maní?

—A ustedes, obviamente.

—¿Por qué Pistacho y Maní? —se interesó Sebastián Gálvez, y

Camila casi emitió una exclamación de sorpresa cuando Karen se volvió para enfrentar al bonito del curso. Lo hizo con una sensualidad de la que jamás la creyó capaz, con un movimiento de su cabello largo y espeso, el cual, al caer hacia un costado, le enmarcó el rostro de manera adorable, y con un aleteo de pestañas, que se revelaron largas y pobladas bajo el aumento de las lentes. Al parecer, también sorprendió a Sebastián, cuya sonrisa altanera desapareció.

—Por el tamaño de sus cerebros —contestó Karen, y las risotadas se elevaron desde el sector trasero del aula. El propio Gálvez rio, y las insultadas, después de exclamar: “¡Imbécil!”, dieron media vuelta y regresaron a sus pupitres.

Entró la preceptora, Rita, la misma del año anterior, y puso orden. El nuevo año lectivo acababa de comenzar, y a Camila se le antojó que se disponía a escalar el Everest sin reserva de oxígeno.



Si bien había muchas cosas que detestaba, existían otras que amaba, como cocinar y comer. Su favorita, sin embargo, era leer, no cualquier libro, prefería las novelas, y no importaba el género; policial, romántico, aventura, ciencia-ficción, la seducían por igual.

En el primer recreo, después de una clase de repaso de Matemáticas en la cual solo Lautaro Gómez acertó con las respuestas, se sentó en el suelo de la esquina más solitaria del patio y abrió *After the Funeral*, de Agatha Christie; la mantenía subyugada desde hacía tres días y, en parte, la había ayudado a olvidar que las vacaciones terminaban y que debía regresar a ese colegio espantoso. Minutos más tarde, un pelotazo le arrancó el libro de las manos, lo mismo que una exclamación. Se quedó atónita, no tanto por el hecho, sino porque advirtió que Sebastián Gálvez corría hacia ella para recuperar la pelota.

—¡Perdón! —dijo, con una sonrisa.

Camila lo siguió con ojos desorbitados y cientos de palabras bulléndole en la cabeza, en tanto Gálvez traía la pelota y levantaba el libro del suelo. Al reflexionar que, cuando se sentaba de ese modo, los “jamones”, como Nacho apodaba a sus piernas, se tornaban aún más voluminosos, se puso de pie de un salto y se acomodó el guardapolvo sobre el jean.

—After de funeral —leyó Sebastián, y pronunció *funeral* en castellano. A Camila la tomó por sorpresa que un chico como él no supiese leer en inglés—. ¿Qué quiere decir?

—Después del funeral.

—¿Sabés hablar en inglés? —Camila asintió deprisa, asustada porque era la primera vez que Sebastián Gálvez le dirigía la palabra—. ¿Entendés todo lo que dice aquí? —Otro asentimiento rápido—. Leeme esto —le exigió, y marcó un párrafo al azar.

—*From his seat by the fireplace in the library, Hercule Poirot looked at the assembled company.* —Se detuvo porque, de pronto, le faltó el aire.

Cerró el libro y se quedó contemplando la ilustración de la tapa. No se atrevía a levantar la mirada.

Los que jugaban al fútbol apremiaron a Gálvez para que retornase con la pelota. Este, después de observar con gesto ceñudo la coronilla rubia de Camila, dio media vuelta y se alejó. Ella se atrevió a observarlo. Le pareció hermoso y algo más. Poseía una cualidad a la que no lograba definir. Sí, le parecía masculino. Eso había dicho la abuela Laura al referirse a Clark Gable, su actor favorito. “¡Esos eran hombres! Masculino hasta la médula”, había expresado después de ver por enésima vez *Lo que el viento se llevó*. Sebastián Gálvez, con su cabellera desgreñada, la camisa blanca fuera del pantalón y sus botas tejanas, le pareció tan masculino como Gable.

—¿Estuvo molestándote el retardado?

Karen se había aproximado por detrás y Camila no la había escuchado.

—No, no —respondió.

—¿Qué quería? —preguntó Benigno Urieta, con la cara seria.

—Me preguntó si sabía leer en inglés. Y me pidió que leyese un párrafo. —Levantó el libro y les mostró la tapa.

—Y vos se lo leíste, por supuesto. —La voz cascada y grave de Lautaro Gómez la desconcertó. Que el jefe de los *nerds* le hablase no era menos desconcertante que lo hiciese Sebastián Gálvez. Se caracterizaba por un mutismo pertinaz. Algunos sostenían que, antes de la muerte del padre, ocurrida más de tres años atrás, había sido alegre y amistoso. De igual modo, lo que la dejó perpleja fue el tono imperioso

y enojado. Se quedó mirándolo, aturdida.

—Vamos —ordenó Gómez a sus amigos, que dieron media vuelta y lo siguieron.



De regreso a casa, en el subte, simulaba leer *After the Funeral*, cuando en realidad meditaba acerca de lo ocurrido en el recreo. Sebastián Gálvez le había hablado por primera vez y se había interesado en ella, en su libro, en que hablaba en inglés, algo que ella hacía muy bien y él, no. Eso le dio una punzada de vanidad y sonrió. La Escuela Pública Número 2, de jornada simple, no era bilingüe. En el Saint Mary High School, en cambio, el inglés formaba parte de la enseñanza desde el jardín de infantes. ¡Claro que sabía hablar en inglés! Y fluidamente, porque las lenguas se le daban con facilidad. Por esa razón su mamá la había inscripto en un curso de francés cuando era muy pequeña, así que también hablaba en francés. Por supuesto, ya no asistía al instituto de francés; la cuota era muy cara. Mantenía el nivel leyendo y alquilando películas francesas. Amaba los libros de Colette y las películas con Jean Reno. *Les visiteurs* era su favorita.

Las risotadas de Lucía Bertoni y de Bárbara Degèner se

impusieron sobre el estruendo de los vagones y le hicieron despegar la vista del libro. Se hallaban a unos pasos, no iban sentadas y cuchicheaban y reían al tiempo que lanzaban vistazos a Lautaro Gómez, el cual no se inmutaba ante el despectivo examen al que lo sometían las chicas más lindas de la división. Se dijo que, si ella hubiese sido el objeto de burla de esas dos, no lo habría tolerado y habría descendido en cualquier estación con tal de sacárselas de encima. Gómez, en cambio, seguía absorto en su conversación con un chico de la otra división al cual también reputaban de *nerd*.

La confianza con la que Bárbara y Lucía, pero sobre todo Bárbara, se desenvolvían resultaba cautivante. En opinión de Camila, a ella también le hubiese resultado fácil mostrarse segura si su cuerpo hubiese sido como el de ellas. Se habían quitado los guardapolvos y se exponían con la desfachatez que les permitía la certeza de que sus formas eran esculturales. Los pantalones ajustados les calzaban a la perfección, marcándoles las piernas de gimnasio y los glúteos duros y redondeados. Como hacía calor, llevaban remeras de manga corta. La de Lucía le dejaba el ombligo al descubierto, donde destellaba el estrás violeta de un *piercing*. Tenían el busto proporcionado y hombros delgados y pequeños. “¡Qué feliz sería si fuese como ellas!”, anheló Camila.

Aunque faltaba para su estación, abandonó el asiento y se aproximó con la intención de escuchar lo que decían.

—¡No te puedo creer que te lo encuentre en el club!

—¡Te juro que es verdad! —insistía Bárbara—. Fui al club y ahí estaba, con un grupo de karate que iba a dar una exhibición.

—Sabía que practicaba karate —admitió Lucía—. ¿Y qué tal?

—Yo no entiendo nada de eso, pero me pareció que lo hacía muy bien. Después, cuando terminó la exhibición, me subí al techo del vestuario —dijo, y codeó a su amiga con aire cómplice.

—¡No! ¿Y lo viste desnudo?

—¡Sí!

El tren se detuvo, las puertas se abrieron y Camila descendió, quedándose con las ganas de saber a quién había visto desnudo la hermosa Bárbara Degèner.



Además de odiar el primer día de clase, Camila detestaba su nuevo barrio. Después de haber vivido en un piso de cuatrocientos metros cuadrados en una de las avenidas más lujosas de Buenos Aires, no toleraba la visión de ese barrio viejo, de veredas angostas, rotas y sucias, y edificios mediocres. Avanzó apretando las carpetas contra su pecho y con la mirada al suelo. Oyó a una señora ordenar a su perrito que soltase lo que tenía en la boca, y eso la llevó a reflexionar con qué facilidad había cumplido la orden de Sebastián Gálvez. “Leeme esto”,

le había exigido, sin pedir por favor. “Y vos se lo leíste, por supuesto”. El comentario de Lautaro Gómez le provocó un respingo y apresuró el paso. La humilló recordar que se le habían coloreado los cachetes. Anabela, su prima, aseguraba que los cachetes se le ponían colorados porque todavía era virgen. “Cuando te acuestes con un chico, vas a dejar de ser tan inocentona y de espantarte por todo”. Tenían la misma edad y habían sido amigas desde la cuna; no obstante, a Camila, Anabela la abrumaba, la ponía nerviosa su movimiento constante, su pasión por los deportes, su necesidad de dar órdenes, sus apremios. Le molestaba que hablara de ella y solo de ella.

Pensó de nuevo en Sebastián Gálvez y en su exigencia descarada. “¡Soy una imbécil!”, se reprochó. “Debería haberlo mandado a paseo. ¿Quién se cree para venir a exigirme que lea esto o aquello?”. Recreó la escena y le pareció que había hecho el papel de idiota. Se puso furiosa y deseó que su madre no se encontrara en casa. No tenía ganas de discutir. Desde hacía un tiempo, era lo único que las mantenía comunicadas: discutir.

La buena suerte la abandonó: su madre estaba en casa, preparando un almuerzo rápido.

—Acabo de llegar de dar clases —dijo Josefina, mientras removía un puré de papas instantáneo—. Y ya tengo que irme. Encendé el horno y poné las milanesas congeladas.

Josefina había vuelto a trabajar el año anterior para paliar la endeble economía familiar. Resultaba evidente que no disfrutaba haciéndolo. Se quejaba de continuo de los alumnos, de los padres, de los colegas, de las autoridades, del Ministerio de Educación y de todo. En el pasado, cuando todavía eran dueños de la fábrica de textiles, su

madre se lo pasaba en grande, llena de compromisos sociales, viajes, fiestas y tardes de *spa*. Se peinaba en la peluquería, vestía a la última moda y jamás tenía las uñas despintadas. En el presente, vivía con una cola de caballo, se teñía en casa y nunca se hacía la manicura.

—Camila, te llamó Anabela. Dice que la llames al celular. Pero no hables mucho que después la cuenta del teléfono es de terror.

Camila se mordió el labio y cerró los ojos. No quería hablar con su prima. De seguro querría contarle lo bien que lo habían pasado en ese primer día de clases. Cabía la posibilidad de que la invitase a una fiesta el sábado por la noche, para la cual tendría que inventar una excusa porque no pensaba asistir. Sus amigas del Saint Mary concurrirían con ropas estupendas, muchas compradas en Nueva York o en París; además, hablarían del veraneo en sus mansiones de la costa, mostrarían el último modelo de teléfono celular y comentarían las maravillas de la nueva computadora. Se habría sentido como una extraterrestre. No la llamaría.

—Camila, antes de que te laves las manos, llevale a la vecina el sobre que está en el mueble de la entrada. El portero se equivocó y lo dejó aquí.

—Lo tiro por debajo de la puerta, ¿no?

—Sí, claro.

Hacía más de un año que vivían en ese semipiso de ochenta y cinco metros cuadrados y aún desconocía el nombre de la vecina. Miró el sobre. Alicia Buitrago. “¿Buitrago? ¿Qué clase de apellido es ese?”, pensó, y enseguida se arrepintió porque recordó la costumbre de su abuela Laura de interesarse con aire altanero por la genealogía de las

personas; la fastidiaba.

Salió al palier y se inclinó para deslizar el sobre bajo la puerta, que se abrió de súbito y la sobresaltó.

—¡Hola! —exclamó la vecina, sonriendo.

—Yo... El portero se equivocó —explicó, de modo atropellado—. Esto es suyo —dijo, y le extendió el sobre.

—Gracias. Permitime un momento que justo estaba sacando la basura.

Camila la siguió con la vista mientras la mujer se dirigía al descanso de la escalera, donde había un gran tacho de basura. Era alta, con los hombros caídos, y, si bien lucía delgada, Camila advirtió que tenía caderas fuertes. “No me pondría esa pollera tubo con esas caderas”, dictaminó.

—¿Así que Aníbal se equivocó y dejó esto en tu casa, eh? ¡Ah, ese pisciano soñador!

“¿Pisciano soñador?”. Camila no sabía nada de astrología. En su familia, se la juzgaba una práctica asociada a gente rara y de poco nivel e intelecto.

Un bebé comenzó a llorar.

—Es Lucio, mi hijo. Vení, pasá —la invitó la vecina y se metió dentro—. Voy a buscarlo y te lo muestro. Pasá, pasá.

A Camila, la alegría y la simpatía de la mujer la incomodaban. Se quedó cerca de la puerta, dispuesta a echar a correr si la tal Alicia

Buitrago intentaba algo sospechoso.

Se presentó con un bebé en brazos que rondaba el año. Lloriqueaba, malhumorado, con los mofletes rojos de sueño. La invadió una ternura que dio al traste con la desconfianza. Los bebés eran su debilidad. Hacía tiempo que no veía a sus primitos, los hijos de tío Humberto, desde que este se había peleado con su padre a causa de la quiebra de la fábrica textil.

—Mirá, Lucito, la vecina ha venido a visitarnos. ¿Cómo te llamás?

—Camila.

—¡Ah, qué hermoso nombre! ¿Verdad que sí, Lucito? Yo soy Alicia —se presentó, y extendió la mano.

El llanto de Lucito arreció. Sonó el teléfono. La vecina se colocó el inalámbrico entre la oreja y el hombro y contestó.

—Calmate, Aurora. Por favor, tranquilízate.

Parecía una llamada importante. La cara sonriente de la vecina se había endurecido. Sin mediar palabras, colocó a Lucio en brazos de Camila y se alejó para hablar en privado. Lucio se sintió sorprendido al caer en brazos de una extraña y calló. Tomó distancia y observó a Camila con un gesto que la hizo reír.

—¡Hola, Lucio! ¿Cómo estás? —Se sentó en el sillón y lo colocó sobre sus piernas para hacerle “caballito”, una práctica que jamás fallaba con sus primos—. ¡Hico, hico, caballito!

Lucio rompió en carcajadas. Cuando Camila se detenía, se

quejaba y, en su lengua indescifrable, daba a entender que quería más.

—¡Ey, pero qué bien se llevan ustedes dos! —exclamó Alicia—. Disculpame, Camila, tenía que atender esa llamada. Era una paciente.

—¿Usted es doctora?

—No, soy psicóloga y astróloga.

“¡Psicóloga y astróloga!”. Su madre no se había equivocado al juzgar que la vecina tenía traza de “esas de la New Age”. Le molestaba que inundase el palier con aroma a sahumero. A Camila, en cambio, le gustaba. Apenas traspuesto el umbral de su vecina, advirtió que quemaba uno con aroma a rosas.

—¡Qué bien se lo ve a Lucito con vos! —insistió la mujer—. Es reacio con los extraños, porque se lo pasa aquí, solo, conmigo todo el día. ¿Querés tomar algo, Camila?

—No, no. Estamos por almorzar en casa.

—Ah, claro. Yo como temprano, porque en unos minutos empieza el desfile de pacientes y clientas.

—Hasta luego.

—Chau, Camila —dijo la vecina, y recibió al bebé—. Gracias por traerme la carta.



Tocaron el timbre alrededor de las dos de la tarde. Nacho y Camila, que hacían los deberes en la mesa del comedor, se miraron, extrañados. Lo común era escuchar el sonido estruendoso del portero eléctrico, pero no el del timbre del departamento. Se trataría de Aníbal, suposición que Camila eliminó al ver la hora, las dos y diez: aún era el descanso intermedio del portero, y Aníbal prefería morir antes que trabajar durante esas horas.

Observó por la mirilla. Se trataba de la vecina, Alicia Buitrago.

—Hola, Camila.

—Hola, Alicia.

—Necesito que me salves. La *babysitter* acaba de llamarme para decirme que no puede venir. ¡Recién ahora! ¡Me plantó cuando estoy a punto de recibir a mi primera paciente! ¿Podrías venir a casa y mirar a Lucito mientras yo trabajo? ¡Te voy a pagar!

—No, no, está bien —balbuceó. No sabía qué hacer. Por un lado, Alicia la atraía, le resultaba franca y alegre. Por el otro, temía que sus padres se enfurecieran al saber que se había metido en la casa de una desconocida. “¡Ni tan desconocida!”, pensó. “Es la vecina”. Ganarse unos pesos no era un estímulo menor.

—Disculpame. ¿Estabas haciendo algo?

—Los deberes.

—Si querés —propuso la vecina—, traé los libros y estudiá en casa. A Lucito lo ponemos en el corralito y él solito se entretiene. Es muy bueno y tranquilo. Lo único que necesito es que estés cerca de él y que le echés un vistazo, mientras yo estoy en el consultorio con mis pacientes.

—Está bien —aceptó, y experimentó una sensación muy peculiar, nueva, una especie de contento y de seguridad que la llevaron a sonreír. Buscó sus carpetas y sus libros y caminó tras Alicia, que alcanzó a darle algunas indicaciones —cambio de pañales, mamadera, juguetes favoritos y demás— antes de que sonase el portero eléctrico anunciando la llegada del primer paciente.

Alicia Buitrago atendía a dos clases de personas: las que venían a consultarla como astróloga, y las que la buscaban como terapeuta. Camila juzgó que le iba bien, porque vestía buena ropa, calzaba excelentes sandalias y su departamento tenía un decorado costoso, no en el estilo que Josefina Zuviría de Pérez Gaona habría aprobado, sino en uno moderno y minimalista.

Esa primera tarde, Camila no volvió a abrir los libros. En honor a la verdad, no tenía mucho para estudiar y había completado la tarea antes de que Alicia se presentase; por lo que se lo pasó jugando con Lucito, al que encontró el bebé más adorable, simpático e inteligente que conocía; aun cambiarle los pañales se convirtió en una actividad lúdica.

Alrededor de las seis de la tarde, después de jugar sobre la alfombra con los cubos de colores, tuvo hambre. A Camila la

sorprendía la soltura que, en pocas horas, había adquirido para moverse en esa casa; se sentía parte del entorno. Como Alicia la había autorizado, abrió la heladera. Ni siquiera en la época de pujanza de su familia la heladera había estado tan bien surtida. Con su madre siempre a dieta, era infrecuente encontrar los postres, tortas y bebidas que Camila apreciaba en ese momento. Se le hizo agua la boca. Se sirvió una porción de *cheesecake* con salsa de frutos del bosque, su favorita, y preparó té con leche. Sentó a Lucito en la silla alta y le dio una galletita dulce de las que Alicia le había indicado. Mientras disfrutaba la *cheesecake*, se torturaba con la idea de que estaba gorda y de que no debería comerla. Lucito la miraba comer, mientras babeaba el bizcocho. La contemplaba con una seriedad que a Camila le arrancó una carcajada ahogada. Lo observó. Era bonito, de ojos verdes agrisados y cabello castaño claro. No se parecía a Alicia, y se preguntó si habría salido al padre. No recordaba haberse cruzado con ningún hombre en ese año y pico que llevaba viviendo ahí.

Lucito se refregó los ojos y, sin quejarse, apoyó la cabeza sobre la bandeja de la silla. Camila se quedó mirándolo, embargada de ternura. Apuró el último trago de té, lavó la vajilla –los ojos soñolientos de Lucito la seguían–, la dejó en el secaplatos y lo sacó de la silla alta. El niño apoyó la cabeza sobre el hombro de Camila. Le provocó una sensación agradable sentir el peso de esa cabecita y el calor de su cuerpito en el pecho. Lo abrazó y lo llevó al comedor, aunque cambió de parecer y caminó hacia el *living*, una estancia por la que había pasado sin detenerse, y se apoltronó en el sillón.

Al principio y dada a la escasez de luz, no entendió el cuadro que tenía enfrente. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, se estremeció. Se trataba de una lámina enorme, tal vez de un metro por

un metro, con un marco sobrio y dorado, que mostraba a una mujer acostada, desnuda y con las piernas abiertas, de la cual se veía parte del torso y por completo el monte de Venus, cubierto de rizos negros. El realismo del cuadro resultaba admirable, tanto que parecía una fotografía. Lo que atinó a pensar la hizo reír: “Esa tiene jamones más blancos, gordos y flácidos que los míos”. Y, sin embargo, un pintor había querido retratarla. Se levantó con dificultad y se aproximó para leer una leyenda al pie del cuadro: *L'Origine du monde* - Gustave Courbet - Musée d'Orsay - Paris.

—¿No es bellissimo?

—¡Ah! —se asustó Camila—. No te escuché entrar.

—Es que estabas tan absorta. Veo que Lucito ha hecho migas con vos de inmediato. Cuando le da sueño, no se duerme con nadie, excepto conmigo.

—Es muy bueno.

—¿Te gusta *L'Origine du monde*? —Alicia pronunció bien el francés—. Estuvo oculto detrás de otra pintura durante muchísimo tiempo. Causó gran escándalo en su época, 1866. Yo lo encuentro fascinante.

—Parece una foto —acotó Camila.

—Porque Courbet es uno de los padres del realismo. Me encanta toda su obra. ¿De qué signo sos, Camila?

—De Tauro.

—¡Taurina! Como Lucito.

—No sé nada de astrología.

—¿Sabés cómo definimos los astrólogos a alguien de Tauro? Yo siento.

—¿Yo siento?

—Sí. Ustedes son los más sensuales del Zodíaco. Todo lo aprecian a través de los sentidos: el del gusto, el de olfato, el del tacto. En su forma más básica, son glotones y cómodos, no les gusta moverse.

Camila ocultó su sorpresa. Nadie la había definido con mayor exactitud en sus casi dieciséis años. Amaba comer y le gustaba echarse a leer o a ver la tele; le encantaba dormir hasta tarde; detestaba que la apurasen y odiaba la práctica de deportes, algo en lo que su padre insistía.

—¿Ya terminaste con tus pacientes?

—Sí, por hoy sí. —Alicia le extendió varios billetes—. A la *babysitter* le pago veinticinco pesos la hora. Has estado cuatro horas, son cien pesos.

“¡Cien pesos!”.

—Gracias, pero lo hice con gusto. No tenés que pagarme.

—Por supuesto que tengo que pagarte. Nadie trabaja gratis, Camila. Además, quería proponerte que te convirtieras en la *babysitter* de Lucito. Parece muy a gusto con vos. ¿A qué hora salís del colegio?

—A la una ya estoy en casa, a excepción de los martes y jueves que tengo gimnasia. Esos días llego a las dos y media.

—No hay problema. Los martes y jueves yo empiezo a atender alrededor de las tres. Podés almorzar aquí cuando llegues.

La idea la tentaba: cien pesos por día y la grata sensación que le provocaba estar en esa casa con Lucito.

—No sé si mi mamá querrá.

—¿Querés que hable con ella?

—No, no —se apresuró a decir. Josefina no aceptaría al tipo de mujer que encarnaba Alicia: psicóloga, astróloga y que encendía sahumerios. Si llegaba a descubrir *L'Origine du monde*, la negativa sería contundente—. Yo le pregunto y te llamo más tarde.

—Muy bien. Anotá mis teléfonos.



Fue Juan Manuel, su padre, el que le dio una mano para convencer a Josefina.

—Juan, no tenemos idea de quién es esta mujer.

—Es la vecina. Camila estará enfrente de casa.

—¿Y decís que ella trabaja ahí? —Josefina se dio vuelta para dirigirse a su hija.

—Sí. Es psicóloga y tiene el consultorio en el departamento. —Se abstuvo de mencionar la parte zodiacal del asunto—. El departamento de ella es el doble del nuestro.

—Vas a descuidar los estudios —insistió, y Juan Manuel soltó un bufido.

—¡Por favor, Josefina! ¿No conocés a tu hija? Es la chica más responsable y aplicada de la Argentina.

—Cuidar a un bebé no es un juego.

—Solo tengo que mirarlo —intervino Camila—. Lo pongo en el corralito y lo miro desde la mesa en la que estudio.

—¡Por favor, Camila! He criado a dos hijos. No me digas que lo vas a dejar en el corralito y que ahí se va a quedar lo más tranquilo porque sé que no es verdad.

—Es muy tranquilo. Además, me pagaría muy bien. Yo quiero tener mi plata.

La última frase caló en el matrimonio Pérez Gaona. Sus gestos se ensombrecieron e intercambiaron miradas apesadumbradas. Camila aprovechó y siguió adelante con la táctica.

—Hoy me gané cien pesos por estar con Lucito cuatro horas.

—¡Cien pesos! —exclamó Nacho—. Yo también quiero ser *babysitter*.

—¡Andá a tu cuarto a terminar ese mapa, Ignacio! —lo apremió Josefina.

—¡Ufa!

—Y si te veo otra vez en ese maldito Facebook, vas a tener penitencia por un mes.

—¡Ufa!

—Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía.

—¿Te pagaría cien pesos todos los días? —Juan Manuel pasó por alto el refrán de su esposa y se lanzó a hacer cálculos.

—No lo sé, papá. Tal vez algunos días me necesite menos horas.

—Lo dudo. Al final, tu hija, Jose, va a ganar más que vos, que te deslomás dando clases.

—Así podría tener plata para mis gastos —arremetió Camila— y no tendría que pedirles a ustedes. —Aunque, a decir verdad, poco les pedía desde que la fábrica había quebrado. A veces se preguntaba si sus padres estaban al tanto de que las zapatillas le quedaban chicas.

—Quiero conocer a la tal Alicia.

—Es encantadora —dijo Juan Manuel, y el interior de Camila tembló. ¿No conocía a su esposa para expresarse con tanta liviandad acerca de una mujer joven y atractiva? ¿No sabía que era celosa? Su futuro de *babysitter* estaba al borde de la muerte.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabés que es *tan* encantadora?

—Me la crucé varias veces en el ascensor.

—Mirá lo que son las cosas. Yo nunca me la crucé.

—Cami —dijo Juan Manuel—, llamá a la vecina y preguntale si puede venir un momento.

Camila espiró con alivio: había temido que sus padres decidiesen visitar la casa de Alicia Buitrago, en cuya sala, en lugar de la *Madonna con el niño*, como tenían ellos, se encontraba el cuadro más escandaloso que ella conocía.

Alicia accedió de muy buena gana y, en cinco minutos, se hallaba en el *living* de los Pérez Gaona con Lucito en brazos. En opinión de Camila, su madre no se molestó en ocultar la antipatía que le provocaba la vecina. Alicia, en cambio, se desenvolvió con cordialidad. Juan Manuel decidió que probarían durante una quincena. Si Camila, debido al trabajo, no cumplía con las obligaciones escolares, renunciaría.

Esa noche comieron en un ambiente tenso y silencioso. Camila se sentía culpable. Nacho, su hermano, como siempre en Babia, hablaba de su primer día de clase, sin caer en la cuenta de que nadie le prestaba atención. Camila lavó los platos y se fue a bañar. Se acostó en la cama, y, debido a que su habitación era la de servicio y se hallaba alejada —el departamento tenía dos dormitorios, y ella se había negado de plano a compartirlo con su hermano, ni siquiera con el biombo de la abuela Laura en medio—, apenas oía las voces de sus padres. No obstante, sabía que estaban discutiendo. Lo hacían a menudo desde que la situación económica familiar se había tornado tan difícil. Camila se angustió al pensar que peleaban por culpa de ella, de su insistencia por

trabajar con Alicia.

Alicia le había dicho cosas interesantes y desconcertantes: *Yo siento. Así se definía a un taurino. Puro sentimiento y sensación. En su forma más básica, son glotones y cómodos, no les gusta moverse.* Pocas veces la habían descrito con tanta precisión. En realidad, era la primera vez que alguien se preocupaba por describirla. “¿Cómo soy?”, se preguntó.



A la mañana siguiente entró en la Escuela Pública Número 2 con otra disposición. Miraba a sus compañeros, incluso a los chicos de otras divisiones, y reflexionaba: “A diferencia de ustedes, yo trabajo para sustentarme”, porque había decidido que no volvería a pedir dinero a sus padres ni siquiera para los útiles y los libros escolares. La sensación de seguridad y el sentimiento de superioridad sufrieron un traspie cuando sus ojos cayeron sobre Bárbara Degèner y Lucía Bertoni; regaban su alegría, belleza y desparpajo con una soltura fascinante y avasalladora al mismo tiempo.

Recuperó algo de su buen talante durante la primera clase de francés, que, para la mayoría de la división, era la primera

aproximación a esa lengua; para ella, pan comido. Aun el inteligente y siempre imbatible Lautaro Gómez se dio vuelta para preguntarle cómo se pronunciaba *avoir* y qué quería decir *voiture*. Lo mejor ocurrió cuando, después de que leyese un párrafo por pedido de la profesora, Sebastián Gálvez le gritó:

— ¡Ey, princesa! ¿También sabés hablar francés?

Se limitó a mirarlo sobre el hombro con una sonrisa y el corazón palpitante. Durante el recreo, no le molestó su soledad como en el pasado. Se decía que, en pocas horas, abandonaría ese edificio viejo y decrepito, dejaría atrás a sus compañeros inmaduros y dependientes, y comenzaría una nueva vida, la de una mujer que se valía por sí misma. Sus pensamientos se cortaron de súbito cuando Sebastián se sentó a su lado.

— Hola, Cami.

— Hola — dijo, sin aliento. Era impacto suficiente que se sentase a su lado; ni mencionar que la llamase “Cami”.

— Quería pedirte un favor. ¿Podrías traducirme esto? — Le pasó una hoja con la canción “Bring me to Life”, de Evanescence—. Este tema me quiebra.

Camila lo miró de reojo y descubrió por primera vez un brillo sincero en él, un gesto despojado de la vanidad que lo caracterizaba.

— Está bien.

— ¿Me la das antes de irnos?

— Bueno — dijo, y enseguida se arrepintió. Se acordó del reproche

de Gómez: “Y vos se lo leíste, por supuesto”.

Como si lo hubiese llamado con el pensamiento, levantó la vista y lo descubrió a unos metros; estaba con Karen y Benigno, pero la observaba a ella con esa insistencia inexplicable. Lo evitó; su mirada la hizo sentirse idiota.



Se topó con Sebastián a la salida de la clase de gimnasia. ¿Se había quedado a esperarla? Las clases de los varones eran los miércoles y los viernes. Lamentó la traza a la que la había reducido el zarandeo en el campo de *handball*. ¡Cómo detestaba los deportes! Ni qué decir del estado en que la dejaban: sudada, colorada y despeinada. Por otra parte, el pantalón de gimnasia le marcaba el trasero del tamaño de un globo terráqueo, en opinión de su hermano Nacho.

Devolvió la sonrisa a Sebastián y se acomodó con disimulo el flequillo. En tanto se aproximaba, iba sacando la hoja con la traducción para entregársela y seguir su camino, deprisa, sin contacto visual ni mayores aspavientos. Así lo hizo; Sebastián, no obstante, caminó junto a ella.

—¿Por qué caminás tan rápido? ¿No querés ir a tomar un café conmigo?

Camila experimentó un golpe en el estómago. Era la primera vez que la invitaban a tomar un café. Que fuese Sebastián Gálvez, el lindo de la división, sirvió para dejarla muda y con el corazón desbocado.

—¿Vamos a tomar un café? —insistió.

—No puedo.

—¿No podés? —preguntó, escandalizado, y Camila, pese a todo, reprimió una sonrisa. Gálvez no hacía un misterio de su vanidad.

—Estoy llegando tarde.

—¿Adónde?

—A mi trabajo.

—¿Trabajás? —La detuvo sujetándola por el brazo—. ¿Adónde trabajás?

—Soy *babysitter* —atinó a decir. Después de mirar fijamente a Gálvez y de apreciar el verde de sus ojos, se despidió—: Nos vemos mañana, Sebastián. En serio, tengo que irme. — Reemprendió la marcha, consciente de que lo dejaba atrás y de que él le miraba el “globo terráqueo”.



Comió en casa de Alicia, mientras Lucito jugaba con un Winnie The Pooh de goma. No pasó por su casa para cambiarse. No tenía deseos de ver a su madre. Seguiría malhumorada después de la discusión de la noche anterior. Se empeñaría en demostrarle que no descuidaría los estudios y que sus notas serían las mejores, como siempre. ¿Su madre no la conocía para suponer que disminuiría el rendimiento? Se le hacía un nudo en el estómago de pensar en llevarse una materia o de sacar notas mediocres. Siempre había sido la primera de la clase, hasta que, en la Escuela Pública Número 2, se topó con Lautaro Gómez, un adversario imposible de vencer.

Sacó a Lucito de la silla, comprobó que tuviese seco el pañal y lo llevó al comedor. Era adorable, con sus ojos grandes, de pestañas rizadas. Mordisqueaba con ahínco el juguete de goma para rascarse las encías.

Recorrió el lugar, contemplando los adornos, mirando por la ventana, analizando el tapiz de las sillas. Se detuvo ante la biblioteca. Comprobó de un vistazo que había pocas novelas; encontró libros de psicología y de astrología. Escogió uno al azar, más bien gordo, con el lomo rojo: *Los signos del Zodíaco y su carácter*, de Linda Goodman. Dejó al bebé dentro del corralito y se puso a hojearlo. *Tauro, el toro*, leyó en el índice y fue a esa página directamente. ¿Cómo reconocer a Tauro? Los párrafos se sucedían, y ella no daba crédito a lo que leía. Después de todo, la astrología no era un cuento como sostenían su mamá y la

abuela Laura; no podía ser casualidad que acertasen en la mayoría de las características: ...*el Toro típico es preferentemente lento en el movimiento y parco en el hablar*, aunque, si había nacido con una fuerte influencia de Géminis, Aries o Sagitario, era más “gárrulo”. ¿Qué significaba gárrulo? Buscó un diccionario. Halló un Larousse. *Gárrulo, la, adj. Muy hablador*. De seguro ella no había nacido bajo la influencia de ninguno de esos signos, porque, en verdad, no le gustaba hablar. Últimamente se había mantenido más silenciosa que de costumbre.

Oyó que Alicia despedía a su paciente y esperó, expectante, a que se presentase en el comedor. La vecina solía pasar con su hijo el tiempo entre paciente y paciente.

—Veo que te has interesado por la astrología —le comentó, al verla con el libro gordo y rojo en la mano.

—Es increíble —admitió Camila—. Acierta en todas mis características.

—¿A ver? Vení a mi consultorio.

Camila sacó a Lucito del corralito y caminó detrás de Alicia, que levantó la tapa de la computadora portátil y tecleó con velocidad.

—Decime día, mes, año y hora de tu nacimiento.

—10 de mayo del 95. ¿La hora? —Dudó un momento—. Cinco y media de la tarde.

—¿Naciste aquí, en Buenos Aires?

—Sí.

—Bien. Veamos qué nos dice tu carta natal.

—¿Qué es la carta natal?

—La carta natal refleja la disposición de los planetas y del Sol en el cielo en el momento exacto en que vos naciste.

—Ah.

—Sí, ya sé. Me dirás: ¿y eso qué tiene que ver conmigo? —Camila sonrió—. Tiene que ver porque, por alguna razón extraña, la energía de los planetas nos determina la personalidad y, en muchos casos, el destino. La verdad es que la carta natal, o astral, como la llaman algunos, es una herramienta para conocerse y conocer a los demás, lo que te ayuda a comprenderlos. Por ejemplo, Lucito siempre será terco, pero no puede evitarlo. Así son ustedes, los taurinos. ¿A ver? ¿Qué pasaba mientras Camila asomaba su cabecita al mundo? —Concentró la mirada en la pantalla, donde se dibujaba un círculo plagado de símbolos incomprensibles—. Ajá. Interesante. Muy interesante.

—¿Qué ves? —preguntó, con ansiedad, y de pronto se sintió estúpida. Se suponía que la astrología era un cuento.

—Bueno, como ya sabemos, tenés el Sol en Tauro. Tu Luna está en Virgo, lo cual me hace pensar que no me equivoqué al elegirte para que cuides a mi hijo. Los nacidos con la Luna en Virgo son responsables y aplicados. Y, por último, tu Ascendente está en Escorpio, tu opuesto complementario. Qué *mix* más fascinante, Camila.

—¿De verdad?

El sonido del portero eléctrico anunció el fin del interludio.

Camila y Lucito regresaron al comedor, y Alicia se aprestó a recibir al próximo paciente.

El resto de la tarde se lo pasó leyendo el libro de Linda Goodman; se concentró en las características de los signos zodiacales de sus padres y de su hermano, con descubrimientos sorprendentes. También caviló en que Sebastián Gálvez habría podido encontrar fácilmente la letra de "Bring me to Life" en Google o en Youtube. Pero se la había pedido a ella. Y, como si fuese poco, la había invitado a tomar un café.



Con Alicia aprendió muchas cosas; por ejemplo, que la Luna define la manera en que uno se relaciona afectivamente con las personas, sobre todo con la madre; que el Ascendente determina la personalidad social (Alicia le dijo que ese término, “personalidad social”, lo había tomado de un libro de un tal Marcel Proust), es decir, el modo en que uno se presenta frente al mundo, una especie de escudo para preservar nuestro verdadero ser, delineado por la ubicación del Sol. Alicia también sostenía que el Ascendente marcaba el aprendizaje que corresponde encarar en la vida.

Existía una infinidad de elementos que Camila no manejaba y que la confundían; sin embargo, la afición por esa extraña y poco

convencional ciencia se había desatado en ella y ya no podía alejarse de los cuestionamientos: “¿De qué signo será Mengano? ¿Dónde tendrá la Luna Zutano? ¿Y en qué casa estará el Plutón de Fulano?”.

Había aprendido que la carta natal se divide en doce casas, las cuales representan distintos aspectos de la vida. Por ejemplo, su Plutón estaba en la Casa I, que es la casa de la personalidad; todavía no había investigado qué consecuencias le traería contar con ese planeta en la casa que la definía como persona, aunque sí había entendido por qué nunca sería menuda ni delgada como Lucía Bertoni o Bárbara Degèner. Por un lado, su Sol en Tauro, el signo del Toro, corpulento y macizo, y Plutón en Casa I, que define nativos físicamente fuertes, con rasgos marcados, la convertían en quien era: una chica alta –casi un metro setenta–, de espaldas anchas, hombros bien plantados y piernas gruesas. Su afición por la comida, que también la heredaba de su amigo el Toro, hacía el resto. En opinión de Alicia, uno de los desafíos de su carta natal era aprender a controlar los impulsos, el de comer entre ellos. Esa revelación, la del origen de la forma de su cuerpo, de algún modo le brindó paz y la ayudó a reconciliarse con una figura que había detestado desde chica. Ahora se miraba en el espejo y repetía las palabras de Alicia:

—Mirá tus piernas, Cami. Son fuertes, sanas, hermosas, y te llevan y te traen dondequiera que vayas. No las rechaces. Mirá tu espalda, fuerte, digna hija de Tauro. Estas espaldas te permiten soportar un peso que a otro signo doblegaría en un tris. Amá tu cuerpo, porque es el que necesitás para la vida que te tocó vivir. Cuidalo también.

¡Qué fascinante le resultaba ese mundo al que había ingresado de la mano de Alicia! Pasaba mucho tiempo con ella, aun los sábados y

algún que otro domingo en el que se escabullía sin que su madre lo notase. Alicia, triple Acuario (Sol, Luna y Ascendente en Acuario), era la mujer menos estructurada y reprimida que conocía. Para ella nada resultaba imposible. Su alma y su mente eran libres, no conocían de impedimentos ni de miedos. La admiraba.

—Cami —le repetía Alicia—, vos podés hacer lo que desees con tu vida. Los elementos que Dios o el cosmos te dio están en tu carta natal, es verdad. Pero lo divertido de esto es que, como somos seres conscientes, podemos hacer lo que se nos dé la gana, aunque los planetas no estén alineados de la mejor manera.

Camila no estaba tan segura. Ella experimentaba limitaciones y traspiés por los cuatro flancos. Que la fábrica de textiles hubiese quebrado, que hubiesen perdido la posición social y económica y que su vida hubiese dado un giro de ciento ochenta grados lo juzgaba como el revés más trascendental de sus dieciséis años. Según Alicia, debía analizar ese “revés” desde otra óptica.

—En los nativos con un Plutón y un Escorpio tan fuertes, como es tu caso, este tipo de tragedias —dijo, e hizo el gesto de entrecomillar la palabra tragedia— es parte del aprendizaje sustancial de la vida. Vos, por ser taurina, tenés un apego a la materia muy marcado, tanto que a veces los de este signo caen en el materialismo. Escorpio, por otro lado, es el signo del desapego a lo material, de la muerte que implica vida. Morir para volver a nacer. Es la transformación. La crisálida que será mariposa un día. Yo creo que la pérdida de la fábrica y de tu estilo de vida de niña rica es parte de este proceso de muerte para resucitar convertida en una mujer plena, más profunda, más segura, más genial. No veas este proceso como algo desafortunado, sino como una oportunidad para vivir nuevas experiencias, para ser

mejor.

—Odio el colegio nuevo. Extraño el Saint Mary.

—Lo odiás porque buscás en tu colegio nuevo al Saint Mary. Tratá de verlo como lo que es: un colegio público que da una oportunidad a un montón de chicos que, como vos, no tienen plata para pagar uno privado. Pero así y todo, público, viejo y feo, tu colegio te enseña, te prepara, te hace más culta. Ser culta, querida Cami, es muy importante.

—También odio este barrio y mi nueva casa. Es tan chica.

—Pensá que, si no hubieses venido a vivir acá, no nos habríamos conocido.

La declaración la dejó muda, y se quedó mirando a Alicia directo a los ojos. La astróloga sonrió con un gesto de paciencia y de comprensión.

—Ya ves, querida Cami, todo ocurre por una razón. De la mano de alguien tenías que comenzar tu proceso de muerte para renacer.

También le refirió a Alicia sus sentimientos por Sebastián Gálvez. Lo único que sabía de él era que había nacido a principios de agosto.

—Por lo que me contás, es un leonino de pies a cabeza. Orgullosa, vanidosa y egocéntrica. Un poco holgazán, por eso te pide a vos que le traduzcas la canción.

—Ayer me pidió que le pasara al Word un trabajo de Geografía.

—¿Accediste? —Camila se sonrojó y asintió—. Está bien, no te

avergüences, lo hiciste de corazón, lo sé. Así te lo marca tu Luna en Virgo: sirvo a los demás para que me quieran. De igual modo te aseguro que tu Plutón en la Casa I no te permitirá ser sumisa por mucho tiempo. Algún día explotarás con ese chico y lo pondrás en su lugar. Tu Plutón, que es muy fuerte, te lleva a ser dominante, no porque seas autoritaria, sino por tu necesidad imperiosa de ser libre. Creés que si estás al mando, conservás la libertad. Lo más aconsejable es buscar un compañero que te genere confianza y que te dé paz, uno con quien te sientas en igualdad de condiciones. Alguien al cual no veas como una amenaza.

Por la noche, antes de dormirse, mientras escuchaba música con los auriculares para no oír las discusiones de sus padres, Camila meditaba las palabras de Alicia Buitrago. Algunas las entendía; otras le resultaban ajenas y difíciles de asimilar. Como fuera, intuía que había emprendido un camino plagado de misterios y de verdades ocultas que anhelaba desentrañar.



Ese día sucedieron cosas extrañas. En primer lugar, cuando la profesora de Geografía les ordenó que formasen parejas para

emprender un trabajo de investigación acerca de cualquier tema de la actualidad, Karen se dio vuelta y le preguntó a Benigno:

—¿Lo hacemos juntos, Beni?

El chico accedió con un asentimiento. Camila se quedó mirando la nuca de su compañera. Karen siempre formaba pareja con Lautaro Gómez. ¿Se habrían peleado? El asombro de Camila no tuvo tiempo de ceder: Gómez se giró, la hipnotizó con una de sus miradas perturbadoras y le preguntó:

—¿Querés hacer el trabajo conmigo?

¿Quién se habría negado a esa voz de mando y a esa mirada siniestra? Si bien se lo había preguntado, a Camila le sonó como una orden. Asintió. Gómez se volvió sin decir palabra y fijó la atención en la profesora, que daba las directivas para el trabajo, consistente en una exposición oral y en la presentación de una monografía.

—¡Ey, princesa! —El llamado de Sebastián Gálvez provocó una reacción en Gómez antes que en ella. Clavó la vista en su rival, y Camila apreció el modo en que se le tensaban las comisuras y se expandían las aletas de su nariz. Lo encontró atractivo. Por primera vez, Lautaro lanzaba un vistazo de odio a Sebastián. En general, cuando el lindo de la división lo hostigaba, Gómez conservaba una actitud flemática.

—¡Ey, princesa! —volvió a llamarla—. ¡Este trabajo de Geografía lo hacés conmigo!

—¡Gálvez! —lo amonestó la profesora—. Deje de gritar como si estuviese en la cancha.

—Profe, no te enojés. Estoy diciéndole a Camila, la mejor alumna de la división, que será mi compañera de grupo. Eso debería alegrarte, profe.

—Camila está conmigo. —El sonido infrecuente de la voz de Lautaro acalló el murmullo permanente del aula; aun sorprendió a la docente.

Camila experimentó, al mismo tiempo, una constricción en la garganta y el salto de su corazón. Incapaz de desviar la vista del perfil de Gómez, advirtió detalles que nunca había observado, como que el labio inferior era grueso y el superior, muy delgado, casi inexistente. ¿Cómo sería ser besada por esos labios? El pensamiento la inquietó y se revolvió en la silla.

—Sí, estoy con Gómez —atinó a confirmar, y la decepción que, por un instante, cruzó el rostro perfecto de Sebastián Gálvez le causó satisfacción. Sin duda, acababa de asestarle un revés al ego gigante de ese leonino. Se preguntó si su Luna en Aries —gracias a Alicia, sabía cuál era la Luna de Sebastián, aunque no el Ascendente, por desconocer la hora de su nacimiento—, que le otorgaba una personalidad agresivamente competitiva, lo impulsaría a continuar la pugna. Si esa había sido su intención, la mirada impaciente de la profesora de Geografía lo hizo cambiar de parecer. Se limitó a lanzarle un vistazo reprobatorio, que la sobresaltó.

Camila se hundió en el pupitre. “Nunca más volverá a hablarme”, pronosticó, y se acordó de lo que Alicia le había comentado acerca de la polaridad plutoniana. “Por tener Plutón en la Casa I, tenés polaridad plutoniana, es decir, tenés demasiada energía transpersonal en tu carta. La energía transpersonal es difícil de procesar porque nos

resulta ajena, no es inherente a la persona. De ahí que se las llame “transpersonales”. Imaginate cuán difícil es procesar un exceso de este tipo de energía que nos resulta tan extraña. La polaridad plutoniana te lleva a que, por momentos, te sientas invencible y, en otros, pesimista, momentos en los cuales los demás son completamente poderosos y vos, una basurita. Tenés que aprender a morigerar su efecto para no vivir de sobresalto en sobresalto”.

El segundo acontecimiento notable ocurrió durante el primer recreo, mientras buscaba un sitio solitario para escribir su diario. Desde hacía algunos días, motivada por una sugerencia de Alicia, había comenzado a narrar los sucesos de la jornada. “Será una buena manera de liberar un poco de esa energía que tu Luna en Virgo mantiene tan a raya, tan encorsetada. En tu diario, podrás escribir lo que realmente sentís, sin pensar si está bien o mal”, le había explicado su vecina.

Se encerró en un aula que, por tener una fisura en el techo, no se utilizaba. Se acomodó en la parte trasera, en el suelo, detrás de unos pupitres apilados, de modo que nadie la viese. “Estoy furiosa. Mi suerte no puede ser peor. Estoy meada por una manada de dinosaurios. Si Gómez se hubiese demorado dos minutos en pedirme que hiciera el trabajo de Geografía con él, yo ahora lo haría con Sebastián. Suerte perra”. Apoyó la birrome sobre su labio inferior y se quedó mirando fijamente. ¿En verdad estaba tan furiosa? Le convenía preparar la exposición y la monografía con Gómez, que era mucho más aplicado, responsable e inteligente que Sebastián, sin contar que trabajaría a la par de ella, cuando el otro, lo mismo que un león, se echaría en un sofá desde donde le impartiría órdenes y aportaría información intrascendente e inadecuada. Sin duda, le convenía Gómez como compañero de estudios; no obstante, la posibilidad de

estar cerca de Sebastián, de observarlo sin reprimirse, de concentrarse en sus ojos verdes y vivaces, en sus facciones apolíneas, resultaba compensación suficiente para soslayar lo demás. “¿Por qué Gómez me pidió que fuese su compañera en este trabajo? No está peleado con Karen. Acabo de verlos juntos, ¡riéndose! Eso es raro, ver a Gómez reír. ¿Será que Karen está enamorada de Benigno y por eso quiere hacer el trabajo con él?”.

El chirrido de la puerta la alertó. Permaneció quieta y contuvo la respiración. Se asomó y vio que se trataba de Lucía Bertoni y Bárbara Degèner. ¿Bárbara estaba llorando? Hablaban en susurros y con ademanes que indicaban una conversación agitada. Bárbara giró la cabeza, y Camila confirmó su aprensión: estaba llorando; la máscara para pestañas se había corrido y le marcaba surcos negros en las mejillas. Incluso así, era hermosísima.

Oía retazos del diálogo, palabras sueltas sin sentido. Bárbara lloraba y balbuceaba, y sus palabras asomaban o se ahogaban de acuerdo con el vaivén incansable del murmullo proveniente del patio del colegio. “Me dijo que no... No quiere verme... Sebastián... Boliche... Si no estuviese por... Fui a verlo adonde hace karate”. ¿Karate? Recordó la conversación de dos semanas atrás en el subte. “¡No te puedo creer que te lo encontraste en el club!”, había vociferado Lucía Bertoni en aquella ocasión. “¡Te juro que es verdad!”. Le había asegurado Bárbara. “Fui al club y ahí estaba, con un grupo de karate que iba a dar una exhibición.” “¿Y qué tal?”, se había mofado la Bertoni. “Yo no entiendo nada de eso”, confesó Bárbara, “pero me pareció que lo hacía muy bien. Después, cuando terminó la exhibición, me subí al techo del vestuario”. “¡No! ¿Y lo viste desnudo?”. “¡Sí!”, había afirmado Bárbara, alborotada.

¿De quién habían estado hablando en aquel momento? ¿De quién hablaban ahora? Bárbara Degèner seguía llorando, y Camila se preguntó por qué Lucía no la abrazaba y la consolaba. ¿Acaso no percibía la angustia y la desesperación de su amiga?

Durante el resto de la mañana, Camila se mantuvo atenta a Bárbara. La máscara para pestañas había vuelto a su lugar, y los pómulos recobraron la tonalidad saludable gracias al rubor; los labios carnosos y bien delineados resaltaban al brillo del lápiz labial. Sin embargo, el maquillaje no camuflaba su imagen apagada y triste. Sebastián se esmeraba por hacerla sonreír y, aunque bien intencionado, se trataba de un intento torpe que terminaba por fastidiarla. Resultó evidente que no era un buen día para la más linda de la división cuando el profesor de Química la hizo pasar al frente y le puso un uno porque no sabía nada. Durante la lección, en la que Camila percibió como propias la angustia y la humillación de Bárbara, notó los vistazos que le echaba a Lautaro Gómez, como si esperase a que el “bocho” le “soplase” la lección. De un modo instintivo, Camila tuvo la certeza de que Gómez la habría ayudado, algo imposible con el profesor a pocos metros. Finalmente, Bárbara regresó a su pupitre, pálida y llorosa.

El tercer acontecimiento asombroso tuvo lugar en la estación del subte, de regreso a su casa. Descubrió a Bárbara Degèner sola, en el extremo derecho del andén, por donde aparecía el tren. Las dos condiciones la sorprendieron: que estuviese sola (¿dónde estaba Lucía?) y que se hubiese retirado a ese sector tan solitario; daba la impresión de que descendería por las escaleras y echaría a caminar por las vías.

Un presentimiento que, según Linda Goodman, es propio de las mujeres nacidas bajo el signo de Tauro, la impulsó a caminar entre el

gentío y aproximarse de manera solapada a su compañera. Bárbara clavaba la mirada en las vías y apretaba los puños a los costados del cuerpo.

Antes de que se oyese el estruendo del tren, se avistaron las luces de los faros en el túnel oscuro. Bárbara giró la cabeza de manera lenta y deliberada, comprobó que se acercaba y volvió la cara al frente. Había una mueca de resolución y valentía en su rostro perfecto. Camila se movió rápidamente y se colocó detrás de ella.

El chirrido de las ruedas de metal sobre las vías ahogaba cualquier sonido. El tren mostraría su trompa en el andén de un momento a otro. Camila se lanzó hacia delante y, sin meditarlo, sujetó a Bárbara por el brazo en el instante en que el primer vagón irrumpía en la estación. Enseguida percibió la resistencia de la chica, que pugnaba por echar el cuerpo hacia delante. Pero ella no era una taurina robusta y bien plantada en vano: apretó la mano en torno al brazo delgado de Bárbara y tiró. La joven cayó hacia atrás, sobre Camila, que, luego de un traspié, ganó equilibrio y conservó la posición.

Las dos muchachas permanecieron quietas y rígidas en tanto el tren ocupaba el andén y los vagones se sucedían uno tras otro. Camila ya no sujetaba a Bárbara, si bien permanecía pegada a sus espaldas. La estación se vació, las puertas se cerraron, luego de pitar la alarma, y el tren partió, ignorante de la tragedia que sacudía la vida de una adolescente de dieciséis años.

Camila obligó a Bárbara a volverse. En el pasado, jamás se habría atrevido a tocarla; en ese momento, si bien lo hacía con delicadeza, empleaba una mano firme y segura. Cayó en la cuenta de que se sentía poderosa y superior, en control de la situación, en especial ante la

actitud medrosa de su compañera.

—No quiero ir a mi casa —susurró Bárbara, con voz distorsionada.

Camila percibió la declaración como el traspaso de un peso abrumador. De pronto, se sintió responsable por esa compañera a la que había admirado de lejos. La observó, mientras evaluaba qué hacer. “¡Acabo de salvarle la vida!”, se escandalizó, al darse cuenta de que estaba demorándose en detalles estúpidos, como, por ejemplo, que tenía que ir a su casa a comer y a cambiarse para luego ir a cuidar a Lucito. La inmensidad de lo acontecido chocaba estrepitosamente con la rutina. Ella necesitaba de la rutina, era parte sustancial de su personalidad. “Tu Luna en Virgo”, le había explicado Alicia, “te obliga a seguir pasos para cada cosa, porque el desorden, el caos, son inadmisibles para vos. Poco a poco, tenés que romper esa estructura de pensamiento para evolucionar en tu madurez emocional. No te van a querer menos porque seas un poco alborotada, espontánea y desordenada”. Bárbara Degèner irrumpía en el orden perfecto de su agenda y la dejaba con la mente en blanco.

—Vamos a mi casa —respondió por fin, y se preguntó qué haría con ella una vez terminado el almuerzo.

Viajaron en silencio. Camila le echaba vistazos solapados y se preguntaba si en verdad Bárbara había intentado arrojarse a las vías como Anna Karenina. Tal vez se trataba de su imaginación.

Después de un primer momento de sorpresa, Josefina se mostró amable con la compañera de su hija. Le gustaba que hubiese invitado a una amiga, que volviese a ser “normal”. Vivía reprochándole que no

contestase los llamados de Anabela ni los de Emilia, y que hubiese decidido sacarlas de su vida.

Nacho estaba exultante: tener sentada a la mesa a una belleza como Bárbara y obtener su atención era más de lo que un chico de catorce años podía pedir. Camila sintió cariño por él, ya que su buen humor y sus bromas arrancaron sonrisas a Bárbara y suavizaron la situación incómoda.

— Ahora tengo que ir a trabajar — anunció Camila.

— ¿Vos trabajás?

— Sí, cuido al hijito de mi vecina.

— ¿Todos los días?

— Sí.

— ¿Puedo ir con vos?

— Voy a preguntarle a Alicia, mi vecina. No creo que tenga problema de que te quedes conmigo, pero debo preguntarle primero. Esperame acá. Ya vuelvo.

Alicia la escuchó con actitud serena.

— Es mi compañera, la chica de la que te hablé.

— ¿Bárbara o Lucía?

— Bárbara.

— Ajá. Vos no la conocés mucho, ¿no? — Camila negó con la

cabeza—. Y hoy la invitaste a almorzar.

—Ella me dijo que no quería ir a su casa.

—¿A vos te dijo eso? Me pregunto por qué no se lo diría a Lucía, que es su compinche. —Camila bajó la vista y se refregó las manos—. ¿Qué sucede, Cami? ¿Qué te pasó con esta chica?

—No lo sé. No lo sé con exactitud.

—¿Qué querés decir con eso?

—Yo creo... Me parece que estuvo a punto de tirarse a las vías del subte. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Camila nunca lloraba, era fuerte; sin embargo, expresar un pensamiento que la agobiaba significó un alivio que la hizo llorar.

Alicia le secó las mejillas con las manos y la abrazó.

—Contame qué pasó.

—Yo estaba en el andén del subte y la vi. Sentí una sensación rara. Sentí la necesidad de acercarme. Algo no andaba bien. Estaba sola, en el extremo de la estación, casi parecía que iba a bajar por la escalera y comenzar a caminar por las vías, como hacen los empleados de mantenimiento del subte. —Alicia asintió—. Entonces, me puse detrás de ella y, cuando el subte se aproximaba, la agarré del brazo. Y sentí que ella tiraba hacia adelante, como si tuviese intenciones de saltar. Tal vez esté equivocada, no sé. Después se dio vuelta, llorando, y me dijo que no quería ir a su casa.

—Está bien. Entiendo. Dale —la animó Alicia—, andá a buscarla y traela.

—Gracias, Ali.

Pasaron una linda tarde y en ningún momento se tocó el tema del incidente en el subte ni de la extraña declaración de Bárbara, de que no deseaba ir a su casa. Lucito la conquistó en poco tiempo, e incluso Bárbara rio a carcajadas cuando el muy pillo orinó antes de que Camila tuviese tiempo de colocarle el pañal.



Al día siguiente, durante el primer recreo, Camila se sentó en un lugar alejado y solitario dispuesta a escribir su diario. Se sentía ansiosa por transformar en palabras los pensamientos que la inundaban: desde el encuentro con Bárbara en la estación de subte hasta la feroz pelea de sus padres la noche anterior, que incluso su hermano Nacho había oído.

—Hola.

Camila levantó la vista, se hizo sombra con la mano y descubrió a Bárbara Degèner, que se sentó a su lado y le colocó un chocolate Cadbury sobre el libro.

—Gracias por bancarme ayer.

—De nada.

—Lo pasé muy bien en casa de tu vecina. ¿Puedo volver hoy?

—No —dijo, seca, cortante, sintiéndose invadida por la propuesta—. Ese es mi trabajo, Bárbara. No puedo estar llevando a quien yo quiero. Ayer Alicia me permitió que me acompañases, pero como una excepción.

—Qué bien hablás. —Camila la observó con asombro—. Digo, sabés decir bien lo que pensás. Yo siempre digo huevadas.

—Será porque leo mucho. ¿Por qué no querías volver a tu casa ayer?

Bárbara sacudió los hombros, y su actitud descuidada irritó a Camila. Se dio cuenta de que había construido una imagen falsa en torno a la más linda de la división. Bárbara no era perfecta, su vida no era perfecta. ¿Por qué lloraba el día anterior en el aula clausurada? ¿Por qué se había colocado en ese sector tan inusual y apartado del andén? ¿Quería arrojarse o se había tratado de una percepción equivocada?

Así como la había ayudado —quizá le había salvado la vida—, en ese momento la quería lejos. Camila se imaginaba a sí misma con facetas luminosas y otras oscuras, como si dos seres la habitasen: uno con sentimientos nobles; el otro, con sentimientos mezquinos. Según Alicia, ella “etiquetaba” a la gente de malvada o de bondadosa porque proyectaba las dos caras de su interior en quienes la rodeaban. Y, cuando se daba cuenta de que una persona no era completamente mala o completamente perfecta, el orden se alteraba y la ponía nerviosa, tal como estaba ocurriendo en ese momento con Bárbara Degèner, la

perfecta, la linda, la del cuerpo para el infarto, la de la vida color de rosa. En realidad, en la vida de Bárbara había tintes grises, aun negros, y esa revelación se presentaba como perturbadora. Un poco gracias al fastidio, otro poco impulsada por una repentina oleada de superioridad, la increpó:

—No sacudas los hombros como si fueses tonta, Bárbara. Existe una razón por la cual no querías ir a tu casa.

—No quería encontrarme con la pareja de mi mamá.

—¿No te lo bancás?

—Es un imbécil.

—Pero, a esa hora, ¿no está trabajando?

—Está sin trabajo, el muy guarro. ¿Es cierto que vas a hacer el trabajo de Geografía con Gómez?

La pregunta la tomó por sorpresa, y giró el rostro hasta encontrar la mirada ansiosa de su compañera.

—Sí. ¿Por qué me preguntás?

Bárbara volvió a sacudir los hombros.

—Por nada. Siempre hacés los trabajos con Benigno.

—Benigno lo va a hacer con Karen.

—¡Uf! A esa estúpida no me la banco. Se cree... —Bárbara guardó silencio al ver que Lautaro Gómez se aproximaba, y Camila advirtió una drástica transformación en su semblante.

—Hola, Lauti —lo saludó Bárbara.

“¿Lauti?”.

—Hola —contestó, parco, como de costumbre—. Camila, ¿puedo hablar con vos?

—Sí.

—¿Podés venir un momento, por favor?

—Bueno.

—¿Qué pasa? —Bárbara se puso de pie de un salto—. ¿No podés hablarle enfrente de mí?

A Camila la perturbó la hostilidad con que Gómez examinó a Bárbara. Esta había recuperado el talante vanidoso y seguro en la mirada que le devolvió.

—Y, ¿qué pasa? —lo provocó—. ¿No vas a hablar? ¿Qué tenés que decirle?

—Camila. —Gómez habló en voz baja y medida, como si luchara para contenerse—. Tenemos que reunirnos para hacer el trabajo de Geografía. ¿Querés que vaya hoy a tu casa?

—Hoy no puedo. En realidad, no puedo los días de semana.

—Camila trabaja —intervino Bárbara—. Cuida a un bebé.

Gómez no la miró.

—¿Cuándo podés, entonces? —Habló con aire malhumorado.

—¿Te parece el fin de semana?

—Vamos a tener que juntarnos sábado y domingo si queremos terminarlo a tiempo.

—No hay problema.

—El domingo no la esperes muy temprano —expresó Bárbara—. Vamos a ir a bailar a Promenade. —Camila se volvió hacia su compañera con gesto desmesurado—. Bueno, no me mires así. Venía a decírtelo.

—A mí no me gusta ir a bailar.

—¿Por qué te reís como un pelotudo? —Bárbara increpó a Gómez.

—Porque solamente a las minitas huecas les gusta ir a bailar.

—¡Sos un imbécil! ¡Un hijo de puta!

Camila dio un paso atrás. Gómez la tomó por el brazo y la alejó de Bárbara, que los siguió de cerca, lanzando insultos.

—¡Puto! ¡Eso es lo que sos, un puto!

—¿El sábado en mi casa o en tu casa? —dijo, y elevó el tono para hacerse oír.

—En la tuya —respondió Camila, al pensar en las comodidades estrechas de su departamento.

Gómez asintió con un profundo ceño.

—¿A las nueve de la mañana te parece bien?

“¡Qué temprano!”. No obstante, tendría que madrugar si quería terminarlo en dos días.

—Sí.

—Te paso a buscar por tu casa. —Se alejó sin darle tiempo a preguntarle por qué y si sabía dónde vivía.

Sonó el timbre y regresaron al aula. Durante la hora de Literatura y después, durante la de Física, Camila buscó el momento para cuestionar a su compañero, sin éxito. Este mantenía la vista al frente, reconcentrado, y ella no se atrevía a llamarlo. Se dio cuenta de que Gómez la intimidaba más que nadie.



En el último recreo, Bárbara regresó acompañada de Lucía Bertoni, que no hacía ningún misterio de su antipatía por Camila. Se sentaron en el suelo, una de cada lado.

—Cami, ¿te gusta Gómez?

Se sintió amenazada, y eso resultaba inaceptable.

—No, para nada.

—A vos te gusta Sebas, ¿no? —afirmó Lucía.

—¿Qué decís? —se enojó.

—Sí, te gusta. Dale, admitilo. Lo mirás con ojitos de enamorada.

El corazón le latía ferozmente. Apretó el diario y la lapicera.

—Dejá de joderla, Lucía. ¿Vamos a bailar el sábado, Cami?

—No sé. No me gusta.

—Pero este lugar es el mejor de la Costanera, es súper *cool*.

¡Cómo le molestaba que empleasen esa palabra! Inspiró para calmarse, y se dio cuenta de que, durante más de un año, había añorado que esas dos le dirigiesen la palabra. En ese momento, no solo estaban hablándole, sino invitándola a bailar, y ella experimentaba fastidio. Le molestaba el aliento a cigarrillo de Lucía, como también el color con que Bárbara se había pintado las uñas, una tonalidad verde loro. ¡Qué mal gusto! ¿A quién se le ocurría pintarse las uñas de verde cuando el día anterior había intentado suicidarse? “¿Lo habré soñado?”, se cuestionó por enésima vez. Bárbara desplegaba un ánimo alegre que desmentía su sospecha.

—No me dejan salir a bailar de noche —mintió.

—¡Es una matiné! Empieza a las diez de la noche, como mucho a las tres estamos de vuelta.

— ¡No vamos a ir a la matiné, Bárbara!

— ¡Callate!

— De todos modos, no sé. Tengo que preguntarle a mi mamá.

— Oh, tiene que preguntarle a su mamá — se burló Lucía.

— ¿Qué te pasa, idiota? ¿Por qué la tratás así? Si vos no tenés que preguntarle a tu vieja es porque se lo pasa putañeando y nunca está en tu casa.

— ¡No te metas con mi vieja! ¡La tuya no es una santita tampoco!

— Por favor, no peleen — terció Camila, que aborrecía las situaciones conflictivas, y con la del primer recreo, entre Gómez y Bárbara, había tenido suficiente—. Mañana te digo si me dejan ir.

— Dale.

— Tenemos prueba de Química el lunes — comentó Camila—. ¿No sería mejor que te quedases estudiando el fin de semana para levantar el aplazo de ayer?

— ¡Te dije que esta era una yegua igual que Karen! — saltó Lucía—. ¡Una ñoña botonaza! Solo piensa en estudiar. ¿Qué mierda importa el examen del lunes?

— Importa, boluda. Porque ayer, no sé si te acordás, me pusieron un huevo grande como tu culo.

— ¡Mi culo es perfecto!

— ¡Hola, preciosas! — Sebastián se acercó jadeando y con la

camisa abierta hasta el pecho; se lo pasaba jugando al fútbol durante los recreos.

Días atrás, Karen le había hecho una revelación que la había dejado boquiabierta: Sebastián Gálvez era casi tres años mayor porque había repetido dos veces primer año. “No es que sea tonto”, lo había justificado la chica, “sino que es vago y tiene flor de quilombo en su familia. El viejo se borró cuando él tenía doce años”. Lo de vago no la sorprendió porque sabía que los leoninos, al igual que el rey de la selva, se echan a dormir y esperan que la leona traiga el alimento. Sí la sorprendió que tuviese casi diecinueve años. Por un lado, esa característica la atraía; por el otro, la decepcionaba, porque lo veía inmaduro y chiquilín, cuando, en realidad, tendría que haber estado estudiando en la universidad o trabajando. Se imaginó el reproche de Alicia ante ese juicio: “Ay, Cami, Cami... Tu Luna en Virgo te vuelve exigente e implacable con los demás tanto como lo sos con vos misma”.

—Hola, Sebas —contestaron Bárbara y Lucía.

—Hola —susurró Camila, e insultó para sus adentros porque sabía que se había puesto colorada y que la voz le saldría temblorosa si se decidía a hablar.

—¿Qué hacen?

—Charlamos. Vamos a ir a bailar el sábado con Cami.

—¡Joya!

—En realidad, tengo que...

—Vamos a ir a Promenade, en la Costanera.

—A la matiné —apuntó Lucía, con una mueca de sorna.

—Ese lugar es recopado —declaró Gálvez—. ¿Qué estás leyendo, princesa? —se interesó al descubrir el cuaderno sobre la falda de Camila.

—No es un libro, es un diario íntimo.

—¡Ah, tanto mejor! —exclamó, y se lo arrebató.

Camila saltó de pie y corrió tras Gálvez, que se alejaba escrutando el contenido del cuaderno. Un frío glacial le congeló el estómago. En esas páginas había volcado pensamientos íntimos, pecaminosos y comprometedores. De hecho, había estampado el nombre Sebastián en letras de colores. Ya lo habría descubierto. Intentó quitárselo lanzando manotazos, pero Sebastián era alto y lo ponía fuera de su alcance. Aunque desesperada, Camila razonó que, mientras siguiese hostigándolo, él no conseguiría leerlo.

—¡Dámelo, Sebastián! ¡Devolveme el diario!

—¡Sebas, no seas pelotudo! —intercedía Bárbara—. Devolvéselo.

Lucía reía a carcajadas y lo alentaba a leerlo.

—¡Pasámelo, Seba! ¡Yo también quiero ver!

—¡No seas boluda, Lucía! —se fastidiaba Bárbara.

—¡Me tiene que dar un beso en la boca si lo quiere de vuelta!

—¡Gálvez! —La voz rasposa y oscura de Lautaro Gómez los detuvo con el efecto de un rayo en la quietud—. Devolvele el diario.

¿No te das cuenta de que le molesta que lo leas?

Camila, agitada y llorosa, se quedó mirándolo sin pestañear, asombrada por la actitud tranquila y segura con que increpaba al más fuerte y duro del aula. De su postura de piernas ligeramente separadas y brazos tensos a los costados, emanaba una energía poderosa, que contrastaba con la delgadez de su constitución. El sol le bañaba el rostro, y lo obligaba a entrecerrar los párpados; un mechón de pelo lacio colgaba sobre su frente. A Camila se le dio por pensar que se parecía a esos personajes de los cómics japoneses; tenía la impresión de que, de un momento a otro, desenvainaría una katana.

— ¡El *boy scout* al rescate de la dama en aprietos! ¿Qué te metés?

— Devolvele el cuaderno, Gálvez.

— Camila ya sabe: si lo quiere de vuelta, tiene que darme un beso.

— Devolvéselo.

— Vení a quitármelo, imbécil. A ver si podés.

— Por última vez, Gálvez, devolvéselo.

Gálvez rio sin ganas y abrió el diario.

— A ver qué escribió acá la princesa.

Camila soltó un gemido y avanzó, pero se detuvo de manera brusca cuando la pierna de Gómez se atravesó en su camino y se elevó a la altura del rostro de Sebastián. El diario salió volando. Camila corrió para recuperarlo.

—¡Hijo de puta! —vociferó Gálvez—. ¿Qué hacés?

—Te dije que le devolvieses el diario.

—¡Imbécil! —rugió, y se lanzó contra Gómez, que soltó otra patada y lo alcanzó en el pecho.

Se oyó un crujido y un grito sofocado. Medio inclinado, Sebastián se sobó el lugar del golpe. Levantó los ojos inyectados y murmuró:

—Te voy a matar, langosta inmunda.

—Por favor, por favor, Lautaro —suplicó Camila, y le salió al paso—, no pelees. Te lo imploro.

—¡Déjame! —le soltó entre dientes, y la miró con esos ojos oscuros que siempre la desestabilizaban.

Al advertir que se anunciaba una pelea, los alumnos encerraron a los rivales en un círculo. Segundos después, la concurrencia enmudeció ante un espectáculo que no habrían creído posible: si bien Gálvez era puro músculo, Gómez manejaba una técnica de lucha con gran habilidad y por la cual se imponía sin esfuerzos. La supremacía del *nerd* resultaba evidente, y terminó por confirmarse cuando, en un movimiento casi imperceptible, se colocó junto a Gálvez, le pateó la parte posterior de las rodillas, luego el estómago y lo dejó fuera de combate. Sebastián yacía de bruces cuando un par de preceptoras rompieron el círculo y vociferaron:

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué significa esto?

—Y, ¿no ven lo que significa? —se mofó Benigno—. A Gálvez le rompieron el culo.

—¡Urieta, a dirección! —se enfadó una preceptora.

—¡Y Gálvez también! —ordenó la otra.

—Urieta no tiene nada que ver en esto, preceptora —intervino Lautaro Gómez—. El tema es entre Gálvez y yo.

—Entonces, usted también a la dirección, Gómez. Con Urieta y Gálvez.



Esa tarde, Alicia Buitrago advirtió la desazón de Camila apenas la vio entrar. Se lo mencionó entre paciente y paciente mientras tomaba unos mates en la cocina. Camila, que completaba un ejercicio de francés, detuvo la lapicera y se quedó mirando la nada. Los ojos se le tornaron acuosos. No quería llorar de nuevo frente a Alicia. Se suponía que ella era una chica madura y ecuánime, capaz de hacerse cargo de un bebé.

—¿Qué pasa, corazón? —insistió Alicia, y le apretó la mano.

El mentón de Camila tembló.

—Tuve un día horrible —dijo, con voz quebrada.

—¿Qué pasó?

—No quiero molestarte con mis cosas. Demasiado con lo de ayer. Con lo de Bárbara —aclaró.

—No me molestás. Yo estoy preguntándote. Vamos, Señorita Perfección, deje de lado su Luna en Virgo y muéstreme su dolor.

Camila escondió la cara en los antebrazos y se echó a llorar. Lucito, que masticaba una galleta en la silla alta, junto a Camila, detuvo la actividad y soltó una parrafada inentendible.

—Sí, Lucito, sí. Cami está triste hoy.

Habló entre hipos y sollozos, y, al terminar, se preguntó si Alicia habría entendido algo.

—De pronto —dijo la mujer—, parece que tu mundo se puso patas arriba, ¿no?

—Antes no me pasaba nada. Ahora me pasa de todo. Todo malo.

—¿Sí? ¿Todo malo? ¿Que las chicas más populares de la división te inviten a bailar es algo malo? ¿Que dos chicos se peleen por vos es algo malo?

—No me gustan las peleas. Ayer, Bárbara intentó tirarse a las vías del subte. Al menos eso es lo que creo. Hoy andaba como si tal cosa, pensando en ir a bailar. Gálvez me quitó el diario, de seguro leyó su nombre en todas las páginas, y Gómez se metió, le dio patadas y lo dejó en el piso. ¡Qué desastre!

—¿Sabés si Bárbara hace terapia? —Camila sacudió los hombros—. La verdad es que no podemos meternos, Cami. No sabemos a ciencia cierta lo que pensaba hacer en esa estación. Sé que vos estás segura de que quería arrojarse, pero también cabe la posibilidad de que no. Tal vez, con el tiempo, si se hacen más amigas, te lo cuente.

Camila asintió, aunque en su fuero íntimo sabía que Bárbara había intentado arrojarse delante del tren.

—¿Quién es el tal Gómez? No lo habías mencionado antes. — Camila volvió a sacudir los hombros para fingir indiferencia—. Parece que le interesás. Mirá que enfrentarse al musculoso de la división... Me imagino qué magullado habrá quedado el ego de tu leonino, si Gómez lo dejó boca abajo.

Camila asintió, mientras recordaba la destreza sorprendente del *nerd*.

—Sebastián se va a enojar conmigo. Estoy segura.

—Sí, es lo más probable. Y lo hará para ocultar su orgullo herido. ¿Cómo es Gómez? Su personalidad, me refiero.

—Es raro —dijo Camila, al cabo de unos segundos—. Es callado, siempre tiene cara de malo, me mira como si estuviese acusándome de un crimen. ¡Me molesta cuando me mira así! Es inteligente. Muy inteligente.

—¿Sabés de qué signo es?

—No. Creo que cumple años en noviembre.

—Tal vez sea escorpiano —conjeturó Alicia—, aunque también podría ser sagitario. Si es de Escorpio, es tu opuesto complementario. —Camila reparó en la media sonrisa y en los ojos chispeantes de la psicóloga—. Él posee por naturaleza la energía que vos tenés que aprender a hacer propia.

—No entiendo.

—¿Te acordás de que te dije que tu Ascendente era Escorpio? —Camila asintió—. Pues bien, para Gómez es natural aquello que para vos se presenta como una amenaza. Cami —dijo Alicia con una inflexión—, no te asustes por las cosas que están pasándote. Es parte de tu crecimiento. Es parte de la energía de tu Ascendente.

Abandonó la silla y se dirigió a la sala. Camila la siguió con Lucito en brazos. Alicia buscaba un libro en la biblioteca.

—Aquí está. —Extrajo un libro amarillo—. Tal vez sea un poco complicado para vos, pero me gustaría que leyese la parte que corresponde al Ascendente en Escorpio.

Camila calzó a Lucito en el hueso de la cadera y tomó el libro con la mano derecha. *Ascendentes en astrología. Segunda parte.* Lo había escrito un tal Eugenio Carutti.

—Leelo —insistió Alicia—. Después me preguntás lo que quieras.

Esa noche, Camila dejó de lado el libro de Victoria Holt y se zambulló en el de astrología. Apenas comenzar, quedó boquiabierta, pues Carutti aseguraba que, usualmente y desde pequeños, los individuos con Ascendente en Escorpio son testigos de las peleas y de

las discusiones de quienes los rodean; es común que se produzcan rupturas en sus senos familiares. El autor afirmaba también que no solo eran parte de un círculo de peleas, celos y posesividad, sino que estaban signados por la muerte. Lo que leyó a continuación le robó el aliento: *Es muy común que estas personas asistan en forma totalmente "casual" a la muerte de otras y, muchas veces, incluso al suicidio.* Se incorporó en la almohada y se quitó los auriculares. Como un rumor molesto llegaron los reproches de su madre y las respuestas airadas de su padre. Pensó en Bárbara, también en Gálvez y a continuación en Gómez, porque Carutti declaraba que los nacidos con el Sol en la constelación de Escorpio manejan con naturalidad la intensidad de la ruptura, del desapego a la materia, de la pérdida y de la muerte. La última frase le provocó un escalofrío y la llevó a recordar sus ojos oscuros que la desestabilizaban: *Un Sol en Escorpio... nace con la marcada predisposición a ver nítidamente en los demás todo aquello que los seres humanos habitualmente deseamos negar.*

Al día siguiente, con rodeos y argucias, le preguntó a Benigno cuándo era el cumpleaños de Gómez. La respuesta –17 de noviembre– confirmó la sospecha: Lautaro Gómez era escorpiano, su opuesto complementario y alguien con la capacidad innata de ver nítidamente lo que ella deseaba esconder.



El sábado por la mañana, Camila se arreglaba con esmero delante del espejo y no se detenía a cavilar por qué estaba ansiosa cuando se trataba de un encuentro con Gómez para realizar un trabajo de Geografía. ¿Iría a buscarla? Después de todo, no le había preguntado la dirección; es más, no le había dirigido la palabra durante el resto de la semana. ¿Aún querría hacer el trabajo con ella? Sebastián Gálvez tampoco le había hablado y, en una ocasión en que quedaron frente a frente en la cantina del colegio, dio vuelta la cara y siguió de largo. ¿Qué estaba pasando? Su Ascendente en Escorpio demostraba ser demasiado para ella. Decía Carutti: *¿Cómo participar de tanta intensidad sin sentirse aniquilado por su turbulencia?* Alegaba el autor que la energía del Escorpión resultaba complicada de asimilar en especial para un

taurino, que es todo apego y posesión. Suerte perra. ¡Justo a ella le tocaba tener que aprender una energía opuesta a la suya! Carutti hablaba de que el Ascendente en Escorpio debía sufrir para familiarizarse con el dolor. Pensó en la pérdida de la fábrica, en la ruptura con el tío Humberto, en las peleas de sus padres, en la falta de dinero. Le daba miedo sufrir.

Se acordó de Bárbara Degèner. Parecía increíble que estuviesen haciéndose amigas. Ella la buscaba en los recreos, y Camila le enseñaba Química para la prueba del lunes. La enorgullecía la admiración que la más linda de la división le profesaba.

—¡Sos una bocha! ¿Cómo hacés para entender toda esta mierda? Lo explicás mejor que el viejo de Química. Es un pelotudo. A él no le entiendo nada. Con vos es refácil.

Lucía Bertoni se les unía con mala cara y bufaba cuando empezaban a estudiar. A Camila le molestaban su olor a cigarrillo, el ruido que hacía cuando mascaba chicle, lo mal que le quedaba el *piercing* sobre el labio superior y que siempre quisiese hablar de Linkin Park o de la ropa de Lady Gaga.

—¡Ufa, me voy! —decía cuando sacaban el cuaderno con las fórmulas de los óxidos básicos y de los óxidos ácidos, y se ponían a hablar del grupo de los oxidrilos.

A medida que el dorado con que había patinado a Bárbara se deslucía y la realidad le mostraba que, bajo tanta belleza y perfección, se hallaba una chica con problemas, Camila cobraba seguridad. Le hacía bien enseñarle Química; la satisfacía que Bárbara apreciase el conocimiento y que se alegrase cuando resolvía correctamente un

ejercicio. Era muy bonita cuando sonreía. No obstante, existía un sustrato en ella al que Camila le temía. No sabía de qué se trataba; solo sabía que allí estaba, debajo, oculto, no se revelaba. Esa presencia intangible la amenazaba, por lo que no se abría con confianza como había hecho en el pasado con su prima Anabela o con su amiga Emilia. Tal vez se tratase de una fabulación; sin embargo, la sensación resultaba casi física. “Confía en tu instinto”, la había alentado Alicia en varias oportunidades. “La percepción de una taurina es proverbial”. ¿Por qué Bárbara no le hablaba de lo que había sucedido en la estación de subte? Ella no se atrevía a sacar el tema porque no deseaba avergonzarla.

La sobresaltó el timbre del portero eléctrico y se puso nerviosa. Se arqueó de prisa las pestañas y se pellizcó el párpado. Las lágrimas brotaron de manera automática. “¡Mierda!”, dijo para sí. Se pasó por los labios un brillo incoloro Christian Dior, de la época de las vacas gordas, y salió del baño.

—¡Cami! Te busca tu compañero.

—Ya voy, pa.

—Juan Manuel, acompaña la abaja y echale un vistazo a ese chico  
—ordenó Josefina.

Durante el trayecto en ascensor, Camila trató de disuadir a su padre de que la acompañase, sin éxito. La puerta del edificio se abrió, y Juan Manuel salió primero. Lautaro Gómez se hallaba en la vereda, cerca del cordón, con un labrador sentado a su lado.

—Hola. Vos debés de ser Lautaro, ¿no?

—Sí, señor. Buen día. —Ofreció la mano, que Juan Manuel aceptó—. Hola, Camila.

—Hola —susurró, avergonzada, y fijó la vista en el perro, que la miró con ojos bonachones y bellísimos, de un verde que refulgía en el pelaje color chocolate.

—¿Así que Camila y vos van a hacer juntos un trabajo?

—Sí, para Geografía.

—En tu casa.

—Sí, señor.

—¿Estarán tus padres?

—Mi mamá. Mi papá falleció hace casi cuatro años.

Camila levantó la cabeza y estudió el semblante tranquilo de Gómez. Era la primera vez que lo escuchaba mencionar al padre muerto.

—Ah, lo siento —expresó Pérez Gaona, turbado.

—Está bien, señor.

—Mi hija no sabe decirme dónde vivís ni cuál es tu teléfono. ¿Podrías dármelos por cualquier cosa? —Extrajo un papel y una lapicera del bolsillo trasero del pantalón.

—Sí, por supuesto —accedió Gómez, y le dictó la información.

—Eso es cerca de acá.

—A ocho cuadras.

—¿A qué hora tenés pensado volver, hija?

—No sé, pa —admitió, y, por primera vez, buscó los ojos oscuros de Gómez, que le concedió una mirada fugaz antes de hablar.

—Tipo cinco, seis de la tarde, si le parece, señor. Yo la acompaño hasta acá.

—Muy bien, Lautaro —acordó Juan Manuel, y le sonrió por primera vez mientras le extendía la mano, que el joven apretó con decisión.

Los primeros metros los caminaron en silencio. Camila, todavía incómoda y avergonzada, se oprimía el pecho con la carpeta y contaba las baldosas de la vereda. El celular de Gómez anunció la llegada de un mensaje. Camila lo observó leerlo. El ceño se le profundizaba segundo a segundo. Al final, se mordió el labio inferior y apretó una tecla. ¿Quién le habría escrito?

—¿Cómo supiste dónde vivía? —se atrevió a preguntar, sin mirarlo.

—Porque un día, el año pasado, vi un listado en el despacho de Rita —aludía a la preceptora— con las direcciones de todos los chicos de la división.

—¿Y te las aprendiste de memoria? —preguntó, socarrona.

—Solo la tuya.

La respuesta le provocó una conmoción que supo disimular

apretando las manos en torno a la carpeta hasta que sus nudillos se blanquearon. “¿Solo la mía porque fue la única que alcanzaste a ver o porque solo te interesaba la mía?”.

—Solamente me interesaba la tuya —añadió, y Camila tuvo miedo de haber pensado en voz alta. Por supuesto que no lo había hecho. ¿Acaso Gómez le leía la mente? A veces, en el colegio, cuando lo pescaba observándola, tenía la sensación de que sabía lo que a ella le sucedía. Entonces, recordó la frase del libro de Carutti y casi le dio por reír: *Un Sol en Escorpio (...) nace con la marcada predisposición a ver nítidamente en los demás todo aquello que los seres humanos habitualmente deseamos negar.*

—¿Cómo se llama tu perro? —habló, nerviosa y agitada—. Es divino.

—Se llama Max.

Siguieron callados. Camila percibía el calor de la mano de Gómez, que se detenía a centímetros de la parte baja de su espalda cada vez que cruzaban la calle, en actitud protectora, lo que le provocaba cosquillas en el estómago, las mismas que la asaltaban cuando veía a Sebastián o hablaba con él. “Sebastián”, pensó, con amargura, y lanzó un vistazo de soslayo al más inteligente de la división, al que llamaban langosta, niño, flan, *nerd* y otras cosas, y que había puesto boca abajo y humillado al más fuerte. Gómez era una incógnita. Muy delgado, con piernas largas, los brazos también, quizás algo desproporcionados, no tenía mal físico si se lo analizaba bajo una mirada atenta. Le observó las zapatillas, que parecían canoas. ¿Cuánto calzaba? ¿Cuarenta y cuatro? Sus hombros no eran anchos ni demasiado estrechos, aunque bien cuadrados; le gustó que no

anduviese encorvado, por el contrario, caminaba con la cabeza erguida. Practicaba karate con una destreza que había dejado boquiabierto a medio mundo; no se había hablado de otra cosa durante la semana. Una vez más, le vino a la mente la escena del primer día de clase, cuando regresaba a su casa en subte y compartía el vagón con Bárbara, Lucía y Gómez. Las chicas cuchicheaban y lanzaban vistazos al mejor alumno, enfrascado en una conversación con un chico de otra división. Se acordó de lo que decían, un diálogo que a la luz de los eventos adquiriría sentido: “¡No te puedo creer que te lo encontraste en el club!”, había exclamado Lucía. “¡Te juro que es verdad!”, insistió Bárbara. “Fui al club y ahí estaba, con un grupo de karate que iba a dar una exhibición”. Lucía se mostró incrédula al inquirir: “¿Y qué tal?”. “Yo no entiendo nada de eso”, admitió Bárbara, “pero me pareció que lo hacía muy bien. Después, cuando terminó la exhibición, me subí al techo del vestuario”. “¡No! ¿Y lo viste desnudo?”. “¡Sí!”. Al evocar el “¡Sí!” de la más linda del curso y el gesto de ojos desmesurados que lo acompañó, se dio cuenta de que, en aquella oportunidad, había soslayado la apreciación y la excitación en ellos.

—¿Ya desayunaste?

—¿Eh?

—Te pregunto si ya desayunaste. —Camila negó—. Yo tampoco. Vení, entremos en esta panadería que tienen unas cosas buenísimas. Quedate acá, Max.

Le cedió el paso y entró detrás de ella. El aroma a pan recién horneado le levantó el ánimo y la tranquilizó.

—¿Qué te gusta?

—Cualquier cosa —se apresuró a contestar y simuló no interesarse, aunque se le hacía agua la boca. Sus tripas comenzaron a aullar, por lo que se apretó el estómago con la carpeta para sofocar el ruido.

—Decime qué te gusta —insistió él, y le destinó una de sus miradas, filosa como un bisturí—. ¿Las que tienen crema pastelera? ¿Las de dulce de leche? ¿Las de membrillo?

—Las de membrillo —dijo, para conformarlo. En honor a la verdad, le gustaban las otras.

—¿Las de membrillo? —Gómez sacudió los hombros—. Yo prefiero las de dulce de leche y crema pastelera.

—Sí, obvio, esas también me gustan.

—Entonces, ¿por qué elegís las de membrillo? —Camila comenzó a sentirse acosada—. ¿Porque no engordan tanto?

—¿Qué te importa? —lo desafió, y odió su aspecto de mejillas semejantes a dos pimientos de Calahorra que atisbó en un espejo de la decoración—. Tal vez las elijo porque el membrillo es más sano, porque es un gran purificador del hígado.

Gómez levantó los párpados en abierto asombro.

—Solo quería saber si sos de esas anoréxicas que no comen nada.

“¿Con estas piernas te parezco anoréxica?”. Su talante provocador no llegaba a tanto, por lo que calló. Unos segundos después, mientras Gómez elegía las facturas y las colocaba en una canasta, Camila sonrió para sí: se había tomado el comentario de su

compañero como un piropo.



La torre donde vivía Gómez era nueva, y Camila se quedó observándola, pasmada. Era de esos edificios modernos de grandes vidriados en tonalidad verde, profusión de mármoles, garita de guardia en el ingreso, jardines y *amenities*. Se preguntó cuánto costaría un departamento. No debía de ser barato, más allá de que la periferia no fuese alentadora. La juzgó un desperdicio: una obra de arquitectura tan esmerada en el barrio equivocado.

—¡Hola, Lautaro! —El guardia salió de la casilla y les abrió el portón enrejado—. Buenos días —saludó a Camila, y se tocó la visera de la gorra azul.

—Hola, Eduardo. ¿Qué contás?

—Aquí, laburando, como siempre. ¡Hola, Max! —El perro ladró por primera vez y agitó la cola—. Qué perro más bueno.

En tanto caminaban hacia el *lobby* del edificio, el guardia y Gómez hablaban de fútbol. Camila avanzaba con la vista en el suelo, atenta, no al tema de conversación, sino al modo expansivo de su

compañero. No le pasó inadvertida la carcajada corta y sarcástica que este profirió, y movió la cabeza para estudiarle el perfil. Su nariz era, sin duda, poco agraciada, larga y aguileña, algo torcida hacia la izquierda. Remataba en fosas nasales enormes, y la punta, caída sobre el labio y con aspecto de gancho, terminaba en una hendidura, que acentuaba la fealdad del conjunto.

Tomaron el ascensor, suntuoso y moderno, acorde con la estética del edificio. El trayecto lo hicieron en silencio. A Camila, la fastidiaban la parsimonia y la serenidad de Gómez; la hacían sentir en inferioridad de condiciones. Se detuvieron en el octavo piso y entraron en un palier de recepción privado, como había en el antiguo departamento de su familia. Ese pequeño lujo le trajo nostalgias que la hundieron en el desánimo. Al poner pie en el *living* de los Gómez, la recibieron la tibieza del sol, que se derramaba sobre el parqué, y un aroma que no supo identificar, fresco y agradable. Ambos, el sol y el perfume, actuaron en su tristeza como un calmante sobre un dolor agudo.

—¡Buen día! Vos debés de ser Camila. Hola, soy Ximena, la mamá de Lautaro.

—Buen día, señora.

Camila recibió el beso en la mejilla y bajó los párpados, cautivada por el perfume de esa mujer alta y delgada. La sensación de bienestar se acentuó.

—Modesta tiene listo el desayuno. ¿Nos acompañás, Camila?

—Sí, gracias.

—Dejá tus cosas aquí. —Le indicó un placard en la recepción—.

Y podés lavarte las manos acá. —Entornó la puerta de un baño pequeño.

Camila acomodó sus cosas donde le habían indicado y, al entrar en el *toilette*, se encontró con Gómez, que se secaba las manos. Se miraron en la penumbra del pequeño espacio —él no había encendido la luz—, y a Camila le resultó imposible rehuir el poder de sus ojos oscuros. Se quedó bajo el umbral, quieta, sin darse cuenta de que retenía el aliento.

—Pasá. Lavate.

Le molestó que le hablara con órdenes. Eso era algo que le molestaba de Gómez: su tono imperioso y también el aire de superioridad con el que se conducía.

—Cuando vos salgas —le contestó, y tuvo la impresión de que él sonreía mientras acomodaba la toalla en el perchero.

Igualmente la aguardó fuera para escoltarla a la cocina, una sala enorme, blanca y circundada por ventanas. Camila no entendió por qué la luminosidad, los aromas y la mesa puesta con tanto esmero le provocaron una emoción que se alojó en forma de pelota en su tráquea. Carraspeó para contestar el saludo de Modesta, la empleada.

—¡Ah, joven Lauti! Mire qué bonita es su compañera. Si parece de oro el cabello —añadió, y le acarició un mechón que le caía sobre el brazo—. Y qué bonitos ojos. Hoy, niña Camila, el cielo tiene el mismo color de sus ojos. Celeste.

Por el acento de Modesta, Camila dedujo que era peruana. Su dulzura y la admiración con que la contemplaba no colaboraban para

aplacar sus ganas de llorar.

—¡Hola! ¿Qué tal? —Una muchacha, en equipo de gimnasia y con un palo de *hockey* en la mano, irrumpió en la cocina—. ¿Vos sos Camila?

“Bueno, parece ser que todos me esperaban”, ironizó, y echó un vistazo de soslayo a Gómez, que se ocupaba de servir jugo de naranja.

—Sí. Hola.

—Yo soy Brenda, la hermana de Lautaro. —La besó en un acto enérgico, aunque no torpe—. ¡Vamos, Modestiña! Serví el desayuno que llego tarde al entrenamiento.

—Sí, niña Brenda. Está todo listo.

Reapareció Ximena; le dirigió una sonrisa a Camila y la invitó a que se sentase. Lautaro se acomodó a su lado y le preguntó qué quería tomar.

—No sé, lo que tomen todos.

—Acá cada uno toma algo distinto —intervino Ximena—. ¿Te gustaría un té, un café, café con leche, mate?

—Café con leche estará bien.

—¿Por qué compraste tantas con dulce de membrillo, Lauti? —se quejó Brenda, mientras hurgaba las facturas.

—Porque sí.

Camila bajó la vista para ocultar el sonrojo y experimentó un

profundo agradecimiento hacia Gómez por no delatarla. Los minutos pasaban, el desayuno se desarrollaba en un ambiente distendido y familiar, y Camila experimentaba sensaciones encontradas: una alegría profunda por encontrarse entre personas tan amistosas, rodeada de aromas exquisitos y acunada por el sol de otoño que entraba a raudales por el ventanal, y la incomodidad nacida de lo extraño que era desayunar un sábado por la mañana en casa de Lautaro Gómez. Él parecía a gusto; comía, sonreía a los comentarios de Brenda y se expresaba con monosílabos.

Sonó el teléfono. Contestó Modesta, que se acercó con el inalámbrico y se lo extendió a Gómez.

—Para usted, joven Lautaro.

—¿Quién es?

—Una amiga, es todo lo que dijo cuando le pregunté.

Un calor asaltó a Camila y le costó admitir que le molestaba que lo llamase una *amiga*. En realidad, no le molestaba, se justificó, sino que la asombraba; después de todo, el jefe *nerd* tenía *amigas* que lo llamaban a la casa. ¿Y de quién había sido el mensaje que recibió en la calle?

—Hola. Ah, sos vos. No, lo apagué. —Gómez abandonó la mesa y salió de la cocina. Al cabo, regresó y apoyó el teléfono sobre la isla de mármol—. Si vuelve a llamar alguien para mí, Modesta, no estoy. Vamos, Max. Vamos —dijo a Camila, que se limpió la boca deprisa y lo siguió después de agradecer a Ximena por el desayuno.

—De nada, tesoro. Es un gusto tenerte en casa.

El departamento era enorme, y el pasillo se extendía hacia los interiores, tan luminosos y perfumados como la sala principal. Había ventanas abiertas, y la brisa de esa mañana otoñal arrastraba el perfume que la había animado apenas pisó la recepción.

—¿A qué huele? —Su esencia taurina, sensorial y venusina, la llevó a indagar.

—No sé. A mi vieja le gusta quemar aceites en esos hornitos. — Señaló uno a mitad del corredor—. Si querés, le pregunto.

—Es exquisito.

—¿Sí, te gusta?

—Mucho.

Entraron en una habitación, y Camila supo que estaban en el dormitorio de Lautaro. Se puso nerviosa.

—¿Aquí vamos a hacer el trabajo?

—Sí. Aquí tengo todo, mi escritorio, mi compu, todo. ¿Por qué no comiste casi nada?

—No tengo hambre.

—Me dijiste que no habías desayunado. —Camila le rehuyó a sus ojos y acarició la cabeza de Max—. *Tenés* que tener hambre. ¿Te sentís mal?

—No.

—¿Entonces?

—Estoy nerviosa, ¿sí? —replicó, con aire belicoso—. Me pongo nerviosa en una casa que no conozco, con gente que no conozco, y no me dan ganas de comer, ¿está bien?

—Entonces, traigo las facturas acá así las comés tranquila.

—Vos también me ponés nerviosa, Lautaro. —Le resultó imposible apartar la mirada de los ojos de él, que parpadearon antes de volver a la indiferencia habitual—. ¿Qué tal si nos ponemos a hacer el trabajo? —propuso deprisa, para capear el desliz—. Cuanto antes terminemos, mejor. —Se arrepintió enseguida de pronunciar esas palabras. A veces era cruel, en especial cuando se veía acorralada.

—Está bien —dijo él, y le indicó una silla donde acomodarse.

Brenda se asomó desde la puerta.

—¿Te quedás a almorzar, Camila?

—Yo...

—Sí —intervino Gómez.

—¡Bárbaro! Nos vemos cuando vuelva de entrenamiento. ¡Chau, Maxito lindo! —El perro emitió ladridos y golpeó el piso con la cola—. ¡Lauti, te doy permiso para escuchar mis cidís!

Camila admiró el cuerpo esbelto de la hermana de Gómez y su uniforme deportivo de Nike, que costaba una fortuna. La cola de caballo, sujeta en la coronilla, le llegaba a la mitad de la espalda, por lo que su pelo debía de ser muy largo.

—Tu hermana no va a nuestro colegio, ¿no?

—No, va al Santa Brígida.

Camila sabía que era un colegio privado muy costoso.

—El Santa Brígida es mixto, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué vos no vas al mismo colegio que tu hermana?

—Prefiero nuestro colegio.

—¿Preferís nuestro colegio? —se escandalizó Camila.

—Ahí fueron mis viejos. Ahí se conocieron.

De nuevo los colores le tiñeron los cachetes, y anheló contar con una virtud: la prudencia. Se preguntó qué planeta de su carta natal la volvía poco cautelosa; se consideraba una experta “metedora de pata”.

—¿Qué es eso? —preguntó y señaló una camisa, planchada y almidonada, colgada por fuera del placard, lista para ser usada; era de color arena, con una insignia bordada en el bolsillo derecho. Tenía un pañuelo bordó anudado bajo el cuello.

—Mi camisa del uniforme scout —contestó, parco, sin volverse, mientras desplegaba libros y hojas sobre el escritorio, y encendía la computadora.

—Entonces es verdad que sos un scout. —Gómez guardó silencio—. ¿Cuándo se reúnen?

—Los sábados.

— Ah, los sábados. ¿Hoy no se reúnen?

— Sí, por supuesto.

— ¿Y vos no vas a ir?

— Avisé que no. Me dijiste que no podías otro día porque durante la semana trabajás.

— Sí — balbuceó—. Vas a faltar, entonces.

— Yo puedo faltar. Vos, no. Un trabajo es un trabajo.

¿Por qué le dieron ganas de llorar? ¿Por qué se sentía tan apabullada, nerviosa, incómoda y extraña en presencia de Lautaro Gómez? Después de todo, no era más que un compañero, el *nerd* de la división. Se dio vuelta para ocultar la turbación y simuló entretenerse en las fotos que cubrían una plancha de corcho pegada en la pared.

— ¿No era que querías empezar rápido para terminar cuanto antes?

Estuvo a punto de disculparse; el nudo en la garganta se lo impidió. Se sentó junto a él y la tranquilizó hundir los dedos en el pelo de Max, que entrecerró los ojos y emitió gañidos de placer.

— Estuve buscando en internet acerca de un tema que me parece copado — anunció Gómez—: la situación política del África subsahariana. Los países africanos que están por debajo del Sahara — explicó—. Mi mamá leyó un libro muy interesante y me lo pasó. Es este. — Se lo extendió—. Habla de la Guerra del Coltán, un mineral que se usa en la fabricación de los celulares. El tema es superactual y está muy bueno. Mirá, te leo lo que encontré en una página de una

organización humanitaria.

Se pusieron a trabajar. El tema la cautivó de inmediato, y la pasión de Gómez al leer y comentar sobre la realidad de los países centroafricanos la contagió. Al cabo de media hora, Camila concluyó que pocas veces había conocido a una persona tan analítica como Lautaro Gómez. Su pensamiento funcionaba como un bisturí con el cual diseccionaba las cosas; no se detenía hasta alcanzar el corazón de un tema. Notaba pormenores o destacaba aspectos en los que Camila jamás habría reparado. “Es brillante”, se dijo, y lo observó mientras él leía la pantalla. Otra vez la sorprendió el cosquilleo en el estómago. Algo poderoso la compelia a tocarlo, lo que fuese: la mejilla, la barbilla, la sien, el filo de la nariz larga, el labio inferior; le gustó cómo este se movía al compás de la lectura, lo que la llevó a reparar en el bozo, que se abultaba antes de acabar sumido en el labio superior, marcadamente más fino que el inferior; en realidad, este casi no existía, ella ya lo había apreciado en clase; era apenas una línea sobre los dientes blancos y parejos; en cambio, el inferior era carnoso y de piel suave. Por supuesto, su Luna en Virgo, que le arrebatava la espontaneidad, y su proverbial orgullo le congelaron las manos y no lo tocó. Siguió observándolo. La fascinaba, la serenaba, aunque resultaba extraño, pues, al mismo tiempo, Gómez le inspiraba un miedo reverente. A veces, cuando lo pillaba mirándola, le parecía peligroso. Lo recordó peleando con Sebastián. En aquella oportunidad, lo dramático de la situación la había privado de la capacidad para apreciar los detalles. En ese instante, se acordó del modo en que había dominado sus piernas y sus brazos para que cayesen con precisión sobre el cuerpo del rival, unas piernas y unos brazos letales, que ahora, en reposo, lucían inofensivos. También rememoró el gesto de su rostro, de ceño apretado y fosas nasales dilatadas, y de la decisión y la seguridad que

comunicaban. Pero, sobre todo, se acordó de los ojos. La recorrió un escalofrío, y se le erizó el vello de los antebrazos.

—¿De qué signo sos? —lo interrumpió.

—¿Por?

—Curiosidad. ¿Qué día cumplís?

—El 17 de noviembre.

Camila le habría preguntado la hora de su nacimiento, pero se abstuvo.

—Falta poco para tu cumple —comentó Gómez.

—Sí —admitió, sin esconder la sorpresa y la intriga; en el colegio, casi nadie sabía cuándo cumplía años—. ¿Cómo te enteraste?

—Benigno me dijo. Es el 10 de mayo, ¿no? —Camila asintió—. ¿Qué vas a hacer ese día? Cae martes.

—¿Cae martes? No me había fijado. Nada, no voy a hacer nada. No me gusta festejar mi cumpleaños.

—¿No vas a hacer nada? —pareció escandalizado—. Qué raro.

—Lauti. —Ximena se asomó a la puerta y entró. Se ubicó tras la silla que ocupaba su hijo y le cubrió los hombros con las manos. Como había pensado que él se sacudiría para quitársela de encima, Camila se asombró al comprobar que no lo hacía, más bien parecía disfrutarlo, porque apoyó la cabeza sobre el regazo de su madre, que se inclinó y le besó la frente. El asombro dio paso a la envidia. A ella le habría

gustado que Josefina fuese cariñosa y que la mimase.

— ¿Cómo va el trabajo? — Miró a Camila y le sonrió.

— Bien — contestó, cautivada por la dulzura de esos ojos grandes y oscuros que le recordaron a los de Gómez.

— ¿Les falta mucho?

— Bastante. Y tenemos solamente hoy y mañana para terminarlo. Camila trabaja durante la semana y no tiene tiempo.

— ¡Ah, qué bien! ¿Así que trabajás, Camila?

— Sí. Cuido a un bebé todas las tardes.

— ¿Y te gusta?

— Me encanta. Lucito, el nene que cuido, es un sol. Lo adoro.

— ¿Trabajar tanto no afecta tus estudios?

— No, para nada. Lucito es un santo y me deja estudiar.

— Camila es una de las mejores alumnas — apuntó Gómez.

— Te felicito, Camila.

— En realidad, el mejor alumno es su hijo. Yo estoy muy lejos de alcanzarlo.

Ximena soltó una risita corta y acarició la mejilla de Camila con el dorso de los dedos, lo que le provocó un escozor placentero.

— Hijo, voy al supermercado. Vuelvo en una hora. Modesta se

queda por cualquier cosa que necesiten.

—Está bien.

—¿Por qué no hacen un *break* y se toman un café?

—¿Querés? —preguntó Gómez, después de que su madre se marchó—. Supongo que puedo ofrecerte un café sin que te pongas nerviosa.

Camila sonrió.

—Sí, claro. Y tal vez te acepte una de las facturas del desayuno, si sobraron.

—¿Eso quiere decir que ya no te pongo nerviosa?

Gómez se puso de pie y Camila lo imitó.

—Ahora no —dijo, sin mirarlo, y pensó: “Apenas llegue a casa, le voy a pedir el libro de la Goodman a Alicia y voy a leer las características del escorpiano”.

—¿Te arrepentís de haber aceptado hacer el trabajo conmigo?

Gómez la inquirió sin volverse, mientras buscaba las tazas para el café.

—No —contestó, decidida—. ¿Por qué me preguntás?

—Porque quizás habrías preferido hacerlo con Gálvez. Él quería hacerlo con vos.

Hubo una nota en su tono que conmovió a Camila. Por primera

vez, atisbó un rasgo vulnerable en él, y experimentó ternura y tristeza. Se decidió por la ironía, un aspecto de su personalidad que pocos conocían.

—¿Para qué? ¿Para hacer todo el trabajo yo sola, mientras Sebastián juega al fútbol? No soy tonta, Lautaro. Prefiero hacerlo con vos, que sos el mejor alumno. Mi elección es interesada —añadió, con acento risueño, que Gómez no compartió. Se mantenía serio y arrugaba la frente como si pensamientos muy importantes lo entretuviesen. A Camila le dio la impresión de que no le creía. “¿Por qué no lo hiciste con Karen?”, deseaba preguntarle, pero le temía a la respuesta.

Volvieron al dormitorio con los cafés y un plato con facturas. Max los seguía a paso cansino.

—¿Querés escuchar música?

—Dale.

—¿Qué querés escuchar?

—Menos los Wachiturros, cualquier cosa.

—Veo que en algo estamos de acuerdo. ¿Qué, entonces? Camila bebió un sorbo de café buscando tiempo para pensar.

—El otro día vi una peli en el cable, una peli de los noventa. El tema de esa película me encanta, pero no sé cómo se llama.

—¿Y la peli? ¿Te acordás de cómo se llama?

—*Lecho de rosas.*

—La busco en internet. —Apoyó la taza junto al teclado—. Sí, acá está —dijo, triunfal, al cabo—. El tema se llama “Insensitive” y es de Jann Arden.

—Insensitiv —lo corrigió Camila, pues Lautaro había pronunciado con la fonética castellana—. Significa insensible.

—Es del 94. Seguro que está en Youtube.

La canción comenzó a sonar, y los dos fijaron la vista en la pantalla.

—¿Entendés lo que dice?

Que lo preguntara en voz baja, en un susurro rasposo, provocó un desequilibrio en el cuerpo de Camila. El tirón en la garganta fue seguido por una sequedad que combatió sorbiendo café. Con las palpitaciones no había nada que hacer. Asintió, con el filo de la taza entre los dientes.

—Decime qué dice —le pidió, y reinició el video.

Camila carraspeó.

—¿Cómo enfrías tus labios después de un beso de verano? ¿Cómo te deshaces de la transpiración después de la dicha del cuerpo? —Las palpitaciones aumentaron, las manos se le humedecieron—. ¿Cómo apartas los ojos después de una mirada romántica? ¿Cómo bloqueas el sonido de una voz que reconocerías en cualquier parte? —La lengua se le pegó al paladar y sorbió café, desesperada.

Gómez pausó el video y la miró.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Se obligó a inspirar. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Qué importaba el tenor de la letra? ¿Qué importaba que Gómez estuviese a su lado?—. Dale, sacá la pausa. —La música se reanudó en el estribillo—. Realmente tendría que haber sabido cuando me llevaste a casa, por la... —Dudó, y, sin que se lo pidiera, Gómez retrocedió la canción—. Por la... vaguedad... en tus ojos, tus casuales *good byes*, por el frío en tu abrazo, la expresión en tu cara que me decía que tal vez vos tendrías algún consejo para dar en cuanto a cómo ser insensible. ¡No sé! —se alteró, y Gómez detuvo el video—. Se me hizo lío. Creo que dice eso.

—Sí, sí. Está muy bien. Tiene sentido. Está muy buena la canción. Seguí, dale.

—¿Cómo adormeces tu piel después del contacto más ca... —Iba a decir caliente y lo reemplazó por cálido—. ¿Cómo *slow*...? No sé, *slow* quiere decir bajar la velocidad. ¿Cómo bajas la velocidad de tu sangre...?

—¿Cómo aquietas tu sangre?

—Sí, podría ser. ¿Cómo aquietas tu sangre después del apuro del cuerpo? ¿Cómo liberas tu alma después de que encontraste un amigo? ¿Cómo le enseñas a tu corazón que es un crimen enamorarse de nuevo? Vos probablemente no me recordarás, probablemente es historia antigua. Yo soy una de las pocas elegidas que seguí adelante y caí por vos. Estoy fuera de moda. Estoy fuera de... *touch*. Sentí demasiado rápido, sentí demasiado. Pensé que vos tendrías algún consejo para dar acerca de cómo ser insensible. Bueno, está

repitiéndose lo anterior.

Gómez no habló y continuó mirando el video con fijeza. Max compartía la intensidad del momento: había abandonado la postura reposada para elevar la cabeza, parar las orejas y clavar los ojos verdes en su dueño. El video acabó, y el único sonido que se oyó fue el de la aspiradora que Modesta pasaba en una habitación lejana.

—Sabés muchísimo inglés —se admiró Gómez—. Lo entendés perfectamente. No es fácil ir traduciendo así, de manera simultánea. Mi hermana va a un colegio bilingüe y no sabe ni la mitad que vos.

—Los idiomas se me dan con facilidad —admitió.

—También sabés francés, ¿no?

Camila asintió, con una sonrisa huidiza. Aterrada y halagada a un tiempo, se apresuró a sugerir:

—¿Seguimos con el trabajo?

Les costó retomar la investigación. Un rato más tarde, Modesta los interrumpió.

—Joven Lauti, dice Eduardo —se refería al guardia de la entrada— que lo buscan.

—¿Quién?

—Una chica.

—Por favor, Modesta, decile que no estoy.

Modesta regresó al cabo.

—La chica no se quiere ir, joven Lauti. ¿Por qué no va usted a ver qué precisa?

Salió del dormitorio sin excusarse, sin emitir sonido. El perro saltó de pie y lo siguió. Camila se quedó sumida en un gran desconcierto. Miró en torno. Aunque se negaba a admitirlo, se sentía perdida, irritada, abandonada. Dejó la silla y comenzó a recorrer el espacio. Observó la cama, el acolchado de guata color celeste, el bulto que formaba la almohada, el estante con trofeos, los pósters (de Pink Floyd, de Soda Stereo, de los personajes de la Guerra de las Galaxias), los lomos de los libros. Sobre la mesa de luz había un portarretratos. Camila lo levantó. No necesitaba saber que ese hombre era el padre de Gómez y que ese chiquito era el propio Lautaro, de cuatro o cinco años. “¡Qué nene más hermoso!”. Notó que tanto el padre como el hijo vestían uniformes de karate, esos que parecen pijamas blancos; el hombre lo ajustaba con un cinto negro; el niño, con uno blanco. Devolvió la fotografía a su sitio, y sus ojos tropezaron con el cajón. Una idea maliciosa la llevó a estirar la mano. Su Luna en Virgo la obligó a retirarla. Pensó en Alicia, en todo lo que le había dicho. Decidió romper con su consabida falta de espontaneidad y lo abrió.

Prevalecía un gran lío y revolvió con el índice. Había un reloj viejo, con la malla rota, una navaja Victorinox, gorda y llena de ranuras –incluso tenía una brújula pequeña en una de las caras–, un frasco vacío de perfume Ferrari –lo olió y le gustó–, varias lapiceras, el DNI –la foto no lo favorecía– y una caja que decía Prime. “¡Profilácticos!”. Se quedó mirándola como tonta. Si bien los había visto en el supermercado y en Farmacity, jamás había tocado uno. Abrió la caja y extrajo un sobrecito. Lo apretó entre el pulgar y el mayor y apreció la calidad viscosa del contenido. “Claro”, meditó, “necesita estar

lubricado". Se lo robaría. Al fin, desistió. Lo introdujo en la caja y regresó a su silla. ¿Con quién los usaría? ¿Con la chica que había estado acosándolo desde temprano?

Gómez regresó y, aunque simulaba serenidad, Camila olfateaba su agitación.

—¿Algún problema? —se animó a preguntar.

—No, nada.

—Si tu novia...

—¿Mi novia? —reiteró—. Camila, yo no tengo novia.

Ese "Camila" la alcanzó en un sitio que la hizo vibrar. La onda del impacto le abarcó el plexo solar, el estómago y, más abajo, entre las piernas. "¿Con ella usás los condones que tenés en el cajón?"

—Sigamos con el trabajo.



Durante el almuerzo, Camila se desenvolvió con más naturalidad, en parte gracias a la afabilidad de Brenda, que era muy

chistosa. Se enteró de que tenía quince años y de que iba a tercer año. Según aclaró la propia Brenda, no era en absoluto una bocha como su hermano.

—Podrías imitarlo un poco —comentó Ximena.

—¡Ay, ma! No hinchas. Yo no soy ni la mitad de inteligente que Lauti.

—Eso no es verdad. Sos inteligente, *muy* inteligente, pero vaga.

Aun en esas fachas, con el pelo desgredado después del entrenamiento, sin una gota de maquillaje y vestida con un equipo deportivo, Brenda resultaba cautivadora. En algunos rasgos, Camila descubría el parecido con el hermano, como en las cejas gruesas y unidas sobre el puente de la nariz y en el corte largo y delgado del rostro. Brenda tenía un matiz de piel más oscuro, cuando Lautaro era muy pálido, y poseía una nariz delicada, cuando la de él era prominente. “Es muy bonita”, decidió, mientras admiraba el corte rasgado de sus ojos oscuros. Una corriente de simpatía fluía entre ellas, Camila la intuía tanto como la mirada pesada de Gómez.

—¿Terminaron el trabajo? —se interesó Ximena al finalizar el almuerzo.

—No. Tenemos que trabajar toda la tarde —agregó Lautaro, y se puso de pie.

—¿Venís un ratito a mi cuarto, Camila? Te quiero mostrar algo.

—Brenda.

—¡Ay, dale, Lauti! No seas mala onda.

Gómez no entró en el dormitorio de su hermana; permaneció bajo el umbral. Levantó los brazos y, sin esfuerzo dado que era muy alto, se aferró al marco de la puerta y estiró el cuerpo como un gato.

—¡Me encanta la decoración de tu dormitorio!

—Mi mamá contrató una decoradora de interiores buenísima. Si querés, te paso su celular.

—No, está bien. Mi habitación es muy chica y no tiene sentido decorarla. ¡Adoro a Hello Kitty! —exclamó, y recogió de la cama un peluche de la conocida gatita.

—¡Yo también la amo! Mirá, tengo un montón de cosas. Sábanas, toallas, remeras. —Iba enumerándolas a medida que las sacaba del placard—. Las compré en mi último viaje a Miami.

“¿Mi último viaje a Miami?”. Por lo visto, los Gómez gozaban de un buen pasar económico del cual Lautaro no hacía gala. ¿De dónde saldría el dinero?

—Tomá, Camila. Te lo regalo. —Le extendió un almohadón en forma de cabeza de Kitty.

—¿Qué? No, no. No puedo aceptar, Brenda.

—¿Por qué no? Quiero dártelo. Dale, agarralo.

Camila se giró y buscó a Gómez de manera mecánica. Él había detenido el ir y venir de su cuerpo largo y delgado y observaba la escena con atención. Si Camila esperó una ayuda de su compañero, se equivocó. Nada dedujo de su gesto inescrutable.

—Dale, no seas tonta.

—Bueno, gracias. Aunque me encanta Hello Kitty, no tengo casi nada. ¡Esto es un tesoro para mí! ¡Gracias! —Se acercó para darle un beso, y Brenda la sorprendió abrazándola.

—¡Mmmm! ¡Qué rico perfume!

—¿Te gusta?

—Es riquísimo.

—Es una imitación muy buena de mi perfume favorito, el Euphoria, de Calvin Klein.

—Te queda bárbaro —aseguró Brenda.

—Gracias.

—Vamos, Camila —la instó Gómez.

Fueron al dormitorio en silencio. Camila disfrutaba de la presencia de Max a un lado y de la de Gómez al otro. Le gustaba estar en esa casa, donde se respiraba un aire distendido con aroma a... No sabía a qué, solo que era exquisito. Le gustaban Ximena y Brenda. Le gustaba Modesta. Y le gustaba Gómez en ese contexto. Sí, le gustaba Gómez, admitió, en tanto le observaba de soslayo la mano grande y la muñeca sinuosa de venas y tendones. La recorrió un escozor al evocarle en el calor de la pelea con Gálvez.

Alrededor de las cuatro de la tarde, cansados de leer, de pensar y de transcribir, fueron a la cocina a tomar un café. Camila experimentaba ligereza en el ánimo. “Estoy contenta”, se dio cuenta.

Hacía tanto tiempo que acarreamba su tristeza que había olvidado cómo era la alegría.

—Lautaro —dijo, y aprovechó que él le daba la espalda mientras aprestaba la cafetera—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Estás enojado conmigo?

Se volvió de pronto, con un giro impropio de sus movimientos lentos y sutiles.

—No —dijo, y se quedó mirándola. Era evidente que esperaba una aclaración a la que juzgaba una pregunta descabellada.

—A mí... Digo... Bueno... A mí me pareció que sí. —Él continuó con su mirada insistente, y en esa oportunidad Camila notó que estaba tenso—. Después de la pelea con Sebastián. Después de eso, me parece que te enojaste conmigo.

Gómez se volvió hacia la cafetera.

—Ese día, sí, estaba enojado con vos. Ahora, no.

—¿Por qué? —susurró Camila—. ¿Por qué ese día...?

—Porque me dio bronca que te dejases quitar tu diario íntimo.

—¡Yo no me *dejé* quitar mi diario! Él me lo quitó.

Se dio vuelta con un impulso agresivo.

—¡Porque sabe que vos gustás de él! ¡Por eso lo hizo!

Camila ahogó una exclamación y retrocedió de manera mecánica. No supo que se movía hasta que dio contra la mesada.

—A mí no me gusta Sebastián —balbuceó, y la calidad de su voz, estridente e insegura, la avergonzó.

Gómez profirió una risita sardónica que le reveló una parte cruel de él, que ella no le conocía. Lo sabía distante y parco, no cruel.

—Sí que te gusta. Lo mirás con cara de idiota.

Odió a Gómez con todas sus fuerzas. Bajó la vista y se obligó a desplazarse para abandonar la cocina. Huiría de esa casa que un momento antes constituía el paraíso. No soportaba a Gómez. ¡Al carajo con el trabajo para Geografía! ¡Al carajo con todo! ¿Cómo había podido pensar que le gustaba ese pedazo de hielo? No tenía sentimientos y no lo perturbaba lastimarla.

Sintió su mano como una tenaza en la muñeca. Con la cara hacia la puerta, tironeó para zafarse. Max se había interpuesto entre ella y la salida, y, pese a sus ojos bonachones, entrevió la terquedad del animal. Siguió forcejeando, tratando de conjurar la fuerza del toro con la que había nacido para escapar.

—¡Soltame! —masculló por fin.

—¡No! —La tiró hacia él, y la espalda de Camila golpeó el pecho de Gómez. Sus brazos la encerraron. Se removió pese a saber que resultaría en vano.

—¡Soltame, Lautaro! —exigió entre dientes.

—No —porfió él, y la obligó a darse vuelta.

A pesar de que la situación la desbordaba –sin duda, encontrarse entre los brazos de Gómez bien podía reputarse de una situación rayana a la ciencia-ficción–, se le dio por pensar estupideces, como por ejemplo, que le gustaba la sensación de pequeñez que estaba experimentado. De hecho, ella era de esas chicas a las que se califica de “grandotas”. Con su casi metro setenta y los hombros bien plantados, no resultaba fácil sentirse femenina en un país en el cual la altura promedio de los hombres es de un metro setenta y cinco. ¿En verdad Gómez estaba reteniéndola contra su voluntad? ¿En verdad Gómez la mantenía pegada a su cuerpo? Era fuerte, pese a su delgadez, ella lo sabía después de haber presenciado la pelea en la que Sebastián acabó con el culo al norte.

—Camila.

Levantó las pestañas para mirarlo.

—¿Podrías soltarme? —preguntó, con acento irónico—. Digo, si no es mucha molestia.

—No tengo ganas de soltarte.

—¿Te volviste loco?

—No.

—Ah, bueno. Te cuento que parece. —Se expresó con una liviandad fingida. Era buena fingiendo. No obstante, la voz seguía temblándole y la delataba—. ¿Qué hago? ¿Grito? ¿Llamo a tu mamá y a Brenda?

Aunque Gómez se limitó a mirarla y conservó la postura estática,

Camila reconoció el instante en que decidió besarla. Tal vez lo descubrió al advertir el movimiento casi imperceptible en el cual los ojos oscuros de él se posaron en sus labios antes de regresar a la posición inicial para continuar penetrando en los de ella como si se hubiese propuesto hipnotizarla. “Sabés todo lo que pienso, ¿no?”, lo habría increpado. “¡Imbécil!”. Jamás se había sentido tan expuesta, como si estuviese desnuda en plena calle.

Su comportamiento fue instintivo: elevó el mentón y bajó los párpados, al tiempo que Gómez inclinaba la cabeza. La impulsaba una voluntad desconocida y más poderosa que la de su Luna en Virgo, que, desde lejos, le gritaba: “¡No seas una regalada! ¡No dejes que te bese! ¡Está mal!”. Los rugidos en sus oídos acallaron las últimas voces de la razón.

Él apenas le tocó los labios. Se trató de un contacto mullido y suave, tibio y húmedo, quieto y relajado; no obstante, y pese a lo sutil que había sido, le provocó un cimbronazo que la hizo estremecer. Sus bocas permanecieron en contacto durante algunos segundos, hasta que Gómez presionó un poco y le atrapó el labio inferior entre los dientes, sin lastimarla; se conducía con delicadeza. Lo succionó, y las rodillas de Camila cedieron. Él, cuyo abrazo le inutilizaba las manos, aplicó fuerza para sostenerla. ¿Era verdad? ¿Lautaro Gómez, reputado *nerd*, estaba dándole su primer beso? La situación adquiriría visos tragicómicos. Lo más gracioso (o espantoso) era que le encantaba. Por mucho que hubiese imaginado cómo sería su primer beso, por mucho que hubiese practicado en el espejo del baño, nada la habría preparado para la catarata de sensaciones, pinchazos, corrientes y temblores que le convertían el cuerpo en una tormenta eléctrica.

Gómez fue depositándole besos pequeños sobre la boca, pero

también en las comisuras, en el mentón, en la punta de la nariz, en los párpados cerrados. Los labios de Camila se estiraron en una sonrisa inconsciente. Estaba viviendo la experiencia más placentera y fascinante de la que tenía memoria. Gómez ajustó el abrazo.

—No me gusta Sebastián —susurró, con terquedad, todavía herida en su orgullo, todavía con los ojos cerrados.

—No. Te gusto yo. —Las ondas sonoras producidas por la voz de Gómez la recorrieron como una mano caliente—. Repetime en inglés esa parte de la canción que decía: “¿Cómo enfriás tus labios después de un beso de verano?”.

—*How do you cool your lips after a summer's kiss?*

Lo que siguió acabó con el estado lánguido de Camila. Su cuerpo se crispó. Gómez le aferró la cabeza y la besó con una pasión y un desenfreno impensables momentos atrás, cuando apenas la rozaba. Apoyó las manos en su torso, dispuesta a alejarlo, y terminó retorciéndole la tela de la remera para acercarlo. Se trató de un chispazo, de un instante, de un giro veloz en el que su aversión mutó en lo contrario: una dicha tan plena que la asustaba; la asustaba desconocerse, ella no conocía a esa Camila. La boca de Gómez se tragó su exclamación, la que emitió cuando, horrorizada, se dio cuenta de que la penetraba con la lengua. Sabía que, tarde o temprano, iba a pasar; sin embargo, cuando llegó, la tomó por sorpresa. Incluso en ese momento desconcertante su Luna en Virgo le susurró: “¿Estás haciéndolo bien? Nunca habías besado. ¿Qué pensará Gómez? Que lo hacés muy mal, seguro. Te va a comparar con la novia que tiene, esa que lo llama y lo acosa. La novia con la que usa los condones”.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, y su agitación golpeó los labios húmedos de Camila.

¿Cómo hacía para adivinar sus estados de ánimo, sus cambios repentinos? ¿De qué modo había descubierto que la dicha acababa de convertirse en angustia al darse cuenta de lo mal que estaría besándolo?

—¡Che, Lauti! —Brenda se asomó a la puerta—. ¡Ah! ¡Perdón! No sabía...

—Desaparecé, Brenda.

Camila logró soltarse y huir. No levantó los ojos al pasar junto a la hermana de Gómez. Corrió por el pasillo y entró en el dormitorio, presa de la angustia. En tanto juntaba sus cosas, oía la discusión de los hermanos. No quería entender lo que se reprochaban. Las mejillas le ardían de vergüenza. Si hubiese podido escapar por la ventana, lo habría hecho.

—¿Te vas? —Gómez se detuvo en el umbral.

—Sí, sí —dijo, nerviosa, e insultó para sus adentros porque le temblaba la mano y no acertaba con los ojales en los ganchos de la carpeta. Gómez se la quitó y se ocupó de guardar las hojas.

—Tomá. —Le extendió una bolsa de papel en donde acababa de introducir el almohadón de Hello Kitty.

—Gracias —murmuró.

Ximena y Brenda la aguardaban en la recepción para despedirse. La sonrisa amistosa de la muchacha sirvió para apaciguarla. Al menos,

no la condenaba, no la juzgaba como una desubicada, regalada, atorranta, maleducada, trola, puta, y todas esas palabras que se le habían ocurrido en pocos minutos.

—Nos encantaría que volvieras a visitarnos —dijo Ximena.

—Camila va a volver mañana, mamá. Te dije que tenemos que trabajar mañana también.

—Ah, qué pena. Brenda y yo no vamos a estar mañana. Tu abuela nos invitó a almorzar —explicó en dirección a Lautaro, que masculló:

—Mala suerte. —Colocó la mano en la parte baja de la espalda de Camila para indicarle que saliera.

El edificio parecía haberse convertido en una torre de ciento cincuenta pisos. El ascensor nunca alcanzaba la recepción. Gómez se colocó al lado de Camila y le tomó la mano.

—¿Qué pasó?

—Nada —contestó ella, irónica—, solo que casi me muero de vergüenza cuando tu hermana nos vio en la cocina.

—No me refiero a eso —desestimó—. Antes, mientras te besaba, algo pasó. Lo sentí.

La abrumaba mantener un diálogo de características intimistas con un compañero al cual había escuchado pronunciar pocas palabras, rara vez dirigidas a ella; un compañero que la miraba con antipatía y gesto serio y que siempre lucía enojado, en especial con ella. Si se hubiese tratado de Sebastián Gálvez, no la habría importunado esa

sensación de irrealidad. Habría estado nerviosa, sin duda, pero no sumida en el desconcierto. Gómez era el último chico al que habría creído gustarle, el último al que habría pensado que le daría el primer beso. ¿Le interesaba o estaba jugando con ella? Quería mostrarse enojada y ofendida, y no lo conseguía.

—¿Por qué me besaste?

—¿Vos qué creés?

—No me respondas con otra pregunta.

Las puertas del ascensor se deslizaron hacia los costados al tocar la planta baja. Max salió primero y Camila apresuró la marcha detrás de él. Gómez la sujetó por el antebrazo y la arrastró tras una columna de mármol, al resguardo de ojos indiscretos. Percibió el frío de la piedra en la espalda cuando Lautaro se recostó sobre ella y ejerció presión. La obligó a elevar el rostro. ¿Por qué no lo empujaba y salía corriendo?

—Te besé porque me gustás. —Se inclinó y le rozó los labios, con ánimo provocador—. Me gustás mucho. —Un beso ligero—. Muchísimo. —Otro más—. Estoy loco por vos, Camila.

—¿Desde cuándo?

La pregunta lo descolocó y tomó distancia para observarla con ojos bien abiertos y una sonrisa sobradora.

—¿Desde cuándo? —repitió él.

—Sí, desde cuándo. Si alguien me hubiese preguntado esta mañana: “Che, Camila, ¿qué creés que piensa Lautaro Gómez de vos?”,

le habría dicho: “Me odia”.

—¿Que te odio?

—Sí, habría dicho que no me soportás. Siempre me mirás como si quisieras matarme. Y después de la pelea con Sebastián... Bueno, ahí sí confirmé que me odiabas.

—¡Sí, te odié! —Camila dio un respingo—. Ya te dije que me emboló que te dejaras sacar el diario íntimo.

—Entonces, si me odiaste, si estás embolado conmigo, ¿por qué me besás? ¿Pensaste que era una chica fácil, de la que te podías burlar? —Se removió, con furia—. Dejame ir.

Se preguntó de qué le valía ser taurina, grandota y fuerte, si el compañero al que Bárbara y Lucía llamaban “langosta” la sometía sin dificultad.

—Te quiero desde el primer momento en que te vi. —Le habló cerca del rostro, y su aliento le acarició los labios aún sensibles—. Te quiero desde el primer día de clase del año pasado, cuando apareciste en el aula. Tenías el pelo suelto y una vincha blanca, y estos mismos aros de perlas. —Le acarició el lóbulo izquierdo, y la garganta de Camila se secó—. Y una pollera larga hasta el piso, de color blanco, y unas zapatillas All Star rosas, y una carterita en bandolera, también rosa. No podía dejar de mirarte. Ese día me juré que ibas a ser mi novia.

—Yo... —Lo observaba, estupefacta, incapaz de hilar una frase coherente—. No me di cuenta —susurró—. Nunca me di cuenta. Sos tan antipático conmigo.

— Así soy.

— ¿Te gusté? ¿En verdad te gusté?

La recorrió con la mirada hasta regresar a sus ojos.

— Sí, ya te dije que sí. — Camila retenía el aliento y lo miraba sin pestañear. Anhelaba sus palabras, su reconocimiento, su cariño—. Siempre quise mirarte así de cerca porque estaba seguro de que tu piel era perfecta. No tiene falla — agregó, y le rozó la mejilla con el dorso de los dedos—. Qué suave es — se sorprendió—. Me encanta tu nariz. — Le delineó el puente con el índice—. Y tu boca... — Se inclinó para besarla, y Camila apartó la cara girando la cabeza sobre el mármol—. ¿Qué pasa? — El apretón de él se intensificó en la cintura—. Decime qué pasa — le exigió.

— No soy tu novia y estás besándome — respondió para ganar tiempo; en realidad, la espantaba la idea de no saber dar un beso francés—. No está bien.

— *Sos* mi novia.

— No soy tu novia porque nunca me lo pediste. ¿Quién te creés que sos para decidir algo así sin preguntarme?

— Está bien — claudicó, con un suspiro—. Camila, ¿querés ser mi novia?

— No sé. Voy a pensarlo.

— ¡Ja! — exclamó él, sin humor.

Los ladridos de Max se mezclaron con las voces de unos vecinos

que ingresaban en la recepción. Camila se rebulló y Gómez la soltó. Salieron a la calle. Él intentó tomarla de la mano, pero ella lo rechazó. ¿Por qué jugaba ese juego perverso? ¿Por qué no le daba la mano si los dedos le picaban de las ganas de sentir su contacto? ¿Por qué se comportaba de ese modo que iba contra su propio deseo? Lo hablaría con Alicia.

Al doblar la esquina, se dieron de bruces con Bárbara Degèner.

—¡Ey, qué sorpresa! ¡Hola, Lauti! —Se puso en puntas de pie para besarlo en la mejilla.

A Camila seguía asombrándola ese “Lauti”.

—¡Hola, Maxito! —Aferró las orejas del perro y las sacudió.

Camila quedó perpleja. ¿De dónde conocía a Max?

—¡Hola, Cami!

—Hola, Barby. Sí, qué sorpresa. ¿Qué hacés por aquí?

—Vengo del instituto de karate.

Camila le echó un vistazo disimulado. Aun así, en *jogging* y con una cola de caballo, era preciosa. La remera no le llegaba a la cintura, por lo que se le veía el ombligo con el *piercing*.

—No sabía que hacés karate.

—Empecé hace poco. Voy al mismo instituto de Lauti. ¿No, Lauti? Aunque él es instructor, no alumno como yo.

—¿Ah, sí? —Camila se giró para enfrentarlo y se quedó atónita

ante su gesto. Había fijado los ojos en Bárbara y no pestañeaba. Su nariz lucía más grande debido a que las paletas se le habían dilatado. Las cejas formaban una única línea. Camila notó que los pelos del lomo de Max se encrespaban, a tono con la tensión de su amo.

—Sí —masculló él por fin.

—¿Adónde van?

—A mi casa.

—Vamos, los acompaño —propuso Bárbara. Tomó del brazo a Camila y se posicionó entre ella y Gómez.

Emprendieron la marcha.

—Vamos a bailar esta noche, ¿no, Cami?

—No sé. Estoy muy cansada.

—¡No seas ortiba! ¡No me podés cagar ahora! No arreglé otra salida porque vos me...

—Está bien, está bien. Vamos a bailar. Pero mi papá nos lleva porque ya me dijo que no puedo ir en remis.

—OK.

—Tu papá nos va a buscar, ¿no?

—Sí, claro —aseguró Bárbara—. ¿Dónde hacemos la previa?

—¿No íbamos al matiné?

—No, es un bodrio. ¿Dónde hacemos la previa?

—En mi casa —decidió Camila.

—OK. Traigo una peli para matar el tiempo.

Se despidieron a la puerta del edificio. Camila destinó la última mirada a Gómez, y, aunque le sonrió, él la contempló con gesto de pocos amigos. En tanto esperaba el ascensor, los vio dar vuelta y alejarse, y un sentimiento extraño la asaltó. No le gustó que Bárbara y Lautaro se quedasen solos.



Fue a lo de Alicia para contarle las novedades. Apenas la vio entrar, la vecina la estudió a través del espacio del *living*.

—¿Qué te pasó que venís tan contenta? Es la primera vez que te veo tan feliz.

—¡Ay, Ali, no sabés!

—Vamos a la cocina. Quiero todos los detalles.

Alicia cebaba mates dulces mientras la escuchaba.

—Tengo que conocer a ese escorpiano —concluyó la astróloga—.

Traelo a casa un día de estos. Además, quiero hacerle la carta. ¿Qué día nació?

—El 17 de noviembre de... No, del 95 como yo, no. Él es del 94.

—Sin la hora del nacimiento, no podremos saber muchas cosas. Pero con estos datos nos enteraremos de algunas otras muy interesantes, como de la Luna.

Alicia se marchó a su estudio para consultar el programa que calcula la carta natal. Camila, con Lucito en la falda, se sentó en el sillón y se puso a leer el libro de Linda Goodman. *Cómo reconocer a Escorpión*. A medida que avanzaba en la lectura, su sonrisa se desplegaba pues, con cada frase, la autora le confirmaba que un escorpiano de pura cepa acababa de darle su primer beso. Por ejemplo, se lo confirmaba al asegurar que son grandes simuladores y que, por más que se encuentren conmovidos, rara vez las emociones se reflejan en sus rostros, *en el rostro impasible e inmóvil de Escorpión*.

Linda Goodman aconsejaba no pedir la opinión ni el consejo de un nativo de Escorpio, a menos que se estuviese dispuesto a aceptar la verdad brutal y cruda. “No debo olvidar esto”, se exhortó Camila, que tembló al imaginarse la respuesta de Lautaro a una pregunta como: “¿Te parece lindo mi cuerpo?”. Sin duda, él contestaría: “Sí, pero estás un poco gorda y tenés celulitis”.

Linda Goodman continuaba diciendo: *Cuando te diga algo agradable, atesóralo: puedes estar segura de que es sincero y sin adornos*. Camila evocó lo que Gómez le había dicho después de que ella tradujese “Insensitive”. “Sabés muchísimo inglés. Lo entendés perfectamente. No es fácil ir traduciendo así, de manera simultánea. Mi

hermana va a un colegio bilingüe y no sabe ni la mitad que vos”.

Lo que seguía la estremeció de pánico, pero también de anticipación. *Si te has enamorado de un varón Escorpión, y la palabra pasión te da miedo, ponte un calzado cómodo y escapa como si te persiguiera King Kong, porque Escorpión lo es. “¡Guau!”, exclamó para sus adentros. A pesar de que el rostro del escorpión es una máscara sin expresión, la autora afirmaba que, por dentro, sus pasiones están al rojo. Sin embargo, no había que confundirse: su naturaleza también se halla dominada por la razón. Pasión y razón, las maneja por igual y a su antojo. Ese poder le viene de la energía de Plutón, que es el planeta que rige a la constelación de Escorpio.*

En un punto de la lectura no consiguió refrenar una carcajada nerviosa, que despertó a Lucito. La Goodman aseguraba que *hasta es posible que tenga pecas y un cajón lleno de insignias que consiguió cuando era boy scout. No obstante, la última frase la dejó atónita: Cuando él empiece a indagarte con sus ojos ardientes y sus preguntas implacables, apenas si te quedarán secretos.*



El ronroneo del motor y los rebajes de los cambios de marchas se habían convertido en el único sonido dentro del automóvil. Su padre manejaba con un ceño que se había instalado allí después de la última discusión con Josefina. Bárbara iba en la parte trasera y se retocaba el maquillaje con mala cara; le parecía demasiado temprano; a la una y media de la mañana, encontrarían el boliche vacío. Camila, ubicada en el sitio del copiloto, se hallaba inmersa en el mundo de sus ideas. Un pensamiento destacaba: Lautaro Gómez. Después de haber leído el capítulo destinado a los escorpianos, se arrepentía de no haberle dado una respuesta a la pregunta: “Camila, ¿quieres ser mi novia?”. Habría contestado que sí, aunque lo más sensato, si sopesaba con cautela lo que acababa de descubrir acerca de los hombres de ese signo, habría

sido decir que no. Eran tan peligrosos como el arácnido que los representa, y su picadura, letal.

Alicia no había colaborado para que ella actuase con sensatez y se decidiese por el no.

—Como ya te comenté, Lautaro tiene como energía natural (porque ahí está su Sol) la que vos tenés que aprender. No te olvides de que tu Ascendente es Escorpio. Por otro lado, no te olvides de que es tu opuesto complementario. Escorpio es el opuesto complementario de Tauro. Él tiene todo lo que a vos te falta. Y vos, lo que le falta a él. Si saben crecer juntos, pueden potenciarse a las mil maravillas. De más está decir que Escorpio y Tauro, en la cama, sacan chispas.

—¡Alicia!

La astróloga soslayó el aspaviento de Camila y prosiguió:

—Escorpio está regido por Plutón, un planeta muy complejo, ya te he hablado largamente de él. Plutón es el poder. Los plutonianos se sienten tan cómodos con el poder como vos con tus manos. Sienten... No, mejor dicho, *saben* que pueden dominar cualquier situación. A nada le temen. Son imponentes. Hay que saber respetarlos. Pero, por otro lado, Cami, tu Plutón es también muy fuerte. Así que será para alquilar balcones ver cómo funcionan ustedes dos. Me gusta este chico —concluyó—. Vos necesitás alguien de carácter, porque, si no, serás de las que tienden a dominar al macho de la pareja. Y eso, tarde o temprano, terminará frustrando tu naturaleza taurina y venusina, que es romántica.

—¿Qué Luna tiene?

—En Tauro. Mirá qué interesante. Él entiende la parte afectiva como una energía que para vos es natural.

—Explicame, no entiendo.

—Para él, la parte afectiva se entiende a partir del contacto con el cuerpo de la madre, que será fuente de seguridad y de alimentos, por eso es una Luna con mucho contacto físico, mucho mimo. Es una Luna muy sensorial y sensual, como lo es Tauro.

—¡Es una Luna lindísima! —se exaltó Camila, mientras recordaba el modo en que Lautaro había respondido a las caricias de Ximena.

—Sí, y por eso mismo, por ser tan linda, por darnos una sensación tan placentera, es difícil superarla.

—¿Hay que superarla?

—Siempre hay que superar la Luna, siempre hay que madurar. No podemos quedarnos en los sentimientos que albergábamos cuando éramos niños. En el caso de esta Luna, no podemos suponer toda la vida que, sin contacto físico, no hay amor.

—¡Camila! —El llamado airado de su padre la devolvió al habitáculo del automóvil—. Hija, ¿no me oís? Estoy diciéndote que te quiero en casa a las cuatro y media.

—¡Cuatro y media! —Bárbara reaccionó incorporándose y plantando la cara entre los asientos delanteros—. Pero, Juan Manuel, eso es muy temprano.

Camila apretó la mandíbula. ¡Cómo le molestaba que Bárbara

tutease a su padre!

—Lo lamento, Bárbara. Quiero que mi hija esté de vuelta a esa hora. ¿A qué hora le dijiste a tu papá que fuese a buscarlas?

—A las seis.

—Por favor, llámalo y pedile que vaya a las cuatro, cuatro y cuarto. Si tu papá no puede buscarlas a esa hora, yo no tengo problema de hacerlo.

—Ya lo llamo.

Camila habría preferido que su papá le ordenase regresar a las tres y media. “Tengo tantas ganas de ir a ese boliche como de ponerme a bailar desnuda en la calle”. Se preguntó por qué Bárbara habría cambiado de boliche a último momento. Le había propuesto ir a uno en la Costanera, llamado Promenade. Esa noche, cuando se presentó en su casa, le advirtió que irían a Dolmen, en Villa Urquiza. Ante el cambio, Josefina y Juan Manuel pusieron mala cara.

—Es mejor que Promenade —les aseguró Bárbara, y Camila admiró la soltura y la desfachatez con que se dirigía a sus padres—. Es para menores de dieciocho.

—¿Sirven alcohol? —preguntó Josefina.

—¡Claro que no! —se escandalizó Bárbara.

Dolmen no defraudó las expectativas de Camila: era oscuro, frío y mundano. El rechazo la asoló al entrar en la recepción, donde los patovicas no les exigieron los documentos ni revisaron la mochila de Bárbara. A la una y media, la pista estaba prácticamente vacía.

—Vení, vamos a ocupar un lugar.

Se acomodaron en unas tarimas cubiertas por una moqueta negra que despedía un olor punzante.

—¡Qué asco! —se quejó Camila.

—Es el ignífugo. Tiene olor a meada de gato, ¿no? Después de lo que pasó en Cromañón en el 2004, todos se cuidan de cumplir con estas cosas.

—¿Por qué te gusta venir a estos lugares? Es horrible.

—Ahora te parece horrible, porque está vacío. Cuando empiece a llenarse y pongan música zarpada, vas a ver, es recopado. ¿Cómo te fue hoy con Gómez? ¿Qué tal se portó el caracúlico?

—Bien.

—¿Estudiaron mucho? Me imagino, los dos bochos del curso juntos...

—Tenemos dos días para hacer el trabajo, así que sí, trabajamos mucho.

—¿Te trató bien?

—Normal —mintió.

—¿Te quedaste a almorzar en su casa?

—Sí.

—¿Estaban la madre y la hermana?

— ¿Cómo sabés que tiene una hermana?

— No sé, alguien me dijo una vez. No me acuerdo. ¿Qué tal la hermana? ¿Piola?

— Sí, muy piola.

— ¿Es linda? Porque, si se parece a Gómez, es un bicho.

— Es muy linda.

— ¿Te gusta Gómez, Cami?

— Oy, qué manía con eso. Que si me gusta Gálvez, que si me gusta Gómez... ¡No me gusta nadie!

— Bueno, no te enojés. Te preguntaba, nada más. ¿Somos amigas o no? Las amigas se cuentan secretos. ¡Ah, mirá! Ahí viene Lucía.

— ¿Ese quién es? No sabía que tuviese novio.

— ¡Qué más querría ella! Pero no, no es su novio. Es un fato que tiene. Germán va a la escuela técnica que está cerca de nuestro cole. Lucía está muerta con él, pero él está de novio desde hace años con una minita de su barrio. Capaz que hoy la minita estaba enferma o no la dejaban salir, y por eso curte con Lucía.

Camila observó a la pareja que se acercaba y le dieron ganas de boxear a Lucía. No la soportaba, menos aún en el papel de gatona, exacerbado por los *hot pants* violetas y las botas de charol blanco hasta las rodillas. “¿Por qué no tendrás un poquito de dignidad, idiota?”. Aunque debía admitir que, con un físico escultural, daban ganas de vestirse así.

Lucía la saludó con mala cara, que se agrió aún más cuando Germán dijo:

—Barby, no sabía que tuvieras una amiga tan copada. ¿Sos rubia teñida o de verdad?

—¡De verdad, tonto! —intervino Bárbara—. Y dejala en paz. Está conmigo.

—¿Son tortilleras?

El corazón de Camila dio un vuelco y deseó salir corriendo de ese lugar y de esa gente.

—¡Qué pelotudo que sos! Ella y yo somos amigas. Como hermanas —añadió, y se aferró al brazo de Camila.

—Lo decía en joda. Se nota que tu amiga no es torti.

—¿Querés acabarla con Camila? —se quejó Lucía.

—Tomá, Barby —la invitó Germán, y le extendió un cigarrito liado a mano—, te dejo dar una pitada de mi porro para que me perdones.

—Al fin algo bueno.

Camila había percibido el aroma a hierba dulzona que se desprendía de las ropas de Lucía y de Germán, y enseguida reconoció que se trataba de marihuana; a diario, la olía a la salida del colegio y en los baños, durante el recreo.

—Hoy te tocaba a vos —Lucía le recordó a Bárbara—. ¿Trajiste el

escabio?

—Obvio —contestó la otra, y abrió la mochila.

Camila no daba crédito a sus ojos: Bárbara extrajo varias botellas, envueltas en un plástico con burbujas, y vasos de telgopor. Germán y Lucía la ayudaron a desembarazarlas de la protección y a abrirlas. Había vodka, fernet, whisky, licor, ron y gaseosa. Comenzaron a beber. Camila aceptó un poco de gaseosa, y Lucía bufó y elevó los ojos al cielo.

—¡Ey, hola, princesas!

Camila se congeló con el vasito a medio camino: Sebastián Gálvez la miraba con ojos chispeantes y le regalaba una sonrisa cautivadora. No sabía que el más lindo del curso concurría a esos boliches para menores. ¿Acaso no tenía diecinueve? Bárbara saltó de la grada y se lanzó al cuello del recién llegado.

—¡Hola, Sebita lindo! Qué bueno que viniste. ¡Estás divino!

—Gracias, Barby. Hola, Cami. —Se inclinó y la besó en la mejilla con deliberada lentitud, apoyando la boca sobre la piel—. Mmmm —lo oyó ronronear cerca de su oído—. Qué rico perfume.

Camila retiró la cara, incluso se desplazó unos centímetros sobre la grada para alejarse. El comportamiento de Gálvez la había avasallado.

—Hola —contestó, al tiempo que se preguntaba por qué, después de una semana de rehuirla, la saludaba como si nada hubiese ocurrido. Le molestó su inconstancia.

—Miren lo que tengo —habló Germán, y sacudió una bolsita con varias cápsulas bicolor.

—¿Es cristal? —preguntó Bárbara. —Germán asintió—. ¡Bravo! Dame una. ¿Cuánto cuesta?

—Doscientos mangos. A vos te la dejo a ciento cincuenta.

—¡A la mierda! Cuesta un huevo y medio.

—Me la pagás cuando puedas.

—No, Bárbara —masculló Camila, y la retuvo por el antebrazo—. No tomes eso, por favor.

—El cristal es lo más, Cami. Te parece que vivís en otro mundo, lleno de amor y paz. ¡Dale, probá!

—No.

—Dejala, Barby —terció Lucía—. Ella se lo pierde.

Germán le extendió la cápsula y Bárbara se quedó mirándola. La mano de Camila seguía oprimiéndole el antebrazo.

—No —dijo al cabo—, no voy a tomar.

Los demás apuraron la droga con un trago de alcohol. Germán y Gálvez comenzaron a charlar, lo mismo Lucía y Bárbara, que evaluaban a los que poblaban la pista. Camila sorbía su Coca-Cola y destinaba vistazos a Sebastián. Objetivamente, era magnífico; sin embargo, el encanto se había esfumado. Lo recordó peleando con Gómez; evocó la torpeza de sus brazos y piernas en comparación con

la agilidad de su rival y la derrota denigrante; experimentó vergüenza ajena. Él también había consumido cristal, y los efectos empezaban a notarse: sonreía sin pausa.

“¡Lautaro!”, tenía ganas de gritar. “Sacame de aquí”. Hasta las cuatro estaría atrapada en esa caverna llena de humo, olores y ruido. “Lautaro”. Deseaba estar con él. Le dio por reír, y se cubrió los labios con el vaso de telgopor. El sentimiento la desbordaba, la desconcertaba. El día anterior habría expresado que se trataba de algo impensable. En ese momento, lo añoraba como nunca había añorado a un chico, ni siquiera a Sebastián Gálvez durante el verano. De una manera extraña, se sentía unida a Lautaro Gómez, como si él fuera ella, y ella, él.

Como el *disc-jockey* tuvo un momento de lucidez y puso un tema que le gustaba (“Grace Kelly”, de Mika), Camila accedió a bailar. Después de todo, meditó, lo más sensato sería ponerle onda y pasarla lo mejor posible. La música surtió efecto, y en unos minutos se encontró envuelta por la placentera sensación que le causaba la sucesión de melodías. Bailaba tratando de soslayar que Bárbara estuviese borracha y que siguiese pitando el porro provisto por Germán y bebiendo fernet con Coca. En varias ocasiones, la vio alejarse de la pista para atender el celular; discutía con quien hablaba y regresaba alterada a la pista.

Como nunca, lamentó no tener un celular; habría llamado a su papá para pedirle que fuese a buscarla. “¡Disfrutá!”, se obligó. Después de haber anhelado la amistad de Bárbara y de Lucía, resultaba casi escandaloso que no se divirtiese en su primera salida.

Sebastián bailando frente a ella, atento a sus comentarios y

movimientos, constituía otro hecho que rayaba en la inverosimilitud. Sus ojos, más negros que verdes, fulguraban en la penumbra. El estilo de su ropa le otorgaba un aire canchero. Los bíceps se le marcaban bajo la manga larga y ajustada de la remera blanca, y los jeans le ceñían la cintura y las caderas delgadas. No cesaba el desfile de chicas que buscaban atraer su mirada. Él, sin embargo, las despedía con galantería antes de dirigir un vistazo a Camila y guiñarle un ojo. El tema "Without you", de David Guetta, operó en él como un pase mágico. Camila apreció en su semblante el deleite que la música le despertaba. Saltó sobre ella, la tomó de las manos, la atrajo hacia su cuerpo con un jalón brusco e intentó besarla en la boca. Camila apartó la cara a tiempo.

—Qué piel suave. Qué bien olés, Cami.

—Soltame, Sebastián. —Se lo quitó de encima con un empujón.

—¡Ey, vení!

Camila se alejó en dirección al baño. Bárbara la detuvo antes de que entrase.

—¡Amiga! —Se le colgó al cuello—. Amiga, no te enojés —habló con acento pastoso y aliento a fernet—. Sebas está copado con vos.

—Pero yo no. ¿Podrías llamar a tu papá para que venga a buscarnos más temprano? No aguanto este lugar. Quiero irme.

—¿Mi viejo? —Bárbara emitió una carcajada distorsionada por el efecto del alcohol y de la marihuana—. Mi viejo no tiene idea de dónde estoy. Ni creo que le interese.

—¿No le dijiste que veníamos acá? —Bárbara negó con una sacudida que amenazó su equilibrio—. Lo llamaste desde el auto para avisarle que nos viniese a buscar más temprano. —La risita de Bárbara fue respuesta suficiente—. ¿Fingiste que lo llamabas? ¿No va a venir a buscarnos? —Otra sacudida de cabeza—. ¡Bárbara, te voy a matar! ¿Cómo nos volvemos?

—¡En remís! ¿De qué otro modo?

—¡Mi papá me va a matar! Me dijo que nada de remises. ¡Qué voy a hacer! Me dijiste que tu papá venía a buscarnos. ¡Me mentiste! ¡Sos de lo peor!

Bárbara la abrazó de nuevo y le habló al oído.

—No te enojés conmigo, Cami. No vos, que me salvaste la vida. Sos la única amiga verdadera que tengo.

Camila cesó de respirar. Sus dudas acerca del episodio en el subte acababan de esclarecerse. Apartó a Bárbara con un empujón suave y la mantuvo a distancia aferrándola por los hombros. Se miraron fijamente. El celular de Bárbara debió de comenzar a vibrar, porque se lo quitó del bolsillo trasero del pantalón y atendió de mal modo.

—¡Hola! ¡Ya te dije que me dejes de joder! ¡No pienso decirte nada! ¡Imbécil!

Lo apagó antes de guardarlo. Las lágrimas desbordaron y le formaron surcos negros en las mejillas. Los limpió con el dorso de la mano, en un gesto impaciente y airado. Levantó la vista y se topó con la mueca inquisitiva de Camila.

— ¡No quiero que me tengas lástima!

— No te tengo lástima. Vení, entremos en el baño así te lavás. Estás muy borracha, Barby. Te va a hacer bien descansar un poco.

— ¡Ay, la perfecta! ¡La que nunca se puso en pedo! — Se sacudió las manos de Camila y regresó corriendo a la pista.

Camila soltó el aliento. “¿Qué mierda hago acá?”. Enseguida se preguntó de qué modo regresaría a su casa. Tuvo miedo. Ni loca tomaba un taxi sola. No tenía celular para llamar a un remis, que, por otra parte, tampoco representaba una opción segura; había escuchado historias de chicas violadas por remiseros. “¡Lautaro!”, volvió a gritar para sus adentros, y esta vez, las lágrimas mojaron sus mejillas. Entró en el baño e intentó calmarse. Le sucedía cuando era presa del pánico: su cerebro dejaba de funcionar. Aunque el baño olía a vómito y a orín, decidió quedarse. Eligió el compartimiento más limpio, bajó la tapa del inodoro con el pie, la cubrió con papel higiénico y se sentó. Oyó el chirrido de la puerta al abrirse.

— Cami, ¿estás acá? — La pregunta de Gálvez acalló las voces de las chicas que se retocaban el maquillaje frente al espejo.

Corrió la traba sigilosamente. Recogió los pies, apoyó la cara entre las rodillas y se ovilló en el inodoro.

— ¿Cami? Salí, por favor. Prometo portarme bien. Dale. ¿Cami? Aunque sea decime si estás acá.

— Yo no soy, Cami, potrazo, pero soy Vale. ¿No es lo mismo?

— Todo bien, Vale, pero yo quiero a Camila.

—¡Ay, qué ortiba! —se quejó la tal Vale.

Camila regresó a la pista al cabo de media hora, abatida, sin la resolución a su dilema.

Vio primero a Karen, y el alivio le causó una picazón en los ojos y en la garganta. Un instante después, lo vio a él, a Lautaro. Y supo que estaba buscándola. La familiaridad de su cara larga y delgada le provocó felicidad. Con su altura, sobrepasaba al resto y, quieto en un lugar, giraba la cabeza y aguzaba la vista. Hasta que la divisó. Camila se lanzó hacia él y, mientras corría para encontrarlo, lo vio desplazarse en su dirección, sorteando gente. Como nunca, era desconsiderada y aplicaba codazos y empujones para alcanzar su objetivo. La detuvo una fuerza que la sujetó por el brazo: Sebastián.

—¿Dónde estabas?

—Dejame ir, Sebastián.

—Hace media hora que estoy buscándote.

—Soltala, Gálvez. —La voz de Lautaro se impuso a la música ensordecedora.

Camila entró en pánico. Si se desataba una pelea, intervendrían los patovicas, y eso se convertiría en una catástrofe. “Son casi de la misma altura”, pensó, mientras, obnubilada, los observaba medirse con una mirada letal.

—¡Ey, Sebas! —Bárbara apareció con la botella de fernet medio vacía en una mano y el porro en la otra—. ¿Por qué no aprovechás y le bajás los dientes al *boy scout*? Hacele pagar la humillación del otro día.

—¡No, Lautaro! —se exasperó Camila—. ¡Te suplico, no peles!

—¿Tenés miedo de que pierda, Cami?

—¡Callate, Bárbara!

—¡Ey, Lauti! —siguió Bárbara—. ¿Cómo nos encontraste? ¿Quién te buchoneó?

—Soltala, Gálvez.

—¿Por qué? Camila está conmigo.

El índice y el pulgar de Gómez se instalaron en la tráquea de Gálvez, cuyos ojos sobresalieron y brillaron; la nariz se le tornó roja. Con un movimiento desesperado, colocó las manos sobre los dedos de su adversario e intentó quitárselo de encima. Gómez lo soltó, y Gálvez se arqueó hacia delante y tosió como un tuberculoso.

Lautaro ofreció la mano a Camila. Ella la aceptó y se dejó guiar hacia cualquier sitio. La confianza que le inspiraba ese chico era infinita. Bárbara los siguió gritándoles insultos hasta que la borrachera la venció y se sentó en el suelo para recuperar el aliento.

Gómez se detuvo en la recepción, donde la música los alcanzaba amortiguada gracias a los cortinados de terciopelo negro. Se miraron, y el desasosiego que Camila había experimentado en las últimas horas, explotó en su interior.

—Por favor, sacame de acá.

—Sí, ya mismo te saco. Aguantá un momento.

Tecléo en su celular y se colocó el aparato sobre la oreja. Camila no lo perdía de vista, temerosa de que se lo quitasen, de que la apartasen de él. El aire tranquilo de Gómez era lo único que necesitaba para saber que todo saldría bien.

—Karen —dijo él—, los espero en la recepción. Nos vamos. —Le siguió un silencio, en el que su ceño se pronunció—. Está bien. Los veo el lunes. —A Camila le explicó—: Karen y Benigno se quedan. Vamos.

El sereno del amanecer la tomó por sorpresa, y se estremeció. Gómez se quitó la campera de paño y mangas de cuero y le cubrió los hombros.

—Gracias, pero ¿vos no vas a tener frío?

—No. Esto es muy abrigado —la tranquilizó, y Camila admiró el suéter azul marino con cuello alto—. Caminemos hacia la avenida. Ahí conseguiremos un taxi.

Camila se imaginó recorriendo sola esas cuadras y tuvo deseos de llorar. Como si hubiese percibido su debilidad, Gómez le pasó el brazo por los hombros. Ella le correspondió rodeándole la cintura.

—Te llamé con el pensamiento. —Ante la mirada incrédula de él, insistió—: En serio, repetí tu nombre varias veces hasta que apareciste. Estaba desesperada.

Lo vio sonreír en la noche, una sonrisa de comisuras apretadas, como si no hubiese hecho a tiempo de reprimirla.

Gómez desechó varios taxis antes de detener a uno. Subieron, y a Camila le gustó la solvencia con que le indicó al conductor por dónde

ir. El automóvil se puso en marcha, y Camila se acurrucó en el abrazo de su redentor.

— ¿Por qué no fueron a Promenade?

— No sé. Bárbara cambió el lugar a último momento. Me dijo que Dolmen era mucho más copado porque tenía mejor música, menos reggaeton y menos cumbia. La música era buena, pero igualmente me arrepentí apenas entré. Bárbara llevó muchas botellas con bebidas alcohólicas. Y el novio de Lucía tenía porros y cristal. Un desastre. Me quería ir. Cuando le pedí a Bárbara que lo llamase a su papá para que viniese a buscarnos más temprano, me dijo que su papá no tenía idea de que ella estaba ahí y que nos íbamos a volver en remís. Casi me muero. Mi papá me había dicho que no se me ocurriera volver en remís ni en taxi.

— Ahora estás volviendo en taxi.

— Sí, pero con vos. No tengo miedo. ¿Fuiste a Promenade?

— Sí. Me gusta cómo pronuncías Promenade. Decilo de nuevo.

— *Prómeneid.*

— ¿Significa algo?

— Sí, costanera. Aunque tal vez esté en francés, porque se escribe igual.

— Y en francés, ¿cómo se pronuncia?

— *Promnad.* ¿Por qué fuiste a Promenade? ¿A buscarme?

—Sí.

—¿Eras vos el que llamaba a Bárbara al celular?

—Sí.

—¿Cómo sabés su celular?

—Una vez me lo dio.

—¿Por qué? Vos y ella no son amigos.

—La ayudé a preparar Física de tercero.

—Ah. No sabía. ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo supiste que estaba en Dolmen?

—Karen llamó a Gálvez.

—¿Karen a Gálvez? Me cuesta imaginarlo.

—Sí, Karen a Gálvez. ¿Estabas bailando con él? —Camila trató de incorporarse, pero Gómez la mantuvo apretada—. No me mientas, es lo único que te pido.

—No, Lautaro. No estaba bailando con él. Bailábamos todos juntos.

—Y él se ponía frente a vos, ¿no?

—Sí.

—¿Te tocó mientras bailaban?

—No. —Camila supo que no le creía—. Sí, me tocó, bah, *trató* de

tocarme, estaba borracho. Pero me zafé y me escondí en el baño. Justo salía del baño cuando te encontré.

—Gálvez dijo que estabas con él.

—No, no estaba con él —afirmó, y se enorgulleció de la tranquilidad con la que habló—. Ni siquiera sabía que iba a estar esta noche en el boliche.

—Bárbara lo arregló todo. ¿No te das cuenta?

—No me importa. Ya no me importa.

Cayeron en un silencio cómodo en el que Camila se adormeció. Despertó sobresaltada cuando Gómez la incorporó con delicadeza.

—Tengo que sacar la billetera —se disculpó.

Miró por la ventanilla y vio que se hallaban a la puerta de su edificio.

—¿Por qué vas a pagar? ¿Te vas a quedar?

—Quisiera hablar con vos un momento, aunque sea en la recepción de tu edificio.

—¿Y cómo vas a volverte a tu casa? Por aquí no pasan taxis a esta hora.

—Vamos, chicos —los apremió el chofer—, decídanse.

—Llamo a un remis —propuso Gómez.

—A esta hora van a tardar un año en venir.

—Me vuelvo caminando.

—*No way!* Es muy peligroso. No voy a poder dormir de la preocupación. Lo que sea, lo hablamos mañana.

Gómez asintió.

—Espere un momento que la acompaño.

—Está bien —gruñó el hombre.

Camila introdujo la llave, la hizo girar y entornó apenas la puerta. En puntas de pie, le susurró al oído:

—Sí.

—¿Sí? ¿Qué?

—Sí, quiero ser tu novia —aclaró, y se metió dentro.

La puerta se cerró tras ella. Siguieron viéndose a través del vidrio. Camila evocó un párrafo del libro de Linda Goodman: *...su superficie impasible no es más que un alarde. Por dentro, sus pasiones están al rojo.* En ese instante suspendido a través de la puerta, Gómez estaba mostrándole su interior candente. Trató de absorber la imagen en la cual su rostro reflejaba la emoción que estaba experimentando; quería atesorarla porque, meditó, quizá nunca volvería a verla.

Gómez apoyó la palma de la mano en el vidrio y separó los dedos. Camila hizo lo mismo del otro lado y, dominada por una emoción indescriptible, aplastó los labios en forma de beso y esperó a que él se inclinase y la besase a través del cristal antes de cerrar los ojos.



La despertó un zumbido. Levantó los párpados con dificultad. El zumbido se agudizó. A medida que la pesadez se disipaba, advirtió que se trataba de un sollozo. Irguió la cabeza y descubrió a su hermano Nacho, sentado a los pies de su cama, llorando en silencio. ¿Nacho llorando? Nacho no lloraba; él hacía un culto del buen humor y de la sonrisa.

—¡Nacho! —Se incorporó con un envión brusco y se mareó—. ¿Qué pasa?

—Papá —gimoteó el chico—. Papá... se va.

—¿Adónde?

—Se va de casa —dijo, y se echó a llorar sin reprimirse.

Camila lo abrazó para consolarlo sin entender bien el porqué de la angustia de su hermano. ¿Qué había dicho? ¿Que su papá se iba?

—¿Cómo que se va de casa?

—Está armando la valija.

—¿Por qué?

—Anoche, después de que te llevó al boliche, tuvo una pelea horrible con mamá. Y esta mañana las cosas no mejoraron. Dijo que se había hartado de todo y que se iba.

—No, por Dios. Nachito —lo urgió—, salí un momento así me visto.

Se enfundó en los jeans y se puso la primera remera que sacó de la cómoda. Se sentó en el borde de la cama para calzarse las *ballerinas*. Se cepilló el pelo a las apuradas y se hizo una cola de caballo para domar los mechones rebeldes. Un silencio sospechoso inundaba las habitaciones de la casa. Se asomó en el pasillo: la puerta del dormitorio de sus padres estaba cerrada. Se deslizó sigilosamente y apoyó la oreja sobre la madera. Nadie hablaba; los sonidos correspondían a puertas y a cajones que se abrían y se cerraban, a cierres de valijas. Se atrevió a tocar. Nadie la invitó a pasar. Entornó la puerta.

La imagen la golpeó como un puñetazo en pleno rostro. El dolor en su alma tomó la forma de un calambre en la boca del estómago. Su padre se afanaba en llenar la valija más grande. Desde una esquina, su madre lo observaba en un silencio beligerante, con los brazos cruzados y displicencia en la mirada. Camila la habría zamarreado para hacerla reaccionar. “¡Detenelo! ¡Rogale que se quede! ¡Rogale que no se vaya!”.

—Papi...

—Ahora no, Camila —intervino Josefina—. Tu padre está muy ocupado armando la valija para abandonarnos.

—¡No le digas eso! ¡Yo jamás abandonaría a mis hijos!

— ¿Qué es lo que estás haciendo, entonces?

— ¡Te estoy dejando a vos porque no te soporto más!

— ¡No! — El alarido de Camila atrajo la atención de los mayores —  
. ¡No, papi! ¡Te suplico, no te vayas!

— ¡No te vayas! — Nacho se aunó al ruego.

Juan Manuel chasqueó la lengua, soltó la prenda y abrazó a sus hijos.

— Es lo mejor, amores míos.

— ¿Cómo podés decir eso, papá? — lo increpó Camila.

— Ustedes viven en un ambiente muy violento, culpa de que su madre y yo no nos ponemos de acuerdo.

— ¡No te vayas!

— No es para tanto. Ya van a ver.

— ¡No! — Camila rompió el abrazo y comenzó a alejarse por el pasillo caminando hacia atrás—. ¡No lo acepto! ¡No acepto que te vayas! ¡Si te vas, no vas a volver a verme!

— Hija, por favor...

— ¡Los odio! ¡Los odio a los dos!

— ¡Camila, vení acá!

Dio media vuelta y salió corriendo. Necesitaba huir de ese departamento al que había aborrecido desde el principio y que ahora

se convertía en el escenario del peor momento de su vida. Cerró la puerta principal con un golpe que retumbó en el palier. “¡Alicia!”, pensó, y se acordó de que ella y Lucito pasarían el domingo en Tigre con unos amigos.

Sin paciencia para esperar el ascensor, bajó corriendo las escaleras, cruzó la recepción y se lanzó a la calle, ciega de lágrimas y de dolor. Corrió por la vereda en dirección a la avenida. Alguien gritaba su nombre, se daba cuenta de ello, pero no atinaba a reaccionar. Como si una voluntad externa la dominase, seguía alejándose.

—¡Camila!

Alguien la detuvo sujetándola por el hombro. Dio media vuelta, presa de la furia, y gritó a quien fuese:

—¡Qué!

—Camila. —Gómez la miraba, azorado; Max ganó—. Camila, ¿qué pasa? ¿Adónde vas? ¿Estás llorando? —Extendió el brazo para tocarle la cara mojada, y ella se retrajo, al mismo tiempo que se pasaba la manga de la remera por los ojos.

—Mi papá —dijo, al cabo de unos segundos—. Mi papá... se va a divorciar de mi mamá. Ahora... En este momento, está haciendo la valija. Dice que... Dice que...

Se apretó la boca con el dorso de la mano y miró hacia otra parte. Gómez la envolvió con sus brazos. La resistencia de ella se desmoronó y, con un sollozo que ahogó en el pecho de él, se aferró a su cintura. Inspiró el perfume de su buzo de polar, un aroma fresco, a limpio, a suavizante de buena marca, y enseguida se serenó. Él era firme, sólido

y seguro, y estaba ahí, con ella y para ella.

Gómez le encerró la cara con las manos y la obligó a elevar el rostro. Le barrió las lágrimas con los pulgares, largos y delgados, como todo en él. Se inclinó y le besó la nariz.

—No quiero volver a mi casa —sollozó Camila—. No soportaría ver que mi papá...

—Vamos a mi casa. De hecho, venía a buscarte para seguir con el trabajo.

—No creo que tenga cabeza para hacer nada hoy.

—No hagamos nada, entonces. Vamos.

Caminaban a paso lento para no renunciar a hacerlo pegados. Camila observaba la gente pasar y se preguntaba si serían tan felices como ella. Al instante, se acordaba de la separación de sus padres y se deprimía. No podía creer lo que estaba viviendo. Su padre se iría de casa, nunca más volvería; su familia se había destruido. Tenía la impresión de que, en algún sitio de su cuerpo, había sufrido un desgarró. Estaba descoyuntada, como una muñeca de trapo a la que le han arrancado una pierna. La fuerza de Lautaro la mantenía en pie.

En el departamento de los Gómez, la recibió la misma fragancia del día anterior. Inspiró profundamente para embargarse de la energía del aroma. Resultaba paradójico que algo etéreo y sutil le confiriese fuerza.

—Qué exquisito perfume —murmuró.

—Le pedí a mi vieja que encendiera los hornitos con el mismo

aceite de ayer.

—¿Le preguntaste cuál es?

—Sí, bergamota.

—Bergamota —susurró—. Oliendo la bergamota me siento mejor.

—Qué bueno.

—¿No hay nadie?

—No. Se fueron a lo de mi abuela. Vení, vamos a mi cuarto.

—Antes quisiera ir al baño para lavarme la cara.

—Usá el mío.

En el dormitorio, Lautaro abrió una puerta y le indicó que entrase. Camila cerró detrás de ella y se quedó quieta, estudiando el entorno. La luz entraba por una ventana grande, y bajó los párpados para sentir la calidez del sol sobre la cara. Lautaro debía de haberse bañado antes de ir a buscarla porque aún permanecía suspendido el vapor con aroma a jabón. No quería mirarse en el espejo —no reunía el valor para hacerlo—, por lo que se demoró en los detalles de la decoración, más bien escueta, y los efectos personales del botiquín. Había espuma de afeitar marca Gillette y una máquina descartable. “Así que se afeita”, pensó, y la idea le causó satisfacción. Olió el perfume, uno de Ralph Lauren, y le pareció exquisito. Había una caja con curitas, dos peines, una tijeras de uñas, un alicate, un colirio. No había condones.

Antes de mirarse en el espejo, se enjuagó la cara. Por fortuna, la noche anterior se había quitado la máscara para pestañas. Al final, cobró coraje y se observó. “Bueno”, trató de animarse, “podría ser peor”. Se soltó el cabello y se sirvió de un peine de Gómez para ponerlo en orden. Hizo pis y salió. Casi tropezó con Max, que parecía aguardarla pegado a la puerta.

—Hola, Max. ¿Cómo estás, bonito?

Le acarició la cabeza, y el perro arrugó el hocico, transido de placer, al tiempo que movía la cola con sacudidas vehementes.

—¿Dónde está tu dueño?

—Aquí está el dueño. —Gómez se detuvo bajo el umbral y la miró con fijeza. Una media sonrisa, casi imperceptible, desmentía la severidad de su expresión.

Camila apartó la vista y se dedicó a mimar al labrador. “¡Qué tonta!”, se reprochó. “¿Por qué estoy nerviosa?”. Lo estaba, por eso sonreía sin motivo y tenía los cachetes calientes.

—Me gustaría llamar a casa. Salí sin decir nada. No saben dónde estoy.

Gómez mismo marcó el teléfono y se lo pasó.

—¿Lo sabés de memoria?

—Sí. Te espero en la cocina. Estoy preparando el desayuno.

—OK.

Camila entró en la cocina un momento después.

—No llamé a casa.

—¿Por?

—Creo que tengo que volver.

—¿Por qué? —Gómez se mostró decepcionado.

—Lo dejé solo a mi hermano con todo este lío. No es justo. Él estaba llorando esta mañana cuando me desperté. Estaba sentado a los pies de mi cama, llorando. —Se le quebró la voz—. Tengo que volver.

—No quiero que vuelvas. Te va a hacer bien quedarte en mi casa. ¿Por qué no lo llamás a tu hermano y le decís que lo vamos a buscar?

—¿Nacho acá, con nosotros?

Gómez sacudió los hombros.

—Tengo Playstation, computadora, películas... No se va a aburrir. Podemos salir a dar una vuelta también. A tomar un helado. Podemos ir al cine.

—¿Te parece?

—Claro. No estaría proponiéndotelo si no me pareciese.

—Gracias. Lo voy a llamar. —Al cabo, regresó con mejor semblante—. Nacho se fue a pasar el día a la casa de su mejor amigo.

—¿Hablaste con tu mamá?

—Sí. No me animé a preguntarle si mi papá ya se había ido. ¡Soy

una cobarde!

—Nunca decís malas palabras.

—¿Cómo?

—Que nunca decís malas palabras. Otra, en tu lugar, habría dicho: “¡Soy una cagona!”.

—Eso también soy —dijo, y sonrió con aire cansado.

—Me gusta que no digas malas palabras.

Se sentaron a desayunar. Camila bebió el café con leche y comió las medialunas sin inhibiciones. Entre bocado y bocado, planeaban las actividades del día.

Max apoyaba el hocico en la pierna de Camila y la observaba con ojos tristes.

—Te pone esa cara de ternero degollado para que le des medialunas —explicó Gómez.

—¿Puedo?

—No, le hacen mal. Además, tiene tendencia a engordar. Es un defecto de la raza.

—El mismo que tengo yo —expresó Camila, mientras acariciaba la cabeza del perro y le admiraba los ojos verdes.

—Vos tenés un cuerpo perfecto.

Camila rio por lo bajo, siempre ocupada en acariciar a Max.

—No, no lo tengo.

—Es perfecto para mí.

No se atrevió a enfrentar la mirada de Gómez. Incluso sin hacer contacto visual, percibía la intensidad que brotaba de él.

—Que sea perfecto para mí es lo único que importa —remató.

—¡Qué hermoso que es Max! —exclamó, para cambiar de tema.

—Sí, muy hermoso. Pero es un cagón.

—No lo creo. ¿Verdad que no sos un cobarde, bonito?

—¿Querés ver? Vení. Vos entretenelo en mi dormitorio y salí con él cuando te diga.

Al rato, Camila se presentó en el pasillo con Max por detrás. Gómez se hallaba a unos metros con un juguete a sus pies, un *Tyrannosaurus rex* de unos treinta centímetros de alto, robotizado, que avanzaba en dirección a ellos, profiriendo rugidos. El labrador emitió un gáñido y se metió en el dormitorio. Camila lo siguió. Max entró en el baño de Lautaro, corrió la cortina de la bañera con la cabeza y se metió dentro. Camila soltó una carcajada cuando el perro se asomó para comprobar que su enemigo no invadiese las inmediaciones. Gómez colocó el robot en el piso del baño, y Max volvió a desaparecer tras el cortinado.

—¿Ves que es un cagón?

—¡Pobrecito! —exclamó Camila—. Sacá ese juguete de acá. Vení, Max, vení. Yo te protejo.

—No lo abracés. Todavía no lo bañé. Esta raza despide un olor muy fuerte.

—¿Querés que lo bañemos juntos?

—¿Tenés ganas?

—Me encantaría.

Otra ventaja del departamento de los Gómez la constituía una terraza enorme, con asador, mesa de jardín con sombrilla, sillones, reposeras y un espacio que, Gómez le contó, se destinaba para armar una pileta. Aprestaron la manguera y los elementos para bañarlo y se pusieron manos a la obra. El comportamiento de Max arrancaba carcajadas a Camila mientras, con unos guantes con pinches de silicona, ella y Gómez le refregaban el pelo. Sus gestos eran casi humanos, y, más que estar recibiendo un baño, parecía sometido a tortura. Se ovillaba sobre las baldosas, aplastaba las orejas contra el cráneo, entrecerraba los ojos y levantaba el belfo superior, todo en silencio, no emitía un sonido.

—¿Nos muestra los dientes? —se asustó Camila.

—Sí, pero no gruñe. No está enojado, sino asustado o incómodo. También lo hace cuando se siente culpable porque rompió algo o se robó comida de la alacena.

—Lo conocés muchísimo, ¿no?

—Sí. Y él a mí.

—¿Cuánto hace que lo tenés?

—Más de tres años.

“Más de tres años”, repitió Camila para sí. “Hace más de tres años que murió tu papá, Lautaro”.

—No se te ocurra sacudirte cerca de nosotros.

Después de que Max se sacudió en una esquina alejada, Camila lo frotó vigorosamente con una toalla y le roció un perfume para perros.

—Estás divino —le dijo, y lo abrazó.

Almorzaron pizzas que encontraron en el *freezer* y comieron helado de postre que Gómez ordenó por teléfono. Cada uno saboreaba un cuarto kilo de sus gustos predilectos, echados en un sofá, mientras veían una película cómica, *La cena de los tontos*. Era francesa, y Camila jamás imaginó que se reiría tanto con las desventuras del torpe y bonachón *monsieur* Pignon.

—Es una de las mejores películas que he visto —comentó.

—Originalmente, era una obra de teatro. La escribió el mismo que dirigió la película, Francis Veber.

Camila se quedó mirándolo. La sorprendían sus comentarios cultos y la información que manejaba; ella la habría pasado por alto o desestimado. De hecho, jamás se fijaba en quién era el director de una película.

—¿Qué le hiciste ayer a Sebastián en el cuello? Fue como si lo paralizases.

Gómez se incorporó en el sillón, apoyó los codos en las rodillas y siguió comiendo helado, con la vista fija en el pote de telgopor.

—¿No querés contarme?

—No me gusta lo que hice ayer. Desde que empecé karate a los cuatro años, mis maestros me han enseñado cosas que ayer se me borraron cuando vi que Gálvez te tocaba.

—¿Qué te enseñaron?

—Cosas que tienen que ver con el equilibrio y la armonía interior.

—¿Lo que le hiciste en el cuello es una técnica de karate?

—No, es una técnica de Wing Chung.

—¿Wing Chung? —Gómez asintió, siempre con la vista en el helado—. ¿Qué es eso?

—Una técnica de lucha china. Empecé el año pasado cuando vi una publicidad en el subte.

—Pero, seguís haciendo karate, ¿no?

—Por supuesto.

—Contame —lo animó Camila, y colocó la mano en el antebrazo de él; enseguida notó que se tensaba—. Contame acerca del karate.

—¿Qué querés saber?

—Todo. A qué instituto vas, qué cinturón sos. ¿Es verdad lo que

dijo Bárbara, que sos instructor?

—Sí, de los más chicos.

—¿Te llevás bien con tus alumnos?

—Sí, muy bien.

Camila sonrió. A pesar de que era parco y serio, paradójicamente, no le costaba imaginarlo dulce y simpático con los niños. Deseó que conociera a Lucito.

—¿Vos y Bárbara van juntos al instituto de karate?

—No. Ella recién empieza. Yo soy cinturón negro, primer dan.

—¿Eso qué significa?

Al cabo de diez minutos de disertación, en los que Camila absorbió no tanto los conocimientos, como la pasión que Gómez comunicaba, terminó envidiándolo.

—Me gustaría tener algo que me gustase tanto como a vos te gusta el karate. O como los scout —añadió.

—Vos tenés algo que te gusta tanto —le recordó Gómez—: los libros. Siempre te veo leer en los recreos. Aunque el mundo se caiga a tu alrededor, vos lees el libro y no levantás la vista.

Camila sonrió. No se había dado cuenta de que su afición por la lectura semejaba a la de Gómez por el karate o los scout. En verdad, de libros sabía muchísimo. Ese pensamiento la alegró.

—Me gustaría verte practicando karate.

—Podés ir cuando quieras al instituto.

—¿No tenés alguna filmación que pueda ver ahora?

—Sí. Brenda filmó el examen que di para obtener el cinturón negro y lo subió a internet. Es aburrido. No creo que te interese.

—¡Sí que me interesa! Mostrámelo.

Gómez sacudió los hombros antes de abandonar el sofá. Se trasladaron con sus potes de helado y Max a la zaga al dormitorio donde se hallaba la computadora.

El video comenzó, y pasaron pocos segundos antes de que Lautaro se embarcase en una explicación entusiasta de lo que era un kata, un kumité, un kihon, un dojo, el significado de la palabra karate-do, la historia del fundador del karate moderno, Gichin Funakoshi.

—El lema del karate-do es: *Karate ni sente nashi*, que quiere decir: En karate no existe primer ataque. —Camila lo miró a la espera de una aclaración—. El karate no es ofensivo, no es para atacar, sino para defenderse.

Asintió, mientras recordaba que Gómez, después de quitarle el diario íntimo, había esperado a que Sebastián atacase para iniciar la pelea. Se volvió hacia la pantalla, donde Lautaro, enfundado en un uniforme blanco, se debatía con un compañero para demostrar sus habilidades a los jueces. La pasmaba el dominio que exhibía sobre sus extremidades. Ella, como buena taurina, era negada para los deportes.

Siguieron viendo videos. Una cosa derivó en otra, y Gómez terminó entrando en su perfil de Facebook porque quería mostrarle

unas fotografías del último campamento de los scout en un camping del Valle de Traslasierra, en Córdoba. Camila advirtió que había chicas muy bonitas; una de ellas, de cabello negro y largo y ojos rasgados, pasaba el brazo sobre los hombros de Gómez y, en lugar de mirar a la cámara, lo miraba a él.

— Vos no tenés cuenta en Face. Tu hermano sí, pero vos no.

Gómez tecleó con sus dedos rápidos y delgados y abrió el perfil de Nacho.

— Esta foto tuya que colgó tu hermano me encanta.

— No sabía que mi hermano hubiese colgado una foto mía.

— ¿Te gustaría abrir un perfil?

— No sé. Me aburre. No sabría qué poner.

— Podemos enviarnos cosas y chatear. Sería una forma de estar comunicados. Como no tenés celular... Te puedo enviar mensajes de noche, antes de irnos a dormir.

— No entiendo nada de Facebook. No soy muy tecnológica.

— Es muy fácil. ¿Querés que lo abramos ahora?

Camila levantó los hombros en señal de indecisión.

— Bueno.

— Vení, sentate aquí, así abrís vos el perfil y aprendés.

Cambiaron lugares. Gómez se inclinó para teclear, y Camila se

embargó de su perfume. “Debe de ser el Ralph Lauren que vi en el baño. Es exquisito”. Se lamentó de haber salido como loca de su casa sin perfumarse y en esas fachas. A duras penas se había peinado. A Gómez le quedaban muy bien el buzo azul y los jeans blancos. Se sentía en desventaja.

—Es raro que no tengas Facebook —se inclinó él para hablarle, y su aliento, al golpearle la mejilla, le erizó la piel.

—Es que soy rara, Lautaro —declaró, con la vista al frente y las manos tensas sobre el teclado.

Por el rabillo del ojo, lo vio aproximarse y le adivinó las intenciones. La sensación de anticipación le cortó el respiro. Se envaró en la silla. Los labios de él le rozaron la mejilla, y los párpados de Camila descendieron de manera automática. Lo sintió arrastrar la boca hacia su oreja. Tembló cuando él le mordisqueó suavemente el lóbulo.

—Te quiero —susurró Gómez.

Camila percibió el erizamiento aun en los pezones, que le dolieron como cuando tenía mucho frío. ¿Se notarían bajo el algodón de la remera? No le importó. Giró en la silla, le echó los brazos al cuello y ocultó la cara en la morbidez del buzo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, con dulzura.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que mi papá nunca vuelva, de que nos abandone.

—Vos sabés que tu papá nunca los va a abandonar. Tal vez para vos sea común, pero lo que yo vi ayer no es para nada común. Que tu papá bajara con vos y me pidiera el teléfono y la dirección, no es común hoy en día, te lo aseguro.

—No soporto pensar que esta noche no dormiré en casa. No lo soporto.

Gómez la obligó a incorporarse. Camila se limpió los ojos y la nariz con la manga de la remera.

—Camila, ¿es verdad lo que me dijiste anoche cuando nos despedimos? ¿Que aceptabas ser mi novia?

Un calor trepó y le enrojeció las mejillas. Elevó el rostro. Él merecía que lo mirase a la cara al contestarle.

—Sí, es verdad. Quiero ser tu novia.

Una sonrisa fugaz le hizo temblar el labio inferior, y, aunque Camila deseó tocárselo, se abstuvo.

—Me gustaría pensar que ahora yo voy a ser para vos lo que vos fuiste para mí desde el primer día en que te vi.

—¿Qué fui?

—Paz, alegría. Porque de noche, en lugar de pensar en mi papá y dormirme llorando, pensaba en vos. Y en lo callada y tímida que sos, y en que sos muy suave y delicada, y muy inteligente y responsable. Eso me daba paz y me dormía tranquilo.

Camila se echó a llorar de nuevo.

—¡Perdoname! —suplicó, agobiada por la vergüenza y la congoja.

—¿Por qué? —se desesperó él.

—Porque debo de parecerte una estúpida llorando como si mi papá estuviese...

—¿Muerto? Decilo. No tengo drama. Mi papá está muerto. Eso es un hecho. Tengo que afrontarlo.

Camila levantó la mano lentamente, con el cuidado que se emplea para no espantar a un ave, y se dio cuenta de que él se congelaba, todo él se petrificaba, la respiración, el aleteo de las pestañas, el movimiento de los músculos, aun el de los ojos; los labios quedaron entreabiertos, y Camila apreció la hilera pareja de sus dientes.

Quería acariciarlo. La necesidad de tocarlo la apremiaba. Lo vio cerrar los ojos a la espera del primer contacto que ella le concedería libre y voluntariamente.

La textura de su piel no era tersa, pero resultó agradable. Con el índice, le recorrió el largo de la nariz, y el hueso que sobresalía arriba de las cejas, y descendió hasta el labio superior, tan delgado que casi no se veía, y probó la carnosidad del inferior. Sin abrir los ojos, Lautaro le apoyó las manos en las piernas, y ella percibió el calor a través de la tela del pantalón. Le estudió las pestañas que descansaban sobre el párpado inferior, y se dio cuenta de que eran hermosas, abundantes y oscuras. La entrega de Gómez la hizo sentir poderosa. Se inclinó y, con los ojos abiertos para observar la reacción de él, le cubrió la boca con los labios.

Gómez la pegó a su cuerpo y le devolvió el beso. Él era intenso y la apabullaba. El pánico le ordenó retroceder, pero la sensación de placer, que se apoderó de ella como una fiebre, ganó la partida y la mantuvo quieta, como suspendida en el borde de un precipicio del cual no veía el final porque estaba cubierto por un colchón de nubes. Deseaba abrir los brazos y arrojarse, confiada. Así lo hizo: se aferró a su nuca y amoldó el cuerpo para calzar en la curva que formaba su torso. La felicidad explotó entre ellos, y a ella no le importó la técnica, no pensaba si lo hacía bien o mal. Se dejaba llevar por una sensación íntima y de confianza que jamás había compartido con nadie; sin embargo, ese beso tenía sabor a reencuentro.

Se separaron. Lautaro la estudió recorriéndole el rostro con ojos fieros. Los detuvo en sus labios. Camila se los cubrió con una mano inestable. Él seguía turbándola, desnudándola con ese mirar oscuro. El encanto se esfumó y la avergonzó lo que acababa de hacer. Se giró hacia la pantalla.

—¿Qué pasa? —la increpó él—. ¿Por qué no me mirás?

—¿Por qué me mirás *vos* de ese modo? Me asusta.

—¿De qué modo? —La perplejidad de Gómez era genuina.

—Así. —Camila se inclinó hacia delante, abrió grandes los ojos y los fijó en los labios de Lautaro.

—No me di cuenta de que te miraba así. ¿Estás segura de que lo hacía con esa cara de boludo?

A pesar de sí, Camila se rio.

—Sí, con esa cara de... de boludo.

Gómez profirió una carcajada, la tomó entre sus brazos y la atrajo hacia él. Enterró la nariz en el cuello de Camila.

—Es que no puedo creer que seas mía. Por eso te miro así.

—Me asusta, Lautaro.

—Sos muy linda.

—No.

—Me gusta mirarte. Me encanta. —Le mordisqueó el pabellón de la oreja, y Camila se removió entre risas—. Me encantan tus orejas tan chiquitas. Siempre te las miro. Son las orejas más chiquitas que conozco.

—Es una característica de los taurinos. La astróloga Linda Goodman dice que nuestras orejas suelen ser pequeñas y estar bien pegadas a la cabeza.

—¿Qué dice de los escorpianos?

Camila intentó zafarse de su abrazo; él no se lo permitió. Con un jalón que la tomó por sorpresa, la ubicó sobre sus piernas.

—¡No, Lautaro! Que soy pesada.

Se le tensaron los músculos en un intento por no caer con todo su peso sobre las piernas flacas de él.

—Dale, decime qué dice la astróloga de los escorpianos.

—Dice que son malos, muy malos.

—¡Miente! ¿De verdad te parezco malo?

Camila levantó la vista.

—No, no me parecés malo. Al contrario. —Le besó ligeramente la boca—. Gracias, Lautaro.

—¿Por qué? —preguntó, con soltura fingida; el beso rápido de Camila lo había afectado.

—Porque hiciste que este día, que podría haber sido el peor de mi vida, fuese hermoso.

No existía lugar para fingimientos, y buscó la cercanía de su cuerpo. Gómez era fuerte. Como muchas características de él que pasaban inadvertidas, su fortaleza física era la que Gómez ocultaba con esmero. "*Karate ni sente nashi*", recordó.

—Linda Goodman dice que los escorpianos son de físico poderoso.

—Yo soy flaco.

—Sos poderoso —declaró, seria, inflexible.

Le acarició los hombros y los brazos de carne sinuosa y dura. Levantó la vista y, al toparse con los ojos de él, se dio cuenta de que se enfrentaba a un juego para el cual no estaba preparada. Él no le impidió volver a su silla. Camila prosiguió el discurso simulando interesarse en el contenido de la pantalla de la computadora.

—Dice que tienen nariz grande. Ella dice “nariz prominente, aguileña”.

—En eso tiene razón —convino, y se la tocó de un modo que excitó a Camila.

—También dice que tienen la piel muy pálida, casi traslúcida, y que sus cejas son espesas, unidas sobre el puente de la nariz.

—¿De verdad dice eso o estás inventándolo?

—¡De verdad!

—Increíble.

—Sí, yo pensé lo mismo cuando lo leí.

—Lo leíste por mí. —No se trató de una pregunta, era una afirmación.

—También dice que son vanidosos, insufribles, autoritarios...

Camila ahogó una exclamación cuando Gómez la asaltó para hacerle cosquillas. Las manos de él se movían con una rapidez imposible de combatir. Se deslizaron de la silla y se entreveraron en el suelo. Max ladraba y saltaba en torno a ellos.

—¡Ayúdame, Max! —gritó Camila, ahogada por la risa.

El labrador atacó a su dueño por la espalda: le colocó las patas delanteras en los hombros y le mordisqueó la nuca.

—¡Salí, traidor! —exclamó, y se tendió en el piso junto a Camila.

En la quietud de la tarde dominical, sus resuellos constituían el único sonido. Giraron las cabezas para mirarse al mismo tiempo. Se sonrieron.

—Linda Goodman también dice que lo más notable de un escorpiano son sus ojos. Dice que son penetrantes e hipnóticos.

Gómez le tomó la mano, y Camila volvió a fijar la vista en el techo. Descubrió que estaba plagado de autoadhesivos en una tonalidad amarillenta con siluetas de lunas, soles, estrellas, planetas y cometas; apenas destacaban en contraste con el techo blanco.

—Qué lindo —murmuró.

Sin pronunciar palabra, Gómez se levantó, cerró la puerta y bajó la persiana. Al tiempo que la habitación se sumía en la oscuridad, los autoadhesivos cobraban brillo. Volvió a recostarse en el suelo y entrelazó los dedos con los de Camila. Levantó la mano y arrastró la de ella; la utilizó para señalar.

—¿Ves eso? Es el sistema solar.

—¿Te acordás del orden de los planetas?

—Sí. El primero, el que está cerca del sol, es Mercurio. Le sigue Venus... —Prosiguió hasta completarlos, mientras intercalaba comentarios sobre las características de los planetas; también describió las constelaciones del Hemisferio Sur.

A Camila la admiraba que recordase conocimientos adquiridos en la primaria y que ella había olvidado al día siguiente de haberlos aprendido. Nunca le había interesado la astronomía.

—¿Vas a ser astronauta? —bromeó.

—Me encantaría, pero no.

—¿Por qué no?

—Voy a estudiar algo que sirva para seguir con la fábrica que fundó mi papá.

—Ah. ¿Qué hacen en la fábrica?

—Recipientes de plástico.

—Debe de ser interesante ver cómo se fabrican, ¿no?

—Si querés, algún día, te llevo. —Gómez se colocó de lado y, con el índice, dibujó el perfil de Camila—. Tenés una nariz perfecta. —Ella, adormecida por la caricia, no respondió, tampoco se alteró cuando él se acercó y le pegó los labios al oído—. Camila —pronunció en una exhalación, y ella pensó, por la cadencia que le imprimió, que no volvería a hablar—. Me encanta estar con vos.

Se dio cuenta de que la seducía que Gómez fuese imprevisible y que le dijese cosas que a ella no se le habrían ocurrido. Guardaba su próximo movimiento, sus comentarios y sus caricias con una expectación que la sumía en una tensión placentera. No lo conocía; sin embargo, allí estaba, tumbada en el suelo de su dormitorio, estremecida a causa de su cercanía, halagada por sus palabras. Se sentía hermosa y segura, y, como nunca, consciente de su cuerpo de mujer.

Max abandonó el sitio junto a ellos y se dirigió a la puerta cerrada. Olfateó a través del resquicio y soltó gañidos.

— ¿Qué le pasa?

— Mi vieja y Brenda están por volver.

Camila se incorporó rápidamente. Gómez la sujetó por el antebrazo y la obligó a regresar al suelo. Se ovilló y le dio la espalda cuando él la rodeó con su cuerpo.

— Tranquila —le ordenó en voz baja—. Recién deben de estar en la planta baja.

— ¡En la planta baja! ¿Cómo sabe Max que están por llegar?

— Porque las huele. El olfato de un perro es miles de veces más potente que el de un ser humano. Es muy poderoso.

— Increíble. De igual manera, Lautaro, dejame que me levante. No quiero que tu mamá o tu hermana nos vean así. ¿Qué van a pensar?

— ¿Qué importa lo que ellas piensen?

— A mí me importa. Ayer casi me muero de vergüenza cuando tu hermana nos vio en la cocina.

— Ella estaba feliz. Le caíste muy bien.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— ¿A tus otras novias no las quería?

Lo oyó reír en su nuca.

— No tengo novia.

—Pero tuviste —lo sonsacó ella.

—¿Querés saber de mis otras novias?

—No, la verdad es que me importan un bledo —mintió.

“¿Con quién usás los condones que tenés en el cajón de la mesa de luz?”. Intentó una vez más quitárselo de encima. Esa vez, él le permitió levantarse.



Merendaron con Ximena y Brenda y volvieron al dormitorio de Gómez para terminar de abrir la cuenta en Facebook de Camila. Brenda se les unió.

—Lauti —se quejó su hermana—, con tantas reglas de privacidad que estás definiendo, Camila solamente va a poder tener contacto con vos.

—Eso es lo que pretendo —dijo, serio.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué?

—Me refiero a por qué Camila tendría que tener contacto nada más que con vos.

Camila los observaba hablar de ella como si estuviese ausente y, lejos de enojarse, se sentía halagada.

—Porque es mi novia y no quiero compartirla con nadie.

Brenda alternó vistazos azorados entre Camila y su hermano.

—¿Sí? ¿En verdad son novios? —Camila asintió, y respondió con una sonrisa a la de Brenda—. Entonces, Lauti, ¡no seas tan guardabosques! Parecés un musulmán.

Al final y gracias a la intervención de Brenda, el perfil quedó definido de modo tal que a Camila pudiese buscarla cualquiera, que cualquiera pudiese enviarle un mensaje privado y que cualquiera pudiese solicitar su amistad. Gómez no se molestaba en ocultar el fastidio y Brenda lo comentó.

—Confía en ella, Lauti.

Cerca de las ocho de la noche, Camila rechazó la invitación de Ximena para cenar y anunció que se marchaba. Lautaro y Max la acompañaron hasta su casa. Caminaban despacio y disfrutaban la noche.

—¿Por qué no habrá estrellas en el cielo? —se preguntó Camila.

—Por las luces de la ciudad. Son tantas y tan potentes que opacan las del cielo.

—¿En serio?

Gómez asintió.

—Los telescopios gigantes se construyen en lugares desiertos. Ahí el cielo está plagado de estrellas.

—Algún día me gustaría ver un cielo plagado de estrellas. Nunca vi uno. ¿Y vos?

—Yo sí.

Esa noche, antes de meterse en la cama, Camila se conectó a su cuenta en Facebook. Gómez había escrito en su muro: “Buenas noches, mi amor”. Era la primera vez que la llamaba “mi amor”. Cerró los ojos y trató de imaginarlo pronunciando las palabras. ¿Cómo movería los labios? ¿Cómo sonaría su voz? ¿Cómo sería su expresión?

Le respondió: *“Good night, my love. Bonne nuit, mon amour”*.



“Lunes por la mañana”, recordó al despertar, y exhaló un suspiro angustiado. Empezaba la semana. Su papá se había ido el día anterior y pronto le pediría el divorcio a su madre, que nunca volvería a sonreír. La noche pasada, Josefina les había servido unos panchos sin mirarlos ni hablarles, y se limitó a responder las preguntas de Nacho con un movimiento de cabeza. Camila la notaba extraña y se preguntó si habría tomado una pastilla para los nervios.

Reunió la fuerza para abandonar la cama al pensar en Lautaro Gómez. “Somos novios”, se dijo, y la idea la hizo sonreír, aun después de compartir un desayuno triste con Nacho y Josefina, en el cual la ausencia de Juan Manuel pesaba como un yunque.

Gómez estaba esperándola en la puerta del edificio. No echó a correr y se lanzó en sus brazos porque Nacho estaba junto a ella. Le sonrió y caminó a su encuentro con las pulsaciones a un ritmo enloquecido.

—Nacho, te presento a Lautaro Gómez, un compañero.

—Hola, Nacho. —Gómez le extendió la mano.

—Hola —respondió, con timidez.

Durante la caminata hasta la estación, Camila le contó a Nacho que Gómez practicaba karate, lo que dio origen a una seguidilla de preguntas que Lautaro contestó con paciencia y buen humor. Se despidieron a la entrada del subte; Nacho se dirigía en sentido contrario. A esa hora, los vagones iban abarrotados; sin embargo, Camila consiguió un sitio vacío y lo ocupó. Gómez se ubicó delante de ella y no la miró lo que duró el viaje. Se mantuvo atento a quienes la rodeaban, como si esperase que alguno sacase un arma y la matase. Camila le echaba vistazos ansiosos y se cuestionaba si su parquedad y su mutismo se debían a que no lo había presentado como su novio a Nacho. “¿Se sentará conmigo o seguirá haciéndolo con Karen?”.

—¿Te gustaría venir esta tarde a la casa donde trabajo para terminar lo de Geografía? —le preguntó a las puertas del colegio.

—¿No te va a traer problemas?

—No. Alicia, mi jefa, es muy piola.

—OK. ¿Dónde queda? —Camila le explicó—. ¿A qué hora?

—A las tres y media.

Traspusieron el umbral, y Gómez, sin dirigirle una mirada, apuró el paso y se perdió en la multitud de alumnos. Un rato más tarde, Camila obtuvo la respuesta a su pregunta: Gómez ocupó su sitio junto a Karen como de costumbre.

Poco comprendió de la clase de Matemáticas. Su pensamiento se concentraba en otros temas: la actitud indiferente de Gómez, la presencia de Gálvez, cuyos ojos sentía en la nuca, el mal aspecto de Bárbara, que rehuía su mirada.

El timbre del primer recreo la sobresaltó. Aguardó el proceder de Gómez. ¿La esperaría para salir juntos? ¿La tomaría de la mano? ¿La besaría en el patio? Se quedó atónita cuando él, luego de un “vamos, Karen”, se fue sin echar un vistazo atrás.

Esperó a que el aula se vaciara para dirigirse al baño. Se encerró en un compartimiento y se echó a llorar con la mano sobre la boca y la nariz para no hacer ruido. En tanto se desahogaba, las ideas pasaban por su mente como nubes por el cielo: la falta de noticias de su papá, el divorcio inminente, la endeble economía familiar, la indiferencia de Gómez.

“¿Qué estoy haciendo?”, se increpó. “¿Por qué lloro por ese imbécil? ¿Para qué fue a buscarme a casa si ahora me ignora como siempre? Fue a buscarme a casa”, se repitió. “Eso significa que seguimos siendo novios, ¿no?”. Salió del baño. Por fortuna, no había nadie. Se lavó la cara y se secó con un pañuelo de papel. Volvió al patio con una dignidad que conjuraba gracias a su orgullo gigante como el Taj Mahal. Ocupó el sitio habitual, en la esquina alejada. Se sentó en el suelo y abrió el libro *El amante diabólico*, de Victoria Holt, entre cuyas páginas encontró alivio. Nada la libraba de la angustia y de los

pensamientos pesimistas como la lectura de una buena novela.

—Hola, Cami.

Camila levantó la vista y no respondió al saludo. Se quedó mirando a Bárbara Degèner con altanería y fastidio.

—¿Qué querés?

—Pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por lo del sábado.

—Está bien —dijo, y regresó a la lectura.

Bárbara se sentó junto a ella.

—En serio, Cami. Quiero que me perdones.

—En serio, Barby —la imitó—. Te perdono.

—¡No seas mala!

—¿Que no sea mala? ¿Y vos, que me mentiste y me usaste como si fuera una basura? ¿Que te drogaste y emborrachaste como una cualquiera?

—¡Perdón! ¡Estoy arrepentida!

Camila exhaló un suspiro. Tenía demasiados problemas para soportar una escena.

—Está bien, Bárbara. En verdad. No tengo ganas de hablar del

sábado. Lo pasé muy mal y quiero olvidarme.

—Fue Sebastián el que me pidió que lo organizara así.

—¿Fue Sebastián el que te pidió que llevaras esas botellas de alcohol y que fumaras marihuana?

—No, claro que no.

—¿Él te pidió que me mintieras acerca de que tu papá iría a buscarnos?

—¡En eso sí! ¡Él me pidió! ¡Él quería llevarte a tu casa!

—¡Por favor, Bárbara! No importa qué te pidió. Lo que importa es que me mentiste. Tramaste todo esto a mis espaldas. Pensé que éramos amigas.

Bárbara se acuclilló y le aferró las manos. *El amante diabólico* cayó al suelo.

—¡Claro que somos amigas! Sos la única verdadera amiga que tengo.

—¿La que te salvó la vida? —Bárbara bajó la vista y asintió—. ¿Por qué querías tirarte a las vías del subte? Decime la verdad, si es que somos amigas.

—Sos la única persona buena que conozco.

—¿Por qué, Bárbara?

—¡Porque mi vida es una mierda!

—Mi vida tampoco es un lecho de rosas.

Bárbara soltó un bufido y se apoltronó de nuevo a su lado.

—Tu vida es perfecta al lado de la mía. Vos no tenés que bancarte a la pareja de tu vieja que te manosea cuando ella no ve. No tenés que bancarte que tu vieja no te crea cuando se lo contás. No tenés un viejo que no sabe que existís; todo lo contrario.

—Bárbara... —susurró, pasmada por la confesión.

—Ya ves, no te miento cuando te digo que mi vida es una mierda.

Camila le apretó la mano. No sabía cómo proceder.

—¿No le hablaste a nadie de esto? ¿No vas a la psicóloga?

—Iba. Pero hace unos meses mi papá dejó de pasarle la cuota alimentaria a mi mamá y tuve que dejar.

—Entiendo. ¿Pudiste estudiar Química? —La mueca de Bárbara bastó como respuesta.

—Ayer me lo pasé durmiendo la mona —agregó.

—¿Qué quiere decir “durmiendo la mona”?

—¡Ay, Cami! Vos sí que vivís en un saquito de té. “Dormir la mona” quiere decir que me lo pasé durmiendo después de la borrachera.

—¿Por qué tomás? ¿Por qué te drogás?

Bárbara sacudió los hombros y fijó la vista en el suelo.

—Es divertido.

—No me vengas con esa. Esperaba una respuesta un poco más inteligente de tu parte.

—Cuando me pongo en pedo, me olvido de todo.

Camila habló al cabo.

—Como yo cuando leo. Cuando leo, me sumerjo en la historia y me evado.

—¿Sí? Nunca leí un libro.

—Este es superatrápante. Cuando lo termine, te lo paso.

—Bueno —contestó Bárbara, sin entusiasmo.

—¿Querés que repasemos Química?

—Después, en el otro recreo. Ahora contame cómo volviste a tu casa. Te vi salir con la Langosta Gómez.

—Le pedí que me acompañase. Volvimos en un taxi.

—¿Qué pasa entre él y vos? Me volvió loca por el celular preguntándome en qué boliche estábamos.

—Nada pasa —se apresuró a replicar, asaltada por la desconfianza de contarle la verdad, que eran novios.

—¿Sebas no te gusta ni un poco?

—Sebastián... Es muy lindo y me parece simpático, pero nada más.

El timbre anunció el final del recreo. Volvieron al aula en silencio.



Camila se empeñaba en contarle las últimas novedades a Alicia antes de que llegase el primer paciente.

—En cuando a lo de la pareja de su mamá, no digo que Bárbara miente, Cami, pero andá con cuidado con ella. Es evidente que no le resulta difícil engañar. El sábado se lo pasó mintiendo para llevarte con argucias a ese boliche. Hasta simuló hablar por teléfono con su papá frente al tuyo. Hay que tener estómago de acero para proceder así.

—No puede seguir yendo a la psicóloga porque su mamá no tiene plata.

—¿Ni siquiera por la obra social? —Camila permaneció callada—. Ya ves, Cami, Bárbara podría estar mintiendo. ¿Qué otra cosa importante tenías que contarme? ¿Es acerca del escorpiano?

—No, no es acerca de él, aunque quería avisarte que, tal vez, venga a terminar un trabajo para Geografía. Como me dijiste que querías conocerlo, me atreví a invitarlo. ¿Hice mal? Si te molesta, lo llamo al...

—No, no, me encanta que venga. En verdad, quiero conocerlo.

—Lo otro que tenía que contarte es que... mi papá... y mi mamá... El domingo mi papá se fue de casa. Creo... Me parece que van a divorciarse.

—Oh, Cami.

La mirada dulcificada de Alicia y la caricia que le hizo en la frente se convirtieron en las llaves para abrir las puertas que mantenía cerradas al dolor. Las lágrimas brotaron. Su vecina la abrazó.

—Es por mi culpa —logró balbucear.

—¿Cómo que es por tu culpa?

—Por mi Ascendente en Escorpio.

Alicia la apartó y la observó con un ceño que resumía su extrañeza.

—¿De qué estás hablando?

—En el libro de Ascendentes...

—¿El de Carutti?

—Sí. Ahí dice que es común que los niños con este Ascendente vean discutir a sus padres y que sean testigos de la ruptura de su

matrimonio.

—Camila, primero, no sabés si tus padres van a divorciarse. Segundo, no es tu culpa, ni de tu Ascendente. Es lo que te toca vivir. Tenés que aceptarlo con madurez.

—¡Odio mi Ascendente!

Alicia volvió a abrazarla.

—No voy a negarlo, es un Ascendente intenso, en especial para vos, que sos taurina, tan apegada a todo. Pero jamás pienses que las cosas ocurren por tu culpa o por culpa de tu ascendente escorpiano. Es difícil de entender, lo sé, pero la vida te está mostrando lo que necesitás para recorrer el camino que es preciso que recorras para tu evolución como persona. No te cierres a esa realidad.

—¿Necesito sufrir? —preguntó con sorna.

—Necesitás conocer el sufrimiento para disfrutar del bienestar, y, sobre todo, para compadecerte de quienes sufren y saber cómo ayudarlos. Nadie comprende lo que no conoce, Cami. Y vos viniste a este mundo para ayudar y comprender a los demás. Para curar.

—¿Qué hago, Alicia? Odio lo que está pasándome, odio que mi papá no esté en casa. No lo soporto. Mi mamá está destruida. No sé qué hacer.

—Aparte de quejarte y llorar, lo cual es normal y humano, ¿qué te nace hacer en una situación como esta?

—Me dan ganas de irme a una isla desierta y no volver más.

—¿Y dejar a tu escorpiano?

La chicharra del portero eléctrico irrumpió en el diálogo.

—Mi primer paciente. Seguimos charlando después.

Aunque debería haberse puesto a estudiar, se dedicó a jugar con Lucito. Sus risas y gorjeos constituyeron un bálsamo sanador y, al igual que le ocurría con un buen libro, le borraron de la memoria los malos tragos de la vida, aun el desaire de Gómez.

Cuando el timbre sonó y anunció su llegada —tenía que ser él; todavía faltaba media hora para el próximo paciente de Alicia—, la asaltó una sensación de pánico. Se calzó a Lucito en el hueso de la cadera y bajó a abrirle.

—Pasá —dijo, con acento beligerante, y se apartó para permitirle que entrase.

—Hola —la saludó, y se inclinó para besarla en los labios.

Camila apartó la cara y marchó deprisa hacia el ascensor, cuyo pequeño habitáculo la obligó a compartir un confinamiento intolerable. Se empecinó en mirar fijamente la manija de la puerta, a sabiendas de que él la miraba a ella con igual fijeza. Entró en el departamento de Alicia y depositó a Lucito en el corralito.

—¿Querés tomar algo? ¿Café, jugo, Coca?

Gómez apoyó los libros en la mesa del comedor, se quitó la campera y la acomodó en el respaldo de una silla. Camila seguía sus movimientos, hipnotizada, y fue incapaz de moverse cuando él se aproximó y se plantó frente a ella.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás enojada?

—No estoy enojada —su orgullo la impulsó a contestar.

La sonrisa ladeada de Gómez la excitó y la fastidió a un tiempo. Sacó a Lucito del corral y caminó deprisa hacia el *living*. Depositó al niño en el sillón, entre almohadones.

—Sí, estás enojada —declaró Gómez, y le impidió evadirse al aferrarla por las muñecas—. Decime por qué.

—¿Acaso los escorpianos no tienen el don de ver en el interior de las personas? —Se sacudió las manos de Gómez—. Si es así, deberías saber qué me pasa.

—Estás enojada porque no te di bola en el cole.

Camila se cruzó de brazos a la espera de una explicación, que no llegó.

—¿Y? —se ofuscó—. ¿No vas a decirme por qué me trataste como si fuese el último orejón del tarro?

—Camila, no te traté como si fueses el último orejón del tarro.

—A mí me pareció que sí. Te sentaste con Karen...

—No voy a cambiar mi lugar con Karen por haberme puesto de novio con vos. No sería justo con ella.

—Pero sí te pareció justo ignorarme como si no fuese nada para vos, como si yo no significase nada.

—Vos sos todo para mí.

No la tocó al expresarlo; de igual modo, Camila se quedó sin aire, lo mismo que si la hubiese aplastado contra la pared y le hubiese apretado los pulmones.

—Entonces, ¿por qué...?

—No quiero que se enteren en el colegio de que estamos de novios.

—¿Qué tiene de malo?

—Sos ingenua.

—Querés decir que soy tonta.

—No tenés un pelo de tonta. No soportaría estar con una tonta. Pero sos demasiado buena y pensás que todos son tan buenos como vos. Confiás en la gente. Yo, en cambio, confío en pocas personas.

Camila se quedó mirándolo y, al tiempo que estudiaba su rostro largo y flaco, se acordaba de un párrafo del libro de los Ascendentes en el cual Carutti afirmaba que a los nativos de Escorpio les resulta natural evitar exponerse porque saben que, tras las máscaras sociales, se agitan energías complejas y oscuras. Por el contrario, los que poseen Ascendente en Escorpio se ofrecen a los demás con confianza e ingenuidad.

—No soy tan buena como creés, Lautaro. Tengo mis partes oscuras.

Él volvió a proferir esa risita con aire de sapiencia y cansancio, que tanto la conmovía.

—Sí, *muy* oscuras.

—No te burles.

—No me burlo. ¿Por qué le hiciste la prueba de Química a Bárbara después de lo que te hizo el sábado? El profe podría haberte puesto un uno por eso.

—Me pidió disculpas. Está llena de problemas.

—Todos tenemos problemas. Ella es una serpiente. No quiero que seas su amiga.

—No quiero hablar de Bárbara, no quiero desviarme del tema. Explicame por qué no querés que se enteren de que somos novios en el colegio. ¿Qué peligro hay?

A juzgar por la mala cara y el suspiro que emitió, creyó que no le respondería.

—Porque quiero proteger lo que tengo con vos. No voy a exponerlo a esa manada de boludos de la división.

—¿De qué tenés miedo?

—No le tengo miedo a nada, Camila. Soy ferozmente protector de lo mío. Y vos sos mía.

Le deslizó la mano por la cintura y, con un tirón suave, la atrajo hacia él. Sus ojos la hechizaron, y, mientras Gómez inclinaba la cabeza para besarla, cesó de respirar. Cayó en la cuenta de que había añorado el contacto, lo había necesitado a lo largo del día lo mismo que el alimento. Bajó los párpados antes de que se tocasen los labios.

Experimentó en su carne la conmoción de él, y la envaneció la certeza de que ella le gustaba. El beso cobró pasión, y, en medio de la bruma en que la sumía, se filtró un rayo de luz que le devolvió la cordura.

—No, Lautaro, aquí no. Lucito está viéndonos. Alicia y su paciente podrían aparecer en cualquier momento.

Gómez le permitió alejarse en dirección al bebé. La siguió y se lo quitó de los brazos.

—Hola, Lucio. —Lo elevó sobre su cabeza y lo agitó con suavidad, lo que provocó risas en el niño—. Yo soy Lautaro, el novio de Camila.

Hubo una nota de orgullo en el modo en que Gómez pronunció “el novio de Camila”. La hizo sonreír hasta que, al seguir con la mirada la línea visual de Lautaro, descubrió que apreciaba el cuadro *L'Origine du monde*. Entonces, la sonrisa se le congeló en el rostro, se desvaneció poco a poco, y el cuerpo se le llenó de agitaciones.



Lautaro se marchó alrededor de las siete. Por fortuna, habían terminado el trabajo para Geografía. Camila estaba conforme. A él se le

había ocurrido alternar la exposición oral con imágenes de películas y videos que hallaron en Youtube y que reflejaban de manera descarnada la realidad en la República Democrática del Congo. Faltaba completar el último capítulo de la monografía, titulado “Conclusiones”, del cual Gómez se haría cargo.

—¡Me encantó tu escorpiano! —exclamó Alicia, mientras Camila daba de cenar a Lucito—. Espero que no te haya molestado que le preguntase la hora de su nacimiento. Esta noche me voy a fijar un poco en su carta, pero el olfato me dice que es ideal para vos. ¿Estás contenta, Cami?

—Todo sucedió tan rápido. Me siento rara —dijo, después de una reflexión—. Jamás imaginé que yo le gustase a Gómez... a Lautaro —se corrigió—. También es raro que él ahora me guste cuando hace una semana no me habría imaginado ni siquiera dándole la mano.

—¿Por qué?

—Porque... Bueno, no me parece lindo. Habrás visto que no lo es.

—A mí me resultó interesante. Es atractivo, como buen escorpiano. Y de buena estampa.

—¿Qué quiere decir “estampa”?

—Me refiero a que tiene buena apariencia. Es alto, derecho, con mirada penetrante y segura. ¿Te fijaste en sus manos? Son enormes.

Camila tomó nota mental; se las observaría al día siguiente.

—Es muy educado —prosiguió Alicia—. Se desenvuelve con la

seguridad de un adulto. Parece mayor de lo que es. No habla como un adolescente común.

—Conmigo siempre era antipático.

—Pura pantalla. ¿Qué me decís del leonino? ¿Sigue gustándote? Según me dijiste, está fuertísimo.

—Eso es raro también. Sebastián es muuuuy lindo, sin duda, pero después del sábado, después de verlo drogarse con cristal y emborracharse, perdió el encanto. Ya no lo veo tan lindo como antes. Te parezco muy inconstante, ¿no?

—Para nada —desestimó Alicia—. Además, lo que a mí me parezca no cuenta. Cami, es importante que te sientas atraída físicamente por Lautaro. Me decís que no es lindo. Pero, ¿te gusta? ¿Te gusta que te bese?

—Sí, me gusta —admitió, en voz baja y con la cara roja.

—¿Qué más te gusta de él?

Camila cortó bife para Lucito, en tanto meditaba la respuesta. Se dio cuenta de que había muchos aspectos de Gómez que le resultaban agradables.

—Que no sea acomplejado como yo. Me encanta su seguridad. Tiene una nariz horrible, pero estoy segura de que no se le movería un pelo si alguien le dijese “narigón”. Jamás se inmuta cuando le dicen *nerd*, *boy scout* o *langosta*. Le resbala.

—Sin duda, esa es una gran cualidad.

—Es bueno con su mamá y con su hermana. Me gusta que sea el mejor alumno. Es superinteligente. Me gusta que trabaje.

—¿Ah, sí? ¿En qué trabaja?

—Da clases de karate.

—¿Así que karateca?

—Sí. Es cinturón negro, primer dan, a pesar de que solo tiene dieciséis años.

—¿Le contaste a tu mamá que estás de novia con él?

—No. —Su sonrisa se esfumó—. Mi mamá parece un zombi. Hoy no fue a dar clase. No sé qué hacer para ayudarla.

—Cami, la ayudás siendo la buena hija que sos. Quedate tranquila. Tu mamá y tu papá son los adultos en este contexto. Ellos tienen que resolver sus problemas, no vos.

—La relación con mi mamá siempre fue difícil. Ahora creo que todo empeorará.

—¿Por qué sentís que la relación con ella es difícil?

De nuevo se tomó unos segundos para ponderar su contestación.

—Siento que para ella no existo.

—Bueno, es un sentimiento normal si tenemos en cuenta que la conjunción Urano y Neptuno que tenés en la Casa IV cumple un rol parecido al de una Luna en Capricornio.

— ¿Qué efecto tiene la Luna en Capricornio?

— Justamente eso: sentir que nadie te lleva el apunte, que sos invisible para tu familia. Pero debés comprender que, al igual que tu Luna en Virgo, es una energía que está en vos y no en tu mamá. Para ella existís y sos el centro de su vida. Es tu percepción la que te lleva a pensar y sentir que no existís para ella. ¿Supiste algo de tu papá? ¿Llamó?

Camila negó con una sacudida de cabeza. Un rato más tarde, mientras cenaban en un silencio lúgubre, Juan Manuel Pérez Gaona tocó el timbre del portero eléctrico. Nacho saltó de la silla y atendió. Volvió exultante al comedor.

— ¡Es papá! Dice que Camila y yo bajemos para hablar con él.

A Camila, que esperaba un berrinche por parte de su madre, la asombró la respuesta mesurada.

— Está bien. Bajen a hablar con él. Pero abríguense. Se ha puesto frío.

Aunque le había prometido que, si los abandonaba, no volvería a verlo, Camila se echó a los brazos de su padre y lo abrazó como no recordaba haberlo hecho en sus casi dieciséis años.

— Mis amores —repetía Pérez Gaona, mientras les besaba las coronillas y los mantenía pegados a él.

— ¿Cuándo vas a volver a casa, papi? —quiso saber Nacho.

— Por ahora, no, hijo. Sé que te parece muy feo que me haya ido, pero vas a ver que nos hará bien a todos poner un poco de distancia.

No era bueno para ustedes vernos pelear a tu mamá y a mí día y noche.

—¡A mí no me importa que peleen! —porfió el chico—. Lo único que quiero es que no se separen.

—Bueno, ya veremos —contestó Juan Manuel.

—¿Adónde dormiste anoche, papi? —se interesó Camila.

—En lo de mi primo Carlos. Hoy me dediqué a ver departamentos. Quiero alquilar uno cuanto antes.

—¡Vas a alquilar un departamento! —se horrorizó Nacho—. ¡Eso quiere decir que no vas a volver!

—Nacho —intervino Camila—, cortala. No te pongas pesado. Papá y mamá necesitan un tiempo para reconstruir su relación. ¿Querés que papá viva de prestado en lo de su primo?

—Además —acotó Pérez Gaona—, quiero tener un lugar donde vayan a visitarme.

Al despedirse, Camila evaluó la posibilidad de contarle a su padre que estaba de novia con Lautaro Gómez. Enseguida desistió; Juan Manuel Pérez Gaona tenía demasiados problemas para interesarse.

Antes de irse a dormir, Camila se sirvió del Facebook para contarle a Lautaro acerca de la aparición de su papá, y se dio cuenta de que a nadie se lo hubiese referido excepto a él, aunque lo más importante era contar con la certeza de que a nadie le hubiese interesado la noticia tanto como a él.



Al día siguiente, durante el primer recreo, Sebastián Gálvez se sentó a su lado en el suelo y guardó silencio. Con las piernas flexionadas y los codos sobre las rodillas, mantuvo una postura cabizbaja y ensimismada. Camila lo observó en silencio y, un momento después, cayó en la cuenta de que, pese a que tenía las piernas estiradas, no le importó que pareciesen “jamones”; las mantuvo en esa posición. Un tenue sentimiento de triunfo le confirió seguridad.

Estudió el entorno. Su mirada tropezó con la de Gómez. “Desearía que fueses vos el que se sentase a mi lado”. Los ojos de él la abandonaron para posarse en Sebastián. Camila intuyó que, mientras este no la tocase ni la molestase, Lautaro conservaría la calma.

— ¿Qué querés, Sebastián? Estoy leyendo.

Gálvez ladeó la cabeza y le destinó una sonrisa nostálgica, que Camila no devolvió. Se sintió superior y se preguntó cómo era posible que ese chico le hubiese atraído.

— El sábado la cagué con vos, ¿no, Cami?

— ¿A qué te referís?

—Sabés a qué me refiero. —Camila se quedó mirándolo a los ojos, y Gálvez apartó la cara—. Quiero decir que... Bueno... Ya no tenés onda conmigo.

Le molestó que diese por sentado que ella, en el pasado, había tenido onda con él. Sin embargo, ¿no era cierto? Estaba cansada de fingir y prefirió contestar con el silencio. Volvió la vista a las páginas del libro.

—¿Qué hice mal el sábado?

—Además de drogarte, emborracharte y tratar de darme un beso por la fuerza, no hiciste nada mal.

—¡Ah, la mierda! Vos sí que la tenés clara.

—¿Qué tengo claro? —preguntó de mal modo, porque no descifró si Gálvez hablaba con admiración o mordacidad.

—Lo que está bien y lo que está mal. No parecés de tu edad.

“Vos tampoco”, habría replicado con sarcasmo, y volvió a la lectura.

—Esperá, no leas. Quiero que hablemos.

—¿De qué?

—De vos y de mí. De nosotros.

—Ajá. ¿Qué hay de nosotros?

—Sos dura. Antes eras mucho más simpática conmigo. ¿Por qué ahora me mirás con esa cara de ortiba?

— ¿Será porque no podés decir dos palabras sin insultar?

— Estoy acostumbrado a hablar así.

— Resulta evidente que tu vocabulario es reducido.

— Bueno, Señorita Perfección. No todos somos tan cultos y educados como usted.

— Sebastián — Camila habló luego de un suspiro —, no pretendo ser perfecta ni nada por el estilo. Solo quiero que me dejen tranquila para leer.

— Antes te hubiese gustado que me sentase aquí, con vos. ¿Qué pasa que ahora no te gusta? Es por Gómez — afirmó, con enojo —. Estás saliendo con él, ¿no?

Camila levantó la vista. Lautaro los estudiaba con ojos atentos.

— Sí, estoy saliendo con él.

— ¿Qué? — se ofuscó Gálvez, a quien, más allá de su afirmación previa, la corroboración de Camila lo tomó por sorpresa —. Entonces es verdad. Estás con la Langosta. ¿Vos con la Langosta? ¡Es la ley del embudo! ¡La más linda con el más boludo! — Se puso de pie de un salto —. Pero vas a volver... Yo sé que vas a volver — repitió, antes de alejarse.

Después de un momento de estupor, Camila volvió la vista hacia Gómez. “Se va a enojar”, pensó. Sin embargo, no se arrepentía de haber hecho público su noviazgo con Lautaro. Gálvez se ocuparía de desperdigar la información.



—Cuando te pregunté qué pasaba entre Gómez y vos, me dijiste que nada —la encaró Bárbara en el baño, durante el segundo recreo. Camila se quedó mirándola—. Sebas dice que vos le dijiste que están saliendo.

—Sí, es verdad.

—¡Te dije que era una ortiba! —se inmiscuyó Lucía Bertoni.

—No te metas, Lucía. ¿Por qué no me lo dijiste?

A punto de contestar: “Porque estaba enojada con vos por lo del sábado”, decidió callarse; no era cierto. No le había mencionado el noviazgo con Gómez porque no le tenía confianza.

—¿Era obligación decírtelo?

—¡Las amigas se cuentan las cosas!

—Esta no es tu amiga, Barby.

—Sí es mi amiga, Lucía. No jodas más.

Lucía Bertoni se alejó con talante ofendido. Camila sostuvo la mirada de Bárbara, incapaz de definir si albergaba ira o tristeza.

—Creí que éramos amigas.

—Una amiga no hace lo que vos me hiciste el sábado.

—Ya te pedí perdón.

—Es fácil perjudicar a alguien y después decir: “¡Ups, lo siento!”.

Bárbara bajó el rostro y permaneció largos segundos en silencio. Camila le observaba la coronilla.

—¿Por qué estás saliendo con Gómez? —preguntó, sin alzar la vista.

—Porque me gusta.

—¿Qué te gusta de él?

—Me gusta su forma de ser.

—¿Su forma de ser! Es un limón, Camila. No me acuerdo haberlo visto dirigiéndote la palabra. —Camila guardó silencio mientras luchaba con sus ganas de justificarse. Pensó en Alicia, en lo que habían hablado, y se dijo: “No tengo por qué hacerlo” —. ¿Estás segura de que él está enamorado de vos?

—Confío en lo que me dice.

—¿Qué te dice?

—Eso es algo entre él y yo. Si querés que seamos amigas, me

gustaría dejarte algo en claro: no soy de esas que ventilan los detalles de su intimidad con nadie. Mi intimidad es mía y de nadie más. ¿Está claro? —Inspiró profundo después del discurso y, tan azorada como Bárbara, se preguntó si la seguridad y la fuerza que había empleado para aclarar los tantos provendrían de la influencia del poderoso Plutón en su Casa I. Alicia le había afirmado que contaba con ese as. Se conminó a echar mano de él con más frecuencia.

—Yo —expresó Bárbara—, para hablar así, tan bien como vos, primero tendría que escribirlo.

—Y lo harías con un montón de horrores de ortografía.



Por la noche, se conectó a Facebook. Gómez le había enviado un mensaje privado. Igual hubiese dado que lo escribiese en el muro pues era su único amigo, el único que podía leerlo. “¿Por qué le dijiste a Gálvez que estamos de novios? Se lo contó a todo el mundo”. “Me preguntó si estábamos saliendo. No pude negarlo”. “¿Por qué?”. “Porque sentí que, si lo negaba, te traicionaba”. Aunque esperó media hora, no obtuvo respuesta. Aceptó la solicitud de amistad de Brenda antes de desconectarse y apagar la computadora. Se fue a dormir

angustiada y se preguntó si, al día siguiente, Gómez la cortaría. La perspectiva le resultó desoladora. Alicia le había leído esa tarde un párrafo interesante del libro *Doce reinas*, de Mimy Cirocco. *Tauro en modalidad básica... No soporta el apuro, los cambios, abandonos o separaciones, eso la desgarró.*

—Cami querida, tendrás que aprender a aceptar la separación de tus padres y que él, probablemente, no volverá al hogar familiar. Es parte de los aspectos de Tauro que tienen que evolucionar en tu interior. Es parte del aprendizaje que te impone tu Ascendente en Escorpio. No olvides que Escorpio es muerte, pérdida, para luego resurgir de las cenizas.

Con desesperanza y también con algo de asombro, Camila se dio cuenta de que le resultaría más fácil aceptar el divorcio de sus padres que el abandono de Lautaro Gómez. ¿Cuándo y cómo ese chico había ganado tanta preponderancia en su vida? ¿Cómo se había convertido en el centro de sus pensamientos en pocos días de relación?



A la mañana siguiente, Camila experimentó alivio, y la compresión en el plexo solar cedió, al descubrir a Lautaro Gómez en la puerta de su edificio: había ido a buscarla. Una mirada más atenta le reveló que estaba enojado. Le temió, y no conjuró el orgullo ni la seguridad para disimular la angustia. *Si te has enamorado de un varón Escorpión, evocó los consejos de Linda Goodman, y la palabra pasión te da miedo, ponte un calzado cómodo y escapa como si te persiguiera King Kong, porque Escorpión lo es.* En ese instante, hubiese deseado echar a correr. Gómez se le antojaba igual de poderoso que el simio gigante.

—Hola, Lautaro —lo saludó Nacho.

—Hola, Nacho. Hola —dijo, en dirección a Camila.

—Hola —contestó, con aplomo.

Lo que duró el trayecto hasta el subte, Nacho disparó un sinfín de preguntas a Gómez acerca del karate y sus secretos, y le confesó que había estado investigando en internet. Camila admiró en silencio la paciencia con que le respondía.

—Si querés —ofreció Lautaro—, te llevo a mi instituto para que veas una clase.

—¡Sería mortal!

La discusión, la segunda de su noviazgo de apenas unos días, explotó en el vagón del subte. Lautaro se sentó junto a ella y, al oído, le cuestionó:

—¿Por qué justo a él, justo a Gálvez, tuviste que decirle que estamos saliendo? ¿Por qué a él?

—Porque él me preguntó. Se sentó a mi lado y me preguntó. ¿Qué iba a decirle?

—Que no. Yo te había dicho que no dijeras nada.

—Es cierto: me dijiste que no dijese nada. Pero, por un lado, Sebastián me tomó por sorpresa. Por el otro, no me había quedado muy claro el porqué de tanto misterio. Y cuando a mí no me quedan claras las cosas, no sé fingir. —Como le dolía la garganta de hablar forzosamente, se puso una pastilla de menta en la boca; además, quería asegurarse de tener buen aliento—. Yo no te prometí que no iba a decir nada. Vos lo diste por sentado, como si con darme una orden,

yo tuviese que cumplir. No sos mi jefe, Lautaro.

Gómez, que la miraba fijamente, alzó las cejas en señal de asombro, un gesto fugaz que se diluyó en su semblante imperturbable como si nunca hubiese existido. Camila se acomodó con la vista hacia delante, y la sensación de triunfo la impulsó a envararse en el asiento. A los pocos segundos, percibió la mano de Gómez sobre la suya, y la emocionó la manera en que sus dedos buscaban enredarse con los de ella; al final, los abrió y permitió que se uniesen. Viajaron en silencio el resto del trayecto. Cada tanto, Camila bajaba la vista y estudiaba la mano de Gómez. Alicia tenía razón: era grande, incluso desproporcionada.

No se separaron a las puertas del colegio; por el contrario, Gómez la detuvo en los escalones de la entrada y la miró a los ojos. ¿Qué se proponía? ¿Besarla frente a los demás alumnos?

—¡Tu vieja es una hija de puta!

El aullido arrancó a Camila del trance, mientras un sacudón la hacía balancearse peligrosamente en el filo del peldaño. Gómez la sujetó y le devolvió el equilibrio. Se trataba de Lucía Bertoni.

—¡Tu vieja es una reventada! —insistió, y lanzó un manotazo en dirección a la cara de Lautaro, que este detuvo en seco—. ¡Ay! —se quejó Lucía—. ¡Soltame, langosta inmunda!

—No vuelvas a tratar de pegarme —le advirtió Gómez.

—¿Qué pasa? —intervino Camila, nerviosa, incómoda, como cada vez que se desataba una discusión; ni qué hablar de una pelea con puños.

—¡Pasa que la vieja de la Langosta es una reventada!

—Vamos —habló Gómez, y tiró de Camila, que emitió un grito cuando Lucía golpeó con saña la espalda de Lautaro. Se oyó un golpe seco y el quejido de este al soltar el aire de manera violenta.

—¿Qué te pasa, Lucía? —se enfureció Camila—. ¿Te volviste loca?

—Dejala. Vamos.

—¿Que qué me pasa? ¡Preguntale a tu noviecito! ¡Tu vieja es una reventada, Gómez, y las va a pagar!

Lautaro y Camila entraron en el colegio sin volverse. Detrás quedaba Lucía, que profería amenazas e insultos.

—¿Qué pasa? Por favor, explicame —susurró Camila.

—El padre de Lucía era Jefe de Compras y de Depósito de nuestra fábrica. Ayer, mi mamá lo echó.

—¿Por qué?

—Porque descubrió que robaba y hacía otros chanchullos.

Camila no siguió indagando porque Bárbara los interrumpió.

—Hola, Cami —saludó en el tono casual y despreocupado de costumbre; empleó uno más estudiado para decir—: Hola, Lauti. ¿Qué le pasa a Lucía? ¿Por qué grita como loca?

Gómez le destinó un vistazo que, Camila juzgó, habría amedrentado al más valiente. Agitó los hombros y siguió su camino

hacia el aula.

—¿Qué pasó?

—No sé —admitió Camila—. Lucía está enojada por algo que tiene que ver con su papá y la fábrica de la mamá de Lautaro.

—Ah, sí. El viejo de Lucía trabaja en la fábrica de los Gómez. Alguna cagada se habrá mandado. Es un chanta.

—¿Lo conocés?

—Claro que lo conozco. ¿Qué tal van las cosas con Gómez? Sí, sí, ya sé que no te gusta que se metan en tu *intimidad* —se apresuró a decir—. Pregunto así, de manera general. Yo podría darte muchos consejos, Cami. Tengo experiencia con los hombres, y vos, no.

—¿Por qué estás tan segura? —Le fastidió que Bárbara diese por sentado que sabía tanto de los hombres como del manejo de una nave espacial.

—Se nota. ¡Sos tan obvia, Cami! Por lo pronto, si apostase mil mangos a que nunca cogiste con nadie, me los ganaría. ¿No es cierto? —Se echó a reír ante la mueca lastimosa de Camila.



Una sombra se proyectó sobre ella, y Camila levantó la vista de un párrafo particularmente interesante de *El amante diabólico*. El corazón le dio un vuelco: era Lautaro Gómez, que le sonrió y se sentó a su lado sin pronunciar palabra.

—¿Ya no te da vergüenza mostrar que estamos saliendo?

—Nunca me dio vergüenza —contestó él, con cara de fastidio, y Camila sintió la punzada del miedo, que enseguida combatió—. Lo hice para protegernos.

—¿De quién? Nunca me quedó claro.

Gómez no respondió. En cambio, depositó sobre el libro un chocolate Toblerone de doscientos gramos. Camila jamás había visto uno tan grande, y se preguntó dónde lo habría conseguido.

—Es mi chocolate favorito —atinó a pronunciar.

—Ya sé.

—¿Cómo? ¿Cómo sabés?

—Nacho me dijo.

—¿Cuándo? No sabía que hubiese hablado con vos.

—Se lo pregunté anoche por Facebook y le pedí que no te dijese nada.

—¿Por eso no seguiste chateando conmigo? ¿Porque estabas conectado con mi hermano? —Se arrepintió enseguida de su

mordacidad.

—No fue por eso, sino porque estaba embolado con vos. Pero no quiero hablar de eso.

—Está bien. —Cayeron en un mutismo incómodo—. Gracias —dijo, en voz baja y sin mirarlo—. Por el chocolate —añadió—. Me encanta.

Lo abrió y cortó tres triángulos, que extendió a Lautaro.

—No. Es para vos.

—Quiero que lo compartamos.

—Yo quiero que compartamos todo —declaró Gómez, y aceptó el chocolate.

—Yo también —susurró Camila, y se metió un trozo en la boca. No lo masticó; lo chupó como un caramelo hasta que los sabores de la miel y del *nougat* le agitaron las papilas gustativas. Cerró los ojos y suspiró.

—Te gusta mucho, ¿no?

—Sí. Es mi maldición. Me encanta comer, sobre todo cosas dulces. Así somos las taurinas, golosas y comilonas. —La gratificó expresar una verdad que siempre la había atormentado con soltura y sin avergonzarse. ¿Por qué con Gómez resultaba fácil desnudar el alma?

—Es lindo verte disfrutar cuando comés.

—No vas a decir lo mismo cuando me veas gorda como una morsa. No me vas a querer.

—Siempre te voy a querer.

Camila levantó la vista. Se miraron fijamente.

—Después —prosiguió Gómez, con un dominio admirable—, despegá la caja y mirá dentro. No, ahora no. Después, en tu casa.

—Bueno.

—Falta poco para tu cumple.

—Sí.

—¿Qué pensás hacer?

—Ya te dije que nada. No me gusta festejar mi cumpleaños. Además, cae un martes y tengo que trabajar.

—Hola —saludó Bárbara—. ¿Qué onda?

—Hola —contestó Camila.

—Hola —masculló Gómez, antes de levantarse e irse.

Bárbara se acomodó junto a Camila y se quitó los auriculares del iPod.

—¿Qué mala onda es tu novio, Cami! ¡Mmmm, qué rico! —exclamó, al ver el Toblerone.

—¿Querés?

—No, engorda y te llena de celulitis. ¿Qué hacemos el fin de semana?

La pregunta de Bárbara Degèner la hizo meditar. Todavía la pasmaba el giro que había dado su vida en cuestión de semanas. A veces, los cambios, tan deseados, le resultaban excesivos e inmanejables.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan callada? ¿Te peleaste con Gómez?

—No, no. Estaba pensando.

—¿En qué?

—En lo que me preguntaste, en qué hacer el fin de semana.

—¿Gómez te regaló el chocolate?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué hacemos el fin de semana?

—No sé. Tengo que ver.

—¡No te vuelvas una ortiba por haberte puesto de novia! Dale, salgamos solas el sábado. ¿Puedo ir a dormir a tu casa?

—No sé, tengo que preguntarle a mi mamá.

El timbre que anunciaba el fin del recreo, generalmente odiado por Camila, fue recibido con gusto. La invasión de Bárbara Degèner se tornaba insostenible; no sabía cómo manejarla sin acabar en una disputa.

—Vi que abriste una cuenta en Facebook —comentó Bárbara, mientras regresaban al aula—. Te mandé una solicitud de amistad. Aprobala rápido.

En el aula, alguien había dibujado una grosería en el pizarrón: una chica, de rodillas, le practicaba una felación a un chico. Se trataba de un dibujo tosco, como el que podría haber realizado un niño, aunque con esmerados detalles en la anatomía masculina y en la expresión del joven, que asombraron a Camila. Un arrebató de ira y vergüenza cambió de manera brusca su estado de ánimo al leer: “Camila le hace un pete a la Langosta Gómez”. Se le anudó la garganta de manera dolorosa y no atinó a reaccionar. Una mano —una mano enorme que le resultó familiar— dio grandes pasadas de borrador sobre la superficie de la pizarra, y la imagen desapareció. Al acabar, Lautaro se sopló el polvo de tiza y se sacudió con actitud despreocupada. Camila lo observaba, ajena a las risotadas y a los comentarios subidos de tono de los compañeros.

Él levantó la vista y la miró, y ella tuvo la impresión de que sus ojos le hablaban. “¿Viste?”, le reprochaban. “Te dije que no dijeras nada. Era por esto”. ¿Quién habría realizado el dibujo? De manera automática, Camila dirigió la vista hacia el sitio de Sebastián Gálvez. Como nunca, se mantenía ajeno a la risotada general; callado y serio, apoyaba los codos en el pupitre y clavaba la vista en la regla que hacía girar entre sus manos.



Esa noche, como era ya costumbre, se conectó a Facebook, y, luego de aprobar la solicitud de amistad de Bárbara, de su prima Anabela y de su amiga Emilia, abrió un mensaje privado. No conocía al usuario: Soyelquesoy. No había texto, solo un archivo adjunto. Lo abrió. Era una fotografía, la del dibujo en el pizarrón. Debido a la baja calidad de la imagen, dedujo que la habían tomado con un celular. Cualquiera de sus treinta y seis compañeros podía habérsela enviado. Le tembló la mano cuando la borró.

Se tiró en la cama y, mientras comía los últimos triángulos del Toblerone (les había convidado a su mamá y a Nacho), pensaba en la maldad de quien le había enviado la fotografía. Un recuerdo se coló entre sus meditaciones: “Después, despegá la caja y mirá dentro. No, ahora no. Después, en tu casa”. Se incorporó impulsada por la emoción. En la cara interna, había un mensaje de puño y letra de Lautaro: *Te amo, Camila*. Una corriente eléctrica le surcó el cuerpo. Le había dicho “te quiero”, pero nunca “te amo”.

Se durmió decidida a no contarle lo del mensaje anónimo con la fotografía para evitar reproches y peleas. A la mañana siguiente, una vez que se despidieron de Nacho y mientras esperaban el subte, se lo confesó. Bastó con que él la mirase y le preguntase: “¿Qué te pasa? Estás rara”, para que ella barbotase lo de la fotografía. Gómez la contempló en silencio antes de volver la vista al frente, y Camila recordó las palabras de Linda Goodman: *Cuando él empiece a indagarte*

*con sus ojos ardientes y sus preguntas implacables, apenas si te quedarán secretos.*

Ese mismo día, durante el recreo, Gómez la invitó a tomar un café en la cantina. Después del primer sorbo, le preguntó:

—¿Pudiste averiguar algo del que te envió la foto?

—No. Cliqueé sobre el nombre del usuario y por supuesto me llevó a su perfil, que no dice nada, ni foto tiene.

—Lo imaginaba.

—Fue uno de los chicos para hacerse el gracioso —desestimó Camila, y Lautaro asintió.

Karen y Benigno se sentaron a su mesa.

—¿Y, Lauti? ¿Ya le contaste la novedad a Camila?

—¿Qué novedad? —quiso saber, consciente de que si la pregunta la hubiese formulado Benigno, no la habría fastidiado. En cambio, que la formulase la mejor amiga de él la puso celosa. Karen sabía algo de Gómez que ella desconocía. Gómez le había contado algo a Karen y a ella, no.

—Iba a contártelo ahora. Me voy a inscribir en un maratón de Matemáticas y Física que organiza el Gobierno de la Ciudad.

—¿En serio?

—Si gana —se entusiasmó Benigno—, le dan dos mil dólares para él y un viaje para toda la división a las sierras de Córdoba en las

vacaciones de julio.

— ¿Cuándo es el maratón?

— No sé bien. Hoy tengo que averiguar. En internet no decía mucho.

— ¿Cómo te enteraste?

— Me contó una amiga de karate.

“Una amiga de karate”, repitió Camila para sí, con el ánimo por el suelo. “La culpa es mía”, se reprochó. La habían guiado estúpidos prejuicios al suponer que la “Langosta” era un chico sin vida social ni amigos, un *nerd*. Se avergonzó al caer en la cuenta de que se había sentido superior a Gómez cuando, en realidad, él poseía una vida más plena y era feliz en su apacible seguridad.

— Ah —murmuró—. ¿Tu amiga de karate también va a participar en el maratón?

— Sí, es una genia de las Matemáticas. Hoy vamos a ir juntos a inscribirnos.

El café le supo a bilis. Odió a Gómez y a la karateca, genia de las Matemáticas, y a Karen, aun a Benigno, que sonreía con cara de idiota cuando ella tenía ganas de romper a llorar. El orgullo le plantó una sonrisa y, al rato, le dolía la mandíbula. ¿Por qué no le proponía que lo acompañase? ¿Porque sabía que tenía que cuidar a Lucito o porque quería ir solo con su amiguita de karate?



A la salida del colegio, Gómez la interceptó antes de que se marchase.

—Me gustaría que almorzáramos juntos hoy, pero tengo gimnasia.

—Está bien. Chau. ¡Ay! —Camila probó un poco de la fuerza bien disimulada de Gómez cuando este la arrastró unos metros y la aprisionó contra la pared.

—¿Qué te pasa? —la increpó, con una sonrisa sobradora que Camila le habría arrancado a arañazos—. Estuviste con cara de culo toda la mañana.

—No me pasa nada. Dejame. Tengo que ir a trabajar. ¡Dejame! —Gómez la sujetó por las muñecas y se las pegó a los costados del cuerpo; la mochila de Camila aterrizó a sus pies—. Lautaro, hay un montón de gente.

—¿Y?

—Me da vergüenza. ¿Ya no te importa que sepan que estamos de novios?

—Se lo contaste a Gálvez. Ya lo sabe todo el mundo. Ahora, ¿qué más da?

Al verlo inclinarse sobre ella, apartó la cara. Él le besó la columna del cuello; la mordisqueó y olfateó también. Camila tembló de excitación. Su agresividad la excitaba lo mismo que sentirse pequeña e indefensa.

—Déjame que te bese —le rogó, con los labios pegados en la sien—. Me estoy muriendo de ganas de besarte.

Camila giró el rostro lentamente y elevó las pestañas hasta toparse con los ojos de Gómez, que habían pasado de la tonalidad oscura a un negro contundente. Su mirada la impresionó, y retuvo el aliento. Él la besó como si tuviese poco tiempo para llevar a cabo una tarea imprescindible. Era la primera vez que lo sentía tan descontrolado; no se mostró paciente ni dulce, al contrario, irrumpió en la profundidad de su boca y la ocupó con la lengua movido por un energía desbocada que nada tenía que ver con la apariencia de mansedumbre que él desplegaba la mayor parte del día. Aunque desconcertada, recordó lo que Linda Goodman decía de los hombres escorpiones: *Te dejará perpleja con sus dos rasgos gemelos, la pasión y la razón. Tiene dominio sobre ambos.*

Ella conservó una actitud pasiva. Sus manos siguieron a los costados, pese a que él ya no le aferraba las muñecas, y también su boca y su lengua se mantuvieron quietas en la actitud de quien soporta una vejación con estoicismo. Se preguntó por qué lo hacía; tal vez, para castigarlo por no haberle contado a ella primero lo del maratón de Matemáticas y Física y por ir a inscribirse con la amiga de karate. La verdad, admitió, era otra: de modo inexplicable, esa pasividad la

excitaba. Un instante después, no resultó suficiente, e, impulsada por la pasión de Gómez, le sujetó los hombros y se lanzó a besarlos como no se lo había permitido hasta ese día. Necesitaba agitar la lengua, tocar la de él, tocarlo a él, morder sus labios, palpar la textura de su cara (por eso le aferró el rostro). En ese desenfreno, sin proponérselo, le acarició la suavidad de los dientes y comprobó la sinuosidad de sus encías. ¿Cuántas veces había visto a otras parejas besarse en el patio del colegio y cuántas veces las había condenado? Muchas, siempre. En ese momento, nada contaba. El bullicio se había esfumado. Una cúpula los cubría y preservaba su intimidad. Resultaba una experiencia desconcertante sentirse tan a gusto con él, como si fuesen uno, como si estuviese con otra parte de ella misma. “¿Beso bien?”, le habría preguntado, si el pánico a la respuesta no le hubiese sellado los labios. Ese pensamiento echó una sombra sobre la luz.

Gómez cortó el contacto, pero no se apartó. Siguió respirando afanosamente con los labios pegados en la frente de Camila. Le golpeaba la piel sensibilizada, y el erizamiento alcanzaba un umbral doloroso.

—¿Abriste la caja del Toblerone? —quiso saber. Camila asintió, aferrada a sus hombros—. ¿Y?

—Yo también.

—Yo también, ¿qué?

—Yo también te amo.

—¿Cómo lo sabés? Que me amás, digo.

—Y vos, ¿cómo lo sabés?

—Lo sé desde hace más de un año, desde que te vi por primera vez.

—Sí, sí, pero ¿cómo lo sabés?

—Porque no hago otra cosa que pensar en vos y, cuando estás cerca, no puedo dejar de mirarte.

—A veces no me mirás.

—Eso te parece a vos. Siempre te miro. Si no, te siento.

—¿Por qué no me contaste lo del maratón?

—Te lo conté.

—No. Fue Karen la que te dijo que me contases. ¿Por qué lo sabía ella y yo, no?

—Porque estaba conmigo cuando mi amiga de karate me lo dijo.

—¿Cómo se llama tu amiga de karate?

—Natalia.

—¿Es linda? No te rías como un tonto. No te burles de mí, Lautaro. Estoy segura de que no te gustaría que yo anduviese por ahí con un *amigo*.

—Confiaría en vos.

—Cuando abrimos el Facebook dijiste que no querías compartirme con nadie.

—Y no quiero. Pero no querer compartirme no significa que no

confíe en vos.

—Sí, estoy segura de que confiás —repuso, con sorna.

—Yo confío en vos, Camila. —El tono serio de su voz la llevó a levantar la vista.

—El sábado, en Dolmen, Lucía dijo algo que me dejó pensando.

—¿Qué dijo?

—De la muerte y de los cuernos nadie se salva.

—De la muerte, es verdad. De los cuernos, no.

—¿Cómo se salva una de los cuernos?

—No sé. Supongo que es cuestión de que estemos siempre unidos y nos hagamos felices, como ahora, como en este momento.

—¿Creés que mi papá tenga otra mujer?

—¿Qué pensás vos?

—Que no.

—Listo. Confiá en vos misma.

Camila le rodeó la cintura y hundió la cara en su campera, y descubrió que se le había impregnado el aroma de la bergamota que Ximena quemaba en los hornitos. Se sintió reconfortada en la paz y en la seguridad que manaban de ese cuerpo flaco y suyo. No quería acabar con el contacto.

Gómez le susurró:

—Sea lo que sea que pase con tus viejos, yo te voy a ayudar a superarlo, como vos me ayudaste a superar a mí la muerte de mi papá.

—Yo no te ayudé en nada. Me habría encantado hacerlo, pero no lo hice.

—Vos me salvaste, Camila.

Se le estranguló la garganta y se le calentaron los ojos, lo que provocó que se desdibujasen los contornos de la cara de Gómez. Se mordió el labio y, al apretar los párpados, las lágrimas desbordaron y le mojaron las mejillas.

—No llores, por favor. No quiero que estés triste. —Camila sacudió la cabeza y le lanzó una mirada desesperada. Gómez la observó como si la estudiase—. No puedo creer que mi novia tenga este color de ojos.

—¿Te gusta? —susurró, con voz gangosa.

—Nunca había visto un color celeste así, tan... turquesa. —Le encerró la cara entre las manos y, con los pulgares, le peinó las cejas de un castaño oscuro—. Sos la más linda.

—Ya te dije que no.

—Sos la más linda para mí.

—Gracias. —Camila se secó las pestañas y la nariz con un pañuelo de papel—. Tengo que irme —anunció con desgano.

—Antes, respondé mi pregunta.

— ¿Cuál pregunta?

— ¿Cómo sabés que me amás?

Se tomó unos segundos para responder. Quería exponer la verdad de una manera clara.

— Estoy segura de que siento amor por vos — declaró.

— ¿Por qué?

— Porque desde el sábado 23 de abril por la mañana, cuando te vi en la puerta de mi edificio, con Max sentado al lado tuyo, solamente pienso en vos y quiero estar con vos. Aunque tengo muchos problemas, solamente pienso en vos, como si nada más importase. Eso es increíble.

— ¿Qué más? — la apremió él, y ajustó el abrazo en torno a su cuerpo.

— Cuando te veo, se me acelera el corazón.

— ¿Y qué más?

— Me encanta que... Me gustan tus besos. — Lo confesó en un susurro y sin mirarlo.

— ¿Sí? ¿Beso mejor que otros?

— No sé. Sos el primero.

— ¿El primero?

¿Por qué se mostraba sorprendido? ¿Qué había pensado? ¿Que

ella se la pasaba besando chicos?

—Sí —murmuró, de pronto avergonzada; no sabía qué concluir de la actitud de Gómez—. ¿Qué pasa? ¿Te molesta? ¿Te parezco una *freaky* por no haberme besado con otro antes?

—¡No! ¡Para nada! Es que... No puedo creerlo. Sos tan linda... No puedo creer que ninguno antes que yo intentara besarte.

—Bueno, ya sabés la verdad —expresó, molesta—. Nunca nadie me había besado antes, pero si lo que querés es que compare tus besos con los de otros, puedo pedirle a...

Calló de pronto. La enmudecieron el gesto de Gómez y la crueldad con que ajustó el abrazo, tanto que la obligó a ponerse en puntas de pie.

—Nunca me traiciones, Camila.

Bueno, no podía alegar que Linda Goodman no se lo hubiese advertido, cuando, en realidad, la astróloga había sido clara en ese sentido. *En cuanto a los celos, ándate con mucho, mucho cuidado*, había expresado, y, a continuación, para subrayar la importancia de este punto, comparó al hombre escorpión con el Vesubio a punto de estallar si descubría que su mujer tan solo parpadeaba en dirección a otro hombre, aunque más no fuese porque se le hubiese metido una basurita en el ojo. Ni qué hablar si la mujer le daba verdaderos motivos para los celos. En ese caso, declaraba la Goodman, lo menos que se podía decir era que se trataba de una mujer muy valiente.

—Vos tampoco, Lautaro.

Volvieron a besarse y, mientras lo hacían, Camila se concentraba en analizar lo que el beso ocasionaba en ella y las consecuencias en él: en su respiración, en la tonicidad de sus músculos, que se endurecían, en sus manos, en su humor. ¿Cerraba los ojos mientras la besaba? ¿Cómo ponía las piernas? ¿Cómo movía la cabeza? Quería conocerlo en las distintas facetas, no solo en la del beso. Quería extender la mano, traspasarle el pecho y tocar la esencia de su ser. Esa era otra muestra de que lo amaba. Era la primera vez que se empeñaba en conocer a alguien, conocerlo en verdad hasta saber en qué ocasiones fruncía el entrecejo, en cuáles otras arrugaba la nariz, por qué se volvía de pronto malhumorado y qué cosas lo hacían feliz. También se concentraba en analizar su técnica para besar; la pondría en práctica, así no lo decepcionaría. “Este es el quinto beso con lengua que nos damos”, calculó. Los contaba porque los atesoraba.

—Voy a llegar tarde a lo de Alicia. Tengo que irme.

—Está bien —se resignó él, y le quitó las manos de encima.

Al volverse, se toparon con Bárbara, Lucía y Sebastián. Los observaban con expresiones congeladas y, sin embargo, notó Camila, cada uno comunicaba un mensaje claro: Lucía, desprecio; Sebastián, rabia; Bárbara, tristeza. ¿Desde cuándo estaban viéndolos? Aunque resultase raro, no sintió vergüenza, sino el desasosiego que causa el peligro. En un acto reflejo, entrelazó los dedos con los de Gómez. Esos tres formaban un frente que ella no vencería sola.

—¿Vamos, Cami? —habló Bárbara, por fin.

—Sí, vamos.



El segundo anónimo llegó el viernes igual que el primero: como mensaje privado del Facebook. Lo enviaba la misma persona: Soyelquesoy. Se trataba de un dibujo escaneado, similar al del pizarrón, solo que más preciso, mejor hecho y a colores. Parecía la obra de un experto. Los rasgos de Gómez se identificaban fácilmente, aunque le habían exagerado el tamaño de la nariz y la longitud y delgadez del rostro; más bien era una caricatura. Los de la chica que le practicaba la felación no se apreciaban y permanecían ocultos tras un cabello abundante y oscuro. “Entonces, no soy yo”, dedujo Camila. El título rezaba: “Me encanta hacerle el pete a Gómez”.

Tuvo miedo, no de que fuese cierto y de que una chica

compartiese esa intimidación con él, sino de la maldad humana. A un tiempo, admiraba y temía a la mente que se hallaba detrás de esos mensajes. Admiraba la osadía de planear y de llevar a cabo una empresa inescrupulosa porque ella era incapaz de ningún tipo de desenfreno. Y la asustaba no comprender con qué fin le enviaba los anónimos. Sin duda, para lastimarla, pero ¿por qué?

La atrajo el dibujo, en especial la cara extasiada de Gómez y sus manos apoyadas en los hombros de la chica. Se quedó mirándolo hasta que juzgó perverso hacerlo y lo cerró.

Se dijo que, en esa oportunidad y por mucho que Gómez emplease las artes de un encantador de serpientes al mirarla, mantendría la boca cerrada. No quería que se enojase por haber hecho público su noviazgo. Protegería la felicidad que, día tras día, construían y que para ella se había convertido en un refugio. El cobarde que enviaba los mensajes terminaría por cansarse.

Aunque se propuso no darle vueltas al asunto, una lista mental con los posibles candidatos se formó en su mente. Sebastián Gálvez ocupaba el primer puesto. Lo seguían otros compañeros famosos por sus bromas pesadas: Petersen, Bustos y Díaz. Desechó el nombre de Benigno: resultaba descabellado imaginarlo envuelto en un acto de esa índole. Se preguntó quiénes, además de Gálvez, eran enemigos de Lautaro. Había dos, Pedraza y Maldonado, que lo molestaban y le arrojaban pedazos de tiza y pelotitas de papel (lo habían hecho ese mismo viernes, mientras ella y Lautaro exponían su investigación acerca del coltán en la clase de Geografía, hasta que el profesor los expulsó del aula), por lo que, engrosaron el listado. “¿Y Lucía Bertoni? ¿Por qué no?”, se dijo. Con la escenita a las puertas del colegio, había dejado en claro que detestaba a la familia Gómez. Otro nombre para

considerar. ¿Y a ella? ¿Quiénes la odiaban? Nadie, fue la respuesta que asomó. Nadie la odiaba porque nadie reparaba en ella. Antes de que Lautaro Gómez le revelase sus sentimientos, solo Benigno Urieta reconocía su existencia.

Borró el mensaje privado; temía que Gómez, que sabía cuál era su clave del Facebook, entrase y lo leyese. A punto de cambiarla, se detuvo movida por la culpa: sentía que lo traicionaba. “¿Por qué no puedo cambiar mi clave si yo no conozco la de Lautaro?”, se cuestionó. Sin embargo, no lo hizo, y se quedó con una sensación desagradable, la de haber perdido una batalla contra la poderosa ascendencia que ese escorpiano comenzaba a ejercer sobre ella.

En el muro, Lautaro le había escrito: “Mirá lo que decía Borges: ‘La lectura debe ser una de las formas de la felicidad y no se puede obligar a nadie a ser feliz’. Vos sos feliz cuando lees. Quiero que me obligues a ser feliz a mí también. Quiero compartir con vos esa felicidad. Quiero que compartamos todo. Recomendame un libro.” Camila escribió: “Si es verdad que querés que compartamos todo, invitame mañana a tu reunión de los scout. Ahí te voy a llevar un libro que, creo, te encantará. Si te parece, lo leemos juntos”. No pasó un minuto antes de que Gómez escribiese: “Sí a todo, mi amor. Sí, te invito a la reunión de los scout. Sí, lo leamos juntos. Hasta mañana”. Nunca la llamaba “mi amor”, solo lo escribía en los mensajes, por eso ella esperaba con ansias sus comentarios en el Facebook.

Un rato más tarde, Camila se rio cuando su amiga Emilia le escribió: “¡Quiero conocer a tu novio, Cami! Es un dulce total”. Enseguida lo hizo su prima Anabela: “Bien calladito te lo tenías, picarona. ¡Posteá una foto de él ya mismo! Quiero conocerlo”. Sonreía mientras les contestaba, maravillada de haber recuperado una de las

partes más importantes de su pasado. Eso también se lo debía a Gómez. Él le había devuelto la paz.



El sábado, Camila y Nacho almorzaron con su padre en un McDonald's del barrio. Aunque se esforzaba por mostrarse contento, Juan Manuel tenía mala cara.

—¿Cómo está su madre?

—Para el culo —contestó Nacho—. En toda la semana no dijo dos palabras seguidas. ¿Qué va a pasar, papi? ¿Se van a divorciar?

—No fue a trabajar —comentó Camila.

—Y se lo pasó en la cama —acotó Nacho.

—Su madre es una mujer fuerte. Se pondrá mejor.

—¿Por qué no volvés a casa?

—Hijo, tenés que entender que, como estábamos, tu madre y yo no podíamos seguir. Ahora todo parece una catástrofe, pero, con el tiempo, apreciarán la paz que significa que Josefina y yo no peleemos

todo el día. ¿Necesitan plata?

—No, papi —se apresuró a responder Camila—. Yo gano bien en lo de Alicia. Y ya le dije a mamá que voy a hacerme cargo de algunas cuentas, no sé, las que ella me pida.

—Gracias, hija. —Juan Manuel extendió el brazo y le apretó la mano, y Camila deseó que su padre no se echase a llorar; estaba dispuesta a soportar cualquier cosa, excepto verlo llorar.

—¿Cómo les va en el colegio? No me gustaría que esta situación les trajera problemas en los estudios.

—Quedate tranquilo, papi. Nos va muy bien. ¿No es verdad, Nachito?

—Sí, muy bien. Tengo abajo Lengua, pero no porque no estudie, sino porque la vieja me odia.

—¿Por qué te odia?

—¡Qué sé yo! Es una vieja de mierda.

—Nacho, no quiero que hables así.

—¡Es que es una vieja de mierda, papá!

—No te preocupes, papi —terció Camila—. Yo lo voy a preparar para la próxima prueba. Le va a ir bien.

—Gracias, hija.

—¡Ahí viene Lautaro! —anunció Nacho, con alegría evidente.

—¿Quién es Lautaro?

—Mi compañero —musitó Camila—, el que fue a buscarme el otro día para hacer el trabajo de Geografía. ¿Te acordás?

—No es su compañero. ¡Es su novio! —la delató Nacho—. Esta semana fue a buscarla a casa todas las mañanas para ir al colegio.

—¿Viene para acá?

—Sí. Viene a buscarme.

—¿Por qué está vestido así?

—Es su uniforme de scout.

Guardaron silencio; Lautaro Gómez se hallaba a pocos pasos.

—Hola, Lautaro —lo saludó Nacho, y se sintió importante cuando Gómez le tendió la mano.

—Hola, Nacho.

—Papi, ¿te acordás de Lautaro? Fue a bu...

—Sí, sí, me acuerdo. ¿Qué tal, Lautaro?

—Bien, señor. Gracias.

—Sentate, por favor.

—Gracias. —Gómez ocupó el asiento junto a Camila y frente a Juan Manuel Pérez Gaona.

—Me dice Camila que estás vestido con el uniforme de los

scouts.

—Sí.

—¿Hace mucho que sos de los scouts?

—Desde los ocho años. Mi papá era scout.

—¿Qué hacen los scouts?

—Nos reunimos los sábados y organizamos actividades humanitarias y aprendemos un montón de cosas, como primeros auxilios, supervivencia. Todos los años nos vamos de campamento a un lugar distinto y ponemos en práctica lo que aprendimos en las reuniones.

—¡Yo quiero ir a los scouts!

—Si tenés ganas, Nacho —ofreció Gómez—, podés venir ahora, con nosotros.

—¿Puedo, pa?

—Habría que preguntarle a tu mamá. Ella te espera de regreso a las tres.

Al final, Nacho obtuvo el permiso de Josefina, y Juan Manuel los acompañó hasta la Parroquia Santa María, en la avenida La Plata, donde se reunía el grupo 236, al cual pertenecía Lautaro, y se quedó toda la tarde con ellos. Nacho se inscribió, lo mismo que Camila. A las ocho de la noche, cuando el jefe del grupo dio por terminada la jornada, Pérez Gaona los invitó a cenar pizza en un restaurante de avenida Rivadavia. Lautaro aceptó y envió un mensaje a Ximena para

avisarle que llegaría tarde.

Alrededor de las doce, bañada y cómoda en la cama de su pequeña habitación, Camila repasó los acontecimientos del día. Su gesto mudaba en tanto evocaba una u otra situación, de modo que esbozó una sonrisa presumida al recordar la mirada de Lautaro en el instante en que le aseguraba que estaba lindísima; enseguida sus labios temblaron para refrenar una carcajada burlona al pensar en su malhumor cuando un compañero scout intentó seducirla; le encantó cuando le advirtió: “Pancho, te presento a Camila, mi novia”. Una mueca seria la opacó como una nube en un día soleado al analizar a las *girl scouts* que se mostraban atentas a él, a sus comentarios, a sus mínimos movimientos; algunas eran muy lindas y simpáticas. En ese contexto, había descubierto a un nuevo Lautaro, distinto al del colegio, más risueño, más relajado, menos a la defensiva. Le pareció que los demás lo veían como a un líder. Y de nuevo se le iluminó el semblante cuando revivió la escena en la que le había entregado el libro, uno de Agatha Christie, uno de sus favoritos, *Muerte en el Nilo*.

—Te lo regalo.

—¿Sí?

—Te escribí algo en la primera página.

Los ojos de Gómez estudiaron la tapa antes de dirigirse a la hoja de respeto. Desde esa posición, Camila se percató de que, a diferencia de los de ella, que eran almendrados, los de él caían hacia los rabillos; tal vez fuese esa característica, la de terminar hacia abajo, la que le concediese un aire melancólico a su expresión.

*Para Lautaro, porque quiero compartir todo con él. Camila. Él levantó*

la mirada y la fijó largamente en la de ella. Se mantuvo callado, sin alterar el semblante. Camila apartó la cara ruborizada y sonrió, y enseguida bajó lentamente los párpados al sentir los labios de él posarse sobre su mejilla.

—Gracias —lo oyó murmurar—. Mi amor.

Al día siguiente, el domingo, Gómez fue por primera vez a la casa de Camila. Ella lo esperaba, nerviosa e inquieta. Se miró en el espejo varias veces, se repasó el brillo de los labios y se volvió a arquear las pestañas hasta que adquirieron una forma insólita. Esperó hasta último momento para perfumarse con su Euphoria de imitación.

Bajó a abrirle, y se quedó impactada de su aspecto: estaba soberbio. El amarillo maíz de la campera le sentaba a su piel pálida. Lo miró de arriba abajo y dijo:

—Estás hermoso.

—Vos también. Más que hermosa. —La sorprendió atrayéndola hacia él y plantándole un beso en los labios—. ¿En verdad te gusto? ¿Tengo facha para vos?

A Camila la admiraba la seguridad de Gómez. No era lindo, y lo sabía; sin embargo, se lo preguntaba, a riesgo de toparse con una respuesta incómoda, la cual, de todos modos, no habría hecho mella en él: resultaba claro que no le importaba su aspecto físico; parecía cómodo con su nariz prominente y su contextura alta y delgada como la de un junco. Para ella, en cambio, su cuerpo era una cuestión clave. No obstante, en los últimos días, no se había preocupado por estar excedida en peso ni por lo que comía; como nunca, se sentía hermosa.

Tomó distancia y lo estudió con fingida altanería. Gómez se había peinado con gel y perfumado generosamente con la fragancia de Ralph Lauren que a ella fascinaba. El rompeviento color amarillo maíz permitía entrever una camisa a cuadros pequeños azules y blancos. Llevaba unos jeans de un intenso color azul. Las botas eran clásicas y del mismo color del cinto: suela.

Camila le sonrió con picardía y se puso en puntas de pie para susurrarle:

—Estás muy bien. Hermoso —repitió.

—Sí, pero ¿te parezco lindo?

—Sí.

—Antes no. Gálvez te parece fachero, pero yo te parezco feo.

La afirmación la descolocó hasta que se decidió por la verdad.

—Sí, es verdad, Sebastián me parecía atractivo. Pero una vez que lo conocí, que me demostró cómo es en realidad, un chiquilín sin sesos, perdió su encanto. Y ahora me parece común, hasta vulgar.

—¿Vulgar? Siempre usás palabras que nadie usa. ¿Y yo? ¿Te parezco *vulgar*?

—Con vos me pasó al revés. Desde que te conocí, desde que me di cuenta de lo que sos, te veo lindo, fachero, hermoso, buen mozo. — Inspiró en el cuello de Gómez con los ojos cerrados y una sonrisa—. Me encanta tu perfume.

—¿Qué te gusta de mí?

—Tu nariz.

—Mentirosa.

—Sí, me gusta. Tiene mucha personalidad. Es tuya. Le va a tu cara. Hay un actor, que me encanta, que tiene una nariz parecida a la tuya.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Gabriel Byrne.

—No tengo idea de quién es.

—Es un actor irlandés. Incluso tiene esta misma hendidura en la punta, y la tiene así, medio torcida como vos.

—Eso es porque me la quebré en karate.

—¿Sí? Debió de doler. —Gómez agitó los hombros en señal de desestimación—. ¿Cómo te la quebraste? —La entusiasmaba conocer su pasado.

—Un compañero me dio una patada que no supe desviar. Fue mi culpa.

—Además —prosiguió Camila—, me encantan tus ojos, sobre todo tus pestañas. Daría cualquier cosa por tenerlas tan largas y negras. Me encanta también que seas alto y que yo pueda ponerme tacos sin llevarte una cabeza. Eso en verdad es muy bueno para mí. Vamos. Mi mamá debe de estar preguntándose qué hacemos acá abajo.

Gómez trajo masas finas, y Josefina sonrió por primera vez en

una semana al abrir el paquete y descubrir el festín de colores y aromas que componían. Eran de La Oriental, una confitería de principios del siglo XX, famosa por la calidad de sus productos. Ese kilo de masas debía de haber costado una fortuna.

—Gracias, Lautaro. No tenías por qué molestarte.

—Ninguna molestia, señora.

Durante el té, en el que Nacho dominó la conversación, Camila se fijó en que su madre estudiaba y evaluaba a Gómez. La alegró, por un lado, porque, de ese modo, Josefina se distraía y se olvidaba de su drama; por el otro, la halagó que se interesase por algo relacionado con ella. Desde pequeña, había tenido la impresión de no contar para su madre.

Al terminar el té, Gómez le pidió conocer su dormitorio. Camila se negó.

—¿Por qué no puedo verlo?

—Porque es chiquito y feo.

—Quiero ver dónde dormís —alegó—. No me importa cómo es. Quiero verlo.

Resultaba improbable que Gómez, luego de atravesar la cocina y el pequeño lavadero para acceder a su cuarto, no se hubiese dado cuenta de que se trataba de la habitación para el servicio doméstico; no obstante, nada dijo, y se limitó a estudiarlo durante algunos segundos antes de comentar:

—Es muy lindo. Chiquito, pero lindo. Ah, pusiste el almohadón

que te dio mi hermana.

—Sí —contestó Camila, y lo levantó de la cabecera de la cama—, me encanta.

—Traje el libro que me regalaste ayer así lo leemos.

Volvieron al *living* dispuestos a acomodarse en el sofá para compartir su primera lectura. Camila se aproximó a la ventana y, después de evaluar el cielo, propuso:

—¿Te gustaría que fuésemos a leer a la plaza? A veces voy con Lucito. Me encanta. Hay un banco alejado que está buenísimo para leer.

Josefina les dio permiso y, cuando Nacho declaró que los acompañaría, le ordenó que se quedase para terminar su tarea de Matemáticas, lo cual sorprendió a Camila, y lo mismo a Nacho, porque de pronto su madre mostraba señales de volver a ser quien había sido antes de la separación.

El banco de la plaza estaba vacío, y allí se ubicaron. Camila abrió el libro y, antes de comenzar a leer, observó a Lautaro. Lo descubrió con un gesto ausente y la vista perdida.

—¿Qué pasa?

Gómez contestó sin mirarla:

—Mi papá nos traía a esta plaza. Antes, vivíamos a media cuadra de aquí.

Camila se quedó sin palabras; no sabía qué decir ni cómo

proceder. Debió de estar mirándolo con una expresión desolada pues, cuando él volvió sus ojos hacia ella, sonrió con benevolencia y le aseguró:

—No te pongas nerviosa. No voy a largarme a llorar.

“¿Qué le digo?”, se desesperó Camila.

—¿Cómo se llamaba tu papá?

—Héctor.

—¿Cuándo murió?

—El 13 de septiembre del 2007. Yo tenía casi trece años.

—Eras muy chico —dijo, sin meditar—. No fue justo. ¿Qué le pasó? ¿Estaba enfermo?

—Fue tan rápido —suspiró Gómez, y se pasó la mano por la frente, y Camila pensó que era la primera vez que lo veía abatido—. Un día sintió una opresión en el pecho y agitación. Le hicieron una ecografía y le vieron un bulto. Lo punzaron y dio que era maligno. Llegaron a hacerle una sesión de rayos y otra de quimio. El bulto creció desmesuradamente en pocos días, como si los rayos y la quimio, en lugar de achicarlo, lo hubiesen hecho crecer. No podía respirar, no podía hablar. Yo no quería ir a verlo porque él quería hablarme, y mi mamá le decía que no hablase, y él se ponía nervioso... —Se detuvo cuando su voz comenzó a falsear.

Camila apoyó el libro en el banco y lo abrazó. Gómez la estrechó sin medir la fuerza, y Camila soportó el dolor en las costillas y la falta de aire. Él no lloraba, simplemente la apretaba como si quisiese

exprimir algo de ella. Unos segundos más tarde, la fue soltando poco a poco. Se miraron a los ojos.

—¿En qué pensás?

—Estoy tratando de acordarme —confesó Camila— qué hacía yo el 13 de septiembre del 2007, mientras vos vivías el peor día de tu vida.

—¿Te acordás?

—Sí, me acuerdo. Me acuerdo muy bien porque mis padres, Nacho y yo estábamos en Disney.

Gómez soltó una risa hueca que la descolocó.

—Yo, en el velorio de mi viejo, y vos, en Disney.

—Otras épocas —masculló.

—¿A qué te referís con otras épocas?

—Eran las épocas de las vacas gordas, cuando mi familia tenía dinero.

—¿Tenían guita?

—Sí. Mucha. Vivíamos en un piso en la Recoleta y teníamos una quinta en Del Viso y un departamento en Punta del Este. —Gómez soltó un silbido de admiración, que hizo sonreír a Camila—. Ahora no tenemos nada.

—¿Qué pasó?

—La fábrica de telas de mi familia, que la había fundado mi

abuelo, quebró. Y nuestra vida cambió ciento ochenta grados. Mi papá se peleó con su hermano. Tuvimos que vender todo. Cambiamos el Audi por un Fiat, nos mudamos a un departamento más chico...

—En un barrio más feo —completó Gómez.

—Bueno, sí, no es tan lindo como la Recoleta, pero ahora lo veo con otros ojos. Antes lo odiaba, ahora no tanto.

—¿Sí? ¿Te estás acostumbrando?

—No. Es porque vos vivís aquí también. Lo mismo me pasa con el colegio. Extrañaba mucho el Saint Mary. Ya no.

—¿Por qué? —preguntó Lautaro, y sonrió con suspicacia.

—Sabés por qué.

—Decilo de nuevo. Me gusta que lo digas.

—Porque vos estás en este colegio.

—Entonces, ¿yo también te ayudé a ser feliz?

—Sí, mucho.

La sonrisa de Gómez le robó el aliento. A él, sonreír no se le daba fácilmente. Lo había visto sonreír y reír en contadas ocasiones, casi nunca con ella. Por eso, esa sonrisa, que le colmaba de brillo los ojos y lo obligaba a desvelar los dientes, la hizo feliz. En un impulso, le confesó:

—Lautaro, vos sos mi alegría.

Los labios de él temblaron, y la sonrisa fue desvaneciéndose.

—¿En serio? —le preguntó, en un hilo de voz, y Camila se limitó a afirmar con la cabeza; de la emoción, no conseguía articular.

Gómez se deslizó en la banca y se proyectó sobre ella como la sombra de un ser gigantesco. Le pasó los brazos por la cintura y la atrajo hacia él.

—Te amo, Camila. —Inclinó la cabeza y la besó.

Ella, que siempre había demostrado un gran sentido del pudor, se olvidó de que se hallaban en una plaza llena de niños y se abandonó al beso de Gómez. Cada vez, adquiría más seguridad en esos intercambios, cada vez, más destreza —al menos, eso creía ella—, cada vez, disfrutaba más. No obstante, cuando se separaron, ella experimentó vergüenza y simuló interesarse en el libro de Agatha Christie. No quería que la viese con los cachetes colorados.

—¿Empiezo a leer? —propuso y, con una pasada subrepticia, se secó los labios.

—Dale.

Al cabo de algunas páginas, Camila se detuvo y, sin levantar la mirada, preguntó:

—Lautaro, ¿por qué Bárbara te dice “Lauti”?

—¿Qué sé yo?

—Ni siquiera Karen te dice Lauti.

—Preguntale a Bárbara. ¿Yo qué sé?

Camila lo estudió de reojo y no advirtió nerviosismo en él.

—Lo conoce a Max —declaró—. ¿Por qué? ¿Dónde lo conoció?

—Ya te dije que la ayudé a dar Física de tercero. Se la había llevado a marzo. Vino a casa y ahí lo conoció a Max.

—¿Cómo es que la ayudaste con Física? Vos y ella no son exactamente amigos, ¿no?

—Me llamó por teléfono y me pidió que la ayudase. ¿Qué podía decirle?

—¿Por qué no la bancás? A Bárbara me refiero.

—¿Quién dijo que no la banco?

—¿Cómo que no la bancás? La mirás con una cara cada vez que se acerca...

—No la miro de ningún modo en especial. Ni la banco ni dejo de bancarla, me es indiferente.

—Me dijiste que era una serpiente.

—Es que lo es. Es un hecho indiscutible.

—Además, cuando estábamos organizando para ir a bailar, vos le dijiste que era una minita hueca y ella te insultó. Incluso, después de eso, sigue llamándote Lauti.

Lautaro la miró a los ojos sin pestañar, y Camila luchó por no

sentirse incómoda o intimidada.

— Yo no dije que *ella* fuese una minita hueca. Dije que *las* minitas huecas van a bailar. Si se sintió herida, es su problema.

— ¿No se hicieron amigos mientras la preparabas para Física?

— No. Seguí leyendo. La historia parece buena.

“¿Quién era la chica que tanto te llamaba por teléfono el sábado que fui a tu casa a hacer el trabajo de Geografía? Incluso fue hasta la puerta de tu edificio para buscarte”.

Fijó la vista en la página y se debatió entre contarle lo de los anónimos o callar de acuerdo con su primera decisión. Suspiró y recommenzó la lectura.



Ese domingo por la noche, Camila entró en Facebook con miedo. Su temor resultó ser fundado al encontrar un nuevo mensaje privado de Soyelquesoy. “Parece un santo cuando está con el uniforme de *boy scout*, ¿no?”. Esta vez, en lugar de un dibujo, había una fotografía de ella y Lautaro en el patio de la Parroquia Santa María. Las manos le

temblaron sobre el teclado, y su corazón adoptó un ritmo alocado. “¡Está siguiéndonos!”, exclamó, frenética de pánico. ¿Quién era? ¿Quién se molestaba en seguirlos? ¿Por qué?

Borró el mensaje y la fotografía –era su primera fotografía con Lautaro, así que le dio lástima deshacerse de ella– y le pidió a Nacho que le cambiase la configuración de los estándares de privacidad.

–Quiero que solo me lleguen mensajes privados de mis amigos.

–¿Por qué?

–Porque sí. ¿Sabés hacerlo? –lo apuró, y Nacho procedió a cambiar el parámetro.

No durmió en toda la noche y, a la mañana siguiente, le pidió a Josefina el corrector de ojeras. Intentaría camuflar la preocupación de su cara.



En el primer recreo, se ubicó en su sitio para releer *Shanna*, una de sus novelas favoritas. Al cabo, se presentó Gómez, y Camila experimentó una alegría súbita y sorpresiva. Se quedó muda,

mirándole los labios estirados en una sonrisa pícaro, y después reparó en que tenía el bozo oscurecido, y pensó que no se había afeitado, y el deseo por él recrudeció.

Gómez se sentó a su lado y estiró las piernas largas y delgadas.

—¿No trajiste el libro para que leamos?

—No —contestó él—. Lo dejé en casa.

Camila sintió una punzada de desilusión.

—Qué lástima. Podríamos haber leído en los recreos.

—No quiero que nos vean haciendo algo que es nuestro, de nuestra intimidad.

“Nuestra intimidad”, repitió, emocionada.

—¿Tu papá tiene alguna profesión?

—¿Mi papá? —Camila lo miró de costado—. Sí, es contador y licenciado en administración de empresas.

—¿En qué trabaja ahora?

—Un amigo le consiguió un trabajo en una aseguradora, pero yo sé que lo odia. Además, le pagan muy mal. Ese era uno de los problemas con mi mamá, que la plata nunca alcanzaba. Bah, todavía no alcanza.

—En la fábrica —pese al poco tiempo que llevaban de novios, Camila sabía que Gómez se refería a la empresa familiar como a “la fábrica” — está vacante el puesto del padre de Lucía.

— ¿Cuál es?

— Gerente de Compras y Depósito.

— ¿Y?

— Se me ocurrió que podría decirle a mi vieja que lo entrevistaste a tu papá.

Camila volvió la cara hacia el libro que descansaba sobre sus muslos. La idea le resultó maravillosa, aunque un segundo análisis le advirtió que no era sensata.

— No me parece, Lautaro.

— ¿Por qué? — preguntó, con tono escandalizado.

— Porque la comprometerías a tu mamá a que lo entrevistase porque se trata de mi papá. Y no te olvides de que mi papá carga con una quiebra a costas. Tiene un montón de problemas legales. Siempre está hablando con el abogado.

— ¿La quiebra fue fraudulenta?

Conociéndolo un poco, no debería asombrarse de que Gómez manejase ese vocabulario y esa información.

— No, por supuesto que no — murmuró.

— ¿Entonces?

— A mí me encantaría que mi papá trabajase en tu fábrica, pero no quiero que sea una imposición.

—No será una imposición, Camila —replicó él, malhumorado—. Mi mamá puede entrevistarlo como a cualquier otro. Además, no lo va a contratar si no le gusta, por más que sea tu viejo.

—No, obvio.

—Sería una entrevista, nada más.

—Claro. —Camila extendió la mano y la posó sobre la de Gómez—. Gracias —susurró.

Gómez entrelazó los dedos con los de ella y los apretó. La miró fija y largamente, y, casi como un juego, Camila se propuso medir cuánto tiempo soportaba el poder de esos ojos oscuros e hipnóticos que le horadaban los suyos. Fue Karen la que rompió el hechizo.

—¡Ey, chicos! Les saco una foto —propuso, y se colocó la cámara delante del rostro.

Se trataba de una Sony pequeña, de color rosa metalizado, un primor.

—¡Qué linda cámara, Karen! —comentó Camila.

—Me la trajeron mis abuelos de Miami. Saca unas fotos lindísimas. ¿A ver? Pónganse, así les saco una. Dale, Lautaro.

Camila movió la cola hacia la izquierda para aproximarse a Gómez, y este hizo lo mismo hacia la derecha hasta que sus muslos se tocaron.

—¡Abrazala, Lautaro! No seas ortiba. ¡Y sonreí! No pongas esa cara de velorio.

—No jodas, Karen.

—Sos un amargo serrano Terma.

A Camila los comentarios de Karen la hicieron reír, por eso, al momento en que la cámara la fotografió, sonreía de una manera amplia y natural.

—¿A ver? Veamos cómo salieron. —Aguardó un instante hasta que la pantallita de la cámara les devolvió la imagen—. ¡Camila, saliste diosa! Mirá.

En verdad, estaba muy linda. El sol le bañaba el cabello y se lo hacía fulgurar como el oro. El corrector de ojeras de Josefina le otorgaba una calidad diáfana a sus párpados inferiores y resaltaba el color celeste de los ojos. Gómez, en cambio, demostró no ser fotogénico. Había salido mal. Serio y con la boca apretada, tenía cara de pocos amigos, en la que la nariz destacaba como un apéndice largo y fuera de sitio. La tonalidad oscura, consecuencia de la media barba que no se había afeitado esa mañana, le acentuaba la palidez del rostro y le daba un aspecto enfermizo.

—Vos, Lautarito, salís horrible.

—Gracias, amiga.

A Camila, por el contrario, la imagen de Gómez le robó el aliento, y se quedó muda observándola. Una energía poderosa la atraía hacia ese rostro delgado, de nariz exagerada. Hallaba belleza en su fealdad. Resultaba paradójico, pero así era. O tal vez, meditó, el término “belleza” no era el apropiado, sino “personalidad”. Se convenció de que, si él hubiese sido tímido, inseguro y vergonzoso, su fealdad

habría sido contundente e indiscutible, y ella lo habría encontrado repulsivo. Con su forma de ser –orgullosa e indolente a los defectos físicos, seguro de sí y tranquilo–, ese rostro difícil se convertía en uno atractivo.

—Para mí —dijo, sin pensar—, salió muy bien.

—¿Muy bien? —se sorprendió Karen.

—Sí, me encanta.

—¿Sí? —Esta vez fue Lautaro el que habló, y Camila giró la cabeza para enfrentarlo.

—Sí. Me encanta tu cara, ya sabés.

Pocas veces, Camila había logrado atisbar un instante de perturbación o de emoción en Gómez, experto como era en ocultar sus sentimientos. Ese había sido uno de esos escasos momentos.

—Vos —dijo él— parecés una modelo de revista. Karen, hacé una copia y mandámela a mi *e-mail*.

—A mí también, Karen, por favor —pidió Camila.

—No sé cuál es tu dirección. Decímela.

Se la dictó, y Karen se la anotó en la mano.

Durante el resto de la mañana y, mientras volvía en subte a su casa, Camila rememoró esa declaración de Gómez y el orgullo que comunicaban su voz y su expresión al decírsela: “Vos parecés una modelo de revista”. A punto de descender en su parada, la asaltó un

pensamiento inquietante: Karen tenía una cámara nueva y de excelente calidad. Sacudió ligeramente la cabeza para desestimar la idea. ¿Y quién no tenía una cámara? A excepción de ella, todo el mundo tenía una cámara. Sin embargo, la duda quedó sembrada. ¿Habría sido Karen la de la fotografía en la parroquia? ¿Karen sería Soyelquesoy? ¿Quién conocía mejor las actividades de Gómez que su mejor amiga? ¿Estaría celosa? ¿Estaría enamorada de Gómez? Sin duda, no era una chica común y corriente.

Esa tarde, agobiada y asustada, Camila le contó a Alicia acerca del asunto de los anónimos.

—No quiero que te angusties —fue lo primero que dijo Alicia—, pero debemos estar atentas. Puede ser nada, una simple broma, o bien la obra de un perverso. ¿Se lo contaste a tu mamá o a tu papá?

—No. Ellos tienen tantos problemas... No quiero cargarlos con uno más.

—Entiendo. ¿Estás segura de que Soyelquesoy es del colegio? ¿Podría ser de otra parte?

—Estoy segura porque el primer dibujo apareció, después de un recreo, en el pizarrón de nuestra aula.

—Sí, supongo que es prueba suficiente. Soyelquesoy —repitió Alicia, para sí—. Así se le presenta Dios a Moisés en el Antiguo Testamento.

—¿Ah, sí? Hice la comunión, pero no soy religiosa, y no me acuerdo nada del catecismo.

—Puede ser que la persona sepa de religión o bien que el uso de esa frase sea una causalidad. Sea lo que fuere, el ego de esta persona es grande.

—O el ego de *estas personas* —adujo Camila—. Podrían ser varios los que están detrás de esta bromita.

—A ver —propuso Alicia—, analicemos a tus compañeros.

Después de un rato de deliberación, interrumpido por la llegada de una señora deseosa por conocer su revolución solar, Alicia y Camila arribaron a conclusiones pobres. En verdad, podía ser cualquiera de los que Camila ya había repasado.

—Por lo pronto, hiciste bien en poner restricciones a los mensajes privados por Facebook. Veamos qué hace ahora.

—Si sabe cuál es mi casilla de correo electrónico, podría empezar a enviarlos ahí.

—Esperemos —insistió Alicia.

La abuela Laura cenó esa noche con ellos, y Camila, que la quería mucho, por unas horas se olvidó de los problemas. La alegró que Josefina se mostrase entusiasmada con la visita. Aunque eran nuera y suegra y, al contrario de la regla general, se llevaban muy bien, Camila había temido que, con la separación, nacieran los roces y los entredichos.

—Camilita, tu mamá me contó que estás de novia.

—Se llama Lautaro —intervino Nacho.

—No hables con la boca llena —lo reconvino Josefina—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿Lautaro? Me gusta el nombre. Significa audaz en araucano.

La información hizo sonreír a Camila.

—¡Vos sabés todo, abuela! —se admiró Nacho.

—Lo sé porque tu abuelo, que era un gran estudioso del general San Martín, siempre me hablaba de la Logia Lautaro. ¿Cómo es? *Tu Lautaro, Camilita.*

—Feo —volvió a entremeterse Nacho.

—No es feo —lo contradijo Josefina, y a Camila la sorprendió: estaba segura de que su madre opinaba que Lautaro era un espantapájaros—. Tiene una cara muy especial, distinta, con mucha personalidad, pero no es feo. Además es alto y tiene buena contextura.

—Es flaco como un fideo —porfió el chico.

—¿Cómo es él? Me refiero a su personalidad.

—Repiola —concedió Nacho.

—Muy educado —opinó Josefina.

—¿No van a dejar hablar a Camila? —se fastidió la abuela Laura—. ¿Cómo es, tesoro?

—Es muy serio, pero muy bueno. Es el mejor alumno de la división. Es superinteligente. —Se dio cuenta de que un entusiasmo impropio de su naturaleza se apoderaba de ella y la desbordaba—.

Acaba de inscribirse en un maratón de Matemáticas y Física, que son sus fuertes, y si gana, le darán dos mil dólares y un viaje para toda la división a las sierras cordobesas. Estoy segura de que va a ganar. La tiene re clara.

Antes de subir al remís, la abuela Laura tomó las manos de Camila y le dijo:

—Quiero conocer a tu Lautaro. Quiero conocer al chico que hace que mi nieta se ponga aún más hermosa cuando habla de él. Nunca había visto tus ojos brillar del modo en que lo hicieron mientras lo describías. ¿Lo querés, tesoro?

—Muchísimo, abuela.

—Dios lo bendiga. Llegó en el momento justo, este Lautaro. ¿Cuál es su apellido?

Camila soltó una carcajada. Le había parecido extraño que su abuela no solicitase ese dato.

—Ahora ya no te parecerá tan lindo *este Lautaro*. Es un simple Gómez, abuela. Nada de apellido doble como el nuestro ni con olor rancio, como decís vos. Simplemente, Lautaro Gómez.

—En fin. Nadie es perfecto —expresó la abuela, y le guiñó un ojo.

Camila regresó al departamento sintiéndose ligera y feliz. Apenas traspuso el umbral, se topó con Nacho en el pequeño recibidor y se dio cuenta de que tenía algo malo para contarle.

—Me entró un mensaje privado para vos. Lo leí —dijo, con mueca apenada—. Es raro.

—Mostrámelo.

“¿De ahora en más uso el perfil de tu hermano Nacho para comunicarme con vos? Lo mejor será que habilites de nuevo la función de los mensajes privados, ¿no te parece?”. Más que miedo, experimentó abatimiento. Era común en ella sentirse vencida y tener una visión pesimista. ¿Sería a causa de la presencia de Plutón en la Casa I o de Neptuno en la IV? Sea como fuere, se sintió agobiada. Lo primero que hizo una vez que Nacho desocupó la computadora fue devolver la configuración de su perfil de Facebook a los parámetros iniciales. De algo estaba segura: no quería que Soyelquesoy le enviase a Nacho los dibujos perversos. Después, controló su casilla de correo, y ahí estaba el mensaje de Karen con un archivo adjunto, el de la fotografía que les había tomado esa mañana, en el colegio. La estudió con mirada crítica primero, con una dulcificada después. La colgó en el muro para que su prima Anabela y su amiga Emilia lo conocieran. Sus respuestas aparecieron segundos más tarde. “¡Es feo!”, declaró Anabela, en su consabida y cruda sinceridad. “No es feo”, opinó Emilia. “Tiene una cara con personalidad. Además, parece buena persona”. “¡Tiene cara de *nerd!*”, insistió la otra. Camila sonreía entre asombrada y divertida. Por un lado, la asombraba que los comentarios no la perturbasen; para ella, Lautaro Gómez era el chico más atractivo que conocía. Por el otro, la divertían su prima y su amiga: no habían cambiado, eran las de siempre. Ahora que las observaba a través del prisma de la astrología, concluyó que a Anabela se le notaba la esencia ariana, y a Emilia, la canceriana. “La que está monísima”, siguió escribiendo Anabela, “¡sos vos, prima! Estás re linda”. “¡Sí, es verdad, Cami!”, acordó Emilia. “¿Te aclaraste el pelo?”. Después de una respuesta rápida, Camila borró los mensajes para evitar que Lautaro leyese que lo llamaban feo.



Al día siguiente, Camila sonsacó con argucias a Benigno cuáles eran las herramientas de Facebook para un caso como el de Soyelquesoy.

—Una alternativa es bloquearlo desde tu perfil. Y además de bloquearlo, podés reportar la razón por la que lo hacés. No me acuerdo bien cuáles son, pero había una que me llamó la atención. Decía: “Esta persona me está acosando”. ¿Alguien está acosándote?

—¡No, Benigno! Simplemente quiero saber. No sé nada de Facebook y estoy aprendiendo.

—¿Por qué no le preguntás a Lautaro?

—A Lautaro le pregunté demasiado. ¿Te molesta que te pregunte?

—Para nada. Pero entiendo que no le preguntes a él. A veces, cuando yo le pregunto mucho sobre algo, se embola y me da cagazo. ¡Tiene un carácter!

El comentario dejó petrificada a Camila y, durante unos

segundos, no prestó atención a lo que Benigno siguió diciéndole.

—Otra posibilidad es ir al perfil de la persona y desde ahí, denunciarlo. Según me contaron, Facebook le borra el perfil y todos los perfiles que tenga asociados a la misma dirección de *e-mail*.

—Ah, qué bueno —murmuró—. Entonces, ¿ya no podría abrir un nuevo perfil en Facebook?

—Con la misma dirección de *e-mail*, no. Pero si crea otra, no tendrá problema.

Esto último la descorazonó. No tenía salida. Sospechaba que Soyelquesoy apelaría a cualquier argucia para seguir conectada con ella. Inventar una nueva casilla no presentaría un escollo para él. ¿O ella?

En el primer recreo, Camila observó, desde su sitio predilecto, que Bárbara consolaba a Lucía. Concentrada como estaba tratando de adivinar el motivo del llanto de Lucía (el tal Germán, seguramente), se sobresaltó cuando apareció Lautaro.

—Te asusté —declaró, y se sentó a su lado.

—Sí. Estaba mirando a Lucía. ¿Sabés por qué llora?

—Sí.

—¿Sí? ¿Cómo sabés?

—Bueno, lo supongo. El abogado de mi mamá presentó una denuncia penal contra el padre de Lucía. Por estafa y robo.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Porque es lo justo. Ya te conté que el padre de Lucía nos estuvo estafando y robando desde que mi viejo se murió. Antes, cuando él estaba vivo, no se habría animado porque mi viejo lo habría descubierto al toque. Y lo habría matado. Pero con mi vieja... A ella le tomó un tiempo comprender el manejo de la empresa. Y bueno, ese hijo de puta se aprovechó.

—Aprovecharse de una viuda con dos chicos... No lo puedo creer.

—Mi mamá no habría hecho la denuncia penal si el padre de Lucía se hubiese quedado piola después del despido. Pero presentó una demanda en un juzgado laboral exigiendo una indemnización millonaria. Perro —masculló—. Después de todo lo que nos robó, encima exige una indemnización.

—¿Podría ir preso?

—No creo, pero al menos, dejará de joder con nosotros. ¿Así que soy feo? —disparó, sin mediar pausa ni explicación.

—¿Cómo?

—Tu prima Anabela. Ella dice que soy feo y que tengo cara de *nerd*. —Lautaro rio al ver cómo las mejillas de Camila se tornaban de un rojo profundo—. No me molesta.

—Borré los mensajes del muro para que no los leyese — balbuceó, y, como el comentario le pareció idiota, se puso aún más colorada.

—Posta, no me importa. Sé que soy feo.

—¡No! Ya te dije que, para mí, sos hermoso. Lamento que hayas leído lo que Anabela puso en mi muro. Ella le da mucha importancia al físico.

Abandonó el libro sobre el suelo y se sentó sobre sus talones frente a Lautaro. Él, con la espalda contra la pared, permaneció quieto, expectante. Camila levantó el brazo y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Gómez la seguía con una mirada atenta, tal vez desconfiada. Se inclinó y le besó la frente y el entrecejo, y a continuación depositó besos ligeros a lo largo de la nariz, siguiendo la línea torcida del tabique hasta alcanzar la punta, donde demoró los labios. Ambos se quedaron en suspenso. Camila percibía en el mentón la respiración acelerada de Gómez. Sacó la punta de la lengua y la pasó por la hendidura, la que le recordaba a la nariz de Gabriel Byrne. Resultó obvio que Gómez no se esperaba esa muestra desfachatada, y Camila experimentó una oleada de triunfo al sentirlo temblar y al oír su quejido ahogado. Las manos de él le aferraron la cintura, aunque no hicieron el intento por moverla, y se le clavaron en la carne.

—Camila...

—¿Qué?

—Quiero...

—¡No, Lucía! —La exclamación de Bárbara cortó el aire como un filo.

—¡Déjame!

Camila recibió un empujón y quedó sentada de costado, sobre el suelo. Gómez se puso de pie rápidamente y se inclinó para levantarla. No logró hacerlo. Lucía Bertoni le dio un golpe en el brazo.

—¡Hijo de puta! ¡Vos y tu vieja son unos hijos de puta!

—Lucía, calmate —le pidió Bárbara.

La escena violenta le quitó la capacidad de reacción y permaneció en el suelo durante unos segundos hasta que reaccionó y se puso de pie. Gómez le extendió el brazo para ayudarla y de nuevo Lucía disparó la mano para golpearlo, pero esta vez Gómez le sujetó la muñeca, y Lucía gritó de dolor.

—Lucía, te advertí el otro día que no me golpeases.

Gómez la soltó con un empujón, y Lucía trastabilló hacia atrás. Camila se aproximó a Lautaro y le tomó la mano.

—¡Decile a tu vieja que retire la denuncia contra mi viejo!

—Decile al tuyo que retire la demanda por cobro de indemnización.

—¡Es su derecho!

—¿También era su derecho robarnos y estafarnos?

—¡Esa es una mentira! ¡Una mentira de tu vieja! ¡Te lo voy a hacer pagar, Langosta! ¡Vos sabés que puedo hacértelo pagar!

—Vamos, Lucía —la conminó Gálvez, y le sujetó los hombros.

—¡Dejame, Sebastián!

—No, vamos —insistió—. Van a venir las preceptoras y vas a tener quilombo.

Camila y Gálvez cruzaron una mirada, y el aplomo que descubrió en los ojos verdes de Sebastián la sorprendió. Algo había cambiado en él.



La vida de Camila prosiguió matizada con momentos hermosos y otros que la angustiaban. Le parecía que vivía montada en una tabla de surf; a veces subía, a veces bajaba. La relación que, de manera tan inesperada e increíble, había comenzado con Lautaro Gómez marchaba viento en popa, y ella se convencía de que ocultarle la cuestión de los anónimos, que seguían llegando, era una decisión sabia para evitar su enojo y su preocupación. Ella había sido la culpable al revelar su noviazgo a Gálvez.

Además de la cuestión de los anónimos y sus dibujos macabros, la separación de sus padres era su mayor fuente de preocupación, y Camila experimentaba una gran impotencia al ver deprimida a su madre y tan tenso a su padre. No hablaban desde aquel domingo en

que Juan Manuel Pérez Gaona se había marchado. Si llamaba por teléfono y atendía Josefina, esta se limitaba a apoyar el auricular o el inalámbrico en un mueble y decir, con voz débil: “Teléfono, Camila”, “Teléfono, Nacho”, como si ni siquiera pudiese pronunciar el nombre de su esposo o el vínculo que lo unía a sus hijos.

Alicia Buitrago se había convertido en una pieza fundamental de su vida, no solo porque le pagaba un sueldo estupendo, sino porque con ella se desahogaba al confiarle sus pensamientos más íntimos. Ni con Lautaro experimentaba la libertad absoluta que le inspiraba Alicia.

—¿Por qué no querés decirle a Lautaro lo de los anónimos? — quiso saber Alicia.

—No sé, me da miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que se enoje conmigo. Él no quería que los demás se enterasen de que estamos de novios porque quería protegernos.

—¿Protegerse? ¡Típico escorpiano! Desconfían de todos y de todo. De igual manera, no es bueno que, desde el comienzo, tengas miedo de ser franca con él, Cami. En una pareja, la confianza lo es todo.

—Sí — admitió, con cabizbaja.

—¿Estás segura de que solo le temés a su enojo? ¿Y a que te deje?

—Sí, a eso, sobre todo.

—Ahora me toca decir: ¡típico taurino! Le tienen pánico a la

pérdida.

—Y como los escorpianos no le tienen miedo a nada —expresó Camila, con voz sarcástica—, estoy segura de que él no tendría problema de dejarme de un día para el otro.

—¿Por qué te dejaría de un día para el otro? Vos no sos la culpable de los anónimos.

—¿No lo soy? Yo fui la que reveló en la división que estábamos de novios cuando él me había pedido que no lo hiciera.

—¿Cuánto tiempo podían ocultarlo? No mucho, por cierto. Pero insisto: ¿por qué te dejaría a causa de unos anónimos?

—No lo sé, es algo que intuyo, que percibo. Siento que, si le cuento lo de los anónimos, algo muy frágil se romperá y nada volverá a ser como antes. Le tengo miedo a su enojo —admitió—. Tengo miedo de que deje de admirarme y respetarme.

—Ay, Cami, Cami... Sin duda, el Plutón de Lautaro, su centro más grande de poder, es muy fuerte. Pero vos también sos una mujer plutoniana y fuerte. No te dejes avasallar por la parte oscura de tu Tauro. Tenés todas las herramientas para combatir este desánimo. Deberías decírselo.

—Sí, tal vez.

La verdad era que dependía de Lautaro; él era su fuente de alegría y de seguridad, como también lo era de su familia. De Nacho, por ejemplo, a quien, además de apadrinar en el movimiento scout y de enseñarle Matemáticas —se había sacado tres en la última prueba—,

llevaba al instituto de karate y le pagaba las clases; Camila insistía en hacerse cargo de la cuota mensual, pero Gómez se rehusaba con una firmeza difícil de vencer. También era una buena influencia para su madre, a quien la presencia de Gómez le cambiaba el humor. Lautaro la halagaba sutilmente –“Qué bien le queda ese vestido, Josefina”, “Qué rica torta. ¿La hizo usted, Josefina?”, “¡Me encanta la decoración de este *living!*”, “¡Qué buen corte de pelo, Josefina!”–, y Josefina caía rendida a sus pies. Camila se abstraía y los observaba interactuar, y se debatía entre dos sensaciones: de felicidad, por ver contenta a su madre, y de suspicacia, al preguntarse si Lautaro Gómez trataría con tanta destreza a todas las mujeres.

Una tarde en que releyó la parte referida al hombre escorpiano en el libro de Linda Goodman, se dio cuenta de que sus suspicacias no eran vanas. La astróloga aconsejaba a las mujeres unidas a escorpianos que con sus celos hicieran un paquete y que lo guardasen en un baúl. Y aseguraba algo con lo cual Camila acordó: a un escorpiano no se le moverá un pelo por muchas lágrimas que su mujer derrame o por muy feroz que sea la escena colérica que monte. La frase que leyó a continuación, lejos de serenarla, la angustió: *Es leal a sus vínculos profundos, y lo único que hace con esas chicas es practicar sus poderes hipnóticos.* ¡Ella no quería que practicara nada con nadie, excepto con ella! ¡Lautaro era suyo y de nadie más! Pero la resignación en este caso se presentaba como cosa de sabios, pues parecía ser que las mujeres encontraban irresistibles a los escorpianos y era infructuoso luchar contra esa realidad.

Al leer la siguiente declaración de la Goodman, que nadie es más poderoso que el Escorpión para resistir los continuos halagos y las tentaciones, se preguntó si la astróloga la había escrito para consolar a

la lectora que estaba de novia con un nativo de este signo o porque era verdad.

¡Qué duro resultaba admirar su habilidad con las mujeres y no poder gritar e insultar! Le sucedía a diario en el colegio –de pronto, se había vuelto irresistible para varias, sobre todo después de que salió a la luz la noticia de que participaría en el maratón de Matemáticas y Física–, entre las scouts, aun sus pequeñas alumnas de karate le coqueteaban. También le ocurrió durante la ocasión en que lo llevó a tomar el té a la casa de la abuela Laura y se topó con Anabela y Emilia. Sospechaba que el encuentro no era fortuito; su abuela Laura se había propuesto matar dos pájaros de un tiro: conocer a Lautaro y propiciar la reconciliación, aunque nunca hubiese habido pelea, entre sus nietas.

Anabela, que al ver la fotografía de Lautaro en Facebook había declarado que era feo, al final de la tarde, Camila estaba segura, habría manifestado lo contrario; de igual modo Emilia. En su maestría para cautivar al auditorio femenino, Gómez parecía más grande, de veinticinco años, no de dieciséis. Después de mucho estudiarlo desde un rincón y atragantándose con los celos, Camila descubrió que, sutilmente, como el arácnido que era, tejía una red basada en halagos, anécdotas y muestras de su vasta cultura, que les imposibilitaba el escape. La frase “cinturón negro, primer dan” y la explicación que la acompañaba arrancaban exclamaciones y gestos desmesurados.

Hacia el final del encuentro, la abuela Laura apretó la mano de Gómez para llamar su atención.

— ¿Cuáles son tus intenciones con mi nieta, Lautaro?

— Vivir con ella para siempre, señora.

A Camila la surcó un escalofrío. Su prima y su amiga suspiraron.

Por último, Lautaro Gómez se convirtió en el responsable de la alegría de Juan Manuel Pérez Gaona al propiciar que Ximena lo entrevistase para el puesto de gerente de Compras de la empresa familiar. Sin mencionar que el sueldo duplicaba el de la aseguradora, el trabajo resultaba más atractivo. Ximena le había prometido una pronta respuesta, tal vez para mediados de mayo.

—Yo creo que me llamará antes —dijo Juan Manuel, que a duras penas disimulaba la ansiedad—. Necesita cubrir el puesto de inmediato.

—Ojalá, papi. No sé si hice mal en mencionarle a Lautaro lo de la quiebra —se angustió—. ¿Y si no te da el puesto por eso?

—No te preocupes, mi amor. Prefiero que todo quede claro entre Ximena y yo. Le hablé sobre el tema. Fui sincero y le expuse cómo se dieron las cosas, que fueron las importaciones de telas chinas y no otra cosa rara las que desataron los problemas en la fábrica, sin soslayar las cuestiones sindicales, que Ximena también padece a diario. ¿Sabés? —dijo, para animarla—. Está interesada en que me haga cargo de la parte de Compras y de todo el proceso productivo. Mi *know-how* en materia de procesos industriales no es para desdeñar.

—¡Qué bueno, papi! —Camila le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Le hablé de la teoría que expone Goldratt, el autor de *La meta*, para solucionar los problemas de restricciones o cuellos de botellas y quedó muy impresionada.

—Sos un genio.



El día de su cumpleaños, el martes 10 de mayo, Camila se levantó antes de lo habitual. Se preparó un café con leche y lo colocó en el escritorio junto a la computadora. Se conectó a internet y seguidamente a Facebook. Intuía que Lautaro le había preparado una sorpresa en el muro. No se equivocó. El mensaje era de las dos de la mañana. “Porque quiero ser el primero en todo en tu vida, incluso el primero en desearte feliz cumpleaños, me quedé hasta esta hora para decirte: ¡Feliz cumple, mi amor! Sos lo más lindo que tengo en la vida”. Un estrangulamiento doloroso le endureció el cuello, y el corazón le palpitó de manera tan alocada, que lo sintió en los oídos. Sabía a qué aludía con lo de “quiero ser el primero en todo en tu vida”. El día anterior, después de un beso particularmente apasionado, Gómez le había susurrado al oído:

—Camila, quiero hacerte el amor. —Debió de percibir su nerviosismo porque le aclaró—: Cuando vos estés lista. No te sientas presionada por mí, te lo pido. Sé que sos virgen y que sería tu primera vez.

¿Por qué la escandalizaba e inquietaba tanto la pregunta de su novio? Después de todo, pensó, se suponía que hacer el amor era normal, lo que se esperaba. Para Camila, en cambio, tener relaciones sexuales, aun con Lautaro, a quien amaba, se presentaba como una empresa dura de afrontar. Si bien era consciente de que los besos no bastaban para calmar el deseo, imaginarse desnuda con él se convertía en un pensamiento intolerable. “Vos parecés una modelo de revista”, había declarado el día en que Karen les sacó la fotografía. ¿Pensaría lo mismo después de conocer sus piernas con forma de jamón y sus pocitos de celulitis? ¿Le gustarían sus rodillas del tamaño de un melón y sus pantorrillas pulposas? No obstante sentirse hermosa desde que Lautaro le había confesado que la quería, sus complejos físicos afloraron a la mención de compartir la máxima intimidad entre un hombre y una mujer. Definitivamente, no estaba preparada.

Releyó el saludo que Lautaro había escrito en su muro –no le pasó por alto que lo hiciera público, como una estrategia para marcar territorio, habría dicho Alicia– y se instó a espantar los fantasmas y los demonios. Ese día era su cumpleaños número dieciséis y quería darse un respiro de los problemas.

No lo consiguió: un momento más tarde, llegó un mensaje privado de Soyelquesoy. “¡Feliz cumple, Camila! Hoy, para vos, hay a un regalo especial. Abrí el archivo adjunto y disfrutá”. Con la flecha del mouse en la palabra “borrar”, luchó contra la curiosidad y perdió. No era un dibujo, sino una fotografía de Gómez y Bárbara Degèner charlando en el dojo del instituto de karate. Era de calidad y nítida, por lo que no había sido tomada con un celular. ¿Con la cámara nueva de Karen, tal vez?

Camila analizó la imagen durante largos segundos. No había

nada de malo en la manera en que se miraban mientras hablaban; en realidad, Bárbara hablaba; Gómez la observaba con la seriedad de costumbre. Sin embargo, a Camila la urgió una desazón incontrolable. Con un simple pijama blanco y holgado y una coleta mal recogida en la nuca, Bárbara estaba preciosa, y la mirada que Gómez le destinaba, Camila la juzgó cargada de deseo. ¿Lo habría llamado “Lauti”? ¿Qué estaría diciéndole? ¿Habría practicado con ella algún kata? ¿Habrían terminado en el suelo, agitados y mirándose a los ojos? Los circundaba una armonía inusual, como si no acostumbrasen tratarse mal e insultarse. ¿Por qué Soyelquesoy le enviaba una fotografía de Gómez con Bárbara? ¿Soyelquesoy sería Bárbara? Si lo era, había necesitado un cómplice, alguien que tomase la fotografía. ¿Lucía? ¿Sebastián? No, resultaba improbable. En esos últimos días, la amistad con Bárbara se había afianzado, y Camila la percibía sincera.

Como de costumbre, Lautaro estaba esperándola en la vereda. A pesar de que Nacho los miraba con una sonrisa avergonzada, la besó en los labios y la abrazó. Al susurrarle: “Feliz cumple, mi amor”, destruyó la desazón causada por la fotografía. Era la segunda vez que la llamaba así ¡y cómo le gustaba!

Una vez solos, ya en el subte, Lautaro le preguntó:

—¿Leíste el mensaje que te escribí en Facebook? —Camila asintió—. ¿Y? ¿Te gustó?

Le pegó la boca al oído para confesarle:

—No me gustó, sino que lo amé.

Gómez giró hasta que sus labios se rozaron. Sin apartarlos, declaró:

—Dije la verdad, Camila: sos lo más lindo que tengo en esta vida.

Pasaron una mañana agradable. Sus compañeros le cantaron “Que lo cumplas feliz”, y, en el primer recreo, Lautaro le entregó una bolsa con chocolates y bombones.

—Este regalo es un adelanto. Lo demás te lo doy esta tarde.

—¿Hay más?

—Obvio.

—No, esta tarde no me lo des. Tendrías que hacerlo en la casa de Alicia y no quiero. Me gustaría que fuese un momento especial, para nosotros dos.

—Sí —acordó él, y le apretó la mano.

—Dámelo el sábado, que es mi día favorito. Tengo pensado preparar una cena para festejar. Esta vez tengo ganas de festejar. Porque te tengo a vos.

—Sí —repitió él, sin pestañear, absorto en el movimiento de los labios de Camila.

Por la tarde, Alicia la recibió con un abrazo.

—¡Feliz cumple, Cami querida!

La sorprendió que lo recordara. Siempre estaban hablando de su signo, de Tauro, pero dudaba de que, con tantos pacientes y clientes, recordase el día exacto. Lucito le entregó un regalo y le llenó de saliva la mejilla para darle un beso.

—¡Es divino! —exclamó al mismo tiempo que admiraba el conjunto compuesto por una blusa y una falda—. ¡Ali, qué divino! ¡No tendrías que haber gastado tanto!

—¿Qué te importa a vos cuánto gasté? Lo vi y me dije: “Camila quedará como una reina con esta pollera y esta blusita”. Son tan románticas...

En una tonalidad rosa pálido, la blusa de gasa tenía estampados rosas y lazos de colores más vivos que iban desde el fucsia hasta el rojo, con detalles en verde manzana, lavanda y azul. A la falda, de un algodón bien armado y en la misma tonalidad rosa de la blusa, la embellecían detalles en puntillas y moños. La delicadeza de las prendas la conmovía. Nunca imaginó poseer un conjunto que debía de costar una fortuna.

De repente, extendió la falda en el aire, asaltada por una preocupación: ¿le entraría?

—Es tu talle —dijo Alicia—. No te preocupes, taurina, te va a entrar.

Sin meditarlo, Camila devolvió el abrazo a su vecina. No quería llorar.

—Ey, ¿por qué esas lágrimas?

La pregunta bastó para que las compuertas se abriesen, y el llanto desbordara. Sin palabras, Alicia la condujo al sofá y la acunó. Lucito les hablaba en su media lengua desde el corralito.

—No sé por qué lloro —admitió Camila.

—Te han sucedido muchas cosas últimamente. Es lógico que estés sensible.

—Hoy va a ser mi primer cumpleaños sin mi papá en casa.

—Eso duele.

—Mucho. Además...

—¿Además, qué? —la instó Alicia.

—Hoy me llegó otro anónimo.

—Ajá. ¿Qué dice esta vez?

—Me manda un regalo para mi cumpleaños —dijo, y subrayó la palabra “regalo” al ejecutar el ademán de entrecomillarla—. Una foto.

—¿De quién?

—De quiénes, deberías decir. De Lautaro y de Bárbara.

—¿Juntos? —Camila asintió—. ¿En el colegio?

—No, en el instituto de karate. Bárbara empezó a tomar clases este año.

—¿La foto es, digamos, comprometedora?

—No hay nada en la foto, pero...

—Pero te dieron celos igualmente. —Camila volvió a agitar la cabeza para afirmar—. Es normal. Bárbara es una chica muy linda y vos, muy insegura. —Camila rio con desgano—. Decime una cosa, ¿Lautaro te da motivos para estar celosa de Bárbara?

—No, al contrario. A veces creo que la odia. A veces se tratan muy mal.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lautaro no se la banca y no quiere que seamos amigas.

—Y vos, ¿qué pensás de Bárbara?

—Me cae bien, a pesar de que es un desastre. No sé por qué me cae bien, en realidad.

—Vos la salvaste aquella vez en el subte. Eso creó un lazo fuerte entre ustedes.

—Puede ser. —Camila bajó la vista y se incorporó en el sillón—. Ayer... —comenzó, y se detuvo.

—¿Qué pasó ayer?

—Lautaro... Él me dijo que quería hacer el amor conmigo.

—¿Así te dijo? ¿“Camila, quiero hacer el amor con vos”?

—Camila asintió—. Ese escorpiano es un gran seductor.

—¿Sí?

—¡Por supuesto! Otro, con menos *savoir-faire*, te habría dicho — Alicia impostó la voz para imitar la de un hombre zafio—: “Camila, ¿querés coger?”.

Se rieron al unísono, y Lucito soltó un chillido para acompañarlas. Camila dejó su sitio en el sofá y lo sacó del corralito.

—¿Qué sentiste cuando Lautaro te dijo que quería hacer el amor con vos?

—Me sentí... no sé... muy rara. La verdad es que, a pesar de que casi todas las chicas que conozco han tenido sexo, para mí eso es algo que... no sé... algo que no tiene que ver conmigo. Que *nunca* tendrá que ver conmigo. —Su mirada se detuvo en el cuadro *L'Origine du monde*, y deseó poseer la desvergüenza de la modelo de Courbet. Después de todo, su cuerpo se parecía bastante al de la mujer, aunque con vello pubiano más rubio.

—Decime qué es lo primero que te viene a la mente cuando pensás en hacer el amor.

—En que voy a estar desnuda.

—No tiene por qué ser así. Se puede hacer el amor con toda la ropa puesta y con las luces apagadas.

—Sí, tal vez, pero, en algún momento, habrá que desnudarse, ¿no?

—Si vos querés, si vos estás lista. Cami, ¿cuál es el problema de desnudarse?

—No quiero que Lautaro vea mi cuerpo.

—¿Por qué? ¿Tenés algún defecto?

—¡Miles! Mis piernas son dos jamones llenos de celulitis. Y tengo muchos lunares. Mi dermatóloga dice que es típico de las pieles tan blancas. ¡Me gustaría ser negra!

Alicia soltó una carcajada.

—Perdón —se disculpó enseguida—. Me dio risa tu vehemencia y también que tu Luna en Virgo sea tan fuerte. Solo te digo una cosa: así como Lautaro te hace sentir hermosa con mirarte, te hará sentir hermosa en la cama. Tenés que tratar de entender cómo piensa y siente él. Los hombres son muy distintos de nosotras. La verdad es que no tienen tantas vueltas. Les gustamos como somos, con celulitis, flaccidez y estrías. Lo que el hombre detesta es el histeriqueo. Nos prefieren relajadas y contentas, es todo lo que piden.

—Hay hombres muy preocupados por que sus chicas estén delgadas —mencionó, al recordar al novio tenista de su amiga Emilia.

—No son hombres que valgan la pena. —Alicia suspiró y abandonó el sofá—. Puedo equivocarme en esto que voy a decirte, pero no creo. El día en que decidas entregarte a tu escorpiano, serás la mujer más feliz del mundo.

Un cosquilleo la recorrió de pies a cabeza, y una sonrisa tímida le dio brillo a su gesto opacado.

—Cami, sacate este tema de la cabeza. Tenés demasiadas cosas en que pensar. No te echés una más en el morral. Cuando llegue el momento, todo fluirá fácilmente y serás feliz. Lautaro te adora y besa el suelo que pisás.

La declaración la dejó aturdida y halagada. “Y besa el suelo que pisás”.

—¿Sí? ¿Te parece?

—Me parece. Y ahora, señorita, a gozar de este día.



El sábado siguiente, el elegido para festejar su cumpleaños, Camila se levantó muy temprano y se fue a lo de Alicia. Necesitaba charlar con ella. Al regresar, se dio cuenta de que Josefina tenía mala cara por no haberla encontrado al despertar.

—Estaba con Alicia.

—¿Y por qué te vas con Alicia justo hoy, que hay que preparar todo para el festejo de tu cumpleaños?

Como no le respondería: “Porque necesitaba su consejo y su paz”, se decidió por una mentira.

—Fui a cobrar lo que me debía, así pago la factura del cable que vence el lunes. ¿Le avisaste a la abuela de la cena?

—Sí. ¿Qué vas a ponerte esta noche?

—El conjunto que me regaló Alicia.

—La blusa es muy transparente —objetó Josefina—. Usá una

camiseta debajo.

—Sí, ya lo había pensado.

—¿A qué hora viene Lautaro a cenar?

—A las nueve. Invité a Alicia y a Lucito también.

Josefina acentuó la mala cara, pero no objetó. Contraatacó de otra manera.

—¿No vas a invitar a tu prima Anabela y a Emilia?

—No, mamá.

¿Por qué a Josefina nunca le bastaba con lo que ella hacía? Siempre pedía más, siempre había algo que reprochar, alguna imperfección que destacar. Quería estar relajada; Anabela y Emilia representaban dos potenciales competidoras por la atención de Lautaro. No se olvidaba de la tarde en lo de la abuela Laura, cuando ninguna se molestó en disimular cuánto lo admiraban, sobre todo Anabela.

—O las invitás vos o las invito yo. Decidí.

—Invitalas vos —dijo, y se marchó a su dormitorio.



Nacho y ella almorzaron con Juan Manuel en el McDonald's de siempre. A Camila la esperaba el mejor regalo de cumpleaños: su padre había conseguido el trabajo de gerente de Compras en la fábrica de los Gómez.

—Ximena me llamó ayer por la noche para avisarme.

—¡Qué groso, papi! —exclamó Nacho—. Ahora vas a poder comprarme la Play.

—¡Nacho! —se escandalizó Camila—. Solo pensás en vos, siempre en vos.

—Callate, ortiba.

—No se peleen, por favor. Cami, contame cómo pasaste tu cumple. Apenas hablamos el martes.

—Rebien. Alicia me regaló un conjunto divino que voy a estrenar esta noche.

—¿Vas a hacer algún festejo?

—Invité a la abuela y a Lautaro a cenar en casa. —Se angustió ante la cara de decepción de Juan Manuel—. Yo quería invitarte, pero...

—Sí, hija, lo sé. No te preocupes. Me pone contento que tu madre le haya permitido a la abuela Laura ir esta noche.

—Sí —intervino Nacho—, entre ellas hay buena onda.

—¿Y si vinieses a cenar esta noche igualmente, papi? —sugirió Camila.

—Ya veremos. Por lo pronto, aquí tenés tu regalo.

Camila rompió el papel con ansiedad. Se trataba de un libro, de una novela en inglés. *He Knew He Was Right* (Él sabía que tenía razón), de Anthony Trollope. El título le resultó sugestivo.

—La vendedora que me lo recomendó (una chica joven) me dijo que era atrapante.

—¡Gracias, papi! Vos sabés que amo los libros. ¡Gracias!

Se abrazaron, y Juan Manuel la apretó y la besó en la frente. Nacho pasaría el resto de la tarde con él. Camila, en cambio, regresaría a su casa para preparar la cena. Estaba muy ansiosa por ponerse manos a la obra. Quería lucirse con Lautaro, y se imaginaba los comentarios que le haría a Ximena al regresar: “El peceto de Camila era mortal, mami. Supertierno y sabroso”. “No sabés qué exquisito el flan de coco que preparó Camila, mamá”. Pasó por el supermercado y compró los últimos ingredientes que necesitaba. Pagó con su plata y se sintió bien.

Al llegar a su edificio, se llevó una sorpresa: Lautaro, en su uniforme de *boy scout*, la esperaba en la puerta. Caminó hacia él con una sonrisa inconsciente.

—Hola —Lautaro se inclinó y la besó en los labios.

—Hola. ¿Por qué estás aquí?

—Porque quería verte.

—¿Tocaste el timbre? ¿Mi mamá no te hizo pasar?

—Le dije que te iba a esperar abajo.

Sin explicaciones, la desembarazó de las bolsas del supermercado. Camila notó que tenía una muy bonita en la otra mano, con arabescos en colores azules y blanco.

—¿Podés subir un momento? Todavía tenés tiempo —dijo, en tanto consultaba el reloj.

—Sí, tengo tiempo.

Después de saludar a Josefina, Lautaro la acompañó a la cocina y la ayudó a vaciar las bolsas y a acomodar la compra.

—¿Querés tomar algo? ¿Un café? ¿O preferís un jugo?

—Un café, por favor.

Camila le dio la espalda para aprestar las tazas, y unos segundos después tembló al contacto tibio de sus manos en la cintura. Él las apoyó con la misma delicadeza que empleó para besarla en la nuca descubierta gracias a la cola de caballo.

—Vine para darte tus regalos.

—¿Sí?

—Esta noche va a estar tu abuela, Alicia, tu vieja... y no tendremos ese momento para nosotros que vos querés.

Camila giró para mirarlo a los ojos.

—Te quiero, Lautaro.

Gómez la levantó y la colocó sobre la mesada, una acción impensada que la dejó aturdida y, un segundo después, avergonzada. Ella pesaba alrededor de sesenta y cinco kilos. ¿Él lo habría notado? Su cuestionamiento se borró cuando Lautaro se apoderó de sus labios con una ansiedad que, a excepción del tacto, la privó de los sentidos, incluido el del oído, porque no oyó que Josefina se acercaba. Lautaro, en cambio, se apartó justo a tiempo y la sujetó de las muñecas para ayudarla a bajar.

Tomaron el café en el *living*. Camila le contó acerca del regalo de Alicia y, aunque Lautaro se lo pidió con insistencia, se negó a mostrárselo.

—Lo vas a ver esta noche, cuando me lo ponga.

—Está bien —se resignó—. Y ahora es el turno de mis regalos. — De la bolsa bonita con arabescos azules, extrajo un paquete—. Este te lo manda mi mamá.

Eran un hornito blanco y un frasquito con aceite esencial de bergamota.

—Le conté a mi mamá que te encantaba ese aroma y te lo compró.

—¡Gracias! —Lo besó rápidamente en los labios—. Lo voy a quemar esta noche durante la cena. Después la voy a llamar a tu mamá para agradecerle.

—Te compré velas. —Lautaro extrajo una bolsa con *tealight candles* y las dejó a un costado en el sofá.

—Gracias. Siempre pensás en todo.

—Ahora, sí, *mis* regalos.

Eran varios, y, en tanto iba abriendo los paquetes, Camila exclamaba, reía y parloteaba. Un recipiente con jabón líquido en forma de Hello Kitty, una cartuchera y una cartera haciendo juego con Hello Kitty estampada, un diario íntimo con candado y lapicera, también de Hello Kitty, y una bufanda con un par de guantes rosas cuyos pompones, por supuesto, eran la carita de Hello Kitty. La embargaba una emoción que, se dio cuenta, rara vez había experimentado. En esos regalos, en el detalle de recordar cuánto le gustaba la gatita Kitty, Camila comprendió la declaración de Alicia: “Y besa el suelo que pisás”. Le lanzó los brazos al cuello.

—Todavía falta el más importante.

—¿Todavía hay más?

—Sí, este. —Le entregó un paquete que, a las claras, contenía una pequeña caja.

Se quedó muda al descubrir el contenido: un perfume Euphoria, de Calvin Klein, el original.

—Tu favorito —dijo Lautaro, y Camila amó la expectación con que pronunció esas dos palabras.

—Sí, mi favorito. —Giró el rostro, y sus miradas se encontraron—. Lautaro, no puedo creer que me lo hayas comprado. ¡Es

carísimo!

—Para que te perfumes con el original y no con el trucho.

—Gracias. No sé qué decirte más que gracias, pero me parece poco.

—Besame, entonces.

Empezó con timidez. Lautaro se mantenía inactivo, tieso en el sofá y con los ojos abiertos, hasta que Camila se amoldó a su cuerpo, disfrutando del contacto con su delgadez y su calidad fibrosa, y lo besó desenfadadamente. La actitud indolente de Lautaro se disolvió al calor de ese abrazo, y Camila se sintió engullida por el amor de él.

—Decime de vuelta que me querés.

—No quiero que pienses que te lo digo por los regalos que me diste. Te quiero desde antes y te hubiese querido sin regalos también.

—Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llorás?

Estuvo a punto de soltarle lo de los anónimos, lo único que empañaba ese día feliz. Desistió de inmediato, y, como no quería que la tildase de ciclotímica ni de histérica, se limpió los ojos con la manga de la camisa y sonrió.

—Perdoname. Lloro de emoción. Estoy tan feliz.

—¿Sí? ¿Por qué?

Él conocía la respuesta; igualmente, su ego necesitaba oírla, y

Camila le dio con el gusto.

—Porque estás vos.

Lo acompañó hasta la planta baja y, antes de despedirse, Camila lo tomó por las manos y lo miró con fijeza.

—Me diste el mejor regalo de todos: le conseguiste un trabajo a mi papá, un trabajo que lo va a hacer feliz. Acaba de contármelo en el almuerzo.

—En todo caso, se lo dio mi vieja. O, mejor dicho, se lo ganó tu viejo.

—Yo siento que te lo debo a vos.

Lautaro se limitó a asentir con la cabeza, y ella admiró el don que él poseía, el de la serenidad y el del dominio, que lo volvían atractivo en la solidez y en la confiabilidad que comunicaban, como si se tratase de un refugio en una tormenta feroz. No desconfiaría de él.

Al regresar al departamento, henchida de felicidad, le contó a Josefina lo del nuevo trabajo de su papá.

—¿Ah, sí? ¿Va a trabajar en la fábrica de Lautaro?

—Sí. Y va a ganar mucho más que en la aseguradora. Además, papá dice que el trabajo le va a encantar y que Ximena le prometió que lo va a consultar para todo el proceso productivo.

—¿Y esta Ximena...?

—Sí, la mamá de Lautaro.

—¿Qué tal es? ¿Es joven?

Camila sonrió para sus adentros: su madre estaba celosa. Era un buen síntoma.



El peceto en escabeche con puré de papas estaba exquisito; todos lo alabaron, aun Nacho. Camila había leído que los escorpianos eran muy selectivos con la comida, y temió que la carne hervida en vinagre no le gustase. Sin embargo, cuando Gómez aceptó repetir, lanzó un suspiro de alivio. En realidad, ella solo había cocinado para él, para agradarle a él, para agasajarlo a él, su amor. Al pasarle el segundo plato con dos rodajas de peceto cubiertas por la salsa de cebolla y zanahoria y una buena porción de puré, intercambiaron una mirada intimista que puso color en sus mejillas. La abuela Laura comentó:

—Desde chica, Camila ha sido una gran cocinera.

—Sí —intervino Emilia, y se dirigió a Lautaro—. En séptimo grado aprendió a hacer el mejor *lemon pie* del mundo.

Camila observó que Anabela comía con la vista baja y no aportaba a los halagos de Emilia, a pesar de que amaba el *lemon pie* de

Camila. ¿Estaría celosa de la preferencia de la abuela Laura? ¿Le gustaría Lautaro? La había pillado observándolo. ¿O estaba alucinando? Resultaba improbable que Anabela fuese la de los anónimos. ¿De qué manera obtendría las fotografías en lugares que no conocía?

—Siempre digo que cocinar es un gran acto de amor —prosiguió la abuela Laura—. Elegir los alimentos, lavarlos, prepararlos, implica mucho amor y dedicación. Las madres de ahora ya no cocinan para sus hijos —apuntó, con desdén.

—Las madres de ahora tenemos que trabajar —se defendió Josefina—, si no, no habría qué comer.

—Sí, es cierto —acordó Laura, y suspiró—. No sé cómo, pero antes alcanzaba con el sueldo del marido.

—Ahora un hijo —opinó Lautaro— cuesta mucho más que antes. Somos más exigentes, necesitamos más cosas, gastamos más.

Laura, Alicia y Josefina le dirigieron una mirada, primero sorprendida, de cejas elevadas, luego de respeto. Se inició un diálogo en el que se compararon los hábitos consumistas del pasado con los del presente, comenzando por el juego de las canicas y la Playstation.

Ya habían comido el postre —todos suspiraron con el primer bocado de flan de coco— y tomaban café, cuando Anabela propuso ir a bailar para terminar el festejo de cumpleaños. Camila odió a su prima, puesto que conocía su aversión por los boliches, y le vinieron ganas de estrangular a Josefina al oírla decir:

—¡Claro! ¡Vayan a bailar! Se van a divertir mucho. Esta cena es

cosa de viejos.

—A mí me pareció encantadora —la defendió Alicia—, superoriginal, además de exquisita.

—Sí, claro —replicó Josefina—, pero Camila es una nena para festejar su cumpleaños como lo haría una mujer de cuarenta años.

—¿Puedo ir yo también, ma?

—De ninguna manera, Nacho.

—¡Ufa!

—No sé cómo vamos a ir —objetó la cumpleañera de mal modo—. No pienso molestarlo a papá a esta hora para que nos lleve.

¿Por qué asumir que ella, por ser adolescente, necesitaba del ruido y de la aglomeración de alcoholizados y drogados de un boliche, cuando solo añoraba que se fuesen y la dejaran tranquila con Lautaro?

—Para eso tenemos la remisería de confianza —alegó Josefina—. Le pediré a don Loreto que les asigne al mejor conductor y yo iré con él a buscarlos a las cuatro de la mañana.

A Camila le pareció entrever que, a Lautaro, la idea de ir a bailar le gustaba, y, como temió que él encontrara demasiado aburrida y pomposa la cuestión de la cena, terminó por ceder. No se olvidaba de aquel diálogo en el que él se había sorprendido por su decisión de no festejar el cumpleaños. “Nada, no voy a hacer nada. No me gusta festejar mi cumpleaños”. “¿No vas a hacer nada? Qué raro”.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Anabela, y Emilia comentó:

—Juan Pedro —se refería a su novio tenista— dice que hoy se abre un boliche súper *cool* en la Costanera. Se llama Vangelis, o algo así. ¿Vamos?

En ese instante, sonó el teléfono. Atendió Nacho.

—Es Bárbara, tu compañera.

—¿Quién es Bárbara? —se interesó Anabela, pero Camila no le contestó. Atendió la llamada y, para poner celosa a su prima, le contó a Bárbara que irían a Vangelis, un boliche nuevo de la Costanera. Se arrepintió enseguida al ver el gesto de reproche de Gómez.

—¿Por qué le avisaste? Seguro que va a ir. Y se nos pegará como ventosa.

Camila se quedó mirándolo, angustiada y enmudecida. ¿Por qué la detestaba tanto?

En Vangelis se encontraron no solo con Bárbara, sino también con Sebastián Gálvez, Lucía y su “fato”, como Bárbara calificaba a Germán, y el arrepentimiento de Camila se pronunció hasta el punto de causarle un anudamiento en la garganta. Tironeó de Lautaro para conducirlo a un lugar apartado del ingreso y, en puntas de pie, le susurró:

—Perdoname.

—¿Por qué?

—Por avisarle a Bárbara. No me imaginé que también vendría Gálvez.

Él la miró a los ojos durante algunos segundos antes de declarar:

—No estás pasándolo bien, ¿no?

—Tenía otra idea para terminar el festejo de mi cumpleaños.

—¿Cuál?

—Que vos y yo nos quedásemos solos en casa después de la cena, después de que todos se hubiesen ido. Quería estar sola con vos.

—Mi amor —susurró, y la atrajo hacia él para darle un abrazo consolador—. No querías venir a bailar —afirmó, y Camila sacudió la cabeza sobre el pecho de él para negar—. ¿Por qué aceptaste?

—Me pareció que a vos te gustaba la idea. A veces pienso que soy aburrida. No soy como las demás que aman ir a bailar y salir todo el tiempo.

—¡Cami!

El saludo de Bárbara interrumpió el abrazo, y de inmediato Camila sintió frío cuando Lautaro retrocedió con una expresión indescifrable.

—¡Hola, Lauti! —prosiguió Bárbara, y se estiró para darle un beso en la mejilla.

—Hola, Camila —la saludó Gálvez, pero no hizo ademán de besarla.

—Hola —murmuró, y se volvió hacia Gómez ansiosa por evaluar su actitud.

Lucía y Germán se aproximaron al grupo.

—¿Así que hoy se festeja tu cumpleaños, Camila? —habló Germán, con aire simpático.

—¿Y a vos qué te importa? —lo encaró Lucía—. Vamos, entremos.

Al rato, mientras bailaban en la pista, aparecieron Karen y Benigno. Camila los presentó con Emilia y su novio tenista y con Anabela, que, para fastidio de Camila, había hecho buenas migas con Bárbara y Lucía, y bailaba con ellas y compartía un vaso con una bebida alcohólica. Al igual que la vez anterior, Germán, el “fato” de Lucía, ofreció pastillas de cristal y de éxtasis, y se embolsó varios cientos de pesos.

Camila intentaba abstraerse e imaginar que ella y Lautaro se hallaban solos en ese sitio oscuro, atestado de humo y olores poco agradables. Bailaban tomados de la mano, se miraban y se sonreían, intercambiaban comentarios cortos al oído (el volumen de la música hacía imposible sostener una conversación) y se besaban.

—Te queda rebien el conjunto que te regaló Alicia. Estás lindísima.

Camila sonrió y lo besó en la mejilla. Gómez le pasó la nariz por el cuello, detrás de la oreja, y le susurró:

—Te pusiste el Euphoria. Qué rico.

Sin embargo y pese al esfuerzo de Camila por disfrutar, la realidad que la circundaba se imponía y la inquietaba. El alcohol y las

drogas cumplían su cometido alterando el comportamiento de los consumidores, sumiéndolos en una nube de alegría barata y olvido. “Mañana”, meditó, “no se van a acordar de nada”. Esa característica de los ebrios y de los drogados la pasmaba: la pérdida total de la conciencia de sí mismos. Eran capaces de cometer un asesinato sin darse cuenta. Se abrazó a Lautaro y hundió el rostro en su camisa. Deseó que fuesen las cuatro de la mañana y que Josefina se presentara con el remisero.

—¡Ah, los dos tortolitos! —exclamó Bárbara, y se colgó de ellos.

—¿Qué te pasa? —la increpó Gómez—. ¡No me toques! —La sujetó por el brazo y la apartó. Bárbara, borracha y drogada, trastabilló y cayó de cola.

A Camila la escena la aturdió. Observó a Bárbara reírse a carcajadas desde su penosa situación en el suelo. Se acordó del día en que le había impedido arrojarle a las vías del subte, y la sorprendió, más bien, la fastidió que tuviese algo de qué reír. ¿O lloraba? Por momentos, las carcajadas se confundían con un llanto desgarrador.

Superado ese instante de estupor, se inclinó para ayudarla, pero se echó atrás cuando Emilia y Anabela le dieron una mano. Lucía Bertoni y Germán señalaban a Bárbara y carcajeaban, una risa exagerada que causaba que el fernet con Coca que bebían se derramase.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Gálvez, con voz pastosa y un brillo opaco en los ojos de pupilas dilatadas.

—Quiero tomar una Coca —se apresuró a decir Camila a Gómez para alejarlo de Gálvez—. Vamos a la barra.

Allí se les unieron Karen, Benigno, Emilia y su novio, y se pusieron a conversar. De tanto en tanto, Camila elevaba la cabeza y ubicaba a los demás, que seguían bailando y riendo como tontos.

—Camila, me dijo Lautaro que están festejando tu cumple. — Karen nunca apocopaba su nombre y la trataba con desapego, como si no estuviese interesada en que se forjase una amistad. Karen era una chica especial, como lo era Lautaro Gómez, y por eso congeniaban. A veces, Camila se descubría observándolos en el colegio, y los celos le llenaban la cabeza de malas ideas. Se preguntó de nuevo si Karen sería Soyelquesoy. No la conocía. Además de saber que era muy inteligente, libre y sin miedo para expresar lo que pensaba, desconocía lo demás; ni siquiera sabía dónde vivía, quién le gustaba, cómo era su familia, si tenía hermanos.

Emilia le pidió que la acompañase al baño, y Camila agradeció la interrupción; Karen estaba poniéndola nerviosa. Tuvieron que esperar para hallar un compartimiento vacío y salieron al cabo de veinte minutos. Desde lejos y pese al gentío, vieron que, junto a la barra, la gente se aglomeraba de manera anormal. Avanzaron deprisa.

—¡No! —vociferó Camila, al ver a Gálvez y a Gómez entreverados en una pelea. Nadie la oyó; resultaba imposible en el estruendo causado por la música y los gritos—. ¿Qué pasó? —exclamó al oído de Benigno.

—Bárbara vino a reclamarle por haberla tirado de culo en el piso.

—¡No la tiró! Ella se cayó sola. Está borracha.

—Sí, está en un pedo que no ve —acordó Benigno— y, por eso mismo, no sabe lo que hace. Gálvez salió en defensa de Bárbara y se

agarraron.

La dominó la desesperación al divisar a dos patovicas que se aproximaban a paso raudo, con entrecejos fruncidos y puños apretados. Tenía que actuar con premura.

—Beni, ayudame. Agarralo a Sebastián. Yo, a Lautaro.

—¿Qué?

—¡Dale, no seas maricón!

“Soy una mujer nacida bajo el signo del Toro”, se recordó. “Soy la mujer más fuerte y sólida del Zodíaco”. Sabía que se expondría a las trompadas y a las patadas que esos dos se lanzaban, pero se instó a no pensar en eso. Se aferró a la cintura de Lautaro, se la rodeó y se sujetó las manos sobre el vientre de él. Lo apretó y se colgó a él con todo su peso.

—¡No! ¡No! ¡Basta! ¡Te van a matar los patovicas! ¡Por favor, te suplico, basta!

Entre los resquicios de sus párpados, vio que Benigno y otro chico al que no conocía sujetaban a Gálvez. Cuando los patovicas rompieron el círculo con intención de hacer su trabajo, la pelea había terminado. Camila temía que, igualmente, los molieran a golpes, por lo que, en un cambio veloz, se transformó en el escudo de Gómez, aferrándose a su cuello y manteniéndolo pegado a ella, mientras les daba la espalda a los empleados de seguridad. Apretaba los ojos con la misma vehemencia que apretaba a Gómez. No golpearían a una mujer.

A Gálvez y a Gómez los echaron, por lo que el grupo –aun

Bárbara, Lucía y Germán— los acompañó a la calle. Camila temblaba de nervios y de frío, pero Gómez no se acercaba para reconfortarla, ni siquiera le echaba vistazos.

—¿Qué hiciste, Bárbara? —le reprochó Camila, con deseos de golpearla hasta devolverle la sobriedad y la sensatez—. ¿No te diste cuenta de lo que estabas causando, estúpida? —La risita bobalicona de Bárbara la sacó de sí—. ¡Borracha idiota! —gritó, y atrajo la atención de los demás—. ¡Pudiste haber hecho que los patovicas los mataran a golpes! ¡Imbécil! ¡Sos una descerebrada!

—¡Callate! —la increpó Bárbara, y le dio un empujón—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Vos...!

—¡Basta! —intervino Gómez, que pasó un brazo por los hombros de Camila y la obligó a alejarse de allí a zancadas.

Con dificultad, Camila giró la cabeza y vio que el grupo le devolvía una mirada desconcertada. Bárbara lloraba. Se sintió asqueada y cansada. Volvió la vista al frente y adaptó la caminata a la enérgica de Gómez, que se llevó los dedos a la boca y soltó un silbido agudo.

—¡Taxi! —gritó a continuación.

No hablaron ni se tocaron durante el viaje, y Camila se mantuvo con la cara hacia la calle para ocultar las lágrimas. No quería que la viese quebrada. Al llegar a su casa, Gómez la acompañó hasta la entrada y le dijo un simple “chau” antes de dar media vuelta y regresar al taxi.



Durmió poco y mal. Alrededor de las diez de la mañana, abandonó la cama y, sin desayunar y evitando encontrarse con su madre, se metió en la ducha. Colocó el rostro bajo la lluvia y, mientras el agua le golpeaba los párpados, las imágenes volvían a ella como el destello de un flash. No solo había sido un infierno en el boliche; cuando regresó a su casa también. Encontró a Josefina vestida y a punto de salir a buscarla.

—¿Qué hacés aquí? ¿Cómo volviste?

—Tomamos un taxi con Lautaro.

—¡Te dije que iría a buscarte en un remis de don Loreto! ¿Cómo se te ocurrió volver sola en un taxi a esta hora?

—¡No estaba sola! Lautaro estaba conmigo.

—¡Otro bebé igual que vos!

—¡Lautaro no es un bebé! Él me protegería de cualquier cosa. Además, todo esto es culpa tuya. Si no le hubieses llevado el apunte a la imbécil de Anabela, yo no habría ido a bailar. ¡Odio ir a bailar!

—Camila, no es normal que no quieras ir a bailar a tu edad.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué decís que no es normal que no quiera meterme en un antro en donde todos se emborrachan y se drogan con éxtasis y cristal? —Josefina elevó las cejas y separó los labios—. Te aseguro que no es agradable ver a medio mundo caminar a los tumbos y decir estupideces, como lo hizo tu *adorada* Anabela.

—¿Anabela toma?

—¡Anabela toma y fuma marihuana! ¿Qué pensabas, que todas son estúpidas como yo?

—Yo no digo que seas estúpida, sino que quiero que tengas una vida normal, como cualquier adolescente.

—Yo no soy normal, no soy como cualquiera. Soy muy rara, y más vale que te vayas acostumbrando porque no creo que jamás llegue a satisfacer tus deseos ridículos.

—¿A qué te referís con deseos ridículos?

—Nunca estás conforme con nada, mamá. Siempre estás de malhumor, con mala cara, quejándote por todo. Si no fueses tan histérica, papá no se habría ido de casa.

Josefina le dio una cachetada. La tomó por sorpresa, y el dolor llegó varios segundos después, al sentir la piel caliente. Se cubrió la mejilla y observó a su madre a través de las lágrimas. Dio media vuelta y corrió a su habitación.

No quería salir de la ducha, no quería abandonar ese habitáculo donde el agua la limpiaba y el vapor le expandía los poros y le purificaba la piel, y en el que nadie se habría atrevido a irrumpir. Cerró

el grifo y salió alentada por las palabras de Alicia; ella sostenía que era imperativo que aprendiese lo que su Ascendente escorpiano tenía para enseñarle. “Mientras no aprendas a convertirte en la dueña de la situación, comandando todo, la vida te presentará batalla hasta que lo hagas. A los cachetazos”, había añadido.

En tanto se vestía, Camila reflexionaba que la noche anterior había perdido el control de la situación al permitirle a Anabela que cambiase sus planes. Que finalmente hubiese aceptado ir a Vangelis no porque le gustase, sino para complacer a Lautaro constituía la cereza del postre en una noche plagada de equivocaciones. “Y lo hice por temor a cansarlo y a perderlo”, concluyó. “Siempre el miedo”. Presentaría batalla a ese domingo difícil.

—Tengo que ir a hacer un trabajo de Historia a la casa de Lautaro —le mintió a Josefina al hallarla en la cocina.

—Primero, buenos días.

—Buenos días —obedeció, sin mirarla, fingiendo ocuparse en sacar una taza.

—Antes de irte a ningún lado, vas a poner orden en la cocina. Anoche quedaron los platos sucios.

—No habrían quedado sucios —replicó—, si no me hubieses obligado a salir a bailar.

—¿Estaba zarpado el boliche, Cami? —se interesó Nacho.

—Uy, zarpadísimo. Había alcohol y droga para tirar al techo.

—Camila, cambiá el tono o te quedás en casa todo el domingo.

¿Sí o sí tenés que ir a lo de Lautaro? La tía nos invitó a su casa. — Josefina hablaba de su hermana.

—Tengo que hacerlo en domingo —aclaró, con acento irónico— porque, como soy una adolescente rara, trabajo durante la semana.

—Camila... —masculló Josefina, a modo de advertencia.

—Eso sí, a mi mamá le encanta que yo me haga cargo de algunas cuentas y también le encanta que le preste plata cuando ya no tiene ni para el subte.

—¡Camila, basta! Una más y te quedás encerrada en tu dormitorio.

Bebió su café con la vista fija en el mantel. Nacho le preguntaba acerca de Vangelis y ella le respondía con monosílabos, mientras se decía que su madre no le había pedido perdón por la bofetada de la noche anterior. Lavó los platos y las fuentes y se esmeró en dejar las piletas de aluminio y la mesada relucientes.

Antes de irse, entró en Facebook y confirmó su presunción: Lautaro no le había dejado el habitual mensaje en el muro. Llegó a la puerta del edificio de los Gómez pasada la una. ¿Ximena la juzgaría como una desubicada por molestar a la hora del almuerzo? La ansiedad le dio el valor para pedirle al guardia que se comunicase con el octavo piso. Necesitaba arreglar las cosas con Lautaro.

—¿A quién anuncio?

—A Camila.

Al cabo de unos segundos, el hombre le indicó que entrase. El

sonido de la chicharra en el silencio de la calle la crispó. Caminó hasta la recepción luchando contra la voz que le sugería que diese media vuelta y regresase a su casa. Subió en el ascensor con los puños cerrados y apretando los dientes. Fijó la vista en el indicador de los pisos y, cuando este dibujó el número cuatro, se acordó de las palabras de Linda Goodman a propósito del hombre escorpión: *...él no se impresionará para nada porque le inundes de lágrimas o le cubras de coléricas recriminaciones*. Al llegar al octavo, descendió del ascensor más tranquila. Las puertas automáticas se cerraron detrás de ella y tanteó hasta dar con el interruptor en el palier privado. Antes de tocar el timbre, se abrió la puerta. Max y Gómez la observaron desde el umbral, cada uno con una actitud diferente: Gómez estaba serio; Max gañía y movía la cola.

—Hola —dijo, con voz rasposa e insegura.

—Hola —contestó él, y su seguridad la humilló.

Se puso en cuclillas y acarició a Max, cuya alegría por verla la ayudó a ponerse de pie y enfrentarlo. “Vos tenés Plutón en Casa I”, le había explicado Alicia, y se lo recordaba a menudo. “Sos tan poderosa como Lautaro y, si no construís una relación de igual a igual, terminará por romperse”. “Terminará por romperse”, repitió, y se dijo que no lo permitiría. Amaba a Lautaro como jamás imaginó que amaría a alguien. De hecho, con él, había descubierto lo que era el amor.

—¿Qué hacés aquí?

—Vine para que hablemos. ¿Puedo pasar?

Gómez se hizo a un lado, y Camila entró. La recibió el aroma del aceite esencial, una fragancia distinta de la de la bergamota, pero

igualmente exquisita. Inspiró profundo y ganó entereza.

—¿Estás solo?

—No. Mi vieja está en la terraza haciendo bicicleta y Brenda está en su cuarto. Vení.

Entraron en su dormitorio. Camila divisó varios libros desplegados sobre el escritorio. Se acercó y los recorrió con la mirada, sin tocarlos. Eran de Física y de Matemáticas, pero no los reconoció como los que usaban en el colegio.

—¿Qué son?

—Estoy preparándome para el maratón.

La respuesta, tan corta, concisa y clara, la golpeó con dureza. Ella no había dormido pensando en la pelea de la noche anterior y esa mañana no había tenido paz hasta volver a verlo; él, en cambio, se hallaba sereno y se había puesto a estudiar. ¡Ella ni siquiera habría podido sentarse a leer su novela favorita!

—¿Sabés qué tenés que estudiar?

—Nos dieron un programa con los posibles temas que nos van a tomar.

—¿Son muy difíciles?

—No.

“Claro que no. Para vos, nada es difícil”.

Inspiró y se dispuso a hablar.

—Lautaro, quería verte para hablar de lo de anoche. Te enojaste conmigo y no entiendo por qué. Me gustaría que me explicases.

—Está bien. Sentate. —Le indicó la silla; él se ubicó en el borde de la cama, frente a ella. La puerta seguía abierta de par en par.

Un objeto captó su atención sobre la mesa de luz: se trataba de un portarretratos nuevo con la fotografía que Karen les había tomado en el colegio. Sin meditarlo, lo levantó y se dedicó a contemplarlo. Lo devolvió en el mismo silencio en el que lo había estudiado y lo colocó junto al otro, el de la fotografía de Lautaro con su papá.

—¿Por qué te enojaste conmigo anoche?

—Porque me rompió las bolas que me frenases mientras lo cagaba a palos a ese imbécil.

La desconcertaron las vulgaridades con que se expresó; por lo general, Gómez no empleaba malas palabras, algo que a ella le gustaba.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me frenaste?

Camila recordó haber leído que el instinto del hombre escorpión es conservar la libertad a cualquier costo y que se sienten permanentemente amenazados de perderla.

—Porque iban a venir los patovicas del boliche y los iban a moler a golpes.

—¡Yo hubiese podido con esos dos sin problema!

“El poder de Plutón”, pensó Camila, el que los llevaba a desafiar la autoridad.

—*Karate ni sente nashi* —evocó.

—¿Qué? —dijo él, de mal modo.

—Vos me dijiste que el lema del karate es que no existe primer ataque.

El comentario pareció turbarlo, aunque enseguida recobró la mirada impassible y la expresión fría.

—Gálvez me atacó primero.

—¿Por qué?

Le dirigió un vistazo feroz; estaba claro que detestaba ser interrogado. “La libertad”, se recordó Camila.

—Porque es un imbécil.

—A mí me dijo Beni que fue por culpa de Bárbara. —Silencio—. ¿Qué pasó con Bárbara?

—Empezó Lucía, provocándome por el asunto de su viejo. Después, se zarpó Bárbara, que estaba en un pedo ciego, y empezó a provocarme. Ya sabés cómo es.

Camila asintió.

—¿Y porque te frené te enojaste conmigo?

—Por tu desconfianza en mí —la corrigió.

—¡No era desconfianza! —exclamó, y enseguida recordó que no estaban solos y que la puerta estaba abierta—. Lautaro, esas dos moles

se acercaban para amasijarlos. No tenés idea del miedo que sentí.

—No estaba en peligro.

—¡Te creés todopoderoso! —masculló entre dientes.

—Y vos me creés una langosta incapaz de defenderse ni de protegerte.

Separó los labios para replicar, pero no halló las palabras. La respuesta de Gómez resumía a la perfección la raíz de su enojo. Y lo comprendió. Al igual que Josefina había minado la autoestima de su padre reclamándole y culpándolo por todo (al menos, eso opinaba Alicia), ella había atacado la de Gómez haciéndole creer que no confiaba en su juicio. Se miraron con intensidad. Camila habló al cabo.

—Alicia me enseñó que somos pura energía. Emanamos calor porque somos energía. La energía cambia de acuerdo con nuestros estados de ánimo. Y, si es buena, lo que el cosmos (por llamarlo de algún modo) nos devuelve es bueno. Si estamos mal y nuestra energía es mala, parecerá que todo nos sale mal, porque el cosmos nos devuelve eso que damos. Es como un espejo, es lo que dice Alicia. ¿Vos creés en eso?

Gómez se movió en dirección de la computadora, que se hallaba detrás de Camila, y ella se hizo a un lado porque comprendió que quería usarla. Lo vio teclear en el buscador del Google.

—Leé eso —ordenó, y colocó el índice cerca de la pantalla—. Es una frase de Gandhi. Mi papá siempre me la repetía.

*La vida me ha enseñado, leyó Camila para sí, que la gente es amable,*

*si yo soy amable; que las personas están tristes, si yo estoy triste; que todos me quieren, si yo los quiero; que todos son malos, si yo los odio; que hay caras sonrientes, si les sonrío; que hay caras amargas, si estoy amargado; que el mundo está feliz, si yo soy feliz; que la gente es enojona, si yo soy enojón; que las personas son agradecidas, si yo soy agradecido. La vida es como un espejo: si sonrío, el espejo me devuelve la sonrisa. La actitud que tome frente a la vida, es la misma que la vida tomará ante mí. El que quiera ser amado, que ame.*

Camila volvió el rostro hacia Lautaro y le resultó imposible contener las lágrimas. Gómez la obligó a levantarse y la abrazó. Se aferró a él sin medir el ardor casi demencial con que lo sujetaba. No podía fingir, aunque supiese que necesitarlo de esa manera era inmaduro y que la colocaba en un sitio de vulnerabilidad.

—Anoche odié tener que ir a bailar —explicó con voz afectada—. No quería, no quería. Por eso todo salió mal, porque mi energía era mala.

—¿Por qué aceptaste ir, entonces? —le preguntó él, medio perplejo, ya que le resultaba inconcebible que alguien se embarcase en algo en contra de su voluntad.

—¡Por agradar! Siempre hago todo por agradar. Agradar a mi mamá, a vos... Te lo dije en Vangelis. Me pareció que te gustaba la idea de ir a bailar.

—Sí, me gustaba la idea. Tenía ganas de ir con vos. Me pareció copado terminar así el festejo de tu cumpleaños. Pero habría dejado de parecerme una buena idea, si me hubieses dicho que vos no tenías ganas. Camila —dijo, y la tomó por los hombros para apartarla unos centímetros—, quiero que siempre seas sincera conmigo. Con los

demás, careteá todo lo que te parezca, pero no conmigo. Siempre quiero saber exactamente lo que pensás. Y a la mierda con hacer cosas para agradarme. Eso no me sirve.

—Sí, resulta obvio.

—Otra cosa: nunca vuelvas a meterte en una pelea. Podríamos haberte dado una piña sin querer.

—Lo sé. Solo quería que dejasen de pelear. Los dos patovicas estaban acercándose. ¡Sentí mucha desesperación! En la tele siempre pasan casos de chicos a los que muelen a golpes en los boliches.

—¿Ah, sí? —la provocó—. Yo pensé que lo hacías por Gálvez, para protegerlo, para que yo no le siguiese dando y lo lastimase.

—¿Qué? —De manera automática, se alejó de él—. ¿En verdad pensás eso? Recién dijiste que te considero una langosta. Ahora me decís esto. Por favor, Lautaro, decime si es esto lo que realmente pensás, porque si es así...

—Si es así, ¿qué?

—No creo que podamos estar juntos sin confianza —declaró, y experimentó sentimientos encontrados y paradójicos: miedo y orgullo. Miedo, porque acababa de jugar una carta peligrosa, que podía volvérselo en contra. Orgullo, porque había vencido el pánico a pronunciar esas palabras que implicaban una ruptura, lo que siempre le causaba una sensación de desgarró. Permaneció con el aliento contenido a la espera de una respuesta.

—No —terminó por admitir Gómez—, en verdad no creo que me

consideres una langosta, ni que te hayas metido para protegerlo a él.

Camila soltó el aire. Gómez le rodeó la cintura y enterró la nariz en su cuello.

—Me metí, sabiendo que podía salir lastimada, para protegerte a vos, no porque te considere una langosta, sino porque vos sos mío y no quería que nadie te tocara ni te lastimara. No dudes de mí, Lautaro, por favor.

—Está bien.

—¿Oíste lo que dijo Bárbara? —de pronto recordó Camila—. ¿Que todo era por mi culpa? Me dejó helada. ¿Qué quiso decir?

—Camila —habló Gómez con fastidio—, Bárbara estaba en un pedo que no veía. No podés tomar en serio las boludeces que dijo.



Pasó un domingo estupendo en casa de los Gómez. Ximena la invitó a almorzar y Brenda le entregó su regalo de cumpleaños: una remera rosa claro con una Hello Kitty estampada. Después de comer, vieron una película, y Camila, que había pasado la noche en vela, se

quedó dormida apoyada en el hombro de Lautaro. La despertaron sus besos. Se desperezó con una sonrisa y lo abrazó.

—Decime de nuevo lo que me dijiste hoy, cuando llegaste —le pidió él—, eso de que soy tuyo.

—Sí, mío y solo mío.

—¿Por qué?

—Porque sos mi novio.

—¿Y por qué soy tu novio?

—Porque me gustás. Me encantás.

—¿Y por qué te encanto?

—¡Porque sos una langosta! —bromeó.

—¿Ah, sí? ¿Una langosta?

—Sí, pero una muy inteligente y que me hace regalos copadísimos.

Se le echó encima para hacerle cosquillas. Camila terminó de espaldas en el sofá, sacudiendo las piernas y los brazos, y, aunque se trataba de una broma, recibió una justa medida de la fuerza física de Gómez. Al final, acabaron besándose sobre la alfombra y separándose abruptamente cuando Brenda entró en el *living*. Un ladrido de Max los había alertado.

Como hacía frío, Ximena preparó un chocolate espeso y aromático para merendar. Desde el filo de su tazón, Camila observaba

a sus anfitriones y deseaba no tener que abandonar nunca esa casa. Sin embargo, a las seis de la tarde, con el cielo casi oscurecido, decidió partir. En el momento de la despedida, Camila abrazó a Ximena y le susurró:

—Gracias por haberle dado trabajo a mi papá.

—De nada, tesoro. Él se ganó mi confianza.

Gómez la acompañó hasta su casa, pero no subió; era muy tarde. Arrastró a Camila hasta un rincón de la recepción y, a escondidas de ojos indiscretos, le dio un beso apasionado.



La felicidad que había significado la reconciliación con Gómez y el día compartido con Ximena, Brenda y Max, se esfumó cuando entró en su perfil de Facebook y descubrió un nuevo mensaje privado de Soyelquesoy. “Esto sucedió cuando lo dejaste solo”, decía. La mano le tembló sobre el mouse. El sonido del click para abrir el archivo le chocó. La imagen se desplegó con una lentitud que parecía burlarse de su ansiedad y de su inquietud. De nuevo, Lautaro y Bárbara, uno frente al otro; esta vez, en Vangelis. El corazón le dio un salto al descubrir que estaban tomados de la mano; ella le sujetaba la izquierda con la derecha, ¿o él le sujetaba la derecha con la izquierda? Lautaro no era zurdo, por lo que resultaba más plausible que el impulso de

aferrarlo hubiese nacido de ella. ¿Por qué le sostenía la mano? ¿Por qué Gómez no la rechazaba como hacía a menudo? ¿Porque ella se había ido al baño con Emilia y no estaba para controlarlo? Las dudas y los celos le recordaron a la obra de Shakespeare, *Otelo*, que había leído en el Saint Mary.

Sin apartar la vista de la pantalla, sin mover los párpados ni un músculo del rostro, Camila siguió lucubrando. La fotografía había sido tomada la noche anterior, en Vangelis, cuando estaban en compañía de todos, lo cual dificultaba la posibilidad de individualizar a Soyelquesoy; incluso, había dos chicos de la otra división, Ambroggiano y Schibert, ambos amigos de Lautaro, que se habían acercado para saludarlo y con los cuales intercambiaron unas palabras. A excepción de ella, todos tenían celulares con máquinas fotográficas.

Después de conjeturar durante un rato acerca de la identidad de Soyelquesoy, decidió que no seguiría adelante con su perfil en Facebook; le temía. Cada vez que tecleaba su usuario y la clave, contenía la respiración y apretaba los dedos de los pies. Rebuscó en el menú hasta dar con “Desactiva tu cuenta”. “¿Qué explicación le voy a dar a Lautaro cuando me pregunte por qué me di de baja? ¿Y si Soyelquesoy vuelve a usar el perfil de Nacho?”. “Una cosa a la vez”, recordó que Alicia solía decirle cuando ella se abrumaba frente a los problemas. Por lo pronto, desactivó su cuenta y se fue a dormir.



—¿Diste de baja tu cuenta en Facebook? —le preguntó Gómez al día siguiente, apenas se despidieron de Nacho en la estación de subte.

—Sí.

—¿Por qué? —se extrañó, y Camila evocó la tarde en que la abrieron juntos, con Brenda opinando, intercediendo por ella y haciéndola reír. Sintió pena, al tiempo que culpa por mentirle y ocultarle lo de los anónimos. En verdad, estaba cansada del asunto y casi que no se acordaba de por qué no se lo había mencionado desde un principio. “Por miedo”, se recordó.

Se quedaron mirándose en el andén, absortos y ajenos al bullicio y a la gente que los rozaba al pasar. Los ojos de Gómez la mantenían congelada. Sabía que él no volvería a formular la pregunta, no volvería a decir “¿Por qué?”, aunque tampoco aceptaría un silencio por respuesta. Y, de seguro, se daría cuenta si ella le mentía.

Suspiró antes de expresar:

—Alguien me manda anónimos todos los días y ya estoy cansada.

Pasados unos segundos, Gómez le preguntó, de mal modo:

—¿El mismo que te mandó la foto de aquel dibujo en el pizarrón?  
—Camila asintió—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No sé —contestó de prisa.

—¿No me digas “no sé”! No vos, que sos la mina más inteligente que conozco.

“¿Más que Karen, tu amiga de la infancia?”. De igual modo, la enorgulleció su halago. Tal vez, pensó, era lo más lindo que le había dicho, además de “te amo”.

—¿Por qué me lo ocultaste? —insistió; no soltaría la presa hasta lograr su objetivo.

—Porque tenía miedo de que te enojases.

—¿Los anónimos tienen que ver conmigo? —Camila asintió—. ¿Por qué? ¿De qué modo?

—Siempre son dibujos o fotografías en las que vos estás.

—Describímelos.

—No —se negó, cortante—. Si querés, después te los muestro.

—¿Cómo vas a hacerlo? —la apuró él—. ¿No es que diste de baja tu cuenta en Face? ¿O los grabaste en el disco duro?

Sintió que se ruborizaba hasta el cuero cabelludo al darse cuenta de su estupidez. Ya no la consideraría “la mina más inteligente que conocía”.

—Ahora no tengo ganas de describírtelas —contestó, de mal genio—. Después.

—¿Por qué tenías miedo de que me enojase por lo de los anónimos?

—Porque todo empezó el día en que le dije a Sebastián que estábamos de novios. Vos me habías dicho que me callase, que no abriera la boca, porque querías proteger lo nuestro. ¡Y tenías razón! — exclamó, iracunda—. Había que protegerlo —concluyó, pero sus palabras terminaron engullidas por el estrépito del tren.

Las puertas del subte se abrieron. Gómez la aferró por el codo y la obligó a entrar. No consiguieron asiento. Se tomaron del caño.

—Mirame —le exigió él al oído.

—¿Qué?

—Decime de qué son las fotos y los dibujos.

—No. Ahora, no.

—¿Cuándo recibiste el último mensaje?

—Ayer por la noche.

—¿Tenía foto o dibujo?

—Foto.

—¿Y solo te manda la foto o el dibujo?

—No, también me manda un texto.

—El de anoche, ¿qué decía?

Camila lo miró con rabia. Se sentía sometida a un interrogatorio policial.

—Esto sucedió cuando lo dejaste solo —contestó, al cabo.

—¿Eso decía? —Camila asintió—. ¿Cuando dejaste solo a quién?

—A vos.

—Describime la foto.

¡Maldito fuese! Le había dicho que lo haría después.

—Describímela, Camila. ¿Dónde sacaron la foto?

—En Vangelis.

—¿En Vangelis? Entonces, fue el sábado. ¿Y yo con quién estaba?

—La sacaron cuando me fui al baño con Emilia —dijo, y de pronto cobró seguridad y decidió revertir la jugada.

—¿Con quién estaba? —insistió él.

—¿No te acordás de con quién estabas, Lautaro?

—No. Estábamos todos.

—Hacé memoria.

Llegaron a destino. Camila se movió con rapidez y descendió sin esperar a Gómez, que la alcanzó cuando llegaron a la calle.

—¿Por qué no me esperaste?

—Porque quería darte tiempo para que hicieras memoria —le dijo, con acento mordaz.

—¡Estábamos todos! ¡Ya te dije!

Intentó que el enojo de Gómez no la asustase, aunque resultaba difícil. Era inusual verlo perder el control. La situación no solo la sorprendía; la inquietaba también. ¿Por qué Lautaro, siempre medido, estaba nervioso?

—Pero la foto te la sacaron con alguien en particular.

—¿Con quién? ¡Decime!

—¡Con Bárbara! —le soltó a las puertas del colegio—. ¡Vos y Bárbara, agarraditos de la mano!

¡Cómo habría deseado no ser testigo de la mueca de Gómez! La aterrorizó. La ocultación y el autodomínio eran un arte que él dominaba tan bien como la acción de inhalar y exhalar; no obstante, su aseveración lo descolocó y puso en alerta; había impactado en una fibra íntima y dolorosa de él, y ella, por un instante, se había asomado a la profundidad de su perturbación.

Subió corriendo las escaleras, cruzó el umbral del colegio y no se detuvo hasta alcanzar el aula. Sabía, no con certeza, sino porque su percepción taurina se lo susurraba, que Gómez no la seguía y que aún permanecía estaqueado en la vereda.



En el primer recreo, Camila simulaba leer. Sus ojos avanzaban sobre los párrafos, y ella no habría sabido decir de qué hablaban. Tenía taquicardia, y contaba los latidos cada vez que estos le golpeaban el pecho. Gómez vendría, no tenía duda al respecto. Sus palpitaciones se aceleraron cuando él se detuvo delante de ella. Mantuvo la vista en el libro y, a un tiempo, deseó que se fuese y que se quedase.

—Camila. —Una nota en la voz de Gómez desveló su desazón.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar.

—Está bien.

Gómez se sentó en el suelo, a su lado. No hizo ademán de tocarla.

—Describime la foto. Por favor.

Camila lo hizo, y se esforzó por mantener la calma y la imparcialidad. No quería arrepentirse de palabras y actitudes arrebatadas.

—Estuve haciendo memoria —habló Gómez—. La foto la sacaron un poco antes de que se armara el quilombo con Gálvez.

—Vos me dijiste que Lucía y Bárbara habían ido a provocarte, no a tomarte de la mano.

—Primero vino Lucía y me reclamó lo del nombramiento de tu

viejo. Bárbara la empujó y le dijo que se fuese y que me dejase en paz. Me tomó la mano y me dijo que quería que hiciéramos las paces.

—¿Las paces? ¿Por qué las paces? A mí, Benigno me dijo que Bárbara había ido a provocarte, no a hacer las paces, y que por eso Sebastián había intervenido.

—Sí, así fue. Primero me pidió que hiciésemos las paces, que volviésemos a ser amigos. Como yo le dije que no estaba interesado en ser amigo de ella, me insultó, trató de pegarme. No sabía lo que hacía. Estaba muy colocada.

Camila flexionó las piernas, se las abrazó y apoyó la frente en el valle que formaban las rodillas. Lautaro no le decía toda la verdad. Olfateaba la basura que escondía bajo la alfombra. Giró el rostro y apoyó la mejilla izquierda sobre la rodilla. Le preguntó desde esa posición:

—¿Qué hay entre Bárbara y vos?

—Hay algo que quiero contarte desde que nos pusimos de novios, pero nunca encuentro el momento para hacerlo.

Camila volvió a ocultar el rostro en el valle de sus rodillas. Con la pregunta, había desencadenado lo que sobrevendría, pese a no contar con el valor para afrontarlo.

—Bárbara y yo estuvimos saliendo unas semanas durante el verano.

“Bárbara y yo”, repitió para sí, y un dolor físico, como una puntada larga y extendida, la atravesó de pies a cabeza. No podía

hablar, no podía respirar. Los labios se le enfriaron y se le secaron.

—Camila, mirame, por favor.

—No. Seguí contándome. Yo te escucho.

—No hay nada que contar. Salimos unas semanas, no tuvo importancia para mí.

“¡Pero ella trató de suicidarse por tu culpa! ¡La más linda del colegio trató de suicidarse por vos, Lautaro! ¡Y yo la salvé!”.

—No digas eso —le reprochó, en cambio, y levantó la cabeza para perforarlo con una mirada rabiosa—. No me trates como a una retardada mental. Si vas a contármelo, será mejor que digas la verdad. Si no estás dispuesto a decirme la verdad, no digas nada.

—¿Qué querés que te diga?

Camila emitió un bufido e hizo el intento de incorporarse. Gómez la obligó a volver a su sitio.

—No te vayas, por favor. Quiero que hablemos.

Se quedaron en silencio. Estaban incómodos y no sabían cómo proseguir.

—¿Por qué empezaste a salir con ella? ¿Te gusta? —Soltó una risita sardónica—. ¡Qué pregunta idiota! ¡Claro que te gusta! Ella es lindísima y tiene un lomo que raja la tierra.

—No es eso. Ella nunca me atrajo, a pesar de...

—¡No me vengas con eso, Lautaro!

—¿Vamos a hablar bien? ¿Me vas a dejar que te diga la verdad?  
—Camila asintió con el rostro entre las rodillas—. A fines del año pasado, el instituto de karate dio una demostración en el Club de los Farmacéuticos. La madre de Bárbara es farmacéutica, por eso Bárbara va a ese club. Ese día me vio en la demostración.

“Y también te vio desnudo, mientras te bañabas en el vestuario”.

—Empezó a llamarme.

—¿Cómo consiguió tu teléfono?

—Yo se lo di ese día, en el club.

—Ah. ¿Y? ¿Qué pasó?

—Al principio, nada. Hablábamos.

—¿De qué hablaban?

—De cualquier cosa.

A Camila le resultaba intolerable imaginar a Bárbara y a Gómez flirteando. Ella habría jurado que Bárbara era incapaz de sostener una conversación que satisficiera al todopoderoso Lautaro Gómez. Apretó los párpados para borrar la escena. Rabiosa de celos, elevó el rostro y lo encaró con una mirada que, a las claras, lo afectó.

—¿Cómo pasaron al segundo nivel? ¿O cuando me decís que saliste con ella, me querés decir que se lo pasaron charlando como dos filósofos?

—No, claro que no. Un día, me pidió que la ayudase a preparar

Física de tercero, que se la había llevado a marzo. A fines de enero, empezó a venir a casa y bueno...

Camila recordó los condones en el cajón de la mesa de luz.

—Está bien —dijo, y, de un salto, se puso de pie y se sacudió el polvo de la cola—. No quiero escuchar más.

—¡Camila! —Gómez se levantó y la detuvo por la muñeca—. ¿Por qué estás enojada? Yo no te metí los cuernos con ella. Esto pasó *antes* de que vos y yo nos pusiéramos de novios.

Era verdad, Gómez y Bárbara habían estado “saliendo”, como él se empeñaba en repetir —parecía que el verbo “salir” era menos comprometedor e importante que la expresión “estar de novio”—, antes de que ellos empezasen su relación. ¿Qué la enfurecía? ¿Por qué se sentía traicionada?

Entonces, recordó: “Te quiero desde el primer momento en que te vi. Te quiero desde el primer día de clase del año pasado, cuando apareciste en el aula. Tenías el pelo suelto y una vincha blanca, y estos mismos aros de perlas. Y una pollera larga hasta el piso, de color blanco, y unas zapatillas All Star rosas, y una carterita en bandolera, también rosa. No podía dejar de mirarte. Ese día me juré que ibas a ser mi novia”.

—Te quiero desde el primer momento en que te vi. Eso me dijiste el día en que nos pusimos de novios. Sin embargo, estuviste con otra.

El timbre anunció el final del recreo. Camila dio media vuelta y se apresuró en dirección al aula.



“Hay días buenos y días malos”, meditó Camila más tarde, durante la clase de Física. “Este es uno de los malos”, concluyó, cuando Bárbara Degèner, llamada al frente para dar la lección, se lució y se sacó un diez. En verdad, ese no estaba siendo un mal día, sino el peor del año.

—La felicito, Degèner —la elogió el profesor, el mismo del año pasado—. Veo que ha decidido tomarse la Física en serio.

—Alguien hizo que me gustase —comentó Bárbara, y Camila le habría arrancado los ojos con que miró y coqueteó a Lautaro Gómez.

A la luz de la revelación, su mente trabajaba sin descanso para hallar la solución a los dilemas del pasado. Ahora comprendía quién había sido la chica que llamaba y molestaba a Gómez (incluso se había presentado en su edificio) el sábado en que ellos se juntaron para realizar el trabajo de Geografía. ¡Si se la toparon en la calle, cuando Lautaro la acompañó de regreso! La muy zorra los había acechado el día entero. Ahora comprendía por qué Bárbara se había interesado en el karate e inscripto en el instituto de Gómez. Ahora cobraba sentido el plan maquinado para llevarla a bailar a Dolmen, donde se encontraron

con Sebastián Gálvez. Ahora cobraba sentido la tozudez de Lautaro, que no quería que se mostrasen abiertamente como novios. Ahora sabía quién era Soyelquesoy. De todos modos, Bárbara había necesitado un cómplice que tomase las fotografías. “Lucía”, pensó. Las dos tenían cuentas que saldar con Gómez y la habían convertido en el blanco para fastidiarlo. Lo odió por exponerla a la malicia de esas dos. Lo odió por haber deseado a Bárbara. Imaginarlo en la cama con ella le provocó un retortijón. Se sujetó el vientre y se mordió el labio.

—Cami, ¿estás bien? —se preocupó Benigno.

Gómez se giró enseguida.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tenés?

Entre los resquicios de los párpados, Camila advirtió su preocupación y se regocijó.

—Estoy bien, Beni. No te preocupes. Me dio una puntada en el estómago, nada más.

—¿Qué le pasa, Pérez? —se interesó el profesor.

—Le duele el estómago —se apresuró a contestar Gómez—. ¿Puedo acompañarla a la enfermería?

El profesor no dudó en darle permiso. Gómez y Pérez Gaona eran los mejores alumnos.

—Está bien, profesor. No hace falta —objetó Camila.

—Está muy pálida, Pérez. Acompañela, Gómez.

Al ponerse de pie, sin intención, su mirada cayó en la de Bárbara, que seguía en el frente, y el dolor en el estómago se acentuó. Horas después, cuando contó con un momento para analizar qué había experimentado frente a esos ojos, decidió que había sido asco, asco de la maldad tan cruda y pura que Bárbara no se molestó en disimular.

Gómez intentó aferrarle la mano, y Camila, con un movimiento delicado, la apartó. En la enfermería, le tomaron la presión, le midieron el pulso y le constataron el reflejo de las pupilas.

—Tenés la presión baja —dictaminó Marisa, la enfermera—, por eso sentiste malestar en el estómago. Comé estas galletitas, que son ricas en sal. —Extendió un pequeño paquete sellado, que Gómez recibió—. Te vas a sentir mejor. Mientras, voy a avisarle a Rita, para que te deje ir. Necesitás recostarte.

—No puede irse sola —adujo Gómez—. ¿Qué pasa si se desmaya en el subte?

—No voy a desmayarme. No seas exagerado. Puedo irme sola perfectamente.

—No, ni loco te dejo ir sola a tu casa.

—¿Discusión de enamorados? —intervino la enfermera—. Gómez, a tu novia no le va a pasar nada. Además, Rita va a llamar a la casa para que vengán a buscarla.

—No hay nadie en la casa de Camila a esta hora.

—Volvé a clase, Gómez. Camila es nuestra responsabilidad, no tuya.

La enfermera salió de la habitación sin cerrar la puerta. Camila permanecía sentada en el borde de la camilla, con la cabeza baja. Tenía ganas de llorar. ¿Por qué había durado tan poco la felicidad? ¿Por qué se sentía desdichada, como si Gómez la hubiese traicionado?

Él le apoyó las manos sobre los muslos, y ella no reunió la voluntad para apartarlo.

—Comé las galletas —la instó, y oyó el murmullo del paquete, mientras lo abría.

Camila recibió la galleta y mordió un ángulo pequeño. El sabor de la sal le inundó la boca. Masticó lentamente y tragó con miedo a que el bocado le intensificase las náuseas. Repitió la operación, siempre con lentitud, y, al cabo, se sintió mejor.

—¿Qué te anda pasando, Cami? —preguntó Rita, al entrar seguida por la enfermera.

—Ya estoy mejor. Puedo regresar a clase sin problema. La galleta me hizo bien.

—¿Sí? ¿Te sentís mejor? —Camila asintió—. Bueno, si preferís quedarte... —Consultó el reloj—. Falta poco para que suene el timbre del recreo. Gómez, llévala a la cantina y pedile un té con mucha azúcar.

—Sí, por supuesto.

—Eso le hará muy bien —opinó Marisa—. Tomalo con el resto de las galletas.

Se ubicaron en la mejor mesa, la que nunca estaba libre en los recreos, una apartada, donde tendrían un poco de intimidad. Camila se

sentó dando la espalda a la puerta para no ver a los chicos cuando invadiesen la cantina. Gómez colocó la taza de té humeante delante de ella y se sentó a su lado.

—Mi amor —la llamó, y le acarició la sien con un beso—, ¿de verdad estás mejor? ¿Por qué no dejaste que te mandasen a tu casa?

—Estoy bien, Lautaro. Me siento mejor.

—¿Qué te pasó?

—Sentí náuseas y un mareo. Salí sin desayunar esta mañana. Eso debió de ser.

—¿Por qué no desayunaste? —se enojó—. Eso hace remal.

—No tenía hambre.

—Dale, tomá el té. Ponele mucha azúcar —le exigió, y la besó en la mejilla.

Lo tomó de a sorbos pequeños para evitar el incómodo ruido al tragar. La infusión surtió efecto enseguida y le estabilizó el estómago.

—Camila, te amo —le susurró Gómez, y, al pronunciarlo, le acarició la oreja con los labios.

—No, Lautaro, ahora no.

—Está bien, pero quiero que sepas que sos lo más importante para mí, lo que más amo en este mundo.

Asintió con mirada ausente, la misma actitud que habría empleado si él le hubiese dicho: “Hace frío, ¿no?”.

—Lo de Bárbara no significó nada para mí. No me importa que te enojés si digo esto. Es la verdad.

—Te acostaste con ella. —Lo dijo con una energía renovada, que lo sobresaltó—. Tuviste relaciones sexuales con ella, eso es obvio para mí. No podés decirme que no significó nada.

Lautaro bajó la vista y no negó la aseveración. “Se acostaron”, se dijo Camila. “Yo tenía razón. Tuvieron sexo. A ella la conoce más que a mí. La penetró. La conoce desnuda. Conoce su cuerpo escultural y gozó con él”. En ese instante, le permitió a la rabia y a la angustia que hicieran estragos en ella. Después, con ganas y más tranquila y con la ayuda de Alicia, analizaría por qué se sentía traicionada.

—No estábamos de novios.

—Pero, según me dijiste, ya estabas enamorado de mí.

—Vos no me dabas bola.

—¡Por Dios, Lautaro! ¿Cómo iba a darte bola si jamás me dirigías la palabra?

—No seguí con ella por vos. La corté apenas comenzaron las clases porque te tenía en la cabeza todo el tiempo.

—¿No querías que se supiese que estabas de novio conmigo para que Bárbara no se enojara con vos? ¿Para poder seguir con las dos?

—¡Estás diciendo cualquier forrada!

—¡No hables así conmigo! ¡Conmigo, habla bien!

—Disculpame, pero me pone loco que me digas algo tan injusto. Jamás estuve con ella desde que nos pusimos de novios. ¡No quiero estar con nadie, solamente con vos! —Más calmado, le preguntó—: Camila, ¿de verdad creés que estuve con ella y con vos al mismo tiempo?

No conseguía articular, por lo que, sin mirarlo, sacudió la cabeza para negar.

—No quería que ella lo supiese para que no nos molestase. Sabía que podía ponerse espesa.

El timbre la inquietó, y Gómez le apretó la mano para tranquilizarla. Ella le permitió que se la tomase.

—¿Estás enamorado de ella?

—¡No! ¿Qué decís? Te amo a vos. Con toda mi alma.

—Ella sigue enamorada de vos. No creas que no me di cuenta de que la chica que te molestó todo el día aquella vez que fui a tu casa para hacer el trabajo de Geografía, era ella. Incluso estaba al acecho, esperando que saliéramos de tu casa. Si me pongo a pensar, me da miedo.

—No, no —la animó él, y le retiró el mechón que le caía sobre la sien—. No te va a hacer nada. No se lo voy a permitir. Nadie te va a tocar un pelo, mi amor.

—¿Cómo sabés? Me asusta que haya querido ser mi amiga todo este tiempo. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Creo que vos le caés bien, a pesar de todo.

—¿Sí, claro! ¿Quiénes están al tanto de lo que hubo entre vos y ella?

—Lucía y Germán lo saben. Y Gálvez también, porque Bárbara le cuenta todo.

—¿Y Karen y Benigno?

Gómez asintió. Por el rabillo del ojo, Camila lo vio envararse y apretar el entrecejo. No necesitó darse vuelta para saber que Bárbara acababa de entrar en la cantina y los observaba.

—No la mires así, por favor. Una vez leí que lo opuesto al amor no es el odio, sino la indiferencia, y no veo que vos seas muy indiferente con ella.

—Para mí, ella no existe.

—Vamos, quiero salir de aquí. No soporto este lugar cuando se llena de gente.

Lucía, Bárbara y Sebastián ocupaban una mesa cercana a la salida. Camila se dirigió hacia ellos con Gómez a la zaga, que ignoraba su intención. Se detuvo a escasos centímetros de Gálvez y clavó los ojos en Bárbara, que se la sostuvo con actitud desafiante. “Por fin mostrás tu verdadera cara”, pensó.

—Bárbara, no me envíes más anónimos. No tendría sentido. Ya me enteré de todo. Lautaro acaba de contármelo.

—¿Qué? ¿Anónimos? ¿De qué mierda hablás, Camila? ¿Estás colocada? ¿De qué habla esta mina, Lautaro?

Camila se alejó sin importarle si Gómez la seguía o si se quedaba para contestar la pregunta de su ex amante. ¿*Ex* amante? De la muerte y de los cuernos nadie se salva, evocó.



A partir de ese día, algo se rompió en el interior de Camila, y la tristeza se enseñoreó de su ánimo. En donde antes había habido sol, ahora había nubes negras; donde antes todo era cálido, mórbido y dulce, ahora solo hallaba frío, dureza y amargura. Se le borró la sonrisa y se le apagó el brillo de los ojos, y la palidez que al profesor de Física indujo a enviarla a la enfermería, no la abandonó. Estaba demacrada y ojerosa. A veces, se dormía llorando, recreando escenas de él gozando con ella. ¿Por qué la asaltaban esas imágenes? ¿Por qué no conseguía olvidarse de que Bárbara y Lautaro habían sido pareja? Técnicamente, él no la había traicionado. ¿Por qué se sentía defraudada? Sin duda, el efecto sorpresa aún la aturdía y la confundía. ¿El *nerd* de la clase con la chica más popular? ¿La Langosta con la más linda? “¿Por qué te asombra?”, se enfurecía consigo misma. “¿Acaso no te conquistó a vos?”. Sí, pero ella carecía de la hermosura exuberante de Bárbara, y su cuerpo estaba lleno de defectos, no como el de Bárbara, que, justamente, no distaba mucho del de la muñeca Barby. “Yo soy una

chica más a tono con Lautaro Gómez”, se convencía. Pensamientos de esta índole servían para profundizar su tristeza, porque era consciente de que provenían de su baja autoestima: ella se consideraba menos que Bárbara y, por ende, quería que Gómez también lo fuese. Excepto que Gómez, con su seguridad proverbial, le había demostrado que se sabía superior a cualquiera.

La única que conocía los vaivenes de su alma torturada era Alicia. Con su vecina y amiga (la única verdadera amiga que tenía), se desahogaba. A ella le refería con pelos y señales los caminos que transitaba desde que Gómez le había confesado lo de su relación con la chica más linda de la división. No, de la división no. ¡Del colegio! Solo a ella se atrevía a contarle que, desde ese día, evitaba que Gómez la tocara por miedo a que la comparase. Bárbara tenía cintura más afinada, y brazos más delgados, y piernas más esbeltas, y musculatura más firme. Por cierto, la había visto en minishorts, y se encontraba en condición de afirmar que su piel era como la del durazno, sin pocitos ni defectos. Estaba alejándolo de ella, y lo sabía, pero no reunía la sensatez ni la voluntad para frenar esa carrera estúpida en la que se había embarcado.

—Cami —le advirtió Alicia—, con este comportamiento, estás moviéndote hacia el lado más oscuro de tu personalidad.

Lo peor era estar consciente de que se dirigía hacia un abismo y no conseguir detener los pies; ellos se conducían de manera automática, y la llevaban por donde querían. Había perdido el control sobre su cuerpo y su vida. En esa anarquía, comenzó una dieta de tan solo seiscientos calorías diarias, y, apuntalada por la tenacidad que caracteriza al Toro, la llevó a cabo de manera estricta. Como destinaba una parte importante de lo que ganaba para ayudar con los gastos de

su casa, no le alcanzaba para cubrir la cuota de un gimnasio, por lo que se compró un dvd con ejercicios, que practicaba en el comedor todas las noches antes de bañarse. Para matar el hambre, se lo pasaba mascando chicles sin azúcar y tomando té. Al final, se le cortó la menstruación.

—Estás más flaca —le marcó Karen una mañana—. ¿Estás haciendo dieta?

—No —mintió, tal vez porque Gómez estaba allí, escuchándolas. Antes muerta que confesarle que prácticamente no ingería alimentos para que su cuerpo se moldeara al estilo del de Bárbara.

Hubo un cruce de miradas entre ellos, fugaz, casi inexistente, como lo eran desde aquel lunes en que él le había contado acerca de su amorío con Bárbara Degèner. En ese instante en que los ojos negros de Gómez la mantuvieron hechizada, Camila vio la pena que lo asolaba y le leyó la mente. “¿Por qué estás castigándome? ¿Por qué estás castigándote? Te amo. ¿No te das cuenta?”. No obstante, a ella el orgullo le impedía mostrar un gesto de perdón. En realidad, eran toneladas de orgullo.

—¿A quién tenés que perdonar? —la encaró Alicia—. A él, por cierto que no. No era tu novio cuando inició su relación con Bárbara.

—Pero estaba enamorado de mí cuando se acostó con ella. ¿Cómo puedo volver a confiar?

—Cami, no estás siendo razonable y lo sabés. Vos y él no tenían ningún compromiso. Él se acostó con Bárbara, como vos podrías haberte acostado con Sebastián. Ahora, Lautaro no tendría nada que reprocharte porque lo habrías hecho antes de ponerte de novia con él.

Camila, sorda a la lucidez de Alicia, apretó los puños y preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué se acostó con ella?

—Porque ella lo deseaba y lo sedujo, ¿no te das cuenta? Le pidió que lo preparase para el examen de Física para tener una chance de tentarlo con su cuerpo y con su belleza. ¡Por favor, Cami! Lautaro es un adolescente, no un hombre casado, con tres hijos. Y tiene las hormonas en ebullición.

Sí, Bárbara era capaz de seducir. Lo había hecho en Dolmen y en Vangelis, y le había resultado chocante verla en acción. Sin empacho, se acercaba a su presa y le comunicaba su deseo con miradas sugestivas y meneos elocuentes. Incluso, el modo en que se llevaba el cigarrillo a la boca y exhalaba el humo formaba parte del plan de seducción, lo mismo que la manera en que sus labios se apoyaban sobre el filo del vaso y sus pestañas cargadas de máscara se posaban en sus pómulos al sonreír.

—Camila, tu inflexibilidad te está impidiendo ver que perderás a un chico buenísimo, que te ama con locura, por una cuestión de orgullo. No soportás que él compare el cuerpo de ella con el tuyo, su belleza con la tuya. Y no te das cuenta de que él no lo hace, nunca lo hizo. Te eligió a vos.

—Lo haría si hiciéramos el amor y me viese desnuda.

—Camila, cuando un hombre y una mujer, por muy jóvenes e inmaduros que sean, hacen el amor con amor, se olvidan de todo, incluso de los defectos físicos. Que, por otra parte, ¡vos no tenés ninguno! A vos, Lautaro te ve perfecta. No perfecta para los cánones sociales, sino perfecta para él, simplemente, porque te ama. Ahora, te

sentás aquí y comés este plato de fideos frente a mí. ¡Lo único que falta es que te vuelvas anoréxica por querer ser un palo insulso como Bárbara!

Comió el plato de fideos para contentar a Alicia y, cuando esta se metió en el consultorio y la dejó a solas con Lucito, se encerró en el baño para provocarse el vómito. A punto de introducirse los dedos en la boca, se detuvo. Observó su reflejo en el agua del inodoro. “¿Qué mierda estás por hacer, estúpida?”. Le tembló la cara y las primeras lágrimas dibujaron ondas sobre el agua. ¿Por qué siempre tenía que sufrir? Tiempo atrás, había leído en el libro de Eugenio Carutti, el que trata sobre los Ascendentes, que debido a que la energía de Escorpio bucea en todos los aspectos de la realidad, de la naturaleza humana y de la vida, también lo hace en el sufrimiento. El astrólogo agregaba que, si se rechazaba la existencia de ese aspecto, el del dolor, lo negado se presentaba una y otra vez en la vida de la persona hasta lograr la aceptación.

Ella se negaba la felicidad con Lautaro Gómez por un orgullo gigantesco, que la dominaba como un cíclope a un mortal. No se atrevía a ahondar en el origen del orgullo. Sabía por qué se aferraba a ese orgullo: para ocultar la baja autoestima. Pero ¿por qué se estimaba tan poco? ¿Por qué tenía miedo y se sentía insegura?

—Porque sentís que tenés que ser perfecta para ser amada —le explicó Alicia—. Esa es la parte negativa de tu Luna virginiana. Y, justamente, por esa misma Luna, tus cánones de perfección son altísimos, inalcanzables. Te lastimás y lastimás a Lautaro en tu inmadurez.

Sí, estaba lastimándolo. Desde hacía varias semanas no se veían

los sábados ni los domingos. Había dejado de acompañarlo a las reuniones de los scouts con la excusa de que, como trabajaba de lunes a viernes, solo contaba con el sábado para estudiar. Los domingos también lo rehuía con mentiras similares. Él, con una terquedad más propia de un taurino que de un escorpiano, seguía presentándose cada mañana en su puerta para tomar juntos el subte. En el colegio, charlaban durante los recreos, aunque cada vez con más frecuencia unos silencios incómodos se cernían sobre ellos. Camila recordaba la época en la que no les había alcanzado el tiempo para decirse todo lo que les interesaba. El contacto físico había casi desaparecido, y, en dos oportunidades –una, en el andén del subte y otra, en el patio del colegio– en que Gómez la arrinconó y trató de arrancarle un beso a la fuerza, Camila apartó la cara y le dijo que no, asqueada por la sensación de sus manos sobre el cuerpo, manos que ya no la deseaban, sino que la comparaban y la evaluaban.

Un viernes de mediados de junio, Gómez no fue a buscarla para ir al colegio.

—¡Qué raro que no esté Lauti! —exclamó Nacho, ignorante del dolor que le causaba a su hermana con el comentario—. Él es repuntual.

—Vamos. Hoy no viene.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¡Qué humor de mierda que tenés últimamente, Camila!

Entró en el aula y lo divisó charlando animadamente con

Bárbara. El hambre y la impresión le provocaron un mareo, del tipo que se experimenta al incorporarse de modo brusco. Con disimulo, se apoyó en el marco de la puerta e inspiró hondo hasta sentirse mejor. No quería que se diesen cuenta de su malestar, sobre todo él, para que no pensase que lo hacía para llamar su atención.

No los miró al ubicarse en su asiento y simuló leer su libro de turno. Gómez no se dio vuelta para saludarla; de Bárbara no lo esperaba, porque, desde la noche en Vangelis, no se dirigían la palabra. Aunque la muy perra seguía enviándole anónimos a través del perfil de Nacho en Facebook. Su hermano se divertía con los dibujos –hacía tiempo que no llegaban fotografías–, y Camila tenía que estar alerta e impedir que los imprimiese y se los mostrase a sus amigos.

—¿Cuándo comienza el maratón? —se interesó Bárbara.

Camila se quedó congelada sobre el libro.

—El lunes a la tarde.

—¿Y es verdad que lo van a televisar?

—Sí. De hecho, se hace en los estudios del Canal de la Ciudad.

—¡Qué copado! Y tus compañeros, ¿podemos ir?

—No sé. Puedo averiguar.

—Dale. Sería mortal poder ir, ¿no?

—Claro.

Los ojos de Camila se calentaron, y un ahogo le cortó la

respiración. A ella no le había contado nada de eso, ni la había invitado al maratón. “¡No podés culparlo, idiota! Has hecho lo imposible para que esto suceda. Ahora, te aguantás”.

—¡Mirá si ganás, Lauti! —exclamó Bárbara, y le apoyó la mano en el hombro, la misma mano que, de seguro, le había acariciado las partes íntimas—. Nos vamos todos a las sierras en las vacaciones de julio. ¡Qué zarpado!

Camila salió del aula y fue al baño, donde vomitó bilis. Se enjuagó la boca y masticó un chicle hasta eliminar el regusto amargo. Se lavó los ojos y se pasó un peine. Al regresar, se topó con la profesora, que le lanzó un vistazo admonitorio.

—Llega tarde, Pérez.

—Disculpe, profesora.

Se ubicó en su asiento con el aire de un perro apaleado, saludó con un murmullo a Benigno y abrió la carpeta. Sufrió un sobresalto cuando Gómez se dio vuelta y le preguntó:

—¿Qué te pasa? Estás más pálida que un fantasma.

—Estoy bien —dijo, sin ánimo de desafiarlo—. ¿Por qué no fuiste a buscarme?

—Porque no tenía ganas.

Junto con el golpe asestado por Gómez, la alcanzaron las palabras de Linda Goodman: *...te dirá la verdad, brutal y desnuda. Tú le preguntaste y él te responde.*

—Gómez, Pérez, silencio —exigió la profesora, y Lautaro le dio la espalda.

Ante ese gesto, el cuerpo de Camila sufrió un temblor: acababa de caer en la cuenta de que todo había terminado.



El resto del viernes, Camila lo pasó como sumida en una pesadilla, de esas en las que uno es perseguido por un monstruo feroz y no puede correr porque se le empantanán las piernas. Quería huir. El colegio había vuelto a convertirse en el sitio lúgubre y amenazador del principio. Se sentía como la Cenicienta después de las doce de la noche, fuera del palacio y en harapos.

Durante los recreos, Gómez no se acercó, y ella, por orgullo, no fue a buscarlo. Sentada en el suelo de su rincón, se sumergía en las páginas del libro de turno —*He Knew He Was Right* (Él sabía que tenía razón), el que le había regalado Juan Manuel para el cumpleaños— y se instaba a no levantar la vista. Lo hizo en dos oportunidades y lo lamentó amargamente: Bárbara y Lautaro conversaban como viejos amigos. La mezcla de dolor, ira y sed de venganza se alojó en su estómago vacío, y tuvo la impresión de que se le había agujereado.

¿Cómo podía mostrarse simpático con la zorra que los había separado, con la loca que la martirizaba enviándole anónimos con dibujos vulgares y fotografías? Lo odió tanto como lo amaba.

De regreso, se compró una barra de cereales en un kiosco del subte, no porque tuviese hambre –había perdido el apetito, ¡ella, una taurina!–, sino porque temía desfallecer de debilidad. ¿Estarían ellos en ese mismo tren? No los había individualizado en el andén. En realidad, no los había buscado. Se limitó a clavar la vista en los rieles y se planteó la posibilidad de arrojarse. No lo haría, aunque más no fuese para no parecerse a Bárbara. “Aquel día”, pensó, “mejor habría sido no detenerla”. “Cami, con este comportamiento, estás moviéndote hacia el lado más oscuro de tu personalidad”. Se mordió el labio y apretó los ojos, abrumada por la culpa. “No quiero convertirme en una mala persona. No debo pensar cosas tan feas. Quiero ser buena y recuperar la paz interior.”

Se alegró al conseguir un asiento; anhelaba retomar la lectura de *He Knew He Was Right*, el cual parecía escrito para ella a propósito de su actual aprieto. Louis Trevelyan, un joven apuesto y de buena posición, se enamoraba locamente de Emily Rowley y se casaba con ella. El matrimonio era un éxito, hasta que un amigo del padre de Emily, el coronel Osborne, comenzó a visitarla con demasiada frecuencia para el gusto de Trevelyan. Los celos y las dudas lo atormentaban; imaginaba a Emily en brazos del coronel, mientras esta le juraba amor eterno. Hostigaba a Emily con preguntas y comentarios mordaces. Le exigía que dejase de recibir al amigo de su padre. La trataba con desprecio y la humillaba al desconfiar de su constancia. El ambiente en la casa de los Trevelyan, alegre y distendido tiempo atrás, se tornó hostil e inaguantable. Las sombras lo cubrían todo. El

rompimiento era inminente.

Camila no reparaba en la fuerza con que sujetaba el libro; no reparaba en que sus dedos estaban lívidos y entumecidos. Se compadecía del pobre Trevelyan, al tiempo que la dominaba el afán por sacudirlo para quitarle la venda de los ojos. “¡Emily te ama!”. ¿Estaría siendo como Louis Trevelyan, ciega y tonta?

Se puso de pie de un salto al darse cuenta de que había llegado a su estación. Descendió antes de que las puertas se cerrasen y necesitó apoyarse contra la pared hasta que el mareo se esfumó. Al salir a la superficie, inspiró con avidez el aire frío del mediodía. Caminó con lentitud. Se sentía miserable, desdichada y adolorida. ¿Cómo se habían descarrilado las cosas de ese modo tan espantoso?

No se sentó a comer con su madre y Nacho, lo que provocó el enojo de Josefina.

—Hoy Alicia me pidió que fuese un poco más temprano — mintió.

—No me importa. Sentate y comé la milanesa. ¡Parecés un cadáver! No te creas que no me doy cuenta de que prácticamente no comés. ¿Qué está pasando, Camila?

—Nada, mamá. Comí un sándwich en la cantina del colegio antes de venir y me quitó el hambre.

—¡Un sándwich de la cantina del colegio! ¡Por amor de Dios, Camila! Te creía más sensata. —Josefina colocó una milanesa y una porción de puré de papas en un recipiente de plástico y se lo entregó a Camila con aire furibundo. A continuación, hizo una llamada.

—¿Alicia? ¿Cómo estás? Soy Josefina, la mamá de Camila. Bien, gracias. Me dice Camila que hoy le pediste que fuese un poco más temprano. Sí, eso me dijo. Ahí la mando con el almuerzo en un *tupper*. Te pido, por favor, que te asegures de que se lo coma todo. Sí, sí. Muchas gracias.

Camila no tenía fuerza para discutir ni para increpar a su madre. Se marchó en silencio con los útiles, los libros y el almuerzo a cuestas. Alicia la recibió con la sonrisa que necesitaba y le dio un abrazo. Camila rompió en un llanto que duró varios minutos.

—Cami, ahora andá al baño, lavate la cara y refrescate. Mientras, yo te voy a calentar el almuerzo en el microondas y lo vas a comer todo. Te has pasado de la raya con esta dieta. Mirá, ya no tenés carrillos.

Almorzaron juntas, y Alicia le prohibió que, mientras comiesen, hablasen de temas desagradables, por lo que se dedicaron a comentar acerca de cuestiones intrascendentes como los estrenos de cine del día anterior y que Lucito había dicho “papá”.

—En realidad —confesó Alicia—, dijo: “papapapapa”.

Camila se preguntó lo que tantas veces la había inquietado: ¿quién era el padre de Lucito? Como sospechaba que ese no sería un tema agradable para Alicia, se deshizo de su curiosidad y siguió comiendo. En tanto la ayudaba a lavar los platos, se atrevió a referirle sus penas.

—¿No te das cuenta de que está usándola a Bárbara para darte celos?

—Donde hubo fuego —citó Camila—, cenizas quedan.

—Creo que estás viendo fantasmas —declaró Alicia, y Camila se acordó de Louis Trevelyan y de sus dudas—. Con un espíritu tan negativo, querida Cami, todo lo que te rodee será negativo. Todo saldrá mal. ¿Por qué no te proponés hacer el esfuerzo y moverte de esta zona de sombras a una de luz? Vos sos muy fuerte, Camila, aunque no lo sepas, y podés hacerlo.

—¿Cómo lo hago?

—Por ejemplo, llamando a Lautaro e invitándolo a tomar un café para contarle lo que me has contado a mí a lo largo de estas semanas tan malas.

Aunque juzgó la idea de imposible concreción —ni loca lo llamaba y se humillaba después de lo que él había hecho en el colegio con Bárbara—, le prometió a Alicia que lo meditaría.

Al final de ese viernes fatídico, Camila regresó a su casa y, disimulando la ansiedad, preguntó a su hermano si alguien la había llamado. Si bien no la sorprendió la negativa de Nacho, la hirió. Se conectó de prisa a internet y consultó la casilla de correo. Nada. No se atrevió a entrar en Facebook usando el perfil de su hermano porque le temía a lo que pudiese hallar en el muro de Gómez. “¡Mucha suerte el lunes y el martes en el maratón, Lauti! Te quiero. Tu Barby”. Sin remedio, cada vez se parecía más a Louis Trevelyan.



El sábado por la mañana, Camila se levantó de mejor ánimo. Había tomado una resolución. Iría a pasar el fin de semana a lo de su abuela Laura. Con ella, restablecería la paz que había perdido el lunes posterior al festejo de su cumpleaños y evitaría pasarse dos días pegada al teléfono o consultando la casilla de correo cada cinco minutos.

Se bañó, se vistió con un jean –le bailaba– y un buzo abrigado – hacía frío– e hizo dos llamadas antes de desayunar: a su abuela, que se mostró encantada con la idea de Camila, y a su padre, para avisarle que no almorzarían juntos en McDonald’s. Por fortuna, Josefina no presentó objeciones al plan de su hija; es más, parecía aliviada de que

se marchase, y Camila se dijo que no podía culparla: con su presencia, teñía todo de negro.

El departamento de la abuela Laura, que no era ni la sombra del de quinientos metros cuadrados de la avenida Alvear, conservaba, no obstante, el mismo aroma, la misma luminosidad y el mismo alegre colorido del fastuoso al que ella había ido, dichosa, cuando era una niña, y que habían vendido dos años atrás para afrontar las deudas. Cruzó el umbral, inspiró profundamente y pensó: “Ya me siento mejor”. El abrazo y el beso de su abuela en la frente le supieron a medicina para el alma.

—Me encanta olerte, abuela —le confió—. Siempre tenés un perfumito rico en el cuello.

—Simplemente, Ambré de Watteau. Fresca, delicada, etérea. Tu perfume también es exquisito. ¿Cuál es?

—Se llama Euphoria y es de Calvin Klein.

—¿Te lo prestó tu mamá?

—No. Me lo regaló Lautaro para el cumple.

Laura advirtió cómo las palabras habían ido perdiendo fuerza y cómo la mirada de Camila se había apagado.

—No están bien las cosas con él, ¿no es verdad? —Camila negó con una agitación de cabeza—. Está bien, tesoro. Ya hablaremos de eso. Por lo pronto, vamos a la cocina y tomemos té. Litros de té. Tengo de varios *blends* que te encantarán. Nada como el té para remendar un corazón roto.

Su abuela preparó una tetera –la vieja tetera de loza inglesa, con floreado azul en fondo blanco, que a Camila le trajo reminiscencias de la infancia– con una infusión llamada *rooibos*.

—El *rooibos* es la planta nacional de Sudáfrica. Significa “arbusto rojo” en zulú. Ya verás qué color azafranado más hermoso tiene. Es aromático. Muy suave y no tiene cafeína, lo cual es ideal para tomarlo de noche.

El *rooibos*, cortado con leche y endulzado con poca azúcar, le supo a un elixir. Lo saboreó con los ojos cerrados y se lo imaginó descendiendo por su esófago y desatando el nudo que le había impedido comer en los últimos días.

—Probá el *lemon pie* que preparé para esta tarde. Vienen las chicas a jugar al *bridge*.

A Camila la alegró la idea porque les tenía cariño a las amigas de su abuela. Además, se dijo, aprovecharía para avanzar con la lectura de *He Knew He Was Right*, mientras ellas jugaban a las cartas.

—¿Qué tal me salió el *lemon pie*?

—Una delicia, abuela. Como siempre.

Laura atrapó la mirada de su nieta y le sonrió. Extendió la mano a través de la mesa y le acarició la mejilla.

—Estás muy delgada, Cami. Un poco ojerosa también. Hermosa, por supuesto, pero demacrada. ¿Qué le anda pasando a mi princesa adorada?

El esófago se anudó de nuevo y la vista se le enturbió.

—¡Ay, abuela! ¡Estoy tan triste!

Laura arrastró la silla y la colocó junto a la de Camila. Le pasó el brazo por el hombro y la obligó a recostarse en su regazo.

—Contame todo, mi amor. No te guardes nada. No me escandalizo fácilmente. Abrile tu corazón a esta vieja. Ya sabés lo que dice el refrán: “Más sabe el Diablo por viejo, que por diablo”.

No le ocultó ni el menor detalle, ni siquiera se contuvo de referirle la ojeriza que su prima Anabela, tan nieta de Laura como ella, le inspiraba, sobre todo después de su participación en la salida a Vangelis. Camila habló y habló; su abuela guardaba silencio, la miraba a los ojos y le rellenaba la taza enseguida después de que ella la vaciaba. Al final, tuvo que interrumpirse para ir al baño: tenía la vejiga a reventar.

—Ya ves, abuela —le dijo, cuando volvió a la cocina—, por mi orgullo desmedido (porque fue el orgullo lo que me alejó de Lautaro), ahora estoy en un lío que no sé cómo resolver. Quiero volver con él, pero no me animo. Le tengo miedo al rechazo. Tengo miedo que me diga que ahora le gusta Bárbara y que volverá con ella. Mi orgullo me impide pedirle perdón.

—El orgullo está muy bien —expresó la abuela Laura—, yo lo identifico con la dignidad, y no hay que confundirlo con la pedantería. Pero, al igual que todo, tiene que dosificarse en la justa medida. En este caso, creo que lo has llevado a niveles que te lastiman y que te colocan en una posición que terminarás por lamentar. Tal vez, ese orgullo enorme te sirve para ocultar tu inseguridad. Siempre te has creído menos que los demás, tesoro. Menos linda, menos delgada, menos

inteligente, cuando, en verdad, sos una persona que, en donde pone un pie, causa admiración. Pero —suspiró—, no hay peor ciego que el que no quiere ver. La buena noticia es que estás a tiempo. Siempre estamos a tiempo. Te voy a leer un cuento que, me parece, te hará ver claramente lo que tenés que hacer. Vení, vamos al *living*, así nos ponemos cómodas en el sofá.

Era el mismo sofá de la infancia de Laura, solo que ahora llenaba la sala, cuando en el pasado había formado parte de un decorado compuesto por varios juegos de sillones, sillas y mesitas y una mesa de caoba para veinticuatro personas. Reflexionó que, para su abuela, criada en la opulencia y casada con un hombre rico, pasar del departamento en la Recoleta a uno pequeño en Caballito debía de haber sido un golpe tremendo. No obstante, no recordaba haberla visto quejarse ni perder el buen humor. ¡Cómo le habría gustado poseer su entereza de espíritu! La vio aparecer con un pequeño libro en la mano delgada, manchada y sarmentosa, y la amó con un amor nuevo, más profundo, más maduro.

—Te quiero, abuela —le confesó, y se abrazó a su cintura y descansó en su pecho. La reconfortaron la calidez que manaba del cuerpo pequeño y delgado de la anciana, y los aromas que se mezclaban —el del Ambré de Watteau, el del *rooibos*, el del *lemon pie*—, y que la envolvían. Inspiró profundamente, y, al mismo tiempo que ese aire especiado le causaba bienestar, llegó una sensación de paz; casi experimentó alegría.

—Yo te adoro, Camila. Desde el primer día en que te tuve en brazos, supe que serías una criatura muy especial.

—Abuela, no soy especial. Soy rara, pero no especial.

—Y es difícil ser rara cuando se es adolescente, lo sé. Pero confiá en mí, tesoro. Un día, serás feliz. Bien, ahora te voy a leer uno de mis cuentos favoritos. Está en inglés. Este libro —lo levantó, y Camila leyó: *Chronicles of Avonlea*. L. M. Montgomery— es viejo como la injusticia. Lo compré en Londres el día en que terminé mis días en el *boarding school*.

—¿Montgomery? ¿No es la misma autora de *Ana, de los tejados verdes*?

—La misma. Fue prolífica. Y, contando historias sencillas de gente sencilla, transmitió una sabiduría de espíritu viejo y elevado. Lamentablemente, ninguna editorial en la Argentina ni en España, hasta lo que yo sé, tuvo el buen tino de traducir *Chronicles of Avonlea*. Tradujeron su continuación hace muchos años y lo llamaron *Nuevas crónicas de Avonlea*. Lo compré en su momento. Pero este solo se consigue en inglés.

—Leeme el cuento, abuela. Estoy ansiosa.

Se titulaba *Old Lady Lloyd* (*La vieja señora Lloyd*). La abuela Laura leía con fluidez, como si, en realidad, estuviese hablando. Poseía una exquisita pronunciación, que había obtenido como pupila en un colegio de alto nivel en Londres, en el que había completado la primaria y la secundaria.

Según los chismes del pueblo, *Old lady Lloyd* era rica, mala y orgullosa. Como suele ocurrir con los chismes, eran parcialmente ciertos. *Old lady Lloyd* no era rica ni mala, aunque sí muy orgullosa, y prefería mantener alejados a los pueblerinos y vivir en absoluta soledad, comiendo malamente y viviendo de los centavos que le rendía la venta de los huevos que ponían sus gallinas, antes que revelar que,

de su antigua riqueza, no quedaba un penique. De joven, ella había sido la reina del pueblo, una reina hermosa, activa y rica. Había estado a punto de casarse con un joven apuesto y con futuro, del cual se separó a causa de una estúpida pelea. El joven, a quien la señorita Lloyd amaba con locura, le escribió para pedirle que se reconciliaran, pero ella, herida en su orgullo, le respondió con palabras ásperas, que mataron las esperanzas del caballero. Tiempo después, la señorita Lloyd se enteró de que su amado se había casado con otra y tenía una hijita. Las cosas comenzaron a salir mal, y la suerte se alejó para no volver a sonreírle.

Las palabras de Alicia se impusieron a la lectura de su abuela: “Con un espíritu tan negativo, querida Cami, todo lo que te rodee será negativo. Todo saldrá mal”. El relato prosiguió, y Camila se enteró de que la señorita Lloyd había demostrado ser poseedora de un espíritu tan terco como el de ella. Se preguntó si habría sido taurina. La anciana prefería morir a que los pueblerinos, los mismos que la habían admirado y temido, la mirasen con sorna a causa de sus viejos vestidos, o, peor aún, con lástima.

El cuento era extenso, por lo que Laura propuso una pausa para preparar el almuerzo. Camila la ayudó a picar en juliana la verdura para la sopa y a rebozar las milanesas. Lo hacían en camaradería, mientras charlaban y reían. Al rato, Camila se dio cuenta de que la opresión en el pecho había cedido.

Después del almuerzo, pusieron la mesa del comedor para recibir a las amigas de Laura. La cubrieron con un lienzo verde inglés y colocaron las tazas y los platos del juego de porcelana de Limoges, de los pocos objetos suntuosos que se habían salvado del remate para cubrir las deudas. En total, las invitadas eran cinco y llegaron, más o

menos, juntas. Camila percibía la sincera alegría que desplegaban al verla y la colmaban de halagos, aunque todas arrugaron la nariz para decirle: “Estás muy delgada, querida”. Resultaba obvio que las ancianas no consideraban a la delgadez, tan de moda por esos días, una ventaja.

Le pidió a su abuela que se sentase a la mesa y que no volviese a levantarse. Se ocupó de servirles el té y de mantener la tetera siempre llena y los platos con sándwiches, masas y porciones de *lemon pie*. Al cabo de dos horas, segura de que las mujeres se habían alimentado bien y se hallaban enfrascadas en su juego de *bridge*, se apoltronó en el sofá y siguió leyendo *He Knew He Was Right*. Planeaba terminarlo el domingo. Quería conocer la suerte del matrimonio Trevelyan. Por el momento, se había roto. Louis vivía apartado de su esposa y de su pequeño hijo, sumido en la desesperación, los celos y la soledad, mientras que Emily sufría, impotente frente a las acusaciones de su esposo. La historia la tocaba tan de cerca y tan íntimamente que, en ocasiones, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Por la noche, después de ayudar a Laura a lavar la delicada porcelana y a guardarla y a poner orden en el *living*, comieron algo ligero en la cocina y se aprestaron para ir a dormir. Aunque había una habitación para huéspedes, Camila eligió la cama matrimonial de su abuela; no quería separarse de ella.

—Así terminamos de leer el cuento, abuela —interpuso.

—Me parece perfecto.

Se acomodaron bajo las mantas, con una taza de *rooibos* en las mesas de luz, y en esa oportunidad fue Camila quien retomó la lectura.

A veces, se detenía, sorbía y proseguía. A veces, sonreía a causa de los soliloquios de *Old Lady Lloyd*, tan parecidos a los de ella, teñidos de orgullo y de vanidad. Por ejemplo, en una ocasión en que la vieja señora añoraba ir al concierto que daría una joven por la que, secretamente, sentía un gran afecto –la hija de su amado–, el orgullo le susurró: *Tendrás que ir a la iglesia para oírla cantar. No tienes ropas apropiadas para la iglesia. Piensa en el ridículo que harás frente a los demás.*

—Esto es muy Camila, ¿no? —apuntó la abuela, y Camila asintió, sin dejar de sonreír.

El cuento seducía por la sencillez de la historia y del lenguaje; eran vivencias humanas y comprensibles, escenas bucólicas y serenas. Al final, el orgullo de la señorita Lloyd fue vencido por el amor, y Camila terminó llorando a moco tendido en los brazos de su abuela.

—¿Qué es lo que tanto te duele y atormenta, tesoro?

—Que la haya querido a ella antes que a mí. ¡A ella, abuela! Que es la más linda del colegio, la más popular. No sabés el cuerpo que tiene. Preguntale a Nacho, que se quedó embobado mirándola una vez que la llevé a casa. Me siento humillada, abuela, muy humillada. Pienso que me compara con ella. Y yo no estoy a su altura.

—Él te eligió a vos, tesoro. Lautaro te ama a vos.

Asintió, desganada. El acceso de llanto la había agotado. Se quedó dormida.



Al día siguiente, acompañó a su abuela a misa. Hacía años que no iba a misa. Antes de entrar en la iglesia, Laura le dijo:

—Vamos a prenderle una vela a santa Teresita de Lisieux y a pedirle que te dé paz y valor.

—Bueno. ¿Vos siempre le rezás?

—Siempre. Le pido, sobre todo, para que tu papá y tu tío Humberto se reconcilien.

¡Cómo debía de sufrir la abuela Laura a causa de la pelea de sus hijos! Nunca la había oído quejarse ni poner mala cara. Lo soportaba en silencio. Y rezaba.

Al finalizar la misa, Camila salió al atrio y observó el cielo. Brillaba, diáfano, y su color al mediodía podía definirse como turquesa. Sonrió porque, después de tantas semanas de tormento, sentía paz. Sabía qué hacer.

Pasó el resto del domingo en casa de su abuela. Después del almuerzo, Laura anunció que se recostaría, por lo que Camila aprovechó para echarse en el sofá y leer *He Knew He Was Right*. Alrededor de las siete de la tarde y con un intervalo de media hora para tomar una taza de té, terminó la historia de Louis y Emily

Trevelyan. La novela destacaba la extensión del daño que el orgullo y la insensatez podían infligir en una persona y en los que la rodeaban. Si alguien hubiese escrito una historia con los eventos de las últimas semanas, sus lectores habrían arribado a la misma conclusión: “¡Qué estúpida es esa Camila!”; es decir, habrían proclamado lo mismo que ella pensaba: “¡Qué estúpido es ese Louis Trevelyan!”.

Abrazó a su abuela, la besó varias veces, le reiteró que la quería, le agradeció por un fin de semana maravilloso y emprendió el regreso a su hogar. Ansiaba llegar y componer lo que había destrozado. ¿Estaría a tiempo?



No permitió que el desánimo torciese sus planes después de que Nacho y Josefina le confirmaran lo que sospechaba: Lautaro no la había llamado durante el fin de semana.

Nadie contestaba el teléfono en la casa de los Gómez. Si lo llamaba al celular, saltaba la contestadora. Por primera vez, lamentó no tener un celular para enviarle un SMS, porque así como sabía que él jamás escuchaba los mensajes de voz, leía al instante los de texto. El Facebook seguía fuera de discusión; aún no estaba preparada para leer

los potenciales mensajes que Bárbara le hubiese escrito en el muro. Se decidió por un correo electrónico. Sabía que él los revisaba, por lo menos, una vez al día.

“Mi amor. Me encanta que me digas ‘mi amor’. Me acuerdo de la primera vez que me lo escribiste y, por supuesto, de la primera vez que me lo dijiste. Fue cuando te regalé mi libro favorito de Agatha Christie. Mi amor. Me dio un escalofrío de placer.

“No sé por dónde empezar, Lautaro. Quizá deba pedirte que me perdones por haber sido terca y orgullosa y por haberte apartado de mí por cuestiones muy estúpidas, pero, al mismo tiempo, típicas de mi forma de ser. No voy a negarte que me dolió saber que estuviste con Bárbara antes de mí, pero ahora sé que me enojé por las cosas equivocadas y que no supe apreciar tu sinceridad al contármelo. Estaba rabiosa de celos y ofendida, y traté de alejarte de una manera cobarde. ¿Habré logrado ese estúpido objetivo? Le pido a Dios que no, porque sos mi vida y mi amor.

“Te amo, Lautaro. No sabía que amar fuese de este modo. No sabía que una se despertaría y se dormiría pensando en su amor y se pasaría el día pendiente de él, pendiente de conseguir una mirada, una sonrisa, un beso. ¡Cuántos besos te negué durante estas semanas! Me arrepiento tanto y quisiera dártelos a todos ahora. Perdoname, mi amor.

“Voy a rezar por vos para que, mañana y el martes, ganes el maratón. Nadie es más inteligente que vos, y vas a ganar. Y si no ganás (algo que ocurriría solo en caso de que los jueces estuviesen locos o borrachos), te amaré y admiraré todavía más por haber tenido el valor de competir.

"Tu Camila, tuya para siempre. Y solo tuya".

Le tembló la mano sobre el mouse antes de apretar la tecla  
"Enviar".



El programa que televisaría el Primer Maratón de Matemáticas y Física comenzaría a las tres de la tarde por el Canal de la Ciudad. Se sentó en el sillón con Lucito sobre las piernas y el control remoto en la mano. A causa de la ansiedad, sacudía las piernas, por lo que el niño reía a carcajadas, convencido de que estaban jugando al “caballito”.

—Vamos a hacerle la barra a Lautaro, Lucito. Mirá —le señaló la pantalla del LED de cuarenta y seis pulgadas—, prestá atención, en cualquier momento vas a ver a Lautaro.

Después de tantos días sin noticias de él —para ella, tres días se habían convertido en una eternidad—, Camila se contentaría con verlo en la televisión. Se animaba pensando que no había recibido respuesta a su mensaje porque Gómez no tenía tiempo para chequear la casilla.

Después de todo, no habían pasado veinticuatro horas desde que apretó la tecla “Enviar”. De seguro, se había dedicado a profundizar los temas del maratón y había olvidado los *e-mails*. No había asistido a clase esa mañana, lo mismo sucedería al día siguiente, y esos dos días de gracia, la dirección del colegio se los había concedido para que repasase, no para que perdiese el tiempo conectándose a internet. Por supuesto, a eso se debía la falta de respuesta.

En tanto esperaba que pasaran los títulos y comenzase el programa, Camila intentaba olvidar la soledad padecida ese lunes en el colegio. Hasta el bueno de Benigno la había ignorado. Por su parte, Bárbara y Lucía habían hablado en voz alta para soltarle indirectas. No quería recordarlas, eran mentira. Sin embargo, cuando la cámara realizó el primer paneo de la tribuna, demostraron ser verdad: Bárbara y Lucía ocupaban lugares preferenciales. También descubrió a Karen, a Benigno y a Brenda, más alejados en la misma línea. “Para ir al estudio a ver el maratón, cada concursante tiene solamente cinco lugares en la tribuna. ¿A quién invitará Lautaro?”, había vociferado Bárbara, a lo que Karen replicó: “¿Por qué no te callás, pistacho?”. Por supuesto, la cámara regresó para tomar un primer plano de Bárbara, que destacaba por su belleza. Estaba preciosa con el pelo, castaño, lacio y espeso, que le caía por los hombros y se le perdía tras la espalda, y con los labios cargados de *gloss* rosa. Vestía una remera blanca ajustada, tipo *denim*, con dibujos en estrás, que captaban el brillo de las luces y le resaltaban los senos perfectos.

Camila no se reponía de la impresión, estaba costándole respirar. Lucito se dio vuelta y la observó. Comenzó a hacer pucheros. Lo abrazó y lo besó y, cuando volvió a abrir los ojos, se topó con un primer plano de Lautaro Gómez. Estaba soberbio peinado con gel y

elegante en ese saco azul sobre una camisa blanca, donde descollaba la corbata de *jacquard* con rayas oblicuas azules y gris perla. Camila lo admiró y le envidió la soltura y la tranquilidad con que se presentaba, segura de que ella no habría conseguido articular ni la primera sílaba de su nombre.

Cuando el locutor le preguntó si, en la tribuna, estaba su novia, él se limitó a responder: “Vine con unos amigos”, a lo que siguió una vocinglería que atrajo a la cámara, la cual captó un letrero de cartulina sostenido y sacudido por Bárbara. “Lauti, vos sos el campeón”.

Camila apuntó a la pantalla y apagó el televisor.



—¿Qué parte de “no quiero saber, callate” no entendés, Ignacio?  
—se enfureció Camila, en tanto Nacho se empeñaba por contarle los detalles del programa, mientras ella practicaba sus ejercicios de gimnasia.

—Es que Lauti estuvo mortal, Cami. ¡No puedo creer que no hayas visto el programa!

—Tenía mucho que estudiar.

—No se equivocó en ninguna respuesta. ¡Es un bochazo! Pasó al certamen de mañana junto con otros cuatro. Mañana se define quién será el campeón. Seguro que gana él.

—Sí, seguro —dijo, con acento sarcástico.

—¿Vos y él ya no son más novios?

—¿Y a vos qué te importa, metido?

—Te pregunto porque, cuando el presentador le preguntó si tenía novia —Camila, que ejercitaba los abdominales, sintió una puntada en la boca del estómago—, él respondió que no.

La puntada se volvió intolerable. Se quedó tendida en el suelo, esperando a que el dolor remitiera.



El martes por la mañana, Camila tenía tantos deseos de entrar en el aula como de reconciliarse con Bárbara Degèner. “Vos sos fuerte, Camila”, se dijo, evocando las palabras de Alicia. Inspiró profundo y subió corriendo las escaleras del colegio.

Se encontró con la escena que, más o menos, había imaginado: todos circundaban a Bárbara y a Lucía y les preguntaban al unísono. El griterío fue desvaneciéndose cuando se dieron cuenta de que ella había llegado y estaba acomodándose en el pupitre. Por el rabillo del ojo, vio que Bárbara se aproximaba.

—¿Y, Cami? ¿Qué se siente que te pateen por televisión? Porque, cuando el locutor le preguntó a Lauti si...

—Bárbara, ¿por qué no te dejás de joder? —Gálvez se interpuso entre ellas y le obstaculizó la visión de su enemiga. Desde esa posición, Camila solo veía los hombros musculosos del más lindo de la división, que se marcaban bajo la camisa de algodón azul claro.

—No te metas, Sebastián.

—Dejala en paz.

Camila la oyó insultar por lo bajo y alejarse. Gálvez se dio vuelta y le destinó una sonrisa entre tímida y avergonzada, muy impropia en él.

—Gracias —masculló Camila.

En el primer recreo, Gálvez se sentó en el suelo, junto a ella, y a Camila se le antojó como un *déjà vu*, una imagen de principios de año que, en realidad, parecía provenir de una vida pasada.

—La verdad, Cami, es que todo ha sido una cagada.

—¿A qué te referís?

—A cómo se dieron las cosas entre nosotros. Y no sabés cuánto

me jode porque vos me gustás muchísimo. Bah, es más que eso. Estoy loco por vos.

Gálvez levantó la vista y la clavó en los ojos celestes de Camila, cuya límpida serenidad los volvía aún más hermosos. A Camila la sorprendió que la revelación del más lindo de la división no le provocase nada, excepto un poco de envanecimiento, que se esfumó deprisa para dejar un vacío.

—¿Por qué me decís esto?

—Porque ahora que vos y Gómez cortaron...

—Pero yo sigo enamorada de él —dijo, y la complació que Gálvez levantase las cejas y abriese grandes los ojos—. Es verdad, Sebastián, sigo enamorada de él. Y estaría jugando con vos si aceptara tu propuesta.

Gálvez inclinó la cabeza en el hueco que formaban sus brazos sobre las rodillas. Camila lo juzgó hermoso en esa postura. No obstante, después de haber compartido ese tiempo con un chico de la talla de Lautaro Gómez, Sebastián Gálvez le parecía un alfeñique, a pesar de que midiese cerca de un metro noventa y tuviese los músculos parecidos a los de Arnold Schwarzenegger.

—Te admiro, Camila.

—¿Por qué? —dijo ella, con acento y gesto de asombro.

—Lo que más me gusta de vos es que no sos consciente de lo que provocás.

—No provoqué nada en vos el año pasado. Ni siquiera sabías

que existía.

—Claro que sabía que existías, pero te mostrabas tan orgullosa y huele mierda, que tenía miedo de que me cortases el rostro.

La declaración resultaba tan descabellada, que Camila soltó una carcajada. Gálvez la imitó.

—Te pido perdón por haberte dado esa impresión.

—¿Ves? Eso me encanta de vos.

—¿Qué?

—Que digas: “Por haberte dado esa impresión”. Nadie habla así.

—Soy una *freaky*, ¿no?

—Sí, sos bastante *freaky*, pero me encantás también por eso. Por ser educada, y por hablar bien, y por saber inglés.

—No te olvides del francés.

—Mierda, cierto, también sabés hablar francés. Y me parte que no digas malas palabras y que seas estudiosa.

—Soy un ejemplo de virtuosismo.

—Supongo que sí. No tengo idea de qué quiere decir “virtuosismo”.

—No importa —dijo Camila, risueña.

—Me encantaría que fuésemos amigos.

A punto de aceptar su oferta, guardó silencio. Ya no era la inmadura de principio de año. La vida le había enseñado que no tenía que reaccionar impulsivamente a las iniciativas, sino a evaluar los pasos a seguir.

—¿Ser amigos? Ya veremos.



Ese martes, que, gracias a Gálvez, había transcurrido bastante bien, terminó muy mal. Alrededor de las siete de la tarde, Camila regresó de la casa de Alicia y se encontró con un Nacho sobreexcitado.

—¡Lauti ganó el maratón! ¡Se ganó los dos mil dólares y el viaje para toda la división a las sierras de Córdoba!

Camila lo miró, estupefacta, y, sin abrir la boca, se fue a su habitación. Se sentó en el borde de la cama, devastada. No la entristecía que él hubiese ganado, al contrario; conocía el esfuerzo en que se había embarcado para lograr la victoria; se la merecía. Pensaba en las consecuencias de ese triunfo, en lo altanero que lo encontraría, en las miradas despectivas que le lanzaría, en las muestras de afecto que Bárbara le prodigaría y en cómo se las enrostraría. Se preguntó si

se juzgaría apropiado que ella fuese a las sierras de Córdoba. Después de todo, él era el dueño del viaje. De pronto, reparó en un tema al que no le había destinado un pensamiento a lo largo de ese tormentoso proceso: su padre y el nuevo trabajo en la fábrica de los Gómez. ¿Lo afectaría de algún modo que ella y Lautaro ya no fuesen novios? Tuvo miedo de que Ximena buscase una excusa para despedirlo.

—¿Cami? —Nacho asomó la cara en su habitación.

—¡Uy, qué pesado sos! ¿No entendés que me hace mal que me cuenten de Lautaro?

—No vengo a contarte de Lautaro. Vengo a decirte que te llegó otro anónimo a mi Facebook.

—Borralo. Ya te dije que los borres y que no los veas.

—Creo que a este sí deberías verlo.

—¿Por qué?

—Vení —insistió.

Ni siquiera la presencia de su hermano le impidió proferir un grito de angustia al ver la imagen de Lautaro y de Bárbara besándose en la boca. Él la levantaba en el aire y le aplastaba la boca con pasión. Resultaba claro que la fotografía había sido tomada en el estudio, durante el festejo por el triunfo de Gómez. Soyelquesoy había escrito: “Las mieles de la victoria”.

Con el corazón que le golpeaba el pecho y la corriente sanguínea que le ululaba en los oídos, casi no escuchó su propia voz cuando le ordenó a Nacho:

—Imprimila.



Se sentía mal. Se había levantado con náuseas y dolor en la nuca, y la entorpecía un entumecimiento general, desde los músculos de las pantorrillas hasta los de la espalda. No obstante, ese miércoles la esperaba una misión importante, por lo que se olvidaría de sus aflicciones y reuniría la fuerza para encararla. Se desplazaba con cuidado y a paso lento porque estaba mareada. Se detuvo en el pasillo, imposibilitada de avanzar debido a la multitud que se aglomeraba a las puertas del aula. Había sido una estúpida al no prever que el colegio entero querría codearse con el vencedor del Primer Maratón de Matemáticas y Física. “Antes, era un *nerd*. Ahora, es un héroe al que todos quieren tocar ¡simplemente porque apareció en televisión! ¡Qué

hueca es la gente!”.

Se abrió paso a codazos y repitiendo la palabra “permiso” hasta alcanzar el pupitre de Gómez. Esperó a que terminase de firmarle un autógrafo a una de segundo año, que le coqueteaba y balbuceaba estupideces. Camila no daba crédito a sus ojos. “¡Está firmando un autógrafo!”. Era peor de lo que había esperado. ¿Acaso el mundo se había vuelto loco?

Nadie se había percatado de su presencia hasta que Gómez la encontró con la mirada. Hubo un instante de sorpresa en su rostro, que él ocultó tras su consabida mueca de impavidez. Camila golpeó el pupitre para depositar la impresión a colores de la fotografía enviada por Soyelquesoy frente a Gómez.

—Explicale a la persona que sale con vos que nosotros ya no tenemos nada que ver, así deja de enviarme anónimos y de molestarme. Y, por favor, olvidate del *e-mail* que te envié el domingo.  
—Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

La multitud se había silenciado y se abría para darle paso. Camila pensaba en la abuela Laura, en el garbo natural que la caracterizaba, en la serenidad con que se desplazaba y se comportaba, y se esmeró por imitarla en la instancia más dura de su vida. Ella, que detestaba ser el centro de atención, se había colocado en el ojo de la tormenta. La escena que acababa de protagonizar era digna de una telenovela.

El baño estaba vacío, por lo que vomitó lo único que había ingerido en el desayuno –un té con leche– sin preocuparse por los ruidos denigrantes. Se enjuagó la boca y los ojos y, al estudiar la

imagen que le devolvía el espejo, supo que estaba enferma.

—Me siento muy mal —expresó en la puerta de la enfermería.

—Sentate aquí —le indicó Marisa, la enfermera, y le puso la mano sobre la frente—. ¡Uy, volás de fiebre!

Le colocó el termómetro bajo del brazo y, mientras esperaba a que el mercurio subiera, le preparó un antipirético, que Camila tomó con dos vasos de agua. Tenía sed.

—¡Tenés treinta y nueve grados! —se preocupó la mujer.

—Me siento muy mal —reiteró.

Como Josefina no podía ir a buscarla y Juan Manuel estaba en San Justo, en la fábrica de los Gómez, Nancy, la portera, la acompañaría en taxi hasta su casa. Rita, la preceptora, y Nancy la sostenían para guiarla hasta la calle. Después del timbre para dar comienzo a la jornada, el colegio se había silenciado, y solo se escuchaban las voces elevadas de los profesores en las aulas. En su trayecto hacia la salida, pasaron junto al salón de computación, una habitación enorme y vidriada —por esa razón la llamaban “la pecera”—, con mesas largas pobladas de computadoras. Estaba vacía, excepto por un chico.

—¿Qué hace Gómez ahí? —se cuestionó Rita—. ¿Por qué no está en clase?

Camila giró el cuello con dificultad —el dolor en la nuca era insoportable— y lo vio: Lautaro fijaba la vista en una pantalla y se sostenía la cabeza con ambas manos; confería la idea de agobio. “Ya no

me importa”, se convenció, y prosiguió hacia la calle.



Antes de meterse en la ducha –tiritaba de frío y anhelaba que el agua caliente le enrojeciese la piel–, llamó por teléfono a Alicia para decirle que no iría a cuidar a Lucito. Josefina llegó, alborotada y preocupada, cuando Camila terminaba de bañarse. La envolvió en una bata de toalla y le indicó que se instalase en su dormitorio, en la cama matrimonial. Le secó el pelo con el secador, y lo hizo con tanta delicadeza, que Camila se durmió sentada. La ayudó a recostarse y, cuando le apoyó los labios sobre la frente para evaluar la fiebre, terminó depositándole un beso. A Camila le dieron ganas de llorar.

—¿Mami?

—¿Qué?

—Me duele la garganta.

—Siempre ha sido tu punto débil.

“Porque soy taurina”, pensó, y no se atrevió a expresarlo en voz alta; su madre despreciaba las cuestiones zodiacales.

—¿Mami?

—¿Qué?

—Lautaro y yo rompimos.

—Ya me lo imaginaba. Has estado como alma en pena durante estas últimas semanas.

—Él ahora sale con Bárbara.

—¿Bárbara? ¿Con la que fuiste a bailar aquella vez? —Camila asintió—. Es bonita —admitió Josefina—, pero me pareció un poco superficial y, como diría tu abuela Laura, bastante casquivana.

—¿Qué quiere decir “casquivana”?

—Ligerita de cascos. Una lagartona comehombres. Bueno, ahora descansá y tratá de no pensar en esto. Voy por paños frescos.

El médico que envió la obra social diagnosticó una gripe severa. Le recetó un antibiótico y un expectorante, y prescribió siete días de reposo. A pedido de Camila, garabateó un certificado médico para presentar en el colegio; otro tanto hizo para Josefina, que pediría licencia.

Durante los días que siguieron, Camila se preguntó si se podía morir de gripe. Nunca se había sentido tan mal, tan débil y tan adolorida. “Es que la gripe se te mezcló con el dolor del alma”, le dijo Alicia por teléfono, quien la llamaba a diario, pero no iba a visitarla por temor al contagio. “Ponete bien rápido”, le pedía. “Lucito no aguanta a tu reemplazo y yo no le tengo confianza”. Esas palabras la animaban y le reparaban el orgullo maltrecho.

La abuela Laura fue a verla tres veces. “Estoy vacunada contra la gripe”, adujo, cuando Camila, con un gesto silencioso, le sugirió que no la abrazase. Le costaba hablar, y el movimiento de la mandíbula y el sonido de su propia voz –también la de los otros– le acentuaban la puntada en las sienes.

Juan Manuel se aparecía todas las noches, después del trabajo. Como no había vuelto a poner pie en el departamento desde la separación, la primera vez que Camila levantó los párpados, pesados como cortinas de plomo, y lo halló junto a la cabecera de la cama, que antes había sido la de él, pensó que soñaba. Todos los días, entreabría los labios reseco y le preguntaba lo mismo:

—Papi, ¿estás bien en el trabajo?

—Sí, hija, muy bien.

—¿No me mentís?

—No. Con Ximena trabajamos muy bien.

Josefina lo trataba con fría amabilidad y le ofrecía café, que Juan Manuel siempre rechazaba con un: “No, gracias. Tengo que irme enseguida”.

A quien más añoraba ver, aunque le costase admitirlo, era a su hermano, y por una simple razón: le traía noticias de Lautaro Gómez. Sabía que la había llamado dos veces por teléfono. Josefina lo había tratado con cordialidad, le había explicado que Camila estaba muy débil y que no podía atenderlo.

—Como siempre, hoy Lautaro estaba esperándome en la boca del

subte —le decía al volver del colegio—. Me preguntó por vos.

El lunes, Nacho abrió la mochila y extrajo un sobre blanco.

—Te manda esta carta porque dice que no puede hablar por teléfono con vos.

Camila observó el sobre durante unos segundos, sacudió la cabeza para negar —lo cual intensificó la puntada en las sienes— y profirió un gemido lamentoso.

—Nada de cartas por ahora —dictaminó Josefina, y se la quitó a Nacho.

—Tírala, mamá —pronunció Camila.

Esas dos palabras, al pasar por su garganta infectada, le causaron un padecimiento indescriptible, lo que provocó que le brotasen lágrimas en los ojos. ¿O estaba llorando? ¿Por qué Gómez le enviaba una carta ahora? ¿Qué quería? ¿No había acabado todo entre ellos? ¿No se lo había informado a través de la televisión, cuando aseguró que no tenía novia? ¿No lo había ratificado al darle un beso a Bárbara frente a las cámaras? ¿Acaso no estaba enamorado de ella?



Quedó delgada como un junco y, paradójicamente, no se sentía atractiva. Sobre todo, lamentaba que se le hubiesen reducido los senos. Aún padecía de debilidad general, y se movía lentamente para evitar que la cabeza le retumbase y las sienes le latieran. Aunque no tenía ganas de volver al colegio, la mañana del jueves se esmeró con el peinado y en disimular las ojeras.

—Estás muy linda —la lisonjeó Juan Manuel, que la llevaría al colegio en automóvil durante los primeros días, hasta que Camila recobrase la vitalidad.

—Gracias, pa, pero sé que parezco muerta.

—No, estás muy linda. ¿Desayunaste?

—Sí.

—¿Qué comiste?

—Café con leche, tostadas con manteca y jugo de naranja.

—Así me gusta.

—No te preocupes que, muy pronto, volveré a comer como siempre. Como lima nueva.

—Me parece muy bien. Te pescaste esa gripe tan feroz porque, culpa de esa dieta que hacías, tenías las defensas bajas.

“Y el corazón roto”.

Juan Manuel detuvo el automóvil en doble fila frente al colegio.

Camila lo abrazó y lo besó y, al girarse para abrir la puerta, descubrió una silueta a través de la ventanilla. Era Lautaro Gómez, firme como un granadero. Enseguida se puso tensa. Respiró hondo y abrió. Gómez se inclinó y asomó la cabeza.

—Buen día, señor.

—Hola, Lautaro. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Hola —la saludó, sin disfrazar su contento y su ansiedad.

—Hola —respondió Camila, con actitud serena, mientras pensaba en que la abuela Laura habría señalado que no era digno negarle el saludo. No obstante, simuló no percatarse de la mano que le extendía, y salió del automóvil por sus propios medios. Cruzó la vereda y subió las escaleras a la velocidad de un anciano. Gómez adaptaba el paso y se mantenía a su altura.

—Nacho me dijo que tu papá te iba a traer en el auto. Estaba esperándote.

“¿Por qué?”, le habría preguntado, pero guardó silencio; no podía darse el lujo de enredarse en una discusión y acabar con los pocos bríos que tenía apenas comenzada la mañana.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sentís?

—Bien.

—Estás muy pálida.

Camila reflexionó que, en el pasado, habría buscado una

respuesta para justificar su mal aspecto. En ese momento, se mantuvo callada, pues no tenía nada para agregar. Sí, estaba pálida, era un hecho. Deseaba que la Camila de poco tiempo atrás, la que había anhelado agradar a todo el mundo, la que estaba encadenada a tantos mandatos ridículos, hubiese desaparecido para siempre. Tenía la impresión de que la gripe se había convertido en un proceso purificador o en una especie de metamorfosis, de la cual ella había surgido con una piel nueva.

—¿Leíste mi carta, la que te mandé con Nacho?

Camila se detuvo y lo miró a la cara para decirle la verdad:

—No, no la leí. Lautaro —pronunció su nombre con una inflexión que causó un envaramiento en él—, no sé por qué estás aquí, conmigo; no sé por qué estabas esperándome en la vereda; no sé por qué me escribiste una carta.

—Porque... —Cerró la boca cuando Camila levantó la mano en el gesto de acallarlo.

—No te estoy pidiendo respuestas, no te confundas. Solamente quiero pedirte que me dejes tranquila. Todo se terminó entre vos y yo. Eso quedó muy claro para mí. Quiero que sepas que no te guardo rencor. Sé que la mayor parte de la culpa fue mía.

—No.

—Sí, lo fue. Pero he sufrido mucho y ya no quiero seguir haciéndolo. Necesito estar tranquila para recuperarme.

—El aire de las sierras te hará muy bien.

Camila se alejó en dirección al baño. Después de encerrarse en el compartimiento, se permitió llorar, aunque sin hacer ruido. Había chicas dando vueltas por ahí.



—Hola, Beni.

—¡Cami! ¡Qué alegría que hayas vuelto! —Benigno la abrazó y la besó.

—Gracias, Beni.

Camila advirtió el cambio en la actitud de su compañero cuando este la apreció con detenimiento. El llanto, que había barrido el corrector de ojeras, expuso su aspecto cadavérico sin miramientos.

—¿Ya estás curada? ¿Te sentís bien?

—La verdad es que todavía no me siento muy fuerte que digamos, pero no podía seguir faltando.

—¡Pero si nunca usás las faltas! Debés de tener un montón.

—No me gusta atrasarme con las clases. ¿Me podés prestar las

carpetas, así fotocopio lo que hicieron en estos días?

—Yo ya te preparé todo —intervino Gómez, y Camila dio un respingo; no sabía que estaba detrás de ella—. Tomá, aquí te fotocopié lo que hicimos durante los días en que faltaste. —Le extendió un sobre tamaño oficio bastante abultado. Se quedó mirándolo sin pestañear.

—Te agradezco, Lautaro, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no? —se ofendió él.

Una voz le susurró: “¿Va a volver la Camila orgullosa de antes? ¿Te vas a convertir en otra *old lady* Lloyd? ¿No era que querías dejar atrás esas estupideces, las mismas que te apartaron de él?”. Otra voz, insegura y llorosa, se cuestionó: “Pero, si acepto, ¿creerá que es un indicio de que quiero volver con él? No quiero que crea eso”. “¿Por qué?”, insistió la voz segura. “Porque no quiero darle falsas esperanzas. Siento que algo se rompió para siempre entre nosotros, algo que no se puede reconstruir”.

—Porque no me sentiría cómoda aceptando —expresó.

Gómez le lanzó un vistazo furibundo y salió del aula. Antes de cruzar el umbral, arrojó el sobre en el cesto de la basura con un ímpetu que lo dio vuelta.

Finalmente lo había rechazado y, si bien estaba contenta con su respuesta, no terminaba de acertar con el verdadero motivo: ¿lo había hecho para castigarlo o porque quería empezar a olvidarlo?



El timbre del primer recreo sonó, y Camila suspiró, agradecida. Necesitaba salir, respirar aire fresco y tomar un analgésico; le latía la cabeza.

—¿Te dieron franco en la morgue, Camila? —Bárbara la sorprendió mientras buscaba el comprimido de ibuprofeno en la mochila. Se incorporó de manera brusca y, por un instante, el entorno se volvió negro y se pobló de chispazos dorados. Después de recuperar el equilibrio, notó que Bárbara apoyaba una mano en el hombro de Gómez, que le daba la espalda y se mantenía quieto, como congelado en la silla.

—¿Por qué no te vas a destilar veneno a otra parte, pistacho? —la provocó Karen.

—Callate, ortiba. No te metás en lo que no te importa.

Camila se incorporó con la intención de salir al patio. Bárbara se interpuso en su camino.

—¿Viste el dije con cadena que me regaló Lauti? —Levantó uno de los que le colgaban en el cuello, uno plateado, con forma de corazón regordete. Era precioso.

Camila le sostenía la mirada, mientras se repetía: “Tranquila,

tranquila”.

— Imagino que no se te ocurrirá venir a nuestro viaje a las sierras, ¿no?

“¿Por qué no tendrás un poco más de dignidad?”, le habría gritado. En cambio, manifestó, en voz baja:

— La nobleza es algo con lo que se nace.

— ¿Qué? ¿Qué dijiste? — se enfureció Bárbara.

— Nada, no lo entenderías.

— ¿Qué quisiste decir, imbécil?

— Acabala, Bárbara — intervino Gálvez —. ¿Por qué no la dejás en paz?

— Vamos, Barby — habló Lucía —. Estoy cagada de hambre.

— ¿Vamos, Lauti? — lo invitó la Degèner, y le rozó el pabellón de la oreja con los dedos, sin apartar la vista de Camila.

“No le toques la oreja, no le gusta”.

— Sí, vamos. — Gómez se incorporó y salió detrás de las chicas más lindas del colegio, las mismas que tiempo atrás le habían gritado “langosta” y lo habían llamado “nerd”.



Camila consultó la hora. Eran las siete de la mañana del primer lunes de las vacaciones de invierno. Su padre conducía el automóvil; Nacho ocupaba el sitio del copiloto; Josefina y ella iban atrás. Se dirigían hacia la Escuela Pública Número 2.

No sabía por qué había decidido ir a las sierras cordobesas si los últimos días en el colegio habían sido los peores de su vida. El esfuerzo por mantenerse incólume a la hostil indiferencia de Gómez y a las agresiones e indirectas de Bárbara le minaban la energía y la sumían en una depresión que solo olvidaba zambulléndose en su libro de turno. En los recreos, desaparecía para leer. Había abandonado el sitio en el patio del colegio, a la vista de todos, y buscaba refugios. Se escondía en un compartimiento del baño, o en el aula clausurada, o en la biblioteca

(muy pocos concurrían a la biblioteca), o pasaba el rato con Marisa, la enfermera, con quien había hecho buenas migas. De allí que volviese a preguntarse: “¿Por qué voy a subir al colectivo para pasar siete días con esta gente de la que me oculté la última semana?”. Para Alicia, la respuesta era una: “Seguís enamorada de él y querés estar cerca de él”. Para Camila, no surgía con tanta claridad. Por supuesto, seguía enamorada de él; engañarse a sí misma habría sido una estupidez. No obstante, ¿para qué someterse a la tortura de verlo con Bárbara? En las sierras de Córdoba no se cuidarían como en el colegio, y se besarían y se abrazarían sin freno. “Camilita”, habló la voz dura e inflexible en su interior, “vos sabés bien cuál es la verdad oculta tras esta decisión. Estás volviendo a las andadas; la vieja Camila está otra vez en escena y, por orgullo y por sed de venganza, querés darle celos a Lautaro con Gálvez, que se ha mostrado muy amigable últimamente. De hecho, te confesó que está loco por vos y, en la última semana, te defendió de Bárbara. Estás dando varios pasos atrás en tu camino hacia la evolución”. Estuvo a punto de pedirle a Juan Manuel que detuviese el automóvil y la llevase de nuevo a casa. No lo hizo.

La sobrecogió la imponente del colectivo estacionado a las puertas del colegio. Una pequeña multitud, con bolsos y camperas de colores –en las sierras hacía mucho frío y solía nevar– ocupaba el ancho de la vereda. Camila se acobardó de nuevo.

—¡Uy, qué zarpadísimo que va a estar este viaje, Cami! — exclamó Nacho. “¿Te gustaría ir en mi lugar?”.

Juan Manuel y Josefina buscaron a Rita, la preceptora, y a Marisa, la enfermera, que los acompañarían; también lo haría la mamá de Bianca, una compañera tímida y menudita, a la que Camila rara vez le había oído la voz. La ubicó entre el gentío y se movió directo en su

dirección.

—Hola, Bianca.

—Hola.

—¿Te gustaría compartir conmigo la habitación del hotel? —Les habían informado que las habitaciones eran para cuatro personas del mismo sexo.

—Bueno.

—¿A quién más podemos invitar?

—¿Te parece Morena?

—Sí, me parece bien. ¿Y qué tal Lucrecia?

—Sí, es muy piola.

Morena y Lucrecia aceptaron con una sonrisa, y, en su alegría, Camila apreció el mismo alivio de ella. Aunque no tenía bases para asegurarlo, sabía que acababan de formar un grupo homogéneo. Las cuatro compartían un sentimiento: odiaban a Bárbara Degèner y a Lucía Bertoni.

Camila regresó con su familia —era raro ver a Juan Manuel y a Josefina juntos— y, al cabo, se acercaron los Gómez para saludarlos.

—Ximena —dijo Juan Manuel—, te presento a Josefina, la mamá de Camila.

Camila percibió el sufrimiento que esa presentación causó a su madre. Además, olía sus celos como si fuesen un perfume. Ximena,

dueña de una sensualidad taurina categórica, constituía el tipo de mujer que habría atraído a cualquier hombre. Por primera vez en sus dieciséis años, compadeció a Josefina y sufrió por ella, y no atinó con la manera de ayudarla. Se movió a su lado y le tomó el brazo.

—Hola —la saludó Gómez, y se inclinó para besarla.

Camila ladeó un poco la cara para recibir el clásico beso social, pero Gómez la sorprendió apoyando los labios y besándola deliberadamente, incluso se demoró para olfatearla, y Camila sintió la punta de su larga nariz contra la mejilla. Si había creído que se encontraría con el Euphoria que él le había regalado, se equivocaba de cabo a rabo. De hecho, había metido sus regalos en una bolsa de supermercado a la espera de la primera oportunidad para devolvérselos.

—¡Hola, Lauti! —Nacho no hacía un misterio de la adoración que el ex novio de su hermana le inspiraba y chocó las manos con él en un gesto que, resultaba evidente, practicaban desde hacía tiempo.

—¿Este es Max? —preguntó Nacho, y se arrodilló para acariciarlo.

Brenda, por su parte, abrazó y besó a Camila.

—¡Te extraño, Cami! ¿Cuándo vas a venir a casa?

—Hola, tesoro —la saludó Ximena, y la apretó contra su pecho—. Me contó tu papá que estuviste muy enferma.

—Sí, muy enferma —enfaticó Juan Manuel—. El médico quería internarla para ponerle suero porque no comía ni quería tomar líquido.

Lautaro, que desconocía esa información, fijó la vista en Camila con esa persistencia que poseía la capacidad de desestabilizarla.

—Me dolía mucho la garganta —farfulló—. No podía tragar.

—Digo esto —explicó Pérez Gaona— para que seas consciente de que no podés tomar frío en las sierras y de que tenés que alimentarte muy bien.

—Yo me voy a ocupar de eso, señor —manifestó Gómez.

—Gracias, Lautaro —replicó el padre de Camila, un poco incómodo, ya que estaba al tanto de la ruptura del noviazgo, aun de lo de la fotografía con Bárbara, porque Nacho se lo había contado.

¿A cuento de qué venía ese compromiso asumido por Gómez? “¡Dejá de hacerte el *boy scout* conmigo! ¡Dejá de hacerte el santito con mis viejos!”. La ira se desvaneció y apartó rápidamente la cara cuando Gómez le destinó uno de sus vistazos misteriosos. Al hacerlo, advirtió que Lucía Bertoni y sus padres —sí, tenían que ser los padres— observaban a los Gómez con semblantes endurecidos por el odio.

—¡Hola, Ximena! —Bárbara saludó a la madre de Lautaro con un beso en la mejilla.

—Uf —masculló Brenda—. Cayó piedra sin llover.

Camila meditó que, así como el rechazo de Brenda por la novia de su hermano la alegraba, también la deprimía, porque significaba que Bárbara frecuentaba la casa en la que ella siempre había sido feliz y tratada como una reina.

—Hola, Bárbara —contestó Ximena con acento glaciario, que la

destinataria pareció no registrar.

Los Pérez Gaona respondieron con la justa cuota de cortesía al saludo de la enemiga de su hija, aun Nacho estuvo a la altura, y Camila los amó por ello.

—Hola, Camila.

—Hola.

—¿Así que venís al viaje?

—No —intervino Brenda—, está aquí para despedirte a vos, idiota.

—Brenda —la reconvino Ximena.

—Es que no la aguanto, mamá —susurró la muchacha, y Camila la oyó.

Bárbara dio media vuelta con una sonrisa, como si Brenda la hubiese recibido con un abrazo.

—Lauti, ¿podés venir un momento? Quiero presentarte a mi vieja. Está ansiosa por conocer al campeón del maratón.

¿Presentarle a la madre? ¿Acaso Lautaro no la conocía? “¡Basta!”, se instó. Tenía que arrancárselo de la cabeza como a un yuyo. Pero, ¿cómo hacía para dejar de pensar en él día y noche? ¿Por qué no se había tomado en serio las palabras de Linda Goodman y evitado enredarse con un escorpiano? La astróloga había escrito acerca del Escorpión: *Son hombres de temperamento explosivo que pueden dejar cicatrices para toda la vida. Cuando el Escorpión ataca con su mortífera cola,*

*la picadura es cruel.* Por eso, le refregaba a Bárbara y a toda su pompa. ¡Maldito! Los deseos de recuperar el bolso, que ya descansaba en las entrañas del colectivo, y volver a la paz de su hogar crecían a pasos agigantados. Solo su terquedad taurina era aún más grande y la mantenía en el sendero que, lo sabía, la conduciría a padecer durante siete días. Le resultaba imposible detener la avanzada, aun siendo consciente de que acabaría sufriendo. Una vez que la vieja Camila y su orgullo se hacían con el poder, encendían una locomotora que se detenía chocando y explotando contra un muro de piedra. Lautaro Gómez sacaba lo peor de ella.

En el momento de la despedida, simuló un entusiasmo que no engañó a nadie, ni siquiera a Nacho. Josefina la abrazó y la besó como había hecho pocas veces en su vida. Sin soltarla, le susurró:

—Tomá. —Camila sintió que le introducía algo en el bolsillo de la campera—. Es la carta de Lautaro que te trajo Nacho cuando estabas enferma. Creo que ha llegado el momento de que la leas.

Subió deprimida y azorada al colectivo, una combinación que la aturdió y le disparó las pulsaciones. Siguió el consejo de su padre — sostenía que esos colectivos volcaban fácilmente y que los pasajeros ubicados en la parte superior se llevaban la peor parte— y ocupó un sitio en la planta baja. Por fortuna, veía que sus compañeros se dirigían al piso superior. “Estaré sola”, se animó. Llevaba una buena provisión de lectura, y Nacho, en un acto de desprendimiento insospechado, le había cedido su tesoro, un MP3, para que escuchase música durante el viaje de diez horas.

Se ubicó en el asiento de la ventanilla y agitó la mano en dirección a su familia. Josefina y Juan Manuel, uno junto al otro, no se

rozaban, y le sonreían y le devolvían el saludo dominados por la incomodidad. Desvió la mirada y la congeló en una imagen: Gómez se despedía de Max. Con una rodilla en el suelo, masajeaba con ambas manos el cuello del labrador, le hablaba y recibía a cambio lengüetazos. Camila se dio cuenta de que ella también amaba a ese perro. Lo había perdido todo.

—¿Está libre este lugar?

Se sobresaltó. Karen esperaba la respuesta. Echó un vistazo en torno y verificó que la mayor parte de la planta baja seguía vacía. Asintió, desconcertada, y la muchacha acomodó su bolso de mano y se apoltronó.



El viaje llevaba alrededor de tres horas, y la tristeza de Camila alcanzaba profundidades insondables. No tenía ánimo para intentar un acercamiento con su compañera de asiento, que, por otra parte, no mostraba interés. Leía revistas, mascaba chicle y escuchaba música de un iPod. ¿Por qué se había sentado junto a ella cuando, claramente, la diversión y sus amigos, Lautaro y Benigno, estaban arriba? Había existido un conato de amistad entre ellas la fatídica noche del festejo de

su cumpleaños, en Vangelis, que los acontecimientos posteriores se ocuparon de matar.

Se obligó a concentrarse en la lectura con la esperanza de quedarse dormida después de una noche en vela. Al cabo, sus párpados se entrecerraban. Despertó confundida y, durante pocos segundos, no supo dónde se hallaba. Comprendió varias cuestiones a la vez: el silencio era anormal, Karen no estaba a su lado y el colectivo se había detenido. Con niebla en los ojos, vislumbró una sombra. Era Lautaro Gómez, que, sentado en el brazo del asiento ubicado al otro lado del pasillo, la observaba como si fuese objeto de estudio.

—¿Qué pasó? —preguntó, y la voz le salió rasposa y débil.

—Nada pasó. Paramos un momento en una ciudad. ¿Te sentís bien?

“¡Qué te importa si me siento bien! Andá con tu Barby”.

Se limitó a asentir.

—¿No querés bajar? Es bueno estirar las piernas.

Camila negó con la cabeza y le dio la espalda, simulando interesarse en el exterior; no iba a conseguir retener las lágrimas por mucho tiempo. Oyó que Gómez se levantaba y se alejaba por el pasillo, y lo vio descender y caminar hacia el parador. Bárbara corrió hacia él y le saltó en torno como un cachorro. Gómez avanzó, impertérrito.

Camila cerró los ojos para meditar en lo que acababa de suceder. “¿Por qué no le preguntaste qué estaba haciendo ahí? ¿Acaso velaba tu sueño? ¿Por qué no le dijiste ‘Te amo hasta enloquecer’ y le pediste que

olvidasen los errores del pasado y volviesen a estar juntos? ¿Por qué te empeñas en sufrir?”. Otra voz la acicateó: “Y si te hubiese contestado: ‘Ya es tarde, ahora prefiero a Bárbara’, ¿qué habrías hecho?”. “Llorar una semana seguida”, se respondió. La herida era profunda y sangraba, y el orgullo se ocuparía de evitar que olvidase las picaduras del Escorpión haberla negado por televisión y haber besado a Bárbara después del triunfo más que picaduras, eran escopetazos. ¡Cómo deseaba vengarse y lastimarlo! Pero si él prefería a Bárbara, ¿qué efecto tendrían sus estratagemas? “¡Uf, qué quilombo!”.

—¿Qué hacés aquí solita? —Gálvez ocupó el asiento de Karen.

—Me había quedado dormida. Recién me despierto.

—¿Querés bajar? ¿No tenés hambre? —Camila negó con la cabeza—. ¿Por qué te sentaste aquí abajo? Arriba es más copado.

—Porque mi papá me pidió que me sentase abajo. Él dice que estos colectivos vuelcan con mucha facilidad y que los pasajeros de arriba se llevan las de perder.

—Te cuida mucho tu viejo, ¿no?

—Como cualquier padre, supongo.

—Suponés mal. Hace años que no veo a mi viejo. No sabe si vivo o si muero.

—¿Vive en otra ciudad?

—¡Qué mierda! Vive en Buenos Aires, pero, desde que la abandonó a mi vieja, se desentendió de mí.

—A ver, permiso, Míster Músculo —irrumpió Karen, con una botella de gaseosa en una mano y un sándwich en la otra—. Moviendo el culito, que este asiento es mío.

—No jodas, Karen. Tenés todo el colectivo para vos. Andá y sentate en otra parte.

—Este es mi asiento y me voy a sentar acá.

Gálvez miró a Camila.

—Sí, es su asiento —confirmó.

Lo abandonó con mala cara y se ubicó en el mismo sitio que había ocupado Gómez minutos atrás.

—¿Conocés Alta Gracia, Cami? —se interesó Gálvez.

—No.

—Yo pasé todos los veranos de mi infancia ahí. Mis abuelos tenían una casa.

—¿En serio? —se entrometió Karen—. ¿Es copado?

—Cuando era chico, sí, me parecía copado. Ahora debe de ser un comedero de mocos. Pero algo encontraremos para hacer. Cerca de Alta Gracia, hay lugares con un paisaje zarpadísimo, como la Quebrada del Condorito. Mi abuelo nos llevaba siempre ahí.

—Le oí decir a Rita —comentó Karen— que mañana visitaremos ese lugar.

—¡Mortal! —se entusiasmó Gálvez.



Llegaron alrededor de las siete de la tarde, con noche cerrada. Camila añoraba darse un baño caliente y meterse en la cama. El resto del viaje lo había repartido entre lecturas y momentos de ensoñación, mientras escuchaba música. La canción “Insensitive”, que removi6 la herida, le arranc6 l6grimas que intent6 ocultarle a Karen d6ndole la espalda y fingiendo dormir. En ese momento, estuvo tentada de leer la carta de G6mez, pero se dijo que, si lo hac6a, comenzar6a a llorar, no se detendr6a, y sus compa6eros morir6an ahogados. Bueno, la idea no le disgustaba en el caso de B6rbara. “¡No, no!”. Ella no era una mala persona. Pensamientos por el estilo la desacreditaban.

Cuando sinti6 hambre, comi6 los s6ndwiches de queso que hab6a preparado en su casa y tom6 el t6 con leche que se conservaba caliente en su termo de acero inoxidable.

—¿Ya ten6s con qui6n dormir? —se interes6 Karen en el momento en que abandonaban el colectivo estacionado a las puertas del hotel.

—S6.

— Ah. ¿Con quién?

— Con Bianca, Morena y Lucrecia. ¿Y vos?

— No tengo idea —contestó, y Camila la admiró porque, en verdad, el tema no le quitaba el sueño.

Sin remedio, estiró el cuello para individualizar a Gómez en el caos de gente y de bolsos. Por supuesto, estaba con Bárbara y con Lucía. Podía llegar a comprender que le gustase estar con Bárbara, pero ¿con Lucía, después de los insultos y de las cosas que le había dicho? ¿Con Lucía, después de que su padre los había estafado durante años, aprovechándose de que Ximena era ignorante en los temas de la fábrica? Su ira, adormecida después de tantas horas en el colectivo, cobró fuerza.

El hotel —una construcción de calidad de los sesenta, que pertenecía a un sindicato de empleados públicos— le pareció agradable. Le gustaron sus techos altos, a dos aguas, con listones de madera, y también los pisos de granito blanco, y las macetas de terracota con palos de agua, y los desgastados sillones de cuero estilo inglés, y el aroma indefinible y fresco. En tanto giraba estudiando el entorno, los ojos de Gómez la frenaron. Se trató de un instante; se contemplaron fijamente en un vacío en el que los ruidos y las voces se desvanecieron, el caos desapareció, las luces se apagaron y el hotel enmudeció. “¿Qué querés de mí?”, exclamó el alma de Camila. Gómez rompió el encanto cuando movió la cabeza para atender a un comentario de Bárbara.

Los obligaron a formar en la recepción para asignarles las habitaciones. Camila, Morena, Lucrecia y Bianca se congregaron para recibir la llave y marcharon por el pasillo hasta la escalera que las

conduciría al primer piso. Se pusieron de acuerdo sin problema en la elección de la cama y en el turno para bañarse.

—Yo me baño última, no hay drama —ofreció Camila—. De todos modos, no voy a bajar a cenar. Ya hablé con Rita y me dio permiso.

La preceptora, que, por pedido de Josefina y de Juan Manuel, se había comprometido a cuidar de la convaleciente, no tardó en excusarla al verla tan demacrada.

—Pero vas a comer algo, Cami. No podés irte a dormir con el estómago vacío. Voy a pedir que te lleven la cena a la habitación. —Le guiñó un ojo antes de acotar—: No le cuentes a nadie que te mimo especialmente.

Por eso, cuando llamaron a la puerta, Camila abrió sin preguntar, creyendo que se trataba de su cena. Se equivocó: era Lautaro Gómez.

—¿Nunca preguntás quién es antes de abrir? —se enojó.

—Pensé que era Rita. Me dijo que me iba a traer la cena.

Su mirada, que la recorrió de la cabeza a los pies, pareció apreciar lo femeninos que eran la bata blanca con *broderie* y el camisón lila, y también las pantuflas con florcitas; llevaba el pelo suelto.

—¿Qué pasa, Lautaro?

—¿Por qué no vas a cenar al comedor con nosotros? ¿Te sentís mal?

—No, pero me siento débil.

“Además, no tengo ganas de verte con la lagartona de Bárbara”.

—¿Qué hacés aquí, Gómez? —Rita lo sobresaltó—. Vamos, volvé al comedor. Ya están sirviendo la cena. Ah, este muchacho enamorado —suspiró la preceptora, una vez que Lautaro se hubo alejado—. Pasá —le indicó a la camarera, que cargaba la bandeja—. Ponela en el escritorio.

—Muchas gracias —dijo Camila, y se sentó frente a la comida. El vapor que ascendía desde el plato de sopa le abrió el apetito.

—Quiero que comas hasta la última miga, Cami. Has quedado piel y hueso, y me comprometí con tus padres a que te cuidaría.

—Gracias, Rita. Sos muy buena conmigo.

Comió todo. Era una comida simple, pero exquisita y casera. Se lavó los dientes y se metió en la cama. Extrajo del libro el sobre con la carta de Lautaro y lo observó largamente antes de atreverse a rasgar el papel, cuyo sonido produjo que corrientes eléctricas le surcasen el estómago.

“Mi amor. Mi amor. Mi amor. Te lo voy a decir tantas veces como quieras. Porque sos mi amor, mi adorada Camila. Te amo más de lo que puedas imaginar. No sé por qué estamos viviendo estas cosas feas. Estoy sufriendo como ni siquiera sufrí cuando murió mi viejo, pero, después de haber leído el *e-mail* que me enviaste el domingo, tengo ganas de vivir de nuevo”.

“Todo se puso en nuestra contra para separarnos. Estaba enojado con vos, no entendía por qué me tratabas mal. Yo jamás te metí los cuernos con Bárbara, ni siquiera con el pensamiento. ¿Sabés por qué?

Porque te amo a vos y nada más que a vos. Y, cuando me dijiste que querías ser mi novia, pensé que me había ganado el tesoro más valioso del mundo. Pero necesitaba contarte lo que había habido entre nosotros, simplemente, porque quiero que sepas todo de mí, y yo quiero saber todo de vos, lo bueno y lo malo, lo lindo y lo feo.

“Cuando me confesaste lo de los anónimos, me dije que había llegado el momento de decírtelo. Me arrepentí muchas veces, pero, al final, creo que estuvo bien: fui sincero con vos, te dije la verdad. Vos me hablaste una vez de la confianza. Me dijiste: ‘No creo que podamos estar juntos sin confianza’, y tenías razón, por eso me atreví a decirte la verdad.

“Durante varios días, como estaba preparándome para el maratón, no consulté la casilla de correos. Recién lo hice el miércoles, cuando me dijiste que me olvidase del *e-mail* que me habías enviado el domingo. Salí del curso, ya estaba el profe, no me importó, y corrí a la pecera para conectarme a Yahoo y leer tu mensaje. Sentí dos cosas al mismo tiempo: una alegría inmensa porque me decías que eras mía y que me amabas, y también tristeza, porque te habían enviado esa foto de mierda, y todo se había arruinado de nuevo. Olvidate de esa foto, Camila, por favor. No significó nada para mí. Creo que lo hice para que me vieses y para que sintieses celos, pero no significó nada, nada.

“Estoy muy angustiado porque Nacho me dice que estás muy enferma, tanto que tu mamá no quiere que hable con vos por teléfono. Quiero estar ahí, a tu lado, para cuidarte, abrazarte, besarte. Curate pronto, mi amor. No aguanto estar lejos de vos. Te amo más que a nada ni nadie en este mundo. Tu Lautaro”.

Camila agradeció la soledad de la habitación. Enterró la cara en

la almohada y lloró a gritos. Minutos después, el llanto se convirtió en un quejido exhausto, que también acabó por extinguirse cuando se quedó dormida.



Durmió profundamente, como desde hacía semanas no dormía. El aire de las sierras ya demostraba sus poderes benéficos. “El aire de las sierras te hará muy bien.” Como siempre, Gómez tenía razón.

Si bien había descansado, sus ojos estaban hinchados a causa del llanto, por lo que echó mano del corrector de ojeras que Josefina le había prestado y se arqueó y se pintó las pestañas. Quería estar linda para Lautaro. No sabía cómo ni cuándo ni dónde, pero hablaría con él. Nunca habían hablado apropiadamente. Se debían una conversación franca y adulta, ya fuese para acabar su relación o para darle a su amor una nueva oportunidad. Tal como él había escrito en su maravillosa carta, todo se había confabulado para separarlos. Era hora de que tomasen al toro por las astas y planearan su destino. Estaba cansándose de dejar su suerte en manos del azar.

Al llegar al comedor con sus compañeras de habitación, la decisión y las ínfulas se le disolvieron como hielo al sol. Sintió que

Bianca le apretaba la mano, al tiempo que Morena y Lucrecia se empeñaban en conducirla hacia otro sector para que no siguiese viendo a Gómez besar apasionadamente a Bárbara. “¿Por qué me hacés esto, Lautaro? ¿No te das cuenta de que me estás matando?”.

—Lo hace para molestarte y darte celos, Cami —dedujo Morena—. Apenas te diste vuelta, dejó de besarla y te miró.

—Es obvio que lo hace para darle celos —confirmó Lucrecia—. Se nota que a Bárbara no la aguanta. La está usando. Los días que vos faltaste, Cami, no le pasó bola. Se lo tiene bien merecido, la muy trola.

Ningún argumento la habría desembarazado del sufrimiento que la entumecía en la silla y le dificultaba la respiración.

—Sé fuerte, Cami —le susurró Bianca, y Camila encontró sus ojos, dulces y enormes, y se preguntó cómo no se había dado cuenta de lo bonitos que eran—. Vos sos una reina. Ella no es nadie. Por eso te envidia tanto. Sé fuerte.

—Gracias, Bianqui.

—¡Hola, princesas! —saludó Gálvez, y las dejó estupefactas porque, hasta lo que Morena, Lucrecia y Bianca recordaban, el lindo del curso nunca les había dirigido la palabra. En absoluto soslayaban que las hubiese llamado “princesas”.

—Hola, Sebastián —saludó Camila, y las demás farfullaron otro tanto.

Gálvez las hizo reír con sus bromas y sus chistes, y Camila consiguió restablecer las pulsaciones e ingerir el desayuno. En ningún

momento, la imagen del beso entre Gómez y Bárbara abandonó su pensamiento; no obstante, se dio cuenta de que el sufrimiento le cedía el lugar a una profunda melancolía, la antesala de la resignación. Lo había perdido, en gran parte por su culpa. Si era una chica madura, sabría ser fuerte, como Bianca le había sugerido, y aprendería a vivir sin él. ¿Lo lograría?

Ocuparon los mismos sitios en el colectivo, y Karen se apoltronó con un suspiro junto a ella. La miró de esa manera directa y franca que la caracterizaba antes de expresar:

—Desde que ustedes se pelearon, está hecho un pelotudo. No le des bola.

Como no confiaba en las intenciones de Karen –sospechaba que también ella celaba a Gómez–, prefirió darse vuelta y mirar por la ventanilla a estimular la conversación, por mucho que la intrigase la información que la mejor amiga de Lautaro pudiese brindarle.



En el Centro de Visitantes, el guardaparque y el guía que los conducirían a través de la Quebrada del Condorito los atosigaron con

recomendaciones. Camila oía sin prestar atención, hipnotizada por la visión de las manos entrelazadas de Gómez y de Bárbara. No podía creer lo que estaba sucediéndole y lamentaba con una amargura inefable haber cedido al impulso de participar en ese viaje. Cada tanto, su discernimiento captaba la voz de los baqueanos, e intentaba prestarles atención. Les hablaban de La Pampilla, del Balcón Norte, del cóndor, del tabaquillo, de las Sierras Grandes, de la llanura chaco-pampeana, palabras que carecían de sentido para Camila, cuyo esfuerzo por comprenderlas se diluía ante el peso abrumador de su angustia: ellos estaban tomados de la mano.

Por fin, iniciaron la caminata que duraría varias horas. Como hacía frío –en el hotel, les habían advertido que estarían a dos mil metros sobre el nivel del mar–, se abrigó a conciencia, hasta se calzó cancanes de lana bajo los pantalones de *corderoy*, y acabó teniendo la impresión de haber perdido la capacidad de articular los miembros.

¿Era a causa de la depresión que la dominaba que no apreciaba la naturaleza agreste del lugar? Se trataba de una postal invariable de pajonales bajos y amarillos, que se extendían hacia el horizonte y se fundían con el cielo cargado de nubes. El entorno, infértil, seco y solitario, parecía reflejar su estado de ánimo.

—Respirá profundo, Cami —la alentó Gálvez, al tiempo que se colocaba a su lado en el sendero, marcado a fuerza de tantas pisadas—. ¿No notás lo puro que es el aire aquí? El guía dice que es por la gran cantidad de ozono que hay en esta parte.

No tenía nada que perder, por lo que Camila aceptó de buen grado la compañía de Gálvez e inspiró para darle el gusto. “Sí”, se maravilló, “aquí el aire es puro y huele magníficamente”.

—Hay un lugar, adonde nos llevaba mi abuelo, en el que veíamos a los cóndores planear. ¡Es mortal!

—Qué bueno —dijo, sin alegría.

—No estés bajoneada, Cami, princesa linda. —Le apoyó el brazo en los hombros y le dio un apretón fraternal—. Ponele onda. Vos y yo lo vamos a pasar de diez en este lugar. Yo lo conozco como la palma de mi mano.

—No parece muy lindo.

—Va a mejorar cuando lleguen las partes con escaladas por las rocas. Vas a ver qué zarpado es. Te queda muy lindo el gorrito de lana —comentó, y le apretó el pompón que se zarandeaba en la punta.

Por fortuna, Bárbara y Gómez, agarraditos de la mano, habían salido de su campo visual, y Camila se esmeró por mantener la vista quieta; no deseaba volver a encontrarlos. En verdad, el paisaje iba mejorando y cobraba belleza, una belleza áspera, virgen y salvaje. Gálvez le señalaba cuando aparecía un zorrito, una lagartija o algún pájaro notable, recogía flores del camino y se las regalaba; incluso le permitió que le entretejiese una en el gorrito de lana.

Almorzaron los sándwiches y las bebidas que Rita, Marisa y la madre de Bianca habían repartido antes de bajar del colectivo. Camila, sus compañeras de habitación y Gálvez engulleron la vianda montados sobre una roca, que dominaba una vista panorámica y que, durante algunos minutos, los mantuvo en silenciosa contemplación. Camila se colocó los auriculares del MP3 para no escuchar a la gente, ni siquiera a Morena, Lucrecia y Bianca, halagadas con la atención de Gálvez, y se puso de pie sobre la roca, para elevarse sobre los demás. Como nunca,

añoraba la soledad. “Ciega, sordomuda”, de Shakira, sonaba al máximo volumen y describía muy bien sus sentimientos. *Si pudiera exorcizarme de tu voz, si pudiera escaparme de tu nombre, si pudiera arrancarme el corazón... Por ti me he convertido en una cosa que no hace otra cosa más que amarte. Pienso en ti día y noche y no sé cómo olvidarte.* Dirigió los ojos al cielo e hizo algo que pocas veces había hecho en sus dieciséis años: rezó. “Ayúdame, Señor. No sé qué hacer”. En ese sitio, al cual el hombre aún no alcanzaba con su poder destructivo y con su mezquindad, tuvo la certeza de que Dios la escucharía. Lo sentía cerca, y, aunque reprimió el deseo de extender las manos hacia el cielo, movió la cabeza hacia uno y otro lado, porque se le ocurrió que, en realidad, no era el viento el que acariciaba sus mejillas, sino Él. Al levantar los párpados, lo divisó en la lejanía, a Lautaro Gómez, también encaramado en una roca, conspicuo en su campera roja, que tan bien le quedaba. Y, aunque los separaba una distancia considerable, no dudó de que era ella la destinataria de esa mirada y de su reconcentrada atención, si hasta le adivinaba el ceño que le endurecía la cara y le afinaba los labios.



—Vamos a ir a hacer pis entre los yuyos antes de reanudar la

caminata —le anunció Bianca—. ¿Venís, Cami?

Las cuatro se adentraron en un bosque de tabaquillos y maitenes y se dispersaron para obtener mayor intimidad. Camila, nerviosa e incómoda, lanzaba vistazos, temiendo que una alimaña la tomase por sorpresa en esa posición nada ventajosa. Tardó más que las otras en evacuar la vejiga y, cuando emergió del bosque, no las encontró. Corrió hacia el sendero, temerosa de no hallarlo, porque, de pronto, todo le pareció igual, y ya no veía el arbusto con frutitos rojos con el que se había cruzado. Frenó en seco y soltó un alarido al chocar con alguien.

—¡Cami! —exclamó Gálvez—. Soy yo, no te asustes. Estaba buscándote.

—¿Qué pasa? Vamos, apurémonos. Los otros ya deben de estar yéndose.

—Esperá, quiero proponerte algo.

—¿Qué? ¡Dale!

—Apartémonos del grupo un momento. Quiero mostrarte un lugar copadísimo al que nos llevaba siempre mi abuelo.

—¡Ni loca!

—Escuchá, no seas mala onda. Acabo de hablar con el guía y me dijo que no vamos a pasar por ahí, y, realmente, es un lugar fuera de serie. Vas a alucinar, te lo prometo. Después los alcanzamos. Yo sé cómo llegar al lugar al que está yendo el grupo.

—¿Seguro? ¿Y si Rita se da cuenta de que no estamos? ¡Nos mata!

—¿Sí? ¿Qué te pueden hacer? ¿Echarte del colegio? —Gálvez rio—. Cami, Cami, te tomás la vida demasiado en serio. Tenés que relajarte un poco y dejarte llevar. ¿Nunca hacés nada de manera espontánea, sin planearlo ni meditarlo?

Camila recordó las palabras del astrólogo Carutti, que en su libro *Las lunas – El refugio de la memoria*, aseguraba que lo más complicado de una Luna en Virgo era la ausencia de la espontaneidad, que finalmente conducía a reprimir el dolor, la agresividad y la libertad.

Pensó en Gómez, en Bárbara, en su anhelo de liberarse, y aceptó.

—Vamos.

Emprendieron la aventura. Corrieron los primeros minutos, hasta que Camila aminoró el paso.

—Vos estás en muy buen estado físico, pero no es mi caso. Yo no piso un gimnasio ni que me maten.

—Está bien. Vamos caminando.

—¿Estamos muy lejos? No quiero tardar demasiado. Digas lo que digas, me muero si se dan cuenta de que nos escapamos.

—¿Por qué?

—Porque estamos transgrediendo una regla.

—Y eso te pone muy mal, ¿no?

—Sí, no lo soporto —admitió, con una sonrisa.

—Por eso no tomás alcohol, no te drogás, no fumás.

—Eso no lo hago porque no soy idiota.

—¡Auch! Eso dolió.

—Lo siento, pero tengo un prejuicio contra los que se llenan de porquerías el cuerpo para evadirse o para olvidarse de que tienen una familia espantosa.

—¿De dónde saliste, Camila Pérez Gaona?

—Te parezco rara, ¿no?

—Me parecés una diosa.

Camila bajó la vista y sonrió, una sonrisa íntima, cuyo sentido solo ella comprendía. “Ay, Sebastián, me habrías derretido si me hubieses dicho esto seis meses atrás. Ahora, no se me mueve un pelo”. Con Sebastián Gálvez rara vez se hablaba en serio y nunca se alcanzaba la profundidad al abordar un tema. Recordó el diálogo que habían sostenido en el colegio después de aquel fatídico sábado en Dolmen, uno de los más serios que recordaba entre ellos y que, sin embargo, le había demostrado que era un inmaduro y un chiquilín. Sin remedio, lo comparó con Gómez y se arrepintió de haber aceptado acompañarlo en esa aventura.

Hacía veinte minutos que caminaban, más bien, que escalaban, ya que el sendero se había vuelto pedregoso y empinado, y Camila comenzó a desfallecer.

—Sebas, paremos, por favor. Me siento mareada.

—¿Qué te pasa, princesa?

—Es que todavía estoy un poco débil y esta escalada está agotándome.

—Falta poco. Dale.

—No, volvamos, por favor. Ya nos alejamos demasiado.

—¿Volver cuando estamos a minutos de ver el lugar más alucinante de este parque? ¡Ni loco! Si querés, caminamos más lento.

En la punta de una saliente, el camino les presentó el primer escollo serio, puesto que debían descender por una grieta empinada y cerrada, y cruzar un arroyuelo que corría, vertiginoso, en la base. Camila calculó que tendrían que descender tres metros. ¿De dónde se sujetarían?

—Listo —dijo—. Hasta aquí llegamos. Nos volvemos. Ni loca bajo por ahí.

—No seas cobarde. Mirá, se hace así: te sentás y vas deslizándote como por un tobogán... —El discurso de Gálvez prosiguió con un grito cuando los tacos de las botas tejanas con que controlaba el descenso se resbalaron.

—¡Sebas! —se aterrorizó Camila, y se asomó al cañadón—. ¡Sebas!

—Estoy bien, estoy bien —dijo, sentado de culo en el arroyo—. Empapado y con el orgullo y el traste magullados, pero... ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Se me hizo moco el celular. ¡Mierda!

—¡Vamos! ¡Subí, por favor! Ahora sí volvemos. Y no discutas.

—Sí, sí, ya voy.

Al incorporarse, Camila notó que algo intangible había cambiado; lo percibió en el aroma del aire, en la humedad que le impregnó las fosas nasales, en el viento, que se agitó y se enfrió, como si se hubiese irritado con la mudanza. Se restregó los ojos porque veía como a través de un velo. Cuando volvió a abrirlos, el corazón le saltó en el pecho y el pánico le tensó los músculos: una niebla espesa, tanto que no veía a más de un metro, se había aposentado sobre las rocas y flotaba como un fantasma.

—¡Sebas! ¡No te veo! ¿Dónde estás?

—No te vuelvas loca, Camila. Estoy subiendo. Yo tampoco veo un carajo.

—¡Dios mío, Sebas! ¿Qué vamos a hacer? ¡No veo nada!

Sebastián emergió entre la niebla.

—Lo primero que vas a hacer es calmarte.

—Sí, tenés razón. Perdoname.

—Agarrate de mi mano y volvamos.

—No sé, Sebas. Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta que la niebla se levante. No conocemos el terreno y no vemos nada. Podríamos matarnos.

—Yo sí conozco el terreno y no vamos...

—¡Shhh! —siseó Camila.

—¿Qué...?

—¡Callate! Dejame escuchar.

No se equivocaba: alguien gritaba su nombre. Casi se precipitó de rodillas, abatida por el alivio.

—¡Lautaro! —gritó, abriendo grande la boca y apretando los puños—. ¡Lautaro, aquí!

—¡No te muevas de donde estás! ¡No des un solo paso! Seguí llamándome. Yo voy hacia vos.

—¡Aquí, aquí! —exclamó hasta divisar una mancha rojiza y lanzarse hacia ella.

—¡No corras!

Camila se detuvo a un metro de Gómez, no porque él se lo hubiese ordenado, sino porque, como un cachetazo, se le cruzaron las escenas de ese día: la del beso con Bárbara en el comedor y la de la caminata agarraditos de la mano.

—¿Qué mierda hacés acá? ¡Estás loca!

—Está conmigo, Gómez. —Gálvez avanzó y se materializó en la niebla.

—Sí, ya sé que está con vos. ¿Sos pelotudo o te hacés? ¿Cómo se te ocurrió separarla del grupo?

—Sebastián iba a mostrarme un lugar divino que conoce —

explicó de manera atropellada—. Él siempre venía de chico a este lugar. Lo conoce muy bien.

—¡Y una mierda lo conoce, Camila! A estos lugares los conocen los baqueanos y nadie más. Un infeliz de Buenos Aires se perdería con alejarse dos pasos del sendero. ¡Ni hablemos si hay niebla, como ahora! ¡Mierda, Camila! ¡Te estrangularía!

—¡Nadie te pidió que vinieses a buscarme! ¡Nadie! Así que volvé por donde viniste. Volvé con tu Barby. ¿O acaso la trajiste? ¡Barby, aquí estamos, bonita!

—Callate.

—A mí no...

—¡Callate!

—¡No le grites!

—¡No peleen, por favor!

—Déjenme pensar qué mierda vamos a hacer.

—No sé qué pensás hacer vos, Gómez, pero Camila y yo nos volvemos.

—Camila no va a ninguna parte. Se queda aquí, conmigo.

—¡Ja! No me hagas reír. Vamos, Cami —dijo, y le extendió la mano a través de la nube.

Camila la observó, embargada de pena, antes de levantar la vista y expresar:

—Sebas, creo que Lautaro tiene razón. Va a ser mejor que nos quedemos acá hasta que la niebla se levante. No se ve nada.

—¿Venís o no venís?

—Me quedo con él.

—OK.

—Gálvez, no seas boludo. No te vayas. Es peligroso.

—Gracias por el consejo, *boy scout*, pero sé cuidarme el pellejo. Chau.

Camila y Lautaro permanecieron uno frente al otro. No se tocaban, aunque la intensidad con que se miraban les provocaba escalofríos, los mismos que les habría causado una caricia sobre la piel desnuda y crispada. El silencio se ahondaba en tanto los crujidos de los pasos de Gálvez se desvanecían. La necesidad de tocarlo se tornó inmanejable para Camila, y prefirió romper el mutismo a cometer un acto que la humillase.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque no te veía por ningún lado. Y Bianca me dijo que te había visto alejarte en esta dirección con Gálvez.

—¿Y?

—Me volví loco de preocupación.

—¿Por qué? Vos y yo ya no somos nada. Esta mañana, más que nunca, me quedó claro. Capté el mensaje, Lautaro. Muy elocuente tu

actuación.

—Camila...

—¿Y qué hiciste con tu Barbarita? ¿No estará buscándote la pobrecita?

—Sabe que vine a buscarte.

—Ah, ¿sí? No debió de hacerle mucha gracia.

—La verdad es que no.

Un alarido los hizo saltar.

—¡Es Sebastián!

Lautaro la detuvo aferrándola por los hombros y clavándole los dedos con una crueldad que el relleno de la campera no logró amortiguar.

—¡No se te ocurra moverte!

—¡Soltame, Lautaro! ¡Tengo que ir! ¡Algo le pasó!

Los alaridos de Gálvez se propagaban en el aire cargado de gotas de humedad y herían la quietud.

—No te muevas, te digo. Escuchame bien. Vamos a ir a buscarlo, pero yo voy a encabezar la caminata y vos vas a pisar en el exacto lugar donde yo pise. ¡Entendiste! —La sacudió, y las sienes de Camila, todavía sensibles, latieron.

—Sí, sí, está bien. ¿Qué estás haciendo?

—Me pongo la mochila sobre el pecho para que no te obstaculice la visión de mis pies. Porque son mis pies lo que tenés que mirar todo el tiempo. ¿Has entendido?

Con un ademán autoritario y brusco, la obligó a entrelazar los dedos con los de él —los mismos que momentos atrás se habían entrelazado con los de Bárbara— y la arrastró hacia una espesura blanca que podía acabar en un precipicio.

—¡Gálvez, no dejes de gritar! ¡Estamos yendo hacia allá!

A Camila, el recorrido se le antojó eterno, y los bramidos de Gálvez, escalofriantes. Faltando poco para alcanzarlo, deseó dar media vuelta y huir. No contaría con la entereza para enfrentar lo que les esperaba. Y en el instante en que avistó la pierna de Sebastián en una posición antinatural, confirmó su sospecha. Se sujetó con ambas manos del brazo de Gómez y echó la cabeza hacia delante. Lautaro le sujetó el rostro con las manos enguantadas y le habló cerca de los labios.

—Mi amor —susurró—, te necesito valiente y entera ahora. Tiene una fractura expuesta y va a sufrir mucho. Nos necesita tranquilos y serenos. ¿Cuento con vos?

—¿Cómo sabés que tiene una fractura expuesta?

—¿Ves cómo se levanta la tela de pantalón ahí, en la canilla?

—No veo muy bien. La niebla... Ah, sí —dijo, con acento desfalleciente.

—Camila, ¿cuento con vos? Te necesito tranquila y fuerte.

Camila asintió, más en un acto maquinal que consciente, y

Gómez le sonrió antes de apoyar los labios sobre los de ella. Ni siquiera fue un beso, sino un simple contacto, ligero y suave; no obstante, para ella, tuvo la contundencia de una descarga de desfibrilador, que le devolvió la vida.

Gálvez se había caído por la grieta de una roca gigante y, en la parte más afinada de la fisura, se le atascó la pierna izquierda, que terminó quebrada a causa del peso del cuerpo, que continuó con la caída. Había quedado medio colgado, de cara al cielo y con la pierna izquierda todavía trabada entre las paredes de roca.

—¡Ayúdenme a salir de aquí!

—Gálvez, calmate. Ya te saco. —A Camila la tranquilizó el dominio que la voz de Lautaro transmitía—. Lo primero que te pido es que no te muevas.

—¿Tenés celular? El mío se me hizo bosta cuando me caí en el arroyo.

—Sí, tengo celular, pero no sirve de nada. Aquí no hay señal.

—¡Putá madre que lo parió! ¡Qué lugar puto!

Camila enseguida comprendió que no sería fácil bajar. La niebla, que se espesaba minuto a minuto, les impedía comprender dónde estaban y ver el fondo del cañadón. La morfología del terreno los amenazaba como un depredador hambriento.

—Gálvez, ¿tenés el torso apoyado en el suelo? Necesito saber dónde está el fondo.

—Estoy sosteniéndome con la mano, la tengo apoyada en una

superficie plana. No es de tierra, sino de piedra.

—Voy a bajar.

—¿Cómo vas a bajar? —se horrorizó Camila, que no obtuvo respuesta.

Gómez, absorto, ajeno a sus preguntas y a los lamentos del accidentado, hurgaba en su mochila, la cual, esa mañana, había sido objeto de las burlas de Gálvez por su gran tamaño. “¡Ey, *boy scout!* ¿Qué llevás ahí? ¿La carpa?”. Extrajo una cuerda enrollada de color amarillo fluorescente, del tipo que Camila había visto en la embarcación del padre de Emilia, de esas que se utilizan para atar las velas. Gómez eligió una roca delgada, de aspecto sólido, para atarla. Se colocó la mochila a la espalda, volvió a enfundarse los guantes, que combinaban cuero de descarné y tela de avión, y descendió por la ladera de la roca. Pasó junto a Gálvez y, poco después, apoyó el pie en suelo firme. Camila sujetó el aliento y no pestañeó hasta que Gómez le gritó que estaba bien.

—Camila, ahora tenés que bajar vos. Te voy a necesitar para que me ayudes con Gálvez. No voy a poder solo.

Aunque la aterrorizó la idea de precipitarse en ese pozo inundado de niebla, la impulsó la necesidad de estar con él, de abrazarlo y de sentirse segura. Sola, ahí arriba, envuelta en ese vestido de nubes, tenía la impresión de hallarse acechada por los cuatro flancos.

—Primero —le indicó Gómez—, atá tu mochila a la cuerda y bajala, así no tenés ese peso extra. —La operación llevó pocos minutos—. Ya la tengo. Ahora, ponete los guantes y bajá despacio. Yo

te espero.

“Soy fuerte, soy taurina, soy fuerte”, se alentaba, mientras oprimía la cuerda y descendía. Las manos de Gómez le aferraron las pantorrillas primero, las piernas después y por último la cintura. Se abrazaron en silencio, y Gómez la separó rápidamente: apremiaba desatascar la pierna de Gálvez.

—No sabemos si el hueso rompió una vena —habló Gómez— porque, gracias a la posición en la que estás, la sangre ahora no fluye por aquí. Así que, cuando quitemos la pierna, vamos a mantenerla en alto, por lo menos hasta que veamos si hay una hemorragia muy grande.

—¿También sos médico, *boy scout*?

—¡Y todavía tenés ganas de molestarlo! —se enfureció Camila.

—Trato de ponerle onda, Cami.

—Tomá —indicó Gómez—, mordé esto —y le entregó una pequeña agenda acolchada.

—¿Para qué?

—Para que no te rompas los dientes. Va a doler, Gálvez.

Cada intento por destrabar la pierna le ocasionaba un acceso de dolor tan profundo, que Sebastián terminó por desvanecerse. Camila se sentó sobre sus pantorrillas y, cumpliendo el rol de cuña, le sostuvo el torso.

—Lautaro, tengo crema para manos en mi mochila. ¿Por qué no

untás los costados del pantalón y embadurnás también la piedra para que se deslice más fácilmente?

—Buenísima idea.

—Es un pomo blanco. Está en el bolsillo externo.

Gálvez volvió en sí, y Camila le ordenó que comprimiese la agenda con los dientes. Gritó sin abrir la boca, mientras Gómez maniobraba para liberarle la pierna. Se aferró a las manos de Camila, que seguía ubicada detrás de él, hasta que esta temió que le rompiese las falanges dentro de los guantes. Logrado el objetivo, Gálvez vomitó sobre la roca y, después, perdió la conciencia de nuevo.

Gómez se sirvió de su navaja Victorinox —la gorda, llena de utensilios y con brújula, que Camila había visto en su mesa de luz— para rasgar el pantalón y descubrir la herida.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Camila ante la visión del hueso proyectado hacia fuera. Hizo una arcada.

—Respirá hondo, mi amor. Vamos. Mirame. Por favor, Camila, te necesito aquí, conmigo. Pensá fríamente en la herida. El hueso es el mismo que tenemos todos. Rompió la piel y salió. Eso es todo. Algo lógico teniendo en cuenta la caída. Pensá en eso y respirá hondo.

—¿Qué vamos a hacer, Lautaro? —sollozó.

—Por lo pronto, curar la herida y acomodarle el hueso.

—¿Qué? ¡Ni loca!

—En un curso de primeros auxilios que hice el año pasado con

los scouts, nos hablaron de las fracturas expuestas y nos mostraron cómo se hace para volver el hueso a su lugar. Me animo a hacerlo.

—Sí, claro. Vos te animás a cualquier cosa, pero yo, no.

—Tenemos que meter el hueso para adentro de nuevo, si no, ¿cómo carajo hago para vendar esto? —Apoyó el pulgar en la muñeca de Gálvez y dijo—: Sus pulsaciones son normales.

—¿Cómo sabés que son normales? ¡Yo no tengo idea cuánto es normal!

—Entre sesenta y ochenta por minuto. Lo sé bien porque en karate nos obligan a medirnos las pulsaciones. Gálvez está muy entrenado y tiene buen estado físico. Va a aguantar. Tené lista la agenda por si se despierta mientras estoy colocándole el hueso. Se la ponés entre los dientes.

—Lautaro, tengo miedo.

—No, no. Vamos.

Lo más difícil fue quitarle la bota tejana, y Gálvez se despertó a causa del dolor.

—¡Mierda, Gálvez! ¿No se te ocurrió ponerte un calzado más apropiado para caminar por las sierras?

—¡Gómez y la puta que te parió!

—Más vale que te prepares, porque esto es solamente el comienzo. Camila, ponete la agenda entre los dientes. Pasame el botiquín. Está ahí. —Señaló un bolsillo al costado de la mochila.

Camila le pasó una cajita blanca con una cruz roja sobre la tapa. Gómez se higienizó las manos con alcohol en gel y regó la punta del hueso con un chorro de desinfectante iodado. “Pervinox”, leyó Camila.

Gómez sujetó el pie de Gálvez y ejerció una tracción gentil para alinear el hueso. Los alaridos del muchacho provocaron que las aves huyeran en bandada.

—¡Gálvez, no te muevas!

—¡No lo soporto!

—Vas a tener que soportar.

—¡Hijo de puta, me querés arrancar la pierna! ¡Me vas a dejar sin pierna!

—Te vas a quedar sin pierna si no hago esto, imbécil.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!

—¡Mordé la agenda y callate!

Camila observaba la operación sin percatarse de que hundía las uñas en los hombros de Gálvez. Quería apartar la vista de ese espectáculo horroroso y no lo conseguía; estaba subyugada por la delicadeza y, al mismo tiempo, por la firmeza con que Gómez trabajaba, y por la manera en que el hueso iba introduciéndose por el corte en la piel hasta desaparecer. A punto de vomitar, se llenó los pulmones de aire y aquietó la turbulencia de su estómago. Se dio cuenta de que Gálvez no gritaba: había vuelto a desmayarse. Gómez le tomó las pulsaciones sujetándole la muñeca.

—Lautaro, no puedo creer que lo hicieras. No lo puedo creer.

—Ahora hay que desinfectar la herida. En el curso de primeros auxilios, nos dijeron que lo más importante es evitar la infección.

Gómez volvió a higienizarse las manos con alcohol en gel, y le ordenó a Camila que hiciera otro tanto. Bañó la herida con el antiséptico del color del iodo y procedió a vendarla. Con la tijerita de la Victorinox, cortó un pedazo de bolsa y lo lavó con alcohol en gel y lo empapó de antiséptico.

—¿Qué vas a hacer?

—Le voy a cubrir la venda con este pedazo de bolsa para que no se moje. Cortá más cinta adhesiva.

—¿Por qué habría de mojarse?

—Tal vez tengamos que cruzar un arroyo, un río, o quizá llueva —vaticinó.

—¿Creés que pueda trasladarse?

—No, la verdad es que no —admitió—. Tuvimos suerte de que no se rompiera una vena. No sé qué habríamos hecho. Ahora tengo que entablillarle las dos articulaciones, la del tobillo y la de la rodilla, pero no veo palos por aquí. ¡Niebla de mierda!

Camila estiró el brazo y le oprimió la mano. Gómez levantó la cabeza y la miró.

—Lautaro, quedate tranquilo. Ya hiciste lo más importante. Le acomodaste el hueso, solo Dios sabe cómo, y le desinfectaste la herida.

Cuando se vaya la niebla, buscaremos los palos. Estoy orgullosa de vos.

Gómez le acarició la mejilla con el dorso de la mano, que olía a alcohol y que estaba teñida de iodo.

—Camila...

Lo interrumpieron los quejidos de Gálvez, que despertó y enseguida tomó conciencia del dolor penetrante en la pantorrilla.

—¡No te muevas, Gálvez! ¡Camila, agarralo! ¡Que no se mueva! ¡Carajo, Gálvez!

—¡Mierda! ¡Late como la san puta!

—Sebastián, mordé esto. —Camila le colocó de nuevo la agenda entre los dientes y le sujetó la mano. En tanto, Gómez extraía tres comprimidos de un blíster. Era paracetamol.

—¿Le vas a dar tres?

—Con el peso y el tamaño de Gálvez y con la herida que tiene, tres no le van a hacer ni cosquillas.

—Qué alentador, Gómez.

—Te van a calmar. Apenas vuelva a dolerte, te damos tres más.

En el hotel, Camila había recargado el termo de acero inoxidable con mate cocido azucarado. Sirvió un poco para que Gálvez tomase los analgésicos. Lo ayudó a incorporarse y le aproximó el filo de la tapa del termo a la boca, mientras Gómez se ocupaba de mantener la pierna

inmovilizada.

—Apenas se vaya la niebla y pueda encontrar unas maderas, te voy a entablillar.

—Gómez. —Lautaro, que acomodaba el botiquín, alzó la cabeza—. Muchas gracias. En serio. Sé que fue una cosa muy jodida la que te tocó hacer. Yo no me habría animado a hacerlo. Gracias.

—De nada. Para eso estamos los *boy scouts*, ¿no?

Gálvez lanzó una risotada, que murió enseguida cuando una nueva corriente de dolor lo alcanzó hasta la ingle. Intentaron brindarle comodidad: le colocaron un suéter bajo la cabeza y le elevaron la pierna rota con la ayuda de su mochila para que disminuyesen los fastidiosos latidos.

—Estás mojado.

—Se cayó en un arroyo justo antes de que nos encontrases — explicó Camila.

—Esto no me gusta. Se está poniendo frío.

—No tengo una muda. Solamente traje una remera.

—¿Qué tenés mojado? El pantalón y ¿qué más?

—En realidad, es el pantalón el que se empapó. Y un poco las mangas de la campera. Caí de culo.

—Lo siento, Gálvez, pero hay que sacarte el pantalón.

—Me va a doler más que la mierda.

—Sacarte el pantalón no será problema. Lo que te va a joder es cuando te envuelva las piernas en una manta. Lo voy a hacer con cuidado.

—¿Y si dejamos que se seque solo, sin sacarlo?

—Si te quedás con eso mojado, te va a dar una pulmonía.

Gómez terminó de rasgar el pantalón del lado de la pierna quebrada y liberó, sin mayor dificultad, la otra. Camila les dio la espalda y se esmeró en estirar el pantalón, mientras Lautaro envolvía las piernas heladas de Gálvez en una manta polar que extrajo de su mochila; había sido un atado tan chiquito que Camila se asombró de que se convirtiese en una manta tan grande.

—No tendrás una carpa ahí dentro, ¿no? —jadeó Gálvez, con la frente perlada de sudor.

—Ojalá tuviera una. Cuando pueda prender un fuego, vamos a secar tu pantalón y la campera. Por ahora, solo resta esperar.

Cayeron en un silencio que no tenía nada de incómodo, sino que hablaba del cansancio de sus cuerpos y de sus espíritus. En el radio que dominaban, no había sitio para que Camila y Gómez se recostasen, y no se atrevían a exponerse hasta que no se disipase la niebla; no sabían si un metro más allá, los aguardaba el vacío u otra trampa mortal.

Camila se sentó y descansó la cabeza sobre la pared de roca a sus espaldas. Le dolían las piernas y el frío de la roca le entumecía los glúteos y le trepaba por la cintura. Estaba incómoda y se sentía débil; no obstante, experimentaba una felicidad casi rayana en la locura si se

tenían en cuenta las condiciones en las que se hallaba, solo porque Lautaro Gómez estaba a dos pasos de ella. Lo observó sin moderación, aprovechando que él se concentraba en la pequeña brújula, y su amor por él le infló el pecho y le provocó cosquilleos en el estómago. Cerró los ojos porque le ardían. “Te amo, Lautaro”, dijo para sí, antes de quedarse dormida.



Se despertó sin sobresaltos. Había dormido profundamente, pero no sabía cuánto. Aún era de día, por lo que dedujo que no había transcurrido mucho tiempo. Consultó el reloj: eran las cuatro y media de la tarde; había descansado poco más de media hora. La niebla aún se suspendía en torno a ellos. No se atrevió a moverse para no romper la cómoda e inesperada paz que la acunaba. Entre los párpados, avistó a Gálvez y revivió lo que acababa de padecer. “Gracias a Dios”, pensó, al descubrir que dormía. Una honda conmiseración por él, por lo que sufría a causa de su propia necesidad –ella sabía de esas cosas–, se apoderó de su ánimo hasta el punto de arrancarle lágrimas. Oyó el siseo cálido y húmedo que le susurraron al oído, y se le erizó la piel.

—No llores, mi amor.

Lautaro Gómez la abrazaba; de hecho, ella descansaba sobre su torso. ¡Qué segura se sentía! Él le depositó pequeños besos en la sien, barriendo con los últimos vestigios de malestar, y ella sacrificó la agradable posición para echarse a su cuello y abrazarlo. Gómez le buscó los labios, y, mientras la besaba con el deseo y la añoranza acrecentados durante ese tiempo de separación, Camila meditó que todavía tenía el sabor del beso de Bárbara Degèner en la boca.

—No —dijo, y se apartó—. Ahora estás con Bárbara.

—¿Qué podía hacer? —se enfadó él—. Decime qué podía hacer para que reaccionases. No me dabas bola, no querías hablar conmigo, me evitabas con la mirada, te escondías, desaparecías, te lo pasabas con Gálvez. ¿Cómo podía llamarte la atención?

Camila se cubrió el rostro y sollozó en silencio para no molestar el sueño de Sebastián. Su pena era tan amarga que le permitió a Gómez que volviese a abrazarla.

—Besándola, mostrándote con ella, solo conseguías alejarme más.

—¿Qué fue lo que nos pasó, Camila? Éramos tan felices. ¿Qué te pasó, mi amor? ¿Por qué empezaste a tratarme así?

—Después de que me contaste que habías salido con Bárbara en el verano, me volví loca de celos. Ella es la más linda, tiene un cuerpo estupendo, y no soportaba que nos comparases.

—¡Camila! —se molestó Gómez, y, durante unos segundos, no supo qué decir—. Ella no te llega ni a los talones. Ninguna te llega a los talones. ¿Cómo pudiste arruinar lo que teníamos por algo tan

estúpido?

—¿Lo arruiné?

—¡No! ¡Claro que no!

—¡Lautaro!

El abrazo de Gómez fue feroz, y su beso, implacable. La penetró con una lengua agresiva, mientras su boca le succionaba los labios hasta que le latieron. Se detuvo de manera abrupta y le destinó una mirada siniestra.

—¿Dejaste que Gálvez te besase? —la increpó, al tiempo que le arrancaba la gorra para sacar la florecilla que Sebastián le había entretejido.

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué sacás la florcita?

—Porque te la puso Gálvez —contestó, y arrojó la flor con desprecio.

“Entonces, me mirabas todo el tiempo, ¿no? Aunque estabas con tu Barby, me mirabas a mí”, pensó, henchida de vanidad.

—¿Por qué le compraste el dije en forma de corazón a Bárbara?

—Yo no le compré nada.

—Pero ese día, en el cole...

—Ese dije es de ella. No sé quién se lo compró. Se lo habrá comprado ella.

—Pero ella proclamó frente a todos que era un regalo tuyo y vos no la contradijiste.

—Tenía mucha bronca. No habías aceptado las fotocopias que te había preparado. Y la mentira de Bárbara me sirvió muy bien.

—Las invitaste a la tribuna del programa de televisión. ¡A Lucía también! Con todo el daño que su papá le hizo a la empresa de ustedes. ¡Te habría matado, Lautaro!

—Mi lista de reproches es bien larga. Si querés, empezamos a ver quién tiene la lista más larga.

—No —susurró, y bajó la vista, avergonzada—. No quiero que peleemos.

—Mirá. —Gómez abrió su billetera de cuero y extrajo un papel blanco doblado varias veces. Camila vio que, en el sitio destinado a las fotografías, Gómez había puesto una de ella. Se la señaló.

—Recorté tu cara de la foto que nos sacó Karen en el cole, ¿te acordás? La llevo siempre conmigo. —Gómez se inclinó y besó el plástico que cubría su imagen.

—¿Recortaste la que tenés sobre la mesa de luz?

—No. Hice dos copias. Mirá —insistió él, con el papel en la mano. Resultó ser la impresión del mensaje que ella le había enviado a su casilla de correo el domingo anterior al maratón. Los pliegues ajados demostraban que había sido doblado y desdoblado varias veces.

—Me lo sé de memoria —confesó—. ¡No tenés idea de lo que sentí cuando lo leí! Nunca había sentido algo igual. Me pareció que me

temblaba el piso debajo de los pies. —Volvió a besarla con el mismo ímpetu, aunque la calidad del contacto era distinto: a la rabia la había desplazado la desesperación. Siguió besándola y hablándole, y mordiéndola, y oliéndola, y acariciándola, con una ansiedad angustiosa y apremiante—. Mi amor, mi amor —le susurró sobre los labios—. ¿En verdad te gusta que te diga “mi amor”?

—Sí —murmuró Camila, sin levantar los párpados—, amo que me digas “mi amor”. Me hace sentir que soy lo más importante para vos.

—¿Y todavía tenés dudas de que lo sos? A veces pienso que vos sos lo único que me importa, que los demás dejaron de existir. ¿Qué soy yo para vos, Camila?

Camila, blanda en el regazo de Gómez, abrió los ojos con pereza y, luego de enfocar con claridad, sonrió, colmada de ternura al verlo expectante, como si de la respuesta dependiese su vida. Le habló en un arrebato de sinceridad.

—Me da miedo lo que vos sos para mí, Lautaro.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque, como te dije en mi *mail*, no sabía que amar fuese de este modo. Me levanto pensando en vos. Y cuando me acuesto, vos sos lo último en lo que pienso. Estás todo el día en mi cabeza.

—¿Y eso te da miedo?

—Tengo miedo de perderte. No sabés lo que fueron para mí estas semanas de separación.

—¡Pero fuiste vos la que me alejó!

Camila se incorporó, con el llanto pugnando por trepar por su garganta.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Fui una imbécil! ¡Una orgullosa! ¡No soportaba...!

Gómez la envolvió en sus brazos y le susurró que no llorase.

—Por favor, basta, no llores. Yo te entiendo, entiendo *posta* lo que sentís.

—¿Sí? —balbuceó, y se pasó la mano enguantada por los ojos.

—Yo también tuve mucho miedo de perderte. No sabés lo que sufrí cuando tu mamá me dijo que estabas muy enferma. Nacho me decía que casi no podías hablar, que te costaba abrir los ojos, que no podías mover la nuca, que pensaban que tenías meningitis. Casi me volví loco de miedo. Y, cuando te curaste y volviste al cole, la puta foto del anónimo volvió a arruinarlo todo.

Camila gimió con el recuerdo.

—No me hagas pensar en esa foto, por favor.

—No, no. No pensemos en esas cosas nunca más. Una última pregunta: ¿te siguen llegando los anónimos?

—No. ¿Vos le pediste a Bárbara que no me los enviase más?

—Sí, pero ella jura que no tiene nada que ver con eso.

—Sí, claro. Y vos, seguramente, le creés, ¿no?

—No le creo. Y basta con esto.

Un silencio cayó sobre ellos. Camila se debatía entre callar o formular una pregunta que la carcomía.

—¿Qué te pasa? —Como siempre, Gómez le leía el pensamiento, le adivinaba la alteración del estado de ánimo.

—Quiero preguntarte algo y no me animo.

—¿Por qué no te animás?

—Por un lado, porque no tengo derecho a preguntar. Por el otro, porque tengo miedo a la respuesta.

—Vos podés preguntarme lo que sea, Camila.

Levantó los párpados lentamente y fijó la mirada en la de Gómez.

—Durante este tiempo en que estuvimos separados, ¿te acostaste con Bárbara?

La expresión de Gómez se iluminó con una sonrisa que le desveló los dientes. La abrazó y la besó en el cuello, mientras reía.

—¿De qué te reís, tonto?

—Me encanta que estés celosa.

—¡Ja! A vos te encanta. A mí me hace sufrir muchísimo.

—No.

—¿No, qué?

—No me acosté con ella.

—¿En serio me lo decís?

—En serio.

—¡Ay, Lautaro! —exclamó, aliviada, y lo apretó contra su cuerpo.

—No habría podido —prosiguió él, la seriedad restaurada—. Habría sido imposible, con vos todo el tiempo en mi cabeza. No habría podido.

—Pero ¿querías?

—No, Camila —contestó, con acento impaciente—, no quería. Solo quería estar con vos, pero vos no querías estar conmigo.

—Sí quería —susurró—. Era lo que más quería, estar con vos.

—Pero no era lo que me hacías ver a mí. Entendé que a mí me hiciste creer que no me querías más.

Camila asintió sin mirarlo, avergonzada, agobiada por la culpa. Deseosa de restablecer la alegría, dijo, con una sonrisa:

—Mirá. —Hurgó en la mochila hasta encontrar el sobre con la carta que Gómez le había enviado a través de Nacho—. La leí anoche.

—¿Por primera vez?

—Sí, por primera vez.

—¿Y?

—¿Y? Ya lo sabés: te amo con toda el alma, Lautaro Gómez. ¿Qué

otra cosa puedo decirte?

—Decime cosas lindas para compensarme por todas las cosas feas que me hiciste pasar.

—Y vos, después, me decís cosas lindas a mí. Pero muchas, muchas y muy lindas, porque hoy creí que me moría cuando te vi en el comedor...

La interrumpió para reclamarle:

—Y vos me debés todos los besos que me negaste durante este tiempo de mierda y que me prometiste en tu *mail*. Y tendrías que compensarme con algo muy groso por los celos que me hiciste tragar al darle bola a Gálvez.

—¿Sí? ¿Te pusiste celoso? —Él soltó un bufido y le colocó la gorra de lana hasta taparle los ojos—. Qué bueno —dijo, y se despejó la visión.

A Gómez, el gesto y la actitud de Camila le arrancaron una risotada, y volvió a abrazarla.

—Decime una cosa: ¿por qué Karen se sentó conmigo en el colectivo y no se fue arriba con ustedes?

—Si estás preguntándomelo a mí, es porque sospechás la respuesta, ¿no? —Camila le mostró los dientes en una sonrisa de ojos apretados que era más una mueca ladina. Gómez volvió a reír.

—Camila, Camila... Te amo tanto. Yo le pedí a Karen que se sentase con vos en el colectivo para evitar que lo ocupara Gálvez. Y yo le pedí que volviera al colectivo cuando estábamos en la parada,

porque vi que Gálvez estaba con vos.

—Lo imaginé —declaró, ufana.

—Siempre estoy pendiente de vos.

—Qué lindo —susurró Camila, y le acarició los labios con los de ella.

—¿Sabés en qué pensé en el instante en que gané el maratón?

—¿En qué?

—En vos. Cerré los ojos y pensé: “Para vos, mi amor”. A pesar de que estaba emboladísimo con vos, en ese momento tan copado, solo pensé en vos. ¿Te das cuenta? Sos lo único para mí.

Aunque Camila asintió, un pensamiento negro ocupó su mente: en esa oportunidad, Lautaro había abrazado y besado a Bárbara. Suspiró. Había mucho que perdonar y olvidar.

—Sí —habló Gómez—, sé en qué estás pensando. Pero lo hice a propósito. La besé a propósito para que me vieses, para que te dieran celos.

—¿En verdad ella no te importa ni un poco, Lautaro? Sería tan lógico. Ella es supermona...

—Sí, es linda, pero la belleza o la fealdad pasan a un segundo plano cuando realmente conocés a la persona. ¿No me dijiste que te había pasado eso con Gálvez? Que al principio te parecía fachero y ahora no. Y yo, que soy feo...

—¡Vos no sos feo!

—Pero no te parecía fachero como Gálvez, ¿no? —Camila mantuvo un silencio con aspecto de motín—. No hace falta que me contestes: yo sé que *no* te parecía lindo y basta. Y ahora...

—Y ahora me parecés el más lindo del mundo.

—No exageres.

—No exagero. Solo espero que yo también te parezca linda.

Otro bufido de hartazgo de Gómez.

—Pérez, a veces, para ser la chica más inteligente que conozco, decís cada gansada...

—Es porque soy muy insegura —murmuró, con aire tímido y sin levantar la vista.

—Lo sé.

—Teneme paciencia, por favor.

—Te voy a tener toda la paciencia del universo, si vos me prometés algo.

—¿Qué?

—Que siempre vas a ser sincera conmigo. Que me vas a contar todo lo que sientas, lo que te pase, de lo que tengas miedo. Que voy a ser el primero en enterarme de lo importante en tu vida. Que yo voy a ser el primero al que recurras cuando tengas un problema. Prometeme, Camila.

—Te lo prometo.

—No prometas a la ligera, por favor.

—Lo prometo por mi vida, Lautaro. Y vos, ¿también me lo prometés?

—Sí, mi amor, te lo prometo.

Sellaron el voto con un beso. Camila terminó sentada a horcajadas de Gómez y le rodeó la cintura con las piernas para pegarse a su torso. Se dio cuenta de que el beso estaba descontrolándose al percibir la erección de Lautaro contra el *cordero* del pantalón. Se apartó lentamente y apoyó la frente sobre la de él. La agitación de Gómez le golpeaba los labios y le secaba la saliva impregnada.

—“Tu Camila, tuya para siempre. Y solo tuya”, así firmaste el *mail*. Te confieso que, cuando lo leí en la pecera del cole, me largué a llorar.



La niebla se disipó alrededor de las seis de la tarde, cuando el crepúsculo devoraba las últimas luces del día y la temperatura

descendía de manera brusca. Lo peor era el frío. Gálvez castañeteaba los dientes y temblaba. Gómez se quitó la campera roja y lo cubrió.

—Tiene fiebre —anunció Camila, con la mano sobre la frente del accidentado.

—Me duele para el carajo la pierna.

—Te vamos a dar paracetamol de nuevo, pero primero tenés que comer algo.

Camila y Gómez habían evaluado la existencia de provisiones y la reserva de líquido, aunque esta no les preocupaba demasiado porque Camila aseguraba que, en el punto en donde se habían encontrado, existía un arroyo. En cuanto a la comida, de acuerdo con los cálculos de Lautaro, tenían para tres días, si se contentaban con una ingesta muy frugal.

—Sebas, comé esta barra de cereales.

Camila lo ayudó a tragar los analgésicos, en tanto Gómez se esforzaba por desenganchar la cuerda atada a la roca en la parte superior.

—¡Sí! —exclamó, cuando cayó a sus pies. La ató a un arbusto que, hasta media hora antes, había permanecido oculto por la niebla, se hizo de una linterna de gran potencia y se dispuso a abandonar la plataforma de piedra en la que habían permanecido durante las últimas horas.

—¿Adónde vas? —se atemorizó Camila.

—No te preocupes —la tranquilizó, mientras se ataba la cuerda a

la cintura—. Me voy a alejar lo que dé la cuerda, pocos metros. Quiero ver los alrededores. Sería bueno encontrar una cueva para pasar la noche. Además, voy a aprovechar para recoger madera para encender un fuego y entablillar a Gálvez.

Camila se mantuvo alerta y, con los ojos clavados en la dirección en la que se tensaba la cuerda, iluminaba con la linterna alógena del celular de Lautaro. La noche de una luna que parecía un tajo delgado en la negrura, le impedía ver a dos metros; las figuras recortadas en las sombras resultaban amenazantes, y los sonidos la sobresaltaban.

Gómez regresó con buenas noticias: a pocos metros hacia la derecha, una saliente de roca formaba una cueva.

—El quilombo va a ser moverte, Gálvez. Aquí encontré unos palos para entablillarte.

—Si ustedes hacen de muletas, puedo desplazarme sin problema. Estoy seguro. Le voy a poner onda.

Camila ayudó a Gómez a inmovilizar la rodilla y el tobillo de Sebastián. Pegaron las ramas a los costados de las articulaciones con varias vueltas de cinta adhesiva. Después, le pusieron el pantalón, que seguía húmedo en las partes gruesas, y Camila aseguró, con las alfileres de gancho del botiquín, el costado que Gómez había rasgado por completo.

—Primero voy a llevar las mochilas —decidió Lautaro—, así, cuando te sostengamos a vos, no tendremos que acarrear un peso extra.

Al cabo, con todo dispuesto, lo ayudaron a incorporarse.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —se asustó Camila.

—Siento que la herida me va a reventar. Qué impresión tan espantosa.

—No apoyes la pierna quebrada.

—Ni loco. ¿Sabés qué, Gómez? Ahora que estoy parado, voy a mear. Hace horas que tengo ganas. Cami, espero que no te moleste. Date vuelta, por favor.

Si bien la cueva se hallaba a corta distancia, lo que dificultó el traslado fue lo accidentado del terreno. Camila se compadecía de Lautaro, a quien, además de sostener a Gálvez, le tocaba apuntar al suelo con la linterna. Llegaron exhaustos, aunque contentos: después de todo, contaban con un buen sitio para pasar la noche. La cueva era angosta, pero profunda, y suficientemente abovedada para que pudieran estar en pie.

—¿No habrá ningún bicho ahí dentro? —Camila señaló la parte interior más alejada, a oscuras por completo—. Por favor, fijate que no haya murciélagos. Prefiero dormir afuera, te juro.

—No hay nada. Ya revisé.

De igual modo, Gómez apuntó con la linterna, y Camila estudió las paredes de piedra sinuosa. Convencida de que ningún animal los acechaba, regresó con Gálvez y le reacomodó la mochila bajo la pierna rota.

—Sebas, ¿cómo te sentís? —le preguntó, al tiempo que le tocaba

la frente—. Todavía tenés fiebre.

—Estoy bien.

Sabía que le mentía. Sufría por la herida en la pierna y tenía frío.

—Gálvez, vamos con Camila a buscar leña. Ya volvemos.

Gálvez se recostó tranquilo después de verificar que Gómez ató la cuerda a un tronco y a su cintura, y le arrojó un beso a Camila cuando esta se dio vuelta y le sonrió.



Habían comido galletas dulces y bebido unos tragos de mate cocido. El fuego, que crepitaba dentro de un círculo de rocas en el acceso a la cueva, alejaba el intenso frío de la noche serrana y mantenía a raya a los animales. Gálvez dormitaba bajo la manta de polar y sobre un colchón de paja que Gómez había cortado para aislarlo de la piedra helada. Camila, sentada entre las piernas de Lautaro, agradeció a Dios por tenerlo a sus espaldas. Sin él, ella y Sebastián, ciudadanos inútiles, habrían perecido.

—¿Estarán buscándonos?

—¿De noche? No. Por supuesto que ya saben que hemos desaparecido, pero nos buscarán mañana, si es que no hay niebla de nuevo.

Camila apretó los dedos de Gómez.

—¿Qué vamos a hacer, Lautaro?

—Esperar a ver si nos encuentran. Bianca sabe qué dirección tomamos.

—¿Le habrán avisado a nuestros padres?

—Me temo que sí. Pobre vieja.

Camila inclinó la cabeza y empezó a sollozar. Gómez ajustó el abrazo en torno a ella y la atrajo para hablarle al oído.

—No llores, mi amor. Todo va a salir bien. Ya vas a ver. Estamos juntos. Juntos, somos invencibles.

—Todo esto es por mi culpa. Nuestras familias deben de estar desesperadas de la angustia. Y todo porque yo quería darte celos con Sebastián, por eso acepté que me mostrase ese lugar. Estaba loca de celos por que vos y Bárbara eran novios.

—Novios —se mofó él.

—¿Y qué eran, si no? —se enfadó ella.

—Estábamos jugando un juego, Camila. Ella lo sabía, yo lo sabía. Terminó en el instante en que salí a buscarte.

—¿Qué te dijo?

—No importa. Lo único que importa es que le dije que ni un ejército iba a detenerme. Iba a ir a buscarte y basta. ¿Sabés qué, mi amor? No me importa nada, no me arrepiento de nada. Si esto sirvió para que nos reconciliásemos, lo acepto con gusto.

—Siempre y cuando, a Sebastián no le cueste la pierna.

—Vení, salgamos un momento para buscar más leña. Hay que alimentar el fuego toda la noche para no helarnos. De paso, nos movemos un poco y entramos en calor.

—¿Cómo vamos a hacer para mantener el fuego encendido toda la noche?

—Vamos a hacer turnos para dormir.

—Bueno. Lautaro, tengo ganas de hacer pis.

—Te acompaño —dijo él, y se ató la cuerda a la cintura.

Abrigados como estaban, con guantes, gorros de lana y camperas de guata, el aire helado, no obstante, los calaba hasta provocarles temblores ingobernables.

—Alejate un poco más, Lautaro —castañeteó Camila—. No puedo, si estás tan cerca.

—Ya me di vuelta para no verte. ¿Qué más querés? ¿Tenés vergüenza de que escuche el ruido del pis?

—¡Lautaro, alejate!

—Pensá cuando seamos viejos, y te hayas hartado de escuchar

mis pedos y yo, los tuyos.

— ¡Escorpiano tenías que ser! Alicia tiene razón: son escatológicos por naturaleza.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué más podés decirme de los escorpianos?

— Con la bombacha baja y a punto de congelarme, no voy a decirte nada.

Gómez consintió en apartarse unos metros para que Camila evacuase la vejiga. De regreso, juntaron las ramitas que divisaron a la luz de la linterna. Alimentaron el fuego y controlaron que Gálvez estuviese confortable.

— ¿Tenés sed, Sebas?

— Un poco.

Lo ayudó a beber agua mineral y le acomodó el suéter bajo la cabeza.

— Vení —le ordenó Gómez, y la obligó a salir de la cueva—. Mirá el cielo.

Camila ahogó una exclamación. Preocupada por ver dónde pisaba, había mantenido la vista hacia abajo, sin caer en la cuenta de que estaba perdiéndose un espectáculo sobrecogedor: el de miles de estrellas que tapizaban la bóveda negra. Por supuesto, Gómez se lo había señalado. A veces tenía la impresión de que él, además de su novio, era su maestro.

Gómez la sujetó por la cintura y le pegó la boca en la sien.

—¿Te acordás de aquel día en mi casa, nuestro primer día de novios, cuando te mostré el cielo raso de mi habitación? —Camila asintió—. Ahora, estás viendo el de verdad, como querías.

Camila introdujo con delicadeza uno de los auriculares en el oído de Lautaro, el otro, en el de ella, y buscó “Insensitive” en el MP3. La canción comenzó, y Camila y Lautaro supieron que no debían culpar a la helada por los estremecimientos que experimentaban.

—Nunca nos vamos a olvidar de esta noche —profetizó Lautaro.

—Nunca —acordó ella.

—Mi amor, ponela de nuevo y cantámela al oído.

Camila le dio el gusto, más allá de que terminó cantándosela sobre los labios.

Regresaron a la entrada de la cueva y se sentaron junto al fuego. Camila se acomodó entre las piernas largas de Gómez y se dedicó a remover los rescoldos con un palo.

—¿En qué pensás? —susurró Lautaro.

—En que, si vos no nos hubieses encontrado, probablemente, Sebastián y yo no habríamos sobrevivido. Ya estaríamos congelados.

—Habrían encendido un fuego.

—¿Cómo? No tengo idea de cómo hacerlo, sin mencionar que no tengo fósforos.

—Gálvez fuma. Él tiene encendedor. Lo habrían encendido,

movidos por la necesidad. ¿No conocés ese refrán que dice: “La necesidad es la madre de la invención”?

—¿Y la quebradura de Gálvez? Ni en mil años yo habría puesto el hueso en su lugar. *No way*. ¿Con qué se la habría curado y vendado?  
—Se tomó el rostro entre las manos—. ¡Dios mío! Me siento tan culpable.

—Fue Gálvez el que te convenció de que se apartasen del grupo.

—Y como yo le llevé el apunte para lastimarte, por eso ahora Dios está castigándome.

Gómez la envolvió con sus brazos, y la espalda de Camila se hundió en la morbidez de la campera roja. Apretó los ojos y entrelazó los dedos enguantados con los de su amado.

—Lo siento —oyó decir a Gómez—, pero, a pesar de que las condiciones en que estamos son muy malas, yo no puedo ver esto como un castigo.

—¿No? —farfulló Camila, con voz estrangulada.

—No, ni un poco. Ya te dije: si sirvió para que nos reconciliemos, lo acepto con gusto.

Camila se incorporó con delicadeza y se arrodilló frente a él, entre sus piernas. Se quitó los guantes y se inclinó antes de pasarle las manos cálidas por las mejillas frías.

—Y si la quiebra de la fábrica de mi papá, si la pérdida de nuestro departamento de la Recoleta y de nuestro dinero sirvieron para que te conociera, yo lo acepto con gusto. Quiero que sepas que le

agradezco a Dios por haberte puesto en mi vida. Antes, cuando teníamos plata e iba al Saint Mary, yo creía que era feliz. Pero ahora, que comparo esa vida con la vida que tengo con vos, me doy cuenta de que no tenía idea de lo que era la verdadera felicidad. La felicidad sos vos. La felicidad es Lautaro.

Los ojos oscuros de Gómez se abrieron con desmesura y fulguraron a la luz de las llamas. Camila, sin apartar las manos de la cara de él, se inclinó más y le acarició los labios con la boca entreabierta. Lautaro profirió un gemido ronco y bajó los párpados. Dos lágrimas se deslizaron por su rostro, y Camila las bebió con la punta de la lengua. Sin abrir los ojos, Gómez movió la cara con la intención de encontrar la boca de ella, de la que se apoderó sin moderación. La besó salvajemente. Los alientos de ambos, convertidos en vapor, se fundieron en el aire gélido de la noche, en tanto que los sonidos húmedos que producía el frenesí de sus labios, los clamores que surgían de sus gargantas, la agitación de sus respiraciones y el roce de sus camperas se acoplaron al concierto de rumores nocturnos.



—No y no —se empecinó Camila, al día siguiente.

—Ahora entiendo —se explicó Gómez— por qué dicen que los taurinos son tercos.

—Olvidate, Lautaro. No vas a alejarte de acá. No y no. Te vas a perder. Vos mismo me dijiste que es fácil perderse porque todo es igual.

—Voy a ir a buscar el arroyo en el que se cayó Gálvez. Se nos están acabando las bebidas.

—¿Cómo vas a hacer para subir?

—Ayer no podíamos ver nada por la niebla, pero ahora descubrí que se puede subir por un camino muy piola. Me habría ahorrado saltar como un boludo para desenganchar la cuerda.

—¡Lautaro! —lloriqueó—. ¡Te odio! ¡No quiero que nos dejes!

—Voy con la brújula.

—¿Y para qué sirve la brújula? Yo no sabría qué hacer con eso.

—Yo sí sé qué hacer con esto. Es lo primero que nos enseñan a usar en los scouts. También nos enseñan a dejar señales y a construir apachetas para reconocer el camino.

—Apa ¿qué?

—Apachetas —rio Gómez, y la abrazó—. Son montículos cónicos de piedras. Los construían los indios. Tengo que colocar señales arriba, Camila, por si vienen por ese lado, para que sepan que estamos aquí.

Gálvez los observaba y apenas levantaba las comisuras. El dolor

en la pierna y la fiebre le carcomían la fuerza, y un desánimo impropio de su carácter le ensombrecía los pensamientos. Esa mañana, Gómez, después de limpiarle la herida, le había asegurado que tenía buen aspecto. Él declaró no creerle. La pierna se le había hinchado hasta deformarse, y el latido se había vuelto feroz.

Para no volverse loca mientras aguardaba el regreso de Gómez, Camila recolectó leña, hojarasca, paja –la cortó con un cuchillo de Lautaro– y todo lo que juzgó útil: piedras, palos, cortezas de tronco, carrizos, que servirían para atar cosas, trozos de huesos. El ejercicio, además, la ayudó a entrar en calor, por lo que se quitó la campera y la colocó sobre el torso de Gálvez, antes de volver a salir para continuar con la tarea. Fue y vino del interior al exterior de la cueva incansablemente. En opinión de Gálvez, había recorrido kilómetros.

Gálvez desconocía que, en tanto trabajaba, Camila repetía el Padrenuestro y el Avemaría. ¿Cuántos había rezado? Todos los que no había rezado en su vida. Solo una vez acalló su incesante plegaria, cuando levantó la vista al cielo y divisó un ave enorme y negra, con las alas desplegadas, que planeaba no muy lejos de ella. “Un cóndor”, se emocionó, y pensó que era afortunada por admirar un espectáculo tan inusual; sabía que no era fácil verlos; estaban casi extintos por culpa del hombre.

“Es el ave que vuela más grande del mundo”, les había explicado el guía. “Con sus alas extendidas, llega a medir tres metros.” ¡Qué magnífico cuadro componían el cóndor, el cielo y el silencio! “Es un ave carroñera, que mantiene limpio el ecosistema.” Era un ave noble y útil. Camila prosiguió con su tarea de búsqueda de leña, sintiéndose acompañada por el vuelo pacífico de esa ave extraordinaria.

—¡Cami! —la llamó Gálvez—. Vení, haceme un poco de compañía.

Camila se sacudió las manos, entró en la cueva y se arrodilló junto al herido.

—¿Querés tomar agua?

—No —contestó Gálvez—. Hablame, contame algo. Estoy aburrido aquí, solo.

—Te cuento algo: me siento culpable por todo esto. No debería haberte llevado el apunte cuando me propusiste la insensatez de separarnos del grupo.

—Pero me diste bola y aquí estamos.

—Sí, porque quería darle celos a Lautaro.

Gálvez soltó un suspiro.

—La Langosta Gómez... ¿Quién habría dicho lo útil que resultaría?

—Vos sabés bien —le reprochó Camila— que sin él estaríamos muertos. No habríamos pasado la noche.

—Nadie lo niega. Pero, igualmente, no puedo evitar estar celoso. Anoche, cuando ustedes pensaban que yo dormía, los veía desde aquí darse el beso más *hot* que vi en mi vida. ¡Ey, Cami! ¡No te pongas colorada!

—Sos de lo peor.

Gálvez sacó la mano de debajo de la colcha y aferró la muñeca de Camila para evitar que se marchase.

—No te vayas. Quiero decirte algo. Se lo debo a la Langosta Gómez.

—¿Qué? —preguntó, con talante hostil—. Apurate, que quiero juntar más leña.

—Yo creía que eso del amor era un verso, que no existía, que, en realidad, era calentura u obsesión. Pero ahora, después de verlos a vos y a él, sobre todo a él, me doy cuenta de que sí existe, de que es verdad que existe algo que hace que la gente esté dispuesta a hacer cualquier cosa por el que ama.

—¿Vos nunca te enamoraste?

—Sí, de vos.

—Vamos, Sebas. De mí no te enamoraste. Me usaste para fastidiar a Lautaro.

—¿Fastidiar? ¿De dónde sacás las palabras? —Camila ensayó una mueca de impaciencia y cruzó los brazos en el pecho—. OK, lo admito. *Fastidiar* a la Langosta era una tentación difícil de resistir. Pero entonces, empezaste a gustarme de verdad. Sos una mina muy especial, Cami.

—Muy rara, querrás decir.

—Lo que sea. Pero me gustás mucho. De todos modos, soy buen perdedor, y sé cuándo retirarme de una batalla. A esta, la perdí. Lo que hay entre la Langosta y vos es demasiado fuerte para seguir

presentando pelea. —Se miraron fijamente. Luego de esa pausa, Gálvez habló de nuevo—: Gómez es un tipo con suerte. Vos sos una gran mina, Cami.

—Y él es la mejor persona que conozco.

—Sí —admitió Gálvez—, es un buen tipo. Creo que le debo la vida.

—Los dos se la debemos.



La oscuridad avanzaba, implacable, desde el Este, mientras el ánimo de Camila se precipitaba en un abismo de amargura: Lautaro no regresaba y pronto sería de noche. No sabía qué hacer. Rezar no la satisfacía y se había cansado de juntar leña y paja. Tenía las manos lastimadas y doloridas. Se limitaba a permanecer de pie a la entrada de la cueva y fijar la vista en el paisaje, ansiando un indicio del regreso de Gómez.

Lanzó un alarido al avistar una figura alta y delgada, que se recortaba en el horizonte de cielo rojizo. Echó a correr. Se abrazaron y se besaron como si hubiese pasado un mes.

—¡No vuelvas a dejarme! —lo increpó, en medio del llanto—. ¡Te lo prohíbo! Casi muero de la angustia.

Gómez le aplastaba el pelo con caricias rudas y le permitía desahogarse. La contemplaba con amor y una media sonrisa colmada de paciencia.

—Camila, tenés que pensar que, si hoy no nos encuentra nadie (y, con la hora que es, ya no creo que lo hagan), tal vez tenga que irme para buscar ayuda. Gálvez tiene mucha fiebre, y los analgésicos se van a terminar, además de que no sirven para la infección.

—La herida no está infectada —declaró, con aire de nena caprichosa.

—Tiene la pierna hinchada. Yo no entiendo mucho, pero me parece que no es buen síntoma. También hay que pensar en que la comida se nos va a acabar...

—¡No quiero que me dejes!

—Alguien tiene que quedarse con Gálvez.

—Quedémonos los dos —le suplicó, y Gómez la abrazó, colmado de ternura—. Lautaro, no me importa morirme, si estoy con vos.

Esa declaración, que Camila había expresado con el corazón en la mano, pareció tocar una fibra íntima en él, porque le atrapó la cara helada entre las manos y, después de someterla a una de sus miradas desestabilizadoras, se inclinó y la besó con una pasión que la dejó sin respiración. El beso fue largo y desmesurado, y percibían la energía en todo el cuerpo, desde el cuero cabelludo erizado hasta los tensos dedos

de los pies. En Camila nació, en forma de una agitación que le causó ardor en el pecho, la imperiosa necesidad de experimentar algo a lo cual no supo darle un nombre y que la dejó, además de aturdida, insatisfecha.

—¿Qué pasa? —jadeó Gómez.

Camila ocultó el rostro en su campera roja y sacudió la cabeza para negar. Después de todo, ¿qué le diría? Ni siquiera ella entendía lo que acababa de sucederle. Para conformarlo, expresó:

—Me siento tan sucia. ¿Podemos ir al arroyo? Podría lavarme bien los dientes, un poco las axilas, los pies, ponerme desodorante. — Entró en la cueva para buscar la mochila—: Sebas, ¿te molestaría quedarte solo un rato? Vamos y volvemos rápido al arroyo. De todos modos, casi no queda luz. No tardaremos.

Gálvez apenas separó la mano del suelo para concederles su venia. Guardaba silencio desde que había despertado, y, si bien no se quejaba, Camila y Lautaro sabían que se sentía muy mal, no solo a causa de la herida y de la fiebre; tanto analgésico con el estómago casi vacío comenzaba a pasar factura. Le dejaron a mano el termo con agua y un par de galletas dulces, y le acercaron un palo y varias piedras por si al zorrillo que habían visto merodear se le ocurría entrar para quitarles la poca comida que les quedaba.

De camino al arroyo, Gómez reiteró su decisión:

—Mi amor, si mañana, apenas amanezca, nadie ha venido a rescatarnos, voy a tener que ir a buscar ayuda. Gálvez está muy mal.

Camila asintió y contuvo el llanto. Quería ser un sostén para él,

no una carga.



Los nervios y el cansancio la vencieron poco después de que regresaron del arroyo. Sintióse más limpia y con la mochila como almohada, se recostó sobre un colchón de paja y cerró los ojos.

—Se quedó dormida —oyó decir a Gálvez, y el instinto le indicó que no lo sacase del error—. Creo que si tardabas un minuto más, iba a volverse loca. Fue y vino mil veces, como una leona enjaulada. Mirá, juntó leña para un mes. —Dado que había tomado los analgésicos media hora antes, Gálvez se sentía un poco mejor y en disposición conversadora—. Nunca había visto una mina tan enamorada de un vago. Tenés suerte, Gómez. —Lautaro siguió acomodando el contenido de la mochila y sacando las botellitas y el termo que había llenado con agua del arroyo—. Ey, Gómez, ¿quién iba a decirnos que vos y yo estaríamos juntos en este quilombo?

—No estaríamos juntos en este quilombo si no fuese por tu ocurrencia de apartar a Camila del grupo para transártela.

—Yo no la aparté para transármela. En verdad, quería mostrarle

un lugar alucinante que conozco. A Camila no la conquistás como a las demás. Es distinta. —Aunque Gálvez notó que irritaba a Gómez, prosiguió—. A ella no la impresiona nada de lo que impresiona a las demás. Es más fácil interesarla diciéndole que estás leyendo un libro o mostrándole un paisaje, que usando ropa de marca, pasándola a buscar en un auto de la puta madre o mostrándole que tenés un Rolex. Es rara. Pero es la mejor mina que conozco.

—Gálvez, te estoy teniendo paciencia porque estás con la gamba rota, pero creo que va a ser mejor que te calles. Me estás rompiendo las bolas.

—No te calientes, Gómez. Hay algo que tenés que saber. Ella siempre te fue fiel. Incluso cuando vos le pasabas a Barby por las narices, jamás aceptó vengarse usándome a mí, y eso que se lo ofrecí, no así, directamente, pero, mientras vos te pavoneabas con Bárbara en la televisión, yo le dije que estaba loco por ella, lo cual es cierto. —Camila percibió que el aire en la cueva se crispaba—. Tenía en la mano el arma para joderte. En cambio, ¿sabés lo que me dijo? Que seguía enamorada de vos y que estaría jugando conmigo si aceptaba mi propuesta. No hay duda, es más rara que un perro verde.

Camila aguardó con el aliento contenido. Oyó que Gómez cerraba el cierre de la mochila de manera violenta. Lo oyó aproximarse y sentarse en el suelo, junto a su cabeza. Creyéndola dormida, la manipuló con delicadeza infinita para quitarle la mochila y acomodarla sobre sus piernas.

—Gálvez, quiero que te quede algo muy claro. —Gómez se expresó en voz baja e inalterable; no hubo matices, ni inflexiones; igualmente, podría haberle dicho: “Gálvez, tomá agua”—. Camila me

pertenece, y si volvés a acercarte a ella, te voy a quebrar las piernas. Así como te ayudé esta vez, no voy a tener ningún problema en quebrártelas después. Estoy harto de los que nos desean el mal. Toda la mierda empezó cuando a Bárbara se le ocurrió la magnífica idea de enviarle unos anónimos...

—No fue Barby la de los anónimos. Fue Lucía.

Camila se estremeció. Por fortuna, el espasmo que sufrió quedó camuflado con la alteración de Gómez.

—¿Qué decís?

—Fue Lucía. Para vengarse por lo del viejo, porque tu vieja lo echó de la fábrica de ustedes. Y el chabón ese con el que anda, Germán, le hacía los dibujos. Parece ser que se la gasta dibujando.

—¿Vos cómo sabés todo esto?

—Ella misma nos lo contó a Bárbara y a mí la noche de Vangelis, después de que ustedes se fueron. Nos pidió que la ayudásemos. Bárbara tenía que darte un beso para que ella les sacase una foto. No tuvo que hacer mucho esfuerzo. Le serviste la foto en bandeja.

—¿Y vos?

—Besar a Camila. Sí, sí, ya sé. Me vas a romper las piernas.

—Exactamente.



Por la mañana, después de dos noches en esa cueva, la situación se tornó crítica. Gálvez no despertaba; había perdido la conciencia y ardía en fiebre. Gómez calculó que sus pulsaciones eran bajas: cuarenta. Camila mojaba un pañuelo con la preciada agua del arroyo y se lo colocaba sobre la frente. Un minuto más tarde, el trapo estaba caliente.

Se había propuesto ser el sostén de Gómez y no estaba consiguiéndolo: mientras intentaba vanamente enfriar la cabeza de Sebastián, lloraba en silencio, agobiada por el miedo y, en especial, por la culpa. “Dios mío, no nos abandones. Por favor, enviá ayuda para que Sebas se salve. Acompañá a Lautaro. Protegelo, protegelo, te lo

suplico”.

Lo observó de soslayo; estaba serio y preocupado, mientras se ajustaba los cordones de las zapatillas, listo para partir. Al verlo colocarse la mochila, no atrapó a tiempo el sollozo, que rebotó en las paredes de piedra. Corrió hacia él y le arrojó los brazos al cuello.

—No hay otra, mi amor. Si no, Gálvez se muere.

—Sí, sí.

—Ya sabés cómo encender el fuego. Cuidá con tu vida los fósforos y el encendedor de Gálvez. Dependen del fuego para no congelarse de noche.

—¿Vos estás llevando fósforos?

—Sí, no te preocupes. Tengo todo. Ahí te junté más madera y hojarasca.

—¡Lautaro, perdóname! ¡Decime que me perdonás! ¡Por favor!

—¿Qué tengo que perdonarte? —se sorprendió él.

—Que me haya comportado como una imbécil después de que supe que habías salido con Bárbara en el verano. Si no te hubiese alejado de mí, nada de todo esto habría sucedido. Nunca nos habríamos peleado. Pero soy una imbécil y, aunque sabía que estaba haciendo algo malo, no podía parar, estaba fuera de control. Mis celos y mi rabia y mi miedo eran gigantescos, y yo soy así, un desastre...

Gómez la acalló con un beso.

—No pienso perdonarte.

—Sí, perdóname.

—Ahora no. Cuando volvamos a vernos, entonces sí te voy a perdonar.

Salieron abrazados al frío del amanecer. Camila había decidido no volver a hablar; sabía que, dijese lo que dijese, lloraría a gritos, y él se marcharía abrumado.

—Por si alguien los encontrase antes de que yo vuelva con ayuda, deciles que camino hacia el Este, que fue por el lado en que entramos. —Camila agitó la cabeza para afirmar—. No salgas de la cueva si hay niebla. Jurame que no lo vas a hacer.

—Lo juro —contestó con dificultad, pues le temblaban los labios, aunque no de frío.

—Y yo te juro por tu vida, que es lo más sagrado, valioso y hermoso que tengo, que voy a volver con ayuda. Vos quedate tranquila y confiá en mí.

Sin remedio, rompió a llorar. Sabía que no sería capaz de detenerse. ¿Cómo haría para no correr detrás de él cuando lo viera alejarse? No le importaría abandonar a Sebastián, no le importaría nada, excepto él. Y de pronto lo entendió, y el estómago le dio un vuelco, como si se columpiase al borde de un abismo sin fin: el amor que sentía por Lautaro Gómez no era normal ni común ni corriente. Era una fuerza, un poder, una magia, que ella, la simple Camila Pérez Gaona, llena de defectos y de temores, y solo un puñado de mortales a lo largo de la historia de la humanidad habían experimentado.

Entonces, sintió un agradecimiento infinito hacia Dios por haberla escogido a ella, a la simple Camila, para convertirse en la chica más afortunada del planeta.

—Mi amor —le susurró Gómez al oído—, necesito que te calles un momento. Me parece que oigo voces.

Camila, consciente de su imposibilidad de detener el llanto, hundió el rostro en el pecho de él e inspiró el aroma de su cuerpo para calmarse.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí!

Gómez la apartó bruscamente, se desembarazó de la mochila y trepó la roca con la agilidad de una cabra. Pasado el instante de estupor, Camila lo siguió.

—¡Aquí! ¡Aquí! —vociferaban y agitaban los brazos.

Se oían ladridos. Camila se detuvo de golpe y se llevó las manos a la boca para contener el alarido que le hacía erupción en el pecho, mientras, incrédula, veía a Gómez caer de rodillas y recibir a Max en los brazos. Un momento después, el grupo de baqueanos y de funcionarios del parque corrió hacia ellos y los abrazaron.

—Tu perro nos guió hasta vos, Lautaro —le contó el guardaparque.



Camila y Lautaro fueron transportados en una camioneta todo terreno. En el camino hacia el Centro de Visitantes del Parque Nacional Quebrada del Condorito, el guardaparque les explicó que el grupo de rescate había acampado en la quebrada para comenzar la búsqueda con las primeras luces del amanecer.

—Anoche, armamos las carpas no muy lejos de donde ustedes estaban. Tu perro te podría haber olfateado, pero el viento que se levantó anoche le jugó en contra. —Acarició la cabeza de Max—. ¡Qué animal magnífico!

El labrador iba sentado en la parte trasera de la camioneta. Camila y Lautaro lo abrazaban y besaban.

—¿Cómo es que está aquí? ¿Cómo lo trajeron? —quiso saber Gómez.

—Tu mamá y tu abuela viajaron con él en el avión militar que las trajo hasta Córdoba, junto con tus papás, Camila. Ellas les explicarán mejor. Pero te aseguro que no pudo haber sido mejor idea.

—¿Dónde está mi mamá?

—Ya avisamos por radio que los encontramos sanos y salvos. Los esperan en el Centro de Visitantes.

En el Centro de Visitantes, los esperaba, en realidad, una

pequeña multitud, que amedrentó a Camila. “¿Qué nos harán por habernos apartado del grupo?”. Apretó la mano de Gómez y lo miró a los ojos para absorber su fortaleza.

—Tengo miedo —susurró.

—No tengas —dijo él—. Estás conmigo.

Camila asintió y se obligó a volver el rostro hacia la ventanilla para enfrentar el destino con la misma ecuanimidad que desplegaba su amado. Los divisó en la primera línea de gente: sus padres, Josefina y Juan Manuel, estaban abrazados y reían y lloraban de emoción a la vista de la camioneta que se aproximaba con los extraviados. Advirtió, tras un velo de lágrimas, que Juan Manuel besaba a su esposa. ¿Esta tragedia habría servido para reunirlos a ellos también?

Se precipitaron fuera del vehículo apenas se detuvo, y una oleada de aplausos y de vítores se levantó de la multitud. Max saltaba y ladraba junto a ellos. Camila se lanzó a los brazos de su madre, y enseguida sintió el apretón de su padre, que las contenía a las dos, y los besos que le prodigaba en la cabeza.

—¡Perdón, perdón, perdón! —era lo único que atinaba a articular.

—No hay nada que perdonar. Nada —lloriqueaba Josefina.

—Los hice sufrir mucho. Desobedecí las órdenes y me alejé del grupo.

—¿Por qué?

—Por idiota. Porque quería darle celos a Lautaro con Sebastián.

—Después nos vas a contar bien —dijo Josefina.

Ximena, Lautaro y su abuela, los tres con ojos brillantes de lágrimas y de alegría, se aproximaron a saludarlos. Max caminaba pegado a la rodilla de su dueño. Ximena mantuvo abrazada a Camila y la besó dos veces en la mejilla.

—Ximena —sollozó Camila—, su hijo me salvó la vida. Sin él, Sebastián y yo nos habríamos muerto. Es la mejor persona del mundo.

Ximena soltó una carcajada mezclada con llanto y volvió a abrazarla.

—Gracias por haber traído a Max.

—Esa no fue idea mía —la corrigió Ximena—, sino de Brenda. Me dijo: “Mamá, llevalo a Max. Él lo va a encontrar”. Al principio, me pareció un disparate. Pero ya ves que resultó una idea estupenda.

—Sí, estupenda —acordó Camila, y el cariño que la hermana de Gómez le inspiraba adquirió un cariz profundo, como el que sentía por Nacho.

Juan Manuel y Josefina abrazaron a Gómez y, tras la declaración de su hija, que Lautaro le había salvado la vida, le agradecieron con frases halagadoras y le prodigaron encomios.

—Siempre vamos a estar en deuda con vos, Lautaro —expresó Pérez Gaona—. Nada es tan valioso para nosotros como nuestros hijos. Camila es nuestro tesoro más preciado.

—El mío también —contestó Gómez, solemne, y los adultos rieron.

—¿Por qué hay tanta gente? —preguntó Camila, mientras salían del Centro de Visitantes para subir a los automóviles que los conducirían a Alta Gracia.

—Han tenido al país en vilo —respondió la abuela de Gómez—. Están en todos los noticieros del país.



Las dos camionetas que los trasladaron hasta Alta Gracia frenaron a la entrada del Hospital Regional. Camila, que viajaba sola con sus padres, se apresuró a bajar, y lo mismo hizo Gómez. Se encontraron a mitad de camino y se abrazaron con actitud desesperada, sin prestar atención a las cámaras televisivas que los filmaban, ni a los periodistas que los observaban atónitos. La media hora de separación se había convertido en una pesadilla, y nada les importaba, excepto tocarse.

El personal del hospital, alertado de su inminente llegada, los aguardaba, listos para proceder a la revisión de protocolo. De nuevo, la hora en que los mantuvieron alejados, extrayéndoles sangre, auscultándolos, radiografiándolos, constatando sus reflejos y tomándoles la presión, estuvo a punto de aniquilar la cordura de los

pacientes. Ximena, Josefina y Juan Manuel se echaban vistazos, entre azorados y preocupados, al ver la intensidad del abrazo de sus hijos y las frases susurradas y apasionadas que se dirigían en medio del pasillo del hospital.

—Lautaro y Camila están muy bien —los tranquilizó el director—. Ni siquiera presentan signos de hipotermia, que es lo más común en estos casos.

El hospital emitió un parte para la prensa y, en menos de cinco minutos, los noticieros repetían la información.

En la cantina del hospital, desayunaron café con leche y medialunas. Debido a la alegría del reencuentro, habían olvidado lo famélicos que estaban; no obstante, al primer sorbo y al primer bocado, el hambre de casi dos días rugió en sus estómagos, y devoraron en silencio.

—Coman despacio —les aconsejó la abuela de Lautaro—. Después de dos días sin comer casi nada, les va a hacer mal llenar el estómago tan rápido.

A la salida, varios periodistas los encararon con micrófonos. Juan Manuel pasó el brazo por los hombros de su hija en actitud protectora, y Ximena hizo otro tanto con Lautaro.

—Los chicos están bien —declaró Pérez Gaona—. Les agradecemos su preocupación. Ahora queremos llegar al hotel para descansar. Han sido días muy duros para todos.

—¡Camila! ¡Lautaro! —gritaban los periodistas—. ¡Cuéntenos qué fue lo que pasó! ¿Por qué se separaron del grupo?

—Una travesura de chicos —declaró Ximena.

Dominada por su sentido de la justicia, Camila habló sin meditar y, de pronto, una decena de micrófonos le ocultó la cara.

—No es así. Una travesura de chicos estúpidos fue lo que hicimos Sebastián y yo, pero no lo que hizo Lautaro. Él arriesgó su vida al salir a buscarnos y, gracias a que él estuvo con nosotros todo el tiempo, ahora estamos vivos. Nos habríamos muerto sin él.

La declaración de Camila enmudeció por un instante a los periodistas, que enseguida reanudaron su interrogatorio vociferado. No hubo nuevos comentarios. Los Gómez y los Pérez Gaona subieron raudamente a las camionetas y se dirigieron al hotel.



Los compañeros de la Escuela Pública Número 2, que acababan de escuchar por televisión la declaración de Camila, salieron en bandada a recibirlos. Dos varones levantaron a Gómez y lo condujeron en andas hacia la galería del hotel, mientras los demás los seguían voceando su nombre y aplaudiendo. Camila abrazó a Bianca, Morena y Lucrecia y empezó a responder atropelladamente a sus preguntas. Vio

por el rabillo del ojo que, en el momento en que sus compañeros bajaban a Lautaro, Bárbara se abalanzaba sobre él. Se alejó, no con talante airado ni ofendido, sino para evitarse la amargura de verlos frente a frente. Aunque no dudaba del amor del Lautaro, la herida aún estaba abierta y le dolía.

En tanto Gómez arreglaba sus asuntos con la más linda de la división, Camila, que había logrado alcanzar la recepción del hotel, se abandonó a los brazos de Rita y lloró, mientras le pedía perdón.

— ¡Perdón por lo que te hice sufrir! ¡Perdoname, Rita!

— Te perdono, Cami. Lo importante es que están bien.

— ¿Se sabe algo de Sebas? — preguntó, en tanto se secaba el rostro con la manga de la campera.

— Nada todavía. — Rita chasqueó la lengua y abrazó a Camila, conmovida por sus ojos celestes que volvían a anegarse—. Tené fe, Cami. Todo va a salir bien.

— Tengo tanto miedo de que pierda la pierna — susurró, y revivió la angustia que había experimentado pocas horas atrás mientras observaba empequeñecerse en el cielo el helicóptero que se alejaba con Gálvez en estado crítico.

Más tarde supieron que lo habían conducido al Hospital de Urgencias de la ciudad de Córdoba, donde, primero, le estabilizaron las constantes vitales, y, luego, lo ingresaron en el quirófano para intentar salvarle la pierna.

Como el país contenía el aliento desde la desaparición de los tres

adolescentes porteños, el Hospital de Urgencias se vio tomado por asalto por medios periodísticos arribados desde los cuatro puntos cardinales. El cirujano realizó una declaración apenas abandonó el quirófano, incluso todavía llevaba puestos el mono y el gorrito, y el barbijo le colgaba bajo el mentón.

—La pierna de Sebastián no corre riesgos. Ha sido una fractura expuesta de la tibia de grado uno, es decir, con una herida pequeña, y, pese a que se trata de una fractura tardía, estamos sorprendidos porque no hay infección. Además, el hueso fue colocado de nuevo en su sitio.

—Doctor Di Bernardi —lo interrumpió una periodista—, ¿sabe que fue su compañero, Lautaro Gómez, un chico de dieciséis años, el que le colocó el hueso en su sitio?

—Eso oí. Sin duda, algo sorprendente. El chico sabía lo que hacía. Además, le inmovilizó las articulaciones circundantes, mantuvo la herida aislada y la curó con antisépticos. Estoy en posición de asegurar que Lautaro salvó la pierna y, tal vez, la vida de Sebastián.



Después de pasarse casi una hora bajo la ducha, Camila se envolvió en su bata, se sentó en una silla y le permitió a Bianca que le secase el cabello para que no tomase frío. En tanto, sus nuevas amigas le referían la escena que Bárbara y Lautaro acababan de protagonizar en la galería.

—Gómez le dijo: “Bárbara, no vuelvas a tocarme. Entre vos y yo no hay nada. Y ya sé que fuiste cómplice de esta (y la señaló a Lucía) para enviarle los anónimos a Camila. Manténganse lejos de ella o no respondo de mí”. ¿Qué quiso decir con eso? —se interesó Lucrecia—. ¿De qué anónimo habla?

Camila les contó someramente e insistió en que terminasen de relatarle lo sucedido momentos atrás, entre Bárbara y Gómez.

—No pasó mucho más —admitió Morena—. Barbarita se fue llorando, con su perro faldero por detrás.

—Cuéntenme, por favor, qué pasó el día en que desaparecimos.

—Yo era la última que los había visto, a vos y a Gálvez —Bianca no lo llamaba Sebastián porque el musculoso le inspiraba un miedo reverencial—, y después a Lautaro, así que todos me preguntaban a mí.

—¿Cuándo nos viste a Sebas y a mí? Yo no te vi.

—Volví a buscarte al bosquecito porque no salías, y ahí te vi charlando con él. Y escuché lo que él te decía. Me sorprendió que aceptaras.

—Sí, fui una imbécil. Bianqui, cuánto me alegro de que vos

hubieras visto para qué lado tomábamos. Te habrán vuelto loca a preguntas.

—Eso no me importaba. Quería decirles bien las cosas, quería ser precisa para ayudar con la búsqueda. Me llevaron al lugar exacto desde donde los vi partir a ustedes y a Lautaro.

—Y de él, de Lautaro, ¿qué podés decirme? Él me contó que habló con vos.

—¡Eso fue para alquilar balcones! —saltó Morena.

—¡No sabés cómo se puso *Barby*! —acotó Lucrecia, y Camila percibió que los lazos de fraternidad con esas chicas se afianzaban.

—De pronto —retomó Bianca—, veo que Lautaro camina en dirección contraria (él iba con Bárbara más adelante) y que viene hacia nosotras.

—Traía una cara... —evocó Lucrecia.

—Parecía que se quería comer a alguien —puntualizó Morena.

—“Bianca, ¿dónde está Camila?”, me encaró, y yo no sabía qué hacer, pero me miraba de un modo, que empecé a hablar como una tonta.

—Sí —ratificó Camila—, conozco esa mirada.

—Le dije todo. Que te habías ido con Gálvez, que él te había convencido, que vos al principio no querías... Todo. Me hizo volver al exacto lugar donde los había visto irse. Y me hizo mostrarle qué dirección habían tomado. Bárbara lo seguía y le iba gritando cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Uf! —suspiró Morena—. Le decía que te dejara sola, que de seguro estabas cogiendo con Gálvez, que te dejase coger en paz, que no se metiera, que vos y él ya no eran novios, que no entendía por qué se preocupaba por vos, e insistía en que vos y Gálvez estaban cogiendo.

—También le dijo —intervino Lucrecia— que le iba a buchonear a Rita que vos y Gálvez se habían fugado y que él pensaba ir a buscarlos, así lo detenían y no lo dejaban ir.

—Perra —masculló Camila—. ¿Y él qué le dijo?

—Que si abría la boca, se olvidara de que él existía —recordó Morena—. Y le dijo algo que me hizo suspirar: “Ni un ejército me va a detener. Voy a ir a buscarla así tenga que cruzar el Infierno”. Con esa frase matadora, Bárbara cerró la boca, dio media vuelta y se fue.

—Yo le dije a Rita que se habían ido —confesó Bianca—. Como no volvían, nos asustamos. Y decidí contarle todo a Rita.

—Gracias, Bianqui. Hiciste lo correcto. Aquí la única imbécil fui yo.

—Y Gálvez —acotó Bianca.



Camila se tomó unos minutos para apreciar la sensación de la ropa limpia sobre la piel perfumada. Se dio cuenta de que esa escapada, que habría podido terminar en tragedia, le había servido para valorar comodidades y lujos que ella siempre había dado por sentados. Se observó en el espejo y se vio demacrada y enflaquecida, aunque no fea. Se ocultó las ojeras, se arqueó las pestañas y se mojó el cuello con una colonia que Morena le insistió en que probase.

Salió al pasillo y, aunque estaba tentada de ir a buscar a Lautaro, se encaminó hacia la de sus padres. Esa era otra sorpresa: que ocupasen la misma habitación. Llamó a la puerta y le abrió Juan Manuel, que tenía un diario en la mano. Josefina, recostada en la cama, veía el noticiero. Volvieron a abrazarse los tres y guardaron un momento de silencio hasta que se diluyeron las ganas de llorar.

Camila advirtió que no había una cama matrimonial, sino dos individuales, y dedujo que, dada la capacidad colmada del hotel, sus padres se habían avenido a aceptar la única habitación libre que quedaba. No debía hacerse ilusiones de una reconciliación.

Sin embargo, algo había cambiado entre sus padres, como también entre sus padres y ella. La tormenta que había caracterizado su relación en los últimos tiempos, sobre todo con Josefina, comenzaba a amainar. Se sentó y les contó todo, desde la felicidad que había significado para ella encontrar a un chico como Lautaro Gómez, siguiendo por la desazón que le habían ocasionado los anónimos, la desesperación que le provocó enterarse de que Bárbara y Lautaro

habían sido novios de verano, para terminar por confesarles que había decidido fugarse con Gálvez para darle celos a Gómez.

Josefina y Juan Manuel la escuchaban en silencio y solo la interrumpían para formularle preguntas puntuales. Al terminar el relato, Camila bajó la cabeza y se quedó a la espera del sermón.

—Juan —la oyó decir a Josefina—, esto que nos cuenta Camila me recuerda a aquella novia tuya, la pelirroja, que siguió molestándote incluso después de que nos casáramos. ¿Te acordás?

—Susana Tribejo.

—Veo que la recordás.

—Josefina, ¿cómo no voy a recordarla si casi la matás?

—¿Cómo? —se asombró Camila.

—Sí, hija. Tu madre la agarró de los pelos rojos que tenía y la sacudió como a una muñeca de trapo. La pobre quedó estúpida.

—¡La pobre! Era una zorra, Juan. Y no quedó estúpida. *Era* una estúpida. Y una lagartona, que quería quitarme a mi marido.

—Después de la zarandeada que le diste, querida mía, nunca más la volvimos a ver.

Camila rio a carcajadas. Juan Manuel y Josefina se le unieron.



Al día siguiente, mientras desayunaban, Rita anunció que acababan de informarle que Sebastián Gálvez había pasado bien la noche en terapia intensiva y que su pierna evolucionaba favorablemente. Vítores y hurras inundaron el salón. Una vez acallados, la celadora volvió a tomar la palabra para referirles que, después de varias conversaciones telefónicas con las autoridades del colegio y las ministeriales, y de consultar a los padres de Lautaro y de Camila, se había decidido seguir adelante con el viaje. Les quedaban tres días antes de emprender el regreso. De nuevo se levantó una alegre vocinglería.

Los Pérez Gaona habrían preferido regresar con su hija. Si bien adoptaron una actitud mesurada y no se enfadaron, les resultaba difícil olvidar la desazón padecida durante las interminables horas en las que su preciada Camila había estado desaparecida. Sin embargo, al verla tan animada con la idea de compartir esos últimos días con sus compañeros, prestaron el consentimiento de mala gana y la llenaron de advertencias y consejos.

—En realidad —expresó Juan Manuel, en presencia de Gómez—, por lo único que dejamos que te quedes es porque está Lautaro para cuidarte.

—Yo tenía miedo —contó Josefina— de que Lautaro no los

hubiese encontrado y de que vos y Sebastián anduviesen perdidos por un lado, y Lautaro, por otro. Yo sabía que, si Lautaro estaba con ustedes, iban a sobrevivir al frío y a los demás peligros.

—Yo la voy a cuidar —prometió Lautaro—. Toda mi vida —añadió.



Gálvez regresó al colegio con la pierna enyesada desde la ingle hasta el talón y asistido por un par de muletas. Entró en el aula, y los compañeros se amontonaron para saludarlo y palmearle la espalda. Se había ganado el respeto de sus pares al declarar ante los medios periodísticos que la culpa había sido de él, que él había convencido a Camila de acompañarlo, que le había prometido que regresarían pronto para unirse al grupo nuevamente y que había fanfarroneado al asegurarle que conocía muy bien el parque, cuando hacía años que no lo visitaba. “Le debo la vida a mi compañero Lautaro Gómez. Sin él, creo que Camila y yo no habríamos contado el cuento”, remató.

Gálvez demostró que hablaba con el corazón cuando le pidió a su padre —después de años de ausencia, había reaparecido al enterarse por la televisión de la tragedia vivida por su hijo—, un hombre muy

rico, que se hiciese cargo de los gastos en los que había incurrido el gobierno de la provincia de Córdoba para rescatarlos, ya que, por la ley 9.856 de 2010, los que se extravían en las sierras deben hacerse cargo del costo de las tareas de rescate. El padre, que deseaba compensar al hijo por los años de abandono, consintió a su pedido y extendió un cheque por una cifra con varios ceros, aunque esa suma constituía solo una parte de las erogaciones incurridas para buscarlos; del resto, se harían cargo las instituciones públicas.

Las declaraciones de Gálvez terminaron de catapultar a la fama a Lautaro Gómez, que se convirtió en el héroe del momento. Era el chico que había ganado el Primer Maratón de Matemáticas y Física y el que le había salvado la vida a sus compañeros. Imágenes de él resolviendo los desafíos matemáticos y físicos durante el maratón se repetían en los noticieros, intercaladas con otras en el Centro de Visitantes de la Quebrada del Condorito o en el Hospital Regional de Alta Gracia. Se hacía hincapié de su participación en el movimiento scout y se pasaban filmaciones caseras con Lautaro, en el típico uniforme, y sus compañeros haciendo obras de bien. Los videos que Brenda había subido a Youtube en los que Gómez aparecía con el karate-gui (el pijama, como lo llamaba Camila), dando muestras de su habilidad en esa disciplina, se convirtieron en los más visitados por esos días. Lo invitaban a participar en programas de radio y de televisión; lo querían entrevistar las revistas y los diarios; hablaban de él en los programas de política y de interés cultural como un ejemplo de integridad y de valores. Gómez aceptó hablar por teléfono en dos oportunidades con periodistas radiales a los que respetaba. Lo demás, lo rechazaba.

Su popularidad le significaba que lo detuviesen en la calle, en el supermercado, en la puerta del cine, en la heladería, para saludarlo y

colmarlo de halagos. Las chicas le coqueteaban y le pedían autógrafos y le entregaban papelitos con sus nombres y sus números de celulares. Camila temblaba de celos y de inseguridad, y se aferraba a lo que Alicia le había explicado cuando volvieron a encontrarse en Buenos Aires.

—¿Qué aprendiste con todo esto, Cami?

—Que soy una boluda.

—No. Que sos más fuerte de lo que creías; yo diría, que sos poderosa, y que tu desconfianza en vos misma, que, por ende, proyectás en Lautaro, tiene que terminar. La vida está insistiendo en que te hagas con el poder con el que naciste y que camines tranquila y confiada. Siempre atenta, por supuesto, pero segura de que vos sos Camila, una gran persona, y de que, adonde vos entres, nada será igual porque tu luz lo cambia todo. Si no entendiste este mensaje tan manifiesto, la vida volverá a cachetearte hasta que lo entiendas. Así será.

Con esas palabras *in mente*, Camila apretaba la mano de Gómez, sonreía a quienes lo saludaban y se dedicaba a admirarlo y a amarlo. Era un ejercicio difícil, pero, como también aseguraba Alicia, el secreto para conseguir que se volviese una costumbre radicaba en la práctica.

—Camila, esta fama no es nada —le aseguró Gómez en una oportunidad en que un grupo de chicas lo asedió en un *shopping* para pedirle autógrafos; si bien ella no le había reprochado nada, él la conocía y sabía de sus dudas y temores—. Esta fama es igual que la niebla que tuvimos que bancarnos en el Condorito: hoy está, mañana desaparece. Y yo no soy tan idiota de aferrarme a algo que no existe. —

La atrajo hacia él rodeándole la cintura con ambos brazos—. ¿Pensás que arriesgaría lo que tenemos por una de esas? Pueden ser buenas minas, no lo niego, pero ¿quién es como mi Camila?

Era sabio su Lautaro, y tenía sentido del humor también, el que demostró la mañana del regreso de Gálvez al colegio, cuando este, después de saludar y responder preguntas, se acercó a su banco, apoyado en las muletas, y le dijo:

—¡Ey, *boy scout*! ¿A cuántas ancianitas salvaste hoy?

—A ninguna. Pero ¿no te contaron del boludo al que le salvé la pierna?

Las carcajadas se elevaron como un rugido, a las que le siguieron aplausos y vítores, mientras Gálvez, Gómez y Camila se estrechaban en un abrazo.



*Enero de 2012*

Camila pasaba una temporada en la casa de veraneo de los Gómez, en San Justo, una construcción de una planta, amplia, fresca y luminosa, en la que siempre flotaban las esencias que Ximena quemaba en los hornitos depositados en lugares estratégicos. A esa quinta, como la llamaban, la había construido el padre de Lautaro en un barrio cerrado, cercano a la fábrica, por eso para él tenía un valor especial. Se lo pasaba buscando rincones con la pintura descascarada, problemas de humedad, puertas que no cerraban, tablitas del parqué sueltas, ventanas que no corrían, y se empeñaba en arreglarlas o en hacerlas arreglar. Se levantaba antes que el sol para cortar el césped, podar los

ligustros y limpiar la piscina.

Esa mañana, Camila y Ximena lo observaban desde sus cómodas posiciones en la galería, mientras compartían mate, palmeritas y biscochos. Max caminaba junto a Gómez, al ritmo de la cortadora de césped.

—Lo imita a Héctor —comentó Ximena—. Me parece estar viéndolo, empujando esa misma máquina para cortar césped y con ese pañuelo en la cabeza.

Camila sonrió ante la mención del pañuelo con el que Gómez se había envuelto la cabeza; lo había atado con cuatro nudos, como hacen los hinchas en los partidos de fútbol. Se quedó quieta, y el pecho se le agitó a causa del anhelo que Lautaro le provocaba, aun cuando el sueño todavía la amodorraba. Habría considerado un sacrilegio levantarse a las siete en vacaciones si no hubiese sido porque quería compartir con él cada instante de ese último día juntos. Por la tarde, sus padres vendrían a buscarla para ir a pasar una quincena en una playa de Florianópolis, en Brasil.

Eran las primeras vacaciones en mucho tiempo y, sobre todo, las primeras después del período de separación, que se prolongó durante varios meses luego del rescate de Camila. Sin embargo, ese hecho había colocado un mojón en la relación de Josefina y Juan Manuel, a partir del cual las cosas empezaron a cambiar para bien. Nunca olvidaría la tarde de finales de noviembre, días después del cumpleaños de Lautaro, en que, de vuelta de lo de Alicia, se topó con la valija de Juan Manuel en el comedor. Oyó las voces y las risas de Nacho y de sus padres, provenientes del dormitorio, y se tapó la boca para refrenar el llanto. Sin delatar su presencia, cruzó corriendo la

cocina y se encerró en su habitación para llamar por teléfono a Gómez.

—¿Lautaro?

—Hola, mi amor.

—Yo... —alcanzó a pronunciar, antes de que se le cortase la voz.

—Camila, ¿estás ahí? —Camila sollozó—. Ah, sí, ya entiendo. Te acabás de enterar de que tu viejo volvió a tu casa.

—Sí —fue lo que consiguió articular.

—Nacho me llamó hace diez minutos para contarme.

—¿Sí?

—Sí, ya sabés cómo es de ansioso. Estoy feliz por vos, mi amor.

—Gracias —susurró, porque, gracias a él, había soportado aquel domingo espantoso en el que Juan Manuel abandonó el hogar familiar, y también, gracias a él, había aprendido a conocerse y a ser mejor persona. Solo con él quería compartir una de las mejores noticias del año.

El recuerdo le llenó los ojos de lágrimas, y también se le mezcló con la tristeza que le causaba imaginar el sufrimiento de Gómez por la ausencia del padre. ¡Cómo lo había querido! ¡Cómo lo seguía queriendo! A veces, la fastidiaba que existiese un aspecto en la vida de Lautaro que a él le provocase una pena tan honda y que ella no pudiese solucionar. En ocasiones, cuando sus partes oscuras prevalecían sobre las luminosas, sentía celos del padre de Lautaro, y, enseguida, se avergonzaba. No era fácil perder las mañas.

Lo observó con ávido interés, mientras él empujaba la cortadora de césped. Solo llevaba traje de baño y ojotas. Le estudió la espalda bronceada, los brazos largos y flacos, aunque fibrosos, las piernas peludas y el perfil de nariz tan peculiar. “Tan de Lautaro”. Él detuvo la máquina y se dio vuelta para mirarla, como si hubiese oído que ella estaba llamándolo con la mente.

—Ximena, ¿puedo llevarle un mate?

—Por supuesto.

Se ajustó la salida de baño, se calzó las ojotas y se lo llevó, además de dos biscochos de grasa, que a él le encantaban. Gómez la besó en los labios antes de succionar la bombilla. Camila se acuclilló para acariciar a Max.

—Hola, tesoro mío. Sos el perro más lindo del mundo, ¿sabías?

—Max ladró; movía la cola sin cesar—. Sí, claro que sos el mejor y el más lindo.

—Te levantaste temprano —comentó Gómez—. Qué raro. ¿No me dijiste que a los de Tauro les gusta dormir?

—Sí, pero hoy es nuestro último día juntos y me sacrificué por vos, porque quiero aprovecharlo para estar con vos todo el tiempo.

—Pero estabas con mi vieja, no conmigo —le reprochó.

—Estaba desayunando. Mi amor por vos es inmenso, pero no subestimes la necesidad taurina de comer. —Extendió la mano para recibir el mate y, cuando estaba por agarrarlo, Lautaro lo apartó.

—Llévalo y volvé —le ordenó.

—Ximena, te abandono —le anunció Camila, que, desde hacía un tiempo, la tuteaba, a pedido de la madre de Lautaro.

—Me parece muy bien.

Gómez la ubicó delante de él, le colocó las manos sobre la empuñadura de la cortadora de césped y se las cubrió con las suyas.

—Ayúdame a cortar el césped —le susurró al oído, y arrancó la máquina.

—Te ayudo porque te amo, porque otra cosa que no te dije es que las taurinas somos cómodas y un poco vagas.

Se desplazaban con pasos cortos y torpes, y Camila soltaba risitas nerviosas para disfrazar la inquietud que le causaba ese contacto con el cuerpo de Lautaro.

—Hablame de los escorpianos.

—Ya te dije todo lo que sé. Que son los más complejos e hinchas del Zodíaco.

—Yo leí algo el otro día que vos nunca me contaste.

—¿Sí? ¿Qué?

—Que Tauro y Escorpio, en la cama, son una explosión de placer. Así decía.

Las uñas de Camila se hundieron en la gomaeva de la empuñadura.

—No lo sabía —mintió.

—Bueno —suspiró Gómez—, supongo que, algún día, lo descubriremos.

El rugido del motor de la cortadora llenó el silencio. Semanas atrás, Camila y Josefina habían sostenido una conversación seria, profunda y madura acerca de las relaciones sexuales, tal vez la primera conversación con el corazón en la mano que Camila sostenía con su madre. Días más tarde, Josefina sacó un turno con la ginecóloga, y fueron a la consulta. La médica, de unos cincuenta años, le habló de muchas cuestiones, y Camila salió mareada a causa del exceso de información. Al otro día, Alicia la ayudó a clasificarla y a procesarla.

—¿Por qué todavía no tuve relaciones con Lautaro? —se preguntó, con una mueca de fastidio—. Lo amo con toda mi alma. ¿Por qué, si el deseo que siento por él a veces me deja estúpida?

—¿Hay alguna ley que dice que ya deberías haber tenido relaciones con él? —Camila sonrió con desgano y negó con una agitación de cabeza—. Entonces, no te des manija con eso. Todavía sos muy chica, Cami. Tenés dieciséis años. Y hacer el amor no es juego de niños, aunque ahora esté de moda entre ustedes, los adolescentes. Después, vienen los embarazos precoces y los abortos. Una mala experiencia a tu edad puede trastornarte. Ustedes son juiciosos. Sabrán cuándo ha llegado el momento. Y serán felices. Algo que me gustaría pedirte es lo siguiente: la primera vez que hagan el amor será tan difícil para vos como para Lautaro. Te ruego que no te pongas nerviosa.

Camila se estremeció al evocar la recomendación.

—¿Qué pasa? Temblaste —le habló Gómez al oído.

—Nada —susurró—. Estoy bien.

Brenda irrumpió con su consabido buen humor, y Gómez detuvo la cortadora.

—¿Vamos a la pile?

Camila le envidió el espíritu libre y osado, mientras la observaba correr, solo con la bikini encima, y arrojarle al agua como un bombazo. Ella se despojó de su salida de baño en el borde de la pileta para revelar su traje de baño entero por un instante antes de entrar raudamente en el agua. Le quedaba muy bien, lo sabía, y las margaritas en tonos rosas, naranjas y blanco contrastaban con su piel tenuemente bronceada. No obstante, lamentaba que sus complejos le hubiesen impedido dar el gusto a Lautaro y usar una bikini.

Él se tiró de cabeza desde el trampolín y nadó por debajo del agua hasta tocarle las piernas. La arrinconó contra la pared, y Camila le quitó el pelo de la cara. Gómez le dijo:

—Ahora me alegro de que no te hayas comprado una bikini.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque todos en la playa de Brasil te querrían levantar, y yo estaría aquí, muriéndome de bronca.

—Aunque todos en la playa de Brasil quisieran levantarme, lo cual me parece un poco exagerado, pero bueno... Aunque todos quisieran levantarme, yo no le daría bola a ninguno.

—Pero, tal vez, si alguno con un lomo bien trabadito, todo bronceadito, insistiera mucho... No sé, tal vez, lo conseguiría, ¿no?

Camila le lanzó un vistazo furibundo y se removió para salir de

la piscina.

— ¡Ey, quieta ahí! No te ofendas.

— No sé cómo podés pensar que sería capaz de traicionarte. ¡Ni aunque viniese Brad Pitt lo haría! Parece que no sabés cuánto te quiero. ¿O lo decís porque, si a vos te coquetease una chica con bikini y un lomazo, me serías infiel?

— ¡Sabés que no! ¡Estaba haciéndote una joda! ¡Lo decía para hacerte un chiste!

— No me gustó tu chiste, Lautaro.

— Ya me di cuenta. Perdoname.

— ¿Por qué lo dijiste, entonces? Me heriste.

— Lo dije porque ya estoy loco de celos pensando que vas a estar lejos de mí quince días, mostrándote en la playa...

— No voy a estar *mostrándome*, Lautaro. Sabés cómo soy de vergonzosa. Me lo voy a pasar leyendo debajo de la sombrilla.

— ¿Sí? ¿En serio me lo decís?

Él rara vez desvelaba sus temores, en gran parte, porque no los tenía; pero, cuando alguno lo asolaba, circunstancia que lo irritaba y ponía de pésimo humor, se esforzaba por disimularlo. Por eso, porque él estaba mostrándole su pena y su inseguridad sin disfrazarlas, el corazón se le llenó de ternura y compasión. Le encerró la cara entre las manos y le dijo sobre los labios:

—Te lo prometo.

—¿Y me vas a llamar todos los días?

—¿Todos los días? —lo provocó.

—¡Camila, para eso te regalé el celular en Navidad y ayer te puse un montón de guita de crédito!

—Sí, pero ¿no te parece mucho, todos los días?

—Camila —la apremió, con impaciencia.

—¡Sí, sí! —claudicó ella—. Todos los días. Te lo prometo.

—¿Y me prometés que vas a caminar con la vista al suelo y que no vas a mirar a ninguno?

—No, eso no te lo voy a prometer, pero te prometo que te voy a amar toda mi vida, y que te voy a ser fiel siempre, en cualquier situación.

Él parecía sobrecogido en su silencio de mirada intensa.

—¡Bueno, bueno! —vociferó Brenda—. ¿Acaso soy de palo? Dejen de hacerse mimos y vamos a jugar a la pelota, que estoy más aburrida que un hongo.



Los Pérez Gaona pasaron la tarde en la quinta de los Gómez. Ximena y Juan Manuel hablaron mayormente de trabajo, mientras Josefina los acompañaba y los escuchaba con interés. Nacho se metió en la pileta para abandonarla solo cuando sus padres le anunciaron que se marchaban.

Entonces, Gómez tomó de la mano a Camila y la condujo a la parte trasera de la casa, a un sector solitario donde había una casilla, en la que guardaban las herramientas y los utensilios de jardinería. Cerró la puerta de chapa y la besó locamente.

—Llamame todos los días. Por favor —le rogó—. No quiero mensajitos. Quiero oírte la voz, aunque sea un minuto por día. Con el crédito que te puse, nos va a alcanzar. Y, si te quedás sin crédito, yo te hago una recarga virtual desde acá, no te preocupes.

—Nunca tengas apagado el celular —le pidió ella.

—Nunca lo voy a apagar, ni de noche. No quiero dejarte ir.

—No quiero irme.

—No te vayas.

—Voy a pensar en vos todo el tiempo, a cada minuto. Lo sé. Va a ser horrible.

—¿Qué día vuelven?

—El 1 de febrero, a la tarde. Yo te llamo cuando estemos llegando.

—¿Puedo ir a esperarte a la puerta de tu edificio?

—¡Sí, por favor!

—Prometeme de nuevo todo lo que me prometiste esta mañana, en la pileta.

—Te prometo que te voy a amar siempre, y que te voy a ser fiel toda mi vida, en todas las circunstancias. Y te prometo también algo más: cuando vuelva de Brasil, vamos a comprobar eso que dicen de Tauro y de Escorpio, que, juntos, en la cama, son una explosión de placer.

Lo besó en los labios y, aprovechando el aturdimiento de él, abandonó la casilla y corrió hacia el automóvil de su padre. No quería una despedida; no quería decirle “chau”; no quería verlo de pie en medio de la calle, mientras ella se alejaba; no quería pensar en el sufrimiento de una separación de quince días. ¡Qué tortura era amar!



Miércoles, 1 de febrero de 2012, en las inmediaciones de Buenos Aires.

—¿Pa?

—¿Sí, hija?

—¿Cuánto falta para llegar a casa?

—Si no hay mucho tráfico, en media hora estaremos allí.

Camila se pegó a la ventanilla del automóvil, apretó una tecla del celular y contó las llamadas. Al oír la voz de Lautaro, que, sin saludarla, le preguntó “¿Dónde estás?”, se le aceleraron las pulsaciones.

—Estamos llegando. En media hora estaremos en casa.

—Salgo para allá —declaró, y cortó sin más.

Camila cerró los ojos y apoyó el celular sobre su sonrisa. Tan solo media hora para volver a verlo. Aunque Florianópolis había resultado un lugar divertido, ella solo pensaba en volver y en el reencuentro con Gómez.

Hurgó en la mochila y extrajo el portacosméticos para embellecerse. Se puso desodorante sin mayor problema porque usaba una musculosa. Se cepilló el pelo y se lo recogió con dos prensitas. Se perfumó con Euphoria, lo que causó el enojo de Nacho, que le recriminó que estuviese ahogándolo. Y, por último, se pintó los labios con un brillo rosa que realizaba el bronceado de su piel y el celeste de sus ojos. Se echó un último vistazo en el espejito y concluyó: “Estás muy bien”.

Soltó un gritito de felicidad al verlo junto a la puerta de su edificio. A duras penas esperó que Juan Manuel detuviese el automóvil y se arrojó fuera para correr a sus brazos. Gómez la tomó por la cintura y la hizo dar vueltas en el aire. No les importó que los padres y el hermano de Camila, como también Aníbal, el portero, y los transeúntes los contemplasen con los ojos como platos. Gómez la apoyó sobre la vereda y la besó en los labios.

Juan Manuel Pérez Gaona se detuvo junto a la pareja con un bolso en la mano.

—Me parece, Jose, que el año que viene Lautaro tendrá que venir con nosotros de vacaciones, así nuestra hija no sufrirá tanto.

—Buenas tardes —saludó Gómez, y extendió la mano.

—¿Cómo estás, Lautaro?

—Muy bien, señor.

—Han hablado por teléfono todos los días —alegó Josefina, mientras se aproximaba para besar a su joven yerno.

—¡No es lo mismo, ma! —se quejó Camila.

—Lo sé, lo sé —acordó la mujer, y siguió su camino hacia el interior del edificio.

—¡Lauti! —exclamó Nacho, y le ofreció la mano para ejecutar el tradicional saludo que, tiempo atrás, habían inventado. Después, se dieron un abrazo.

—¿Qué tal, Nachito?

—Te traje un regalo copadísimo.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Gómez.

—Yo también —susurró Camila, en puntas de pie, y le sonrió con gesto cómplice, y le apretó la mano que no había soltado por un instante.

Gómez la miró con fijeza, sin devolverle la sonrisa; parecía concentrado en analizarla.

—Vamos —dijo al cabo—, los ayudo a entrar las valijas.

Permaneció el resto de la tarde en casa de los Pérez Gaona. Nacho lo acaparó para darle su regalo —una gorra de béisbol y un llavero de caucho en forma de L— y relatarle sus aventuras, mientras Camila aprovechaba para vaciar el bolso, poner a lavar la ropa y preparar los presentes para su novio.

—Hola.

Se incorporó, sobresaltada, y se dio vuelta. Desde la puerta, Gómez le destinaba una media sonrisa y una mirada chispeante.

—¡Qué bien te queda la gorra que te trajo Nacho! Me encanta cómo te va el azul con el bronceado.

Gómez se quitó la gorra y la arrojó sobre la cama antes de apresar la cintura de su novia y obligarla a estirarse para besarla.

—Camila... —pronunció sobre los labios de ella y soltó un suspiro, como de alivio—. No tenés idea de cuánto te extrañé.

—No tanto como yo, te aseguro. ¡Lautaro, no volvamos a separarnos nunca más! No lo aguanto. No lo paso bien sin vos.

—Yo tampoco, mi amor.

Camila le llenó de besos la cara y el cuello mientras le juraba que lo amaba más que a la vida, que él era el mejor del mundo y ella, la chica más afortunada. A Gómez, los arrumacos le hacían cosquillas, por lo que acabaron echados de costado sobre el lío de ropa en la cama. Agitados y risueños, se miraron en silencio. Camila extendió la mano y pasó la punta de los dedos por las mejillas y el mentón de él, y un escalofrío de placer la recorrió al comprobar que no se había afeitado. Él era un hombre, aunque tuviese diecisiete años; él tenía el corazón y la sabiduría de un hombre. “Mi hombre”, pensó.

—Te quiero dar mis regalos.

Gómez asintió, todavía callado y circunspecto, y se incorporó para recibir una bolsa de las *lojas* Hering.

—Espero que te gusten.

—Claro.

Había una remera blanca, de manga corta y escote en V, en cuya pechera destacaban varios símbolos del alfabeto japonés bordados en azul; debajo de estos, en letra más pequeña, también bordada en azul, se hallaba su escritura fonética en el alfabeto latino: *Karate ni sente nashi*.

—¡Está buenísima! Pero ¿cómo la conseguiste?

—La hice bordar para vos. En la tienda Hering tienen ese

servicio. Busqué en Google para ver cómo se escribe la frase en japonés. Espero que esté bien.

—¡Perfecta! Está copadísima. Gracias. Me encanta, de verdad.

—¿Te parece que el talle está bien?

Gómez se la colocó sobre el torso y Camila verificó que la sisa diera sobre el filo del hombro.

—Sí, creo que te va a quedar perfecta. Es corte *denim*, más bien ajustado. —Su mirada encontró la de él, y de pronto se sintió intimidada por la energía que despedían esos ojos oscuros. Siguió hablando de prisa, sin hacer contacto visual—. Y también te compré esto. —Le entregó un paquete—. Es un perfume. Una vez, vi un frasco vacío en tu casa.

Se trataba del Ferrari, el mismo que había descubierto en su mesa de luz el año anterior.

—Me encanta. Gracias, mi amor.

—Te compré otro regalo, pero te lo voy a dar en otro momento —añadió, y sonrió con gesto secretista.

La actitud comedida, casi enigmática, de Gómez contrastaba con el ánimo inquieto de Camila, y la ponía incómoda y nerviosa, por eso se apresuró a aceptar cuando Josefina les pidió que fuesen al supermercado por pan, leche y otros víveres. El confinamiento de su habitación estaba volviéndose insoportable.

En el palier, antes de apretar el botón para encender la luz, Camila reprimió un grito cuando Gómez la aprisionó contra la pared y,

en la oscuridad, le dio un beso que expresaba la frustración experimentada durante los últimos quince días; también comunicaba los celos, la inseguridad y la añoranza que lo habían seguido como compañeros fieles. Camila comprendió su desazón y abrió la boca en un acto de entrega y fidelidad. Pero también ella había sufrido durante esas dos semanas de distanciamiento, por lo que, en puntas de pie, ajustó sus brazos en torno al cuello de Gómez y le respondió con igual ardor.

—Me pareciste tan diosa cuando bajaste del auto —comentó él. Sus manos se desplazaban por el cuerpo de Camila, casi con violencia, y reclamaban zonas que antes no se habían atrevido a tocar, como sus glúteos y sus senos. La tensión en los músculos de Gómez parecía desafiarla a oponerse—. Y pensé que otros te habían visto así, tan linda, y tuve ganas de matar a alguien.

—Vos sabés bien que no hubo nadie.

—¿Y esos dos pelotudos que te abordaban en la playa todos los días? —Camila sonrió en la oscuridad y lo besó en los labios—. Nacho me lo contó, así que no me lo niegues. Uno de Rosario y otro de acá.

—¿Te contó también cómo les cortaba el rostro todos los días? ¿Te dijo eso también?

—Sí —farfulló, a regañadientes.

—Además, Nacho, que jugaba a la paleta con ellos todos los días, no hacía otra cosa que hablar del novio de su hermana, que es cinturón negro, primer dan. Así que los chicos no volvieron a mirarme por miedo al novio karateca, supongo.

Gómez rio a su pesar.

—No lo creo —refunfuñó—, seguro que siguieron mirándote. —  
Tras una pausa, sentenció—: No vas a volver a irte sin mí. ¿Entendido?

—Entendido, mi general.

Volvió a reír con desgano.

—¿Qué es ese regalo que vas a darme en otro momento? ¿Tiene  
que ver con la promesa que me hiciste antes de irte?

Camila experimentó alivio y pánico al mismo tiempo. Alivio,  
porque él no olvidaba la promesa, a pesar de que jamás la hubiese  
mencionado por teléfono, y porque a ella la habría avergonzado sacar  
el tema. Pánico, porque no sabía si estaba preparada. Asintió con la  
cabeza en la oscuridad y en deliberado silencio, y Gómez captó la  
afirmación al percibir el roce de su frente sobre la de él.

—Mañana te paso a buscar a las once y media.

—¿Adónde vamos? —susurró.

—A un lugar adonde puedas darme el otro regalo.



Al día siguiente, Camila se levantó temprano, colmada de una energía nacida de la expectación. Se preparó con esmero: se bañó, se depiló, se hizo el *brushing*, se maquilló apenas, se perfumó generosamente y se vistió con un conjunto que sorprendería a Lautaro.

Se sobresaltó al sonido del portero eléctrico. Miró el reloj: once y veintiocho, y sonrió al meditar que él también estaba ansioso.

—Entonces —habló Josefina, mientras se despedían—, van a pasar el día con sus amigos.

—Sí —mintió Camila—, con Beni, Lucre, Morena y Bianca. Vamos a ir al *shopping* y al cine.

—Tené el celular encendido todo el día, por favor. En el cine ponelo en modo vibrador.

—Sí, mamá.

—Y te quiero en casa a las siete.

—Está bien.

No le gustaba mentirle, pero no estaba preparada para compartir con su madre lo que haría. “Voy a hacer el amor con el chico que amo”, se recordó, y un vértigo le provocó cosquillas en el estómago, que se acentuaron al abrir la puerta del edificio y descubrirlo como aquel primer día, cuando pasó a buscarla para hacer el trabajo de Geografía, alejado, cerca del cordón de la vereda, con Max sentado a su lado y esa expresión indescifrable e hipnótica.

Él no hizo ademán de avanzar, se quedó quieto con los brazos cruzados sobre el pecho, y cuando Max se dispuso a correr hacia ella, una orden de Gómez mascullada por el costado de su boca, lo hizo sentarse de nuevo; igualmente, comenzó a temblar, a gañir y a golpear la vereda con la cola. Advirtió que los ojos de Gómez la escudriñaban de pies a cabeza. Ella, a su vez y en tanto se aproximaba, lo estudió a conciencia: tenía el pelo húmedo y se había puesto la remera que le había traído de Brasil; le quedaba ajustada, como lo había imaginado y deseado, para que le remarcase el vientre chato, le ciñese los brazos nervudos y le delinease los hombros cuadrados. Le gustaba ese jean, desgastado en las rodillas, y también el cinto de cuero con hebilla de bronce, y le encantaban las zapatillas Converse blancas que Ximena le había traído de su último viaje a Estados Unidos.

Se detuvo a escasos centímetros y, después de lanzarle una mirada pícaro y para fastidiarlo, se acuclilló y abrazó a Max.

—Hola, Maxito, hermoso mío. ¡Cuánto te extrañé!

La emoción del reencuentro condujo a Max a un paroxismo de ladridos y saltos, que Camila esquivó para escapar a las patas sucias del labrador. Otra orden de Gómez apenas mascullada lo devolvió a su posición original sobre los cuartos traseros.

—Hola —lo saludó, con una sonrisa nerviosa.

—Hola —contestó él, y avanzó un paso.

Camila elevó la barbilla para mantener el contacto visual. El perfume Ferrari, que se evaporaba de su cuerpo recién bañado, le invadió las fosas nasales e intensificó las emociones que la dominaban. Cuando él ladeó la boca y le dirigió una sonrisa socarrona y siniestra,

Camila casi echó a correr. Se había metido en un lío.

Gómez se inclinó y le saboreó los labios colmados de brillo con gusto a fruta. Camila los entreabrió para dejar escapar un sonido de complacencia y él aprovechó para chuparle el labio inferior y, acto seguido, penetrarla con la lengua. No se tocaban a excepción de sus bocas, y, aunque Camila reflexionaba que posiblemente Aníbal anduviese por allí, lo mismo sus vecinos, no conseguía romper el hechizo que la mantenía unida a esos labios.

Lautaro se apartó para expresar:

—Estás vestida igual que el día en que te conocí.

—Qué bueno que te diste cuenta.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Lo hice a propósito. Las zapatillas son nuevas —dijo, y las sacó de debajo de la larga falda blanca para mostrárselas—. Las otras me quedaron chicas. Pero son rosa, como las que viste aquel día. Y todo lo demás, desde la vincha hasta la pollera, son las mismas cosas que tenía cuando me conociste.

—Sí. Vamos —dijo, y la tomó de la mano para iniciar la marcha.

—¿Adónde?

—A mi casa.

La desilusión cayó sobre ella como un piano.

—¿A tu casa?

—No hay nadie. —Gómez giró apenas para mirarla y, enseguida, volvió a fijar la vista al frente—. Se quedaron en San Justo.

—Ah.

Camila elevó la vista al cielo y experimentó una súbita dicha al descubrir que se trataba de un día glorioso y diáfano, con una temperatura cálida, pero no bochornosa, y una ligera brisa que le soplaba el mechón sobre la frente. Se trató de una caminata de pocas palabras que no la incomodó; por el contrario, aprovechó el silencio para serenarse. Sus esfuerzos se desmoronaron cuando llegaron al edificio de los Gómez. Lautaro saludó a Eduardo, el guardia, con soltura, incluso intercambió algunos comentarios sobre fútbol. Jamás dejaría de admirarla su capacidad para conservar la calma cuando ella, en cambio, era un manojito de nervios.

La parquedad y el ensimismamiento desplegados por Gómez se desvanecieron en el instante en que las puertas del ascensor se cerraron tras ellos. La oprimió contra el espejo y la besó con la misma voracidad empleada el día anterior, en la oscuridad del palier.

—Mi amor, no sabés cuánto pensé en este momento.

—¿Sí? Creí que te habías olvidado.

—Olvidado... Sí, claro.

—Nunca lo mencionaste durante las llamadas.

—No era algo de lo que iba a hablar por teléfono.

—Qué bien te queda la remera. Estás tan lindo. Y me encanta el Ferrari —añadió, y le olisqueó el cuello.

—Y a mí, tu Euphoria me mata.

—¿Sí? Me lo regaló el chico que amo.

Gómez le clavó la vista, de pronto serio y, por un lapso infinitesimal, Camila se abismó en la profundidad de ese adolescente, con alma vieja y sabia, que, por alguna razón inexplicable, la había elegido a ella, a la simple Camila, como compañera. Sintió un calor en el pecho, que se le expandió por el cuerpo y que terminó alojado entre sus piernas.

El ascensor se detuvo, y Lautaro rompió el contacto. Abrió la puerta del departamento y le dio paso. Camila se adentró en ese sitio familiar y querido y, movida por la alegría, dio vueltas con los brazos extendidos, propiciando que su larga falda se acampanase y se elevase sobre sus pantorrillas, revelando las All Star rosa y los zoquetes del mismo color. Max ladraba y saltaba en torno a ella. Gómez la aferró por la cintura y la detuvo de golpe. La estrechó contra su pecho.

—Camila —le dijo de manera ferviente contra el pabellón de la oreja, humedeciéndosela con el aliento—. No vuelvas a dejarme.

—Nunca, mi amor. Nunca más.

Elevó la mano y le acarició el labio inferior, y enseguida advirtió la satisfacción que se apoderaba de él, que dejó caer los párpados y le apretó la parte más fina de la cintura, clavándole los dedos. Alentada por la entrega de Gómez, siguió el recorrido con la punta del índice y le acarició el delgado labio superior, y el contorno de la nariz, y el hueso de la mandíbula. Se colocó en puntas de pie para pasarle la lengua por la hendidura de la nariz, porque recordaba lo que esa acción había provocado en él tiempo atrás. No se equivocó: Gómez

expulsó el aire bruscamente, apretó los párpados y hundió los dedos en su carne hasta causarle dolor. La atrajo hacia él y le devoró la boca.

—Camila... Vamos a mi cuarto.

La tironeó por el pasillo, con Max por detrás, que quedó excluido cuando Gómez le cerró la puerta en el hocico. A Camila la tranquilizó que la cortina de enrollar se hallase prácticamente baja y que los rayos de sol que se filtraban por los resquicios hiriesen apenas la penumbra.

Gómez le quitó la carterita en bandolera y la colgó en el perchero.

—¿Estás seguro de que ni tu mamá ni Brenda van a venir hoy a Capital?

—Segurísimo.

—¿Y Modesta?

—Está en la quinta también.

Gómez le masajéó los brazos y volvió a besarla con apremio. Camila no le devolvía el beso, estaba quieta y aterrada. El despliegue de desfachatada confianza y desenfado que había protagonizado en el *living* se esfumaron cuando él tomó el poder y se puso en movimiento guiándola hasta su dormitorio. El momento se acercaba a pasos agigantados, al tiempo que su resolución la desertaba. Apartó la cara y apoyó la frente sobre el pecho de él.

—¿Te gusto?

Gómez la obligó a mirarlo.

—Estoy loco por vos y lo sabés.

—Quizás esta primera vez no sea muy buena, porque no tengo idea...

—Shhh —le siseó sobre los labios—. No te justifiques. Siempre estás justificándote.

—Lo siento, es mi Luna en Virgo. Tengo que ser perfecta para que me amen.

—Sos perfecta y te amo.

—No.

—¿No te amo?

—No soy perfecta.

—Sí, lo sos.

—No me gusta mi cuerpo. Lo odio.

Camila ahogó una exclamación de asombro cuando Gómez cayó de rodillas y le hundió el rostro en el vientre, donde permaneció inspirando el perfume de su remera y calentándole la piel con el aliento.

—Siempre olés tan bien —aseguró, y sacó la remera de adentro de la falda.

Camila ahogó una protesta al percibir la mano de él que reptaba por debajo de la remera y sobre su piel desnuda, y buscó el apoyo de sus hombros cuando él le introdujo la punta del índice en el ombligo, y

un temblor, que casi la voltea, la acometió de pies a cabeza. La turbación la dejó sorda, y tardó en oír que le pedía que levantase el pie para sacar la zapatilla. Así lo hizo, y Camila reparó en que no le quitó los zoquetes.

Se quedó quieta, la vista fija en la coronilla de él, mientras lo veía disponer de las zapatillas. La irrealidad de lo que estaba viviendo la dejaba sin palabras, sin pensamientos, sin aliento. “Estoy a punto de hacer el amor con el chico que amo”, se recordó de nuevo, y las palabras de Alicia se abrieron paso en el instante justo: “La primera vez que hagan el amor será tan difícil para vos como para Lautaro. Te ruego que no te pongas nerviosa”. “A decir verdad”, pensó, “no parece estar siendo muy difícil para él”, y, sintió envidia de la seguridad y de la soltura con las que él iba por la vida.

Cerró los ojos en un acto maquinal y la cabeza se le fue hacia atrás cuando las manos callosas de Lautaro se escurrieron debajo de la falda y treparon por sus piernas. Por supuesto, acababa de depilárselas y untarlas con crema; sin embargo, los otros defectos no se quitaban con la facilidad del vello. Sea como fuese, no podía retractarse. Estaba de pie frente al precipicio y tenía que reunir el valor para saltar. Y lo haría de la mano de la mejor persona que conocía. Confiaría en él y en su amor.

De rodillas, como si estuviese venerándola, Gómez la acariciaba con reverencia, le besaba el vientre y le hurgaba el ombligo con la punta endurecida de la lengua, y Camila se preguntaba si era posible sentir más intensamente. Tragó para humedecer la garganta. Con todo, su voz emergió como un gorjeo ininteligible.

—Tu otro regalo...

—¿Cómo?

—El otro regalo que te traje... está acá... debajo de mi ropa.

—¿En serio?

Camila asintió. Los ojos y la sonrisa de Gómez brillaron en la penumbra.

—En Brasil, me compré un conjunto de lencería para vos, para nuestra primera vez. Es blanco, con encaje. Una vez me dijiste que preferís la lencería blanca.

—Sí —dijo, y la calidad enronquecida de su contestación sorprendió a Camila porque revelaba que Gómez estaba perdiendo el control—. Sacate la remera, dejame ver el corpiño.

Lo obedeció y arrojó la prenda sobre el respaldo de una silla. Mostrarle sus pechos no representaba un problema; era de lo único que se enorgullecía.

Aún de rodillas, Gómez se irguió para apreciarlos.

—Qué hermosos son. Perfectos.

Se los cubrió con las manos, y Camila percibió el calor de su piel a través del encaje. En esa acción volvió a confirmar un detalle de la anatomía de Gómez que Alicia le había marcado tiempo atrás: las manos de Lautaro eran enormes. Observó con fascinación cómo los ocultaban por completo y los masajearon con movimientos lentos y circulares. Incapaz de reprimirse, empezó a gemir. Después cayó en la cuenta de que una mano había vuelto a escurrirse bajo la pollera e intentaba deslizarse bajo la bombacha.

—No. —La orden de Gómez ocupó el espacio e impactó en los oídos de Camila—. No cierres las piernas, no las aprietes.

—No puedo evitarlo.

—Podés, Camila. Podés hacer cualquier cosa.

Camila se relajó y separó las rodillas con indecisión.

—Algún día te me vas a ofrecer como la mujer del cuadro que está en lo de Alicia.

—*L'Origine du monde*, así se llama.

—Me calienta que hables en francés. Decime cosas en francés.

En tanto Camila balbuceaba frases para complacerlo, él se dedicaba a practicarle caricias desnaturalizadas, escandalosas y fascinantes, que la condujeron por un camino oscuro que acabó en una explosión de luz y gemidos. Al abrir los ojos, se encontraba desplomada en el piso de parqué. Gómez se suspendía sobre ella y la observaba con una sonrisa.

—Te creo.

—¿Qué?

—Que algún día me voy a ofrecer a vos como la mujer de *L'Origine du monde*.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque eso que me hiciste me encantó.

Gómez profirió una risotada, entre divertida y envanecida, y flexionó los codos para besarle los labios entreabiertos. Desde esa posición, la ayudó a quitarse la falda.

—Parate. Quiero verte solo con el conjunto y los zoquetes puestos.

La vieja Camila hizo el intento de protestar. La nueva y saciada no halló la voluntad para oponerse. Con la asistencia de Gómez, se puso de pie. De igual modo, le exigió:

—No enciendas la luz.

Se besaron, y Camila, sin palabras, le pidió que se quitase la remera. Le aflojó el cinto y lo ayudó a deshacerse de los pantalones. El primer contacto de sus pieles desnudas los condujo a una apremiante necesidad de experimentar la intimidad más profunda entre un hombre y una mujer.

—No aguanto más —confesó Gómez.

—¿Tenés profilácticos?

—Sí, compré ayer pensando en tu promesa.

Camila levantó el rostro y lo buscó con una mirada desesperada.

—Mi amor —se compadeció él—. ¿Qué pasa, Camila?

—Lautaro, decime que soy especial para vos. Jurame que esto que estamos viviendo es especial. Que no te da lo mismo hacerlo conmigo o con cualquier otra. —Luego de una pausa, agregó—: Por favor, necesito que me lo digas.

—Vos ya lo sabés, Camila. Vos sabés lo que significás para mí. Vos sabés lo que significa para mí que hayas aceptado que hagamos el amor. Para hacer el amor por primera vez en tu vida. Vos sos mi tesoro, lo más lindo que tengo. Mi amor, no puedo creer que estemos compartiendo esto. ¿Te das cuenta? Me imaginé este momento durante una bocha de tiempo. Algunas veces me decía que era un boludo por pensar que me ibas a dar bola. Sos tan perfecta. —Camila ahogó una risita llorosa y agitó la cabeza para negar—. Sí, sos perfecta y yo te quería para mí. Quería que me hablaras así como te veía que le hablabas a Benigno, con esa voz bajita y delicada. Y quería que me pasaras las manos por la cara como te las pasabas por la tuya para sacarte el pelo de la frente. No sé, me encantaba cómo lo hacías. Y me volvía loco cuando te pasabas la lengua por el labio. —Otra risita ahogada—. Y me perdía los recreos viéndote leer. Cualquier movimiento que hacías me parecía interesante. Y cuando algo del libro te hacía sonreír, bueno, yo sonreía también como un tarado. —La observó a través de la penumbra y le acunó la cara antes de decirle—: Te amo, Camila. Amo esto que compartimos. Es lo más hermoso que he tenido en la vida, te lo juro por la memoria de mi viejo.

Se besaron con frenética necesidad y, mientras lo hacían, Gómez la despojó de su último baluarte: el conjunto de lencería. Camila se cubrió con las manos y los antebrazos, y lo observó quitarse el calzoncillo con el aliento retenido.

Gómez la condujo hasta la cama y arrancó el acolchado y la sábana, que acabaron en el suelo. Camila se recostó y, ovillada, lo siguió con la vista hasta que él se perdió tras la puerta del baño. Sabía lo que estaba haciendo. Al cabo, reapareció con el profiláctico colocado. Camila se movió sobre la sábana para darle sitio y,

conservando su posición fetal, cerró los ojos. Sentía la insistencia de su mirada, pero no reunía el valor para levantar los párpados y enfrentarlo.

Esa noche, antes de quedarse dormida en su cama, repasaría los detalles de esa primera vez, y recordaría con infinita gratitud la paciencia con que Gómez la había guiado por un terreno que ella desconocía y que, a un tiempo, la seducía y la espantaba. Con palabras dulces, manos diestras y labios demandantes, había conseguido relajarla para que se abriese, confiada y receptiva. Disfrutó al sentir su peso sobre ella, que la sumió en el colchón, haciéndola sentir pequeña y protegida. Siguió las indicaciones que él le prodigó entre besos y halagos, mientras se abría paso, lenta y suavemente, dentro de ella. Al toparse con la barrera de su virginidad, se detuvo y la contempló con su habitual seriedad durante unos segundos antes de decirle con el acento que habría empleado para una súplica:

—Te necesito. —A continuación, la penetró con una embestida rápida y profunda, que le arrebató el último vestigio de inocencia.

Camila se mordió el labio para contener el grito de dolor.

—Mi amor —susurró Gómez, desbordado por las circunstancias y por la mueca angustiada de ella. Su respiración agitada se mezcló con las exhalaciones irregulares de Camila, que comprimía los ojos y reprimía, en vano, las lágrimas—. ¿Estás bien? Por favor, decime qué sentís. ¿Tanto te duele?

—Sí, duele un poco, pero no lloro por eso, sino de felicidad.

—Camila.

Gómez permaneció inmóvil para no aumentar el padecimiento de ella. Depositó besos sutiles sobre sus párpados cerrados y también en el puente de su nariz, en las mejillas y sobre el delicado mentón. Poco a poco, la tensión la abandonaba y ella comenzaba a sentirse segura y confiada. Se atrevió a abrir los ojos, y ahí estaba él, esperándola, con la ansiedad esculpida en el rostro, atento a sus gestos, deseoso de satisfacerla, de servirla, de saber qué pensaba, cómo se sentía, y supo con certeza meridiana que él actuaría de ese modo toda la vida.

Le sonrió para tranquilizarlo y lo besó en los labios antes de jurarle:

—Lautaro, te voy a amar la vida entera. Por eso estoy entregándome a vos, porque te quiero para siempre.

Lo oyó reprimir un sollozo, y sintió el imperio de su mano derecha que le apretaba el muslo y la apremiaba para que le rodease la parte baja de la espalda con las piernas. Así lo hizo para complacerlo, y también entreveró los dedos en su cabello y lo acercó para besarlo. Enseguida el beso los arrojó a una danza que, segundo a segundo, se tornaba febril y descontrolada. A Camila la extasió el gemido ronco y prolongado de Gómez, la tensión de sus músculos y la parálisis que lo acometió y que le congeló las facciones en una mueca de padecimiento. Amó que se desplomase sobre ella y gozó con las respiraciones entrecortadas que él le lanzó contra el cuello. Sonrió, henchida de satisfacción al caer en la cuenta de que era ella quien acababa de provocarle ese desbarajuste al poderoso y circunspecto Lautaro Gómez.

Gómez se retiró, se colocó de costado y, después de besarla en los

labios con una suavidad que contrastó con los embistes a los que la había sometido momentos atrás, la observó atentamente. Bajo esa mirada, sumado a que, así como estaba, desnuda y sin posibilidad de cubrirse, se sentía expuesta y vulnerable, Camila intentó darle la espalda y ovillarse. Él le colocó una mano sobre el vientre para impedir que se moviese.

—Decí algo, Lautaro, por favor. No me mires así.

—No puedo dejar de mirarte.

—¿En qué pensás?

—En lo que acaba de pasar, en nosotros.

—¿Lautaro?

—¿Qué?

—¿Podrías traerme algo para limpiarme? No quiero manchar la sábana, menos que menos el colchón.

Notó la sombra que le cruzó el entrecejo, mezcla de culpa y de sorpresa.

—Sí —contestó de prisa, y saltó de la cama y entró en el baño.

Ella lo vio marchar, completamente desnudo, y el anhelo por tener ese cuerpo de nuevo sobre el de ella se mezcló con la admiración que le inspiraba el desparpajo con el cual él se mostraba, y, en lugar de renovar la dicha experimentada apenas puso pie en lo de Gómez, la sumió en una inquietud que no supo identificar. ¿Qué le sucedía? ¿Tal vez se trataba de que no se atrevía a pedirle que volvieran a intentarlo?

La acobardaba el pánico al rechazo. “No, tal vez otro día”, temía que le contestase. En cuanto a la seguridad de Gómez para mostrarse desnudo, sin duda la afectaba porque ponía de relieve la caterva de complejos que la mantenían atenazada desde que tenía memoria.

Lautaro regresó con una toalla pequeña humedecida y sin el condón. ¿Adónde lo habría arrojado? No quería que Modesta lo viese entre los residuos del baño. Una punzada de desilusión le ahondó el mal humor: a ella le habría gustado quitárselo.

—Yo te voy a limpiar —declaró, cuando Camila estiró la mano para recibir la toalla—. Dejame —insistió, al notar la vacilación de ella.

Camila, que había vuelto a ovillarse, separó las rodillas del torso y se estiró sobre la cama temiendo, por un lado, ensuciar la sábana y, por el otro, exponerse. Lautaro le separó las piernas con delicadeza y ella cerró los ojos como única medida para ocultar su vergüenza. Él la limpiaba con tanta suavidad que, pese a los nervios iniciales, comenzó a adormecerse. Abrió los ojos con rapidez al sentirlo sobre ella. Lo descubrió besándole el filo que formaban sus costillas en el vientre, y se acordó de unos lunares que tenía por ahí a los cuales detestaba.

—¿Cómo podés decir que odiás tu cuerpo si es perfecto?

“¿Tan perfecto como el de Bárbara?”. La pregunta que jamás pronunciaría la deprimió, y para nada la ayudó cavilar que, muy probablemente, ellos habían hecho el amor en esa misma habitación. ¿Sí? ¿Habían hecho el amor o habían tenido sexo? “¡Camila! Sos una imbécil por seguir pensando en esto. Sí, lo sé, pero no puedo evitarlo. Menos que menos cuando él está tan serio después de nuestra primera vez. No sé qué le pasa. Creo que no le gustó. Creo que *yo* no le gusté en

la cama”.

Gómez estiró la toalla sobre el respaldo de una silla, y Camila observó las manchas rojas que la moteaban.

—Poné la toalla dentro de mi bolso —le pidió de mal talante—. Voy a llevarla a mi casa para lavarla. No quiero que Modesta ni tu mamá la vean. Se van a preguntar qué es.

—¿Lavarla? Ni se te ocurra. Voy a esperar a que se seque y la voy a guardar así, para siempre, con tu sangre, la de tu primera vez.

Lo miró con desconcierto y, enseguida, al percibir el nudo en la garganta, se giró hacia la pared y le dio la espalda. No quería que la viese llorar. “Creerá”, se dijo, “que, además de ser mala en la cama, soy una inestable y una histérica, y Lautaro odia eso, lo sé”. Se crispó al percibir que el colchón cedía mientras él se acomodaba.

—¡Camila! —exclamó, desesperado, al descubrir sus mejillas brillantes de lágrimas—. ¿Qué pasa? ¡Decime! ¿Te duele mucho? ¿Todavía te sale sangre? —Camila negó con la cabeza y se ovilló en la concavidad que formaba el torso de Gómez—. Por favor, decime qué pasa. Te hice doler *mal*, ¿no? Te pareció horrible. No te gustó.

—¡A vos no te gustó!

—¡Qué!

—A vos no te gustó. A vos te pareció horrible.

En una maniobra rápida y ágil que hablaba de sus dotes de karateca, la colocó boca arriba, se cernió sobre ella y le apretó los hombros con crueldad.

— ¿Qué estás diciendo?

— ¡Digo lo que siento!

— ¡Estás bardeando, Camila!

— Digo lo que siento — insistió, y en su gesto se reflejó la tozudez de un espíritu taurino.

— ¿Por qué pensás eso? — La angustia de Gómez la emocionó, y sus ojos volvieron a anegarse—. Camila, mi amor. Decime qué pasa. Para mí es superimportante que hablemos con la verdad, sobre todo con respecto a este tema.

— Te siento lejos, Lautaro. Estás callado, no me decís nada. Me mirás y no me hablás. No me decís qué sentiste. ¿Te gustó? — preguntó con miedo.

— ¿Si me gustó? ¡Fue lo más fuerte que sentí en mi vida! Vos no tenés idea — añadió, con aire abatido y mientras sacudía la cabeza.

— Entonces, ¿por qué...?

— ¡Porque sé que te hice doler! ¿Cómo te creés que eso me hace sentir? Sé que no te gustó.

— ¡Lautaro!

— Y yo no podía aguantar más. Estaba demasiado excitado. Desde que me prometiste que nos íbamos a acostar que vengo planeando esto y estaba muy caliente. No sé cómo no te lo hice ayer en el palier de tu casa.

—Lautaro. —Camila le atrapó la cara con las manos y lo obligó a descender para besarlo—. ¿En serio te gustó? —Gómez soltó el aliento con brusquedad y ensayó una mueca de hartazgo—. ¿Sí, te gustó? ¿Te gusté yo? Era mi primera vez, pero puedo aprender.

—Camila, Camila. —Cayó sobre ella, de pronto agotado, y la abrazó con destemplanza, sin importarle si le cargaba el peso del cuerpo, si sus manos la lastimaban—. Vos no podés saber lo que significa para mí que, después de haber estado con una chica, todavía tenga ganas de seguir estando, y seguir estando para siempre.

—Oh.

—Cuando uno se acuesta con una mina solamente por el sexo, lo que sigue después no es agradable.

—¿Qué sigue después?

—Sigue un profundo rechazo. Querés que se vaya. Querés irte.

“¿Eso sentías después de estar con Bárbara?”. En cambio, formuló otra pregunta:

—¿Y conmigo qué sentís?

—Siento que lo único que me detiene para no seguir haciéndote el amor es acordarme del dolor que te causé, acordarme de que es tu primera vez. —Camila se mordió el labio para refrenar el llanto. Gómez chasqueó la lengua y volvió a abrazarla. Le preguntó al oído—: ¿Por qué sos tan insegura?

—No lo sé. Pero lo soy y no puedo evitarlo. ¿Me querés de todos modos?

—¿Si te quiero? Camila, lo que siento por vos... Ni sé cómo definirlo. Y lo que sentí ayer cuando volví a verte después de estas dos semanas de separación... El corazón me latía tan fuerte cuando te vi bajar del coche de tu viejo que se me subió aquí —se señaló la garganta, y Camila le acarició la nuez de Adán—. Y hoy, cuando te apareciste en la puerta de tu edificio vestida como aquel día... Pensé que lo habías hecho para mí, para darme una sorpresa.

—¡Todo lo que hago lo hago para vos, Lautaro! Todo, mi amor.

—No sabés lo que sentí cuando me dijiste que mi otro regalo lo tenías puesto debajo de la ropa. Que te hubieses comprado un corpiño y una bombacha para estrenarlos conmigo en nuestra primera vez... Fue muy fuerte.

Se besaron apasionadamente, y Camila sintió sobre el muslo el modo en que Gómez respondía a las caricias osadas que ella le prodigaba en los glúteos. Él se apartó y se quedó mirándola, resollándole sobre la cara. Camila le quitó el pelo de la frente y le acarició las mejillas. Le sonrió con timidez antes de preguntar:

—¿En qué pensás?

—En que Camila Pérez Gaona es mía.

—Sí. ¿De quién otro podría ser? Solo de mi Lautaro.

—Me partís al medio cuando decís esas cosas. Siempre decís cosas que me ponen la piel de gallina. A nadie se le ocurrirían esas frases excepto a vos. Decilo de nuevo.

—Solo de mi Lautaro. No me imagino compartiendo esta

intimidad con ningún otro. ¿Por qué no me dijiste que estabas así porque pensabas que a mí no me había gustado? ¿Qué pensaste?

— Eso, que no te había gustado.

— ¡Me fascinó!

— Pero te dolió.

— Sabía que me dolería. Lo esperaba. Después de que pasó lo peor, me encantó, Lautaro. Ninguno cumplió la promesa que nos hicimos en las sierras, que nos contaríamos todo.

— Antes de decirte nada, necesito un tiempo para entender lo que me pasa, para digerirlo.

— Sí, entiendo, pero yo percibo tus estados de ánimo como si fuesen míos, y me aterrorizó pensar que no te había gustado.

— Camila, no sé cómo explicarte con palabras lo que esto fue para mí... Saber que me amás...

— ¡Con todas las fuerzas de mi ser, Lautaro!

Gómez rio por lo bajo, emocionado por la vehemencia de ella.

— Sé que para vos no fue de lo mejor, la primera vez es difícil para una mujer, ¿no? Pero te prometo que vas a gozar tanto como yo.

— Entonces, ¿por qué te pusiste tan mal?

— Porque quiero que todo sea perfecto para vos.

Sí, convino Camila, él siempre quería complacerla hasta en los

mínimos detalles porque era su forma de conservar el control y el poder. ¿Por qué habría sido distinto en esa instancia crucial? “¡Ah, Plutón, Plutón!”, se lamentó.

—¿Así que si no hacés el amor con amor, después sentís rechazo por la chica? —Gómez asintió—. ¿Y el hecho de que estés abrazándome así de fuerte quiere decir que por mí no sentís rechazo? —Gómez ladeó la boca para disimular una sonrisa y volvió a asentir. Camila disparó la siguiente pregunta a sabiendas de que a él lo fastidiaría—: ¿Con quién te acostaste además de con Bárbara? —Lo vio cerrar los ojos y sacudir la cabeza—. Decime, por favor.

—¿Para qué querés saber?

—Porque quiero saber todo de vos. ¿Por qué si no? Si esta no fuese mi primera vez —alegó, en la actitud de una nena consentida—, a vos te gustaría saber con quién me acosté, ¿no?

Gómez hundió la cara en el cuello de Camila y lo mordisqueó antes de emplear un tono feroz para responder:

—Ni siquiera me hagas pensar en eso, Camila. La sola idea de vos en la cama con otro me pone loco.

—Contame, por favor. Al menos decime con cuántas además de con ella.

El silencio se extendió durante largos segundos. Camila pensó que Gómez se había dormido. La tomó por sorpresa cuando él expresó:

—Con otras dos.

“¡Dos más!”, habría vociferado, pero calló a tiempo.

—¿Las conozco?

—Camila —le advirtió.

—Por favor —suplicó ella—. ¿Las conozco?

De nuevo, Gómez dejó pasar un momento antes de contestar:

—A una, no. A la otra, sí.

“¿Sí, a una la conozco? Dios mío”.

—Contame, por fa. Dale. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—La primera vez —cedió él— lo hice con una mina que conocí en unas vacaciones en Pinamar.

—¿Cómo se llamaba?

—Jésica.

“Jésica”, ponderó Camila. “Nombre de mujer avezada en las cuestiones sexuales”, concluyó.

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho.

—¡Dieciocho! —Camila se incorporó para mirarlo a la cara—. ¿Y vos?

—Catorce.

Volvió a su posición inicial, con el ánimo abatido.

—¿Para qué preguntás si después no te vas a bancar la respuesta?

—No, dale, no me lleves el apunte. Seguí contándome.

—No te voy a dar detalles, Camila.

—Está bien. ¿Con quién más lo hiciste?

—Con Mara, una amiga de los scouts.

“¡Mara! ¡Lo sabía, lo sabía!”. Tenía ganas de morder la almohada. Mara era la que, en la fotografía de los scouts, en lugar de mirar a la cámara, clavaba la vista en Lautaro, la chica de cabello negro y largo y ojos rasgados que le había parecido muy atractiva.

—Ah, sí, Mara —susurró—. Es muy linda. —“Y la ves todos los sábados” —. Y con Jéssica, ¿seguís en contacto?

—Sí, a través de Facebook.

El alma se le precipitó a los pies; había esperado una negativa como respuesta. ¿Cuántos años tendría ahora la tal Jéssica? ¿Veintiuno? “¡Dios mío! Tengo más enemigas de las que había creído ¡y de cuidado!”. Levantó la vista al oír la risa de Gómez, que la besó en la sien antes de hablarle.

—¿Cómo podés ponerte mal por esas minas? No son nada para mí.

—¿No?

—Nada.

—¡Jurame!

—Te lo juro.

El semblante de Gómez se relajó y una sonrisa le curvó las comisuras. Camila aguardó con ansiedad a que le hablase.

—Todavía tenemos que ver si es cierto eso que dicen de Tauro y de Escorpio, que en la cama se sacan chispas.

—¿Por pelear o por hacer el amor? —Gómez profirió una risotada y la besó en la frente—. Estoy segura de que es verdad, Lautaro —añadió, el tono de broma olvidado—. Las taurinas y los escorpianos se sacan chispas al hacer el amor.

—Aunque fueses de otro signo, con vos siempre sería especial.

La besó de nuevo, al principio con mansedumbre, reflejo de que su espíritu se había apaciguado; sin embargo, el deseo de Gómez fue creciendo hasta cobrar un vigor que presagió un único final.

Camila se estremeció cuando él la sorprendió susurrándole:

—Gracias, mi amor, por hacerme tan feliz. Y perdoname por este dolor que te causé. ¿Duele todavía?

—Late un poco. Nada que una taurina no pueda soportar.

## Epílogo

*Marzo de 2012. Primer día de clase.*

Empezaba el último año de la secundaria, y Camila entró en el aula seguida por Gómez y envuelta en una energía brillante, que hizo despuntar sonrisas a los que posaron sus ojos en ella; a todos, excepto a Bárbara, cuya mueca amarga se profundizó; clavó la vista en el pupitre y se mordió el labio inferior.

—¡Ey, princesa! —la llamó Sebastián Gálvez—. ¿Te sentás conmigo este año?

—No jodas, Gálvez —gruñó Gómez.

—¡Che, *boy scout*! ¿Por qué no me dejas que me sienta con tu chica? Si soy un santo.

—Porque me voy a sentar con Bianca —respondió Camila. Pasó junto a Sebastián, lo saludó con un beso en la mejilla y continuó hasta el sitio que Bianca Rocamora le guardaba junto a ella.

A partir de la experiencia compartida en Alta Gracia, habían descubierto que eran dos almas afines. Amaban las novelas, en especial las románticas y las policiales, y, para gran sorpresa de ambas, les fascinaba la astrología.

Gómez se sentó junto a Karen, como desde los tiempos de la primaria, y Benito lo hizo con Lucrecia, su novia. Todo parecía en orden, y Camila respiraba con serenidad, mientras observaba a sus compañeros. Hasta que sus ojos se detuvieron en Bárbara. Estaba sola. Lucía Bertoni no concurriría ese año a la Escuela Pública Número 2. Algunos rumores aseguraban que el padre había conseguido trabajo en San Luis; otros sostenían que se había fugado del país para no rendir cuentas por sus fraudes en la fábrica de los Gómez. Como fuese, Lucía Bertoni no estaba, y Bárbara se sentaba sola. Camila devolvió su atención al profesor de Informática y se olvidó de ella.

Dieron la bienvenida al timbre que anunciaba el primer recreo, y, en menos de un minuto, el aula se vació. Gómez esperaba a Camila en la puerta, mientras esta se demoraba buscando en la mochila la novela que estaban leyendo juntos.

—Hola, Camila.

La cabeza de Camila se levantó con un movimiento rápido. Bárbara Degèner, a un paso de distancia, la contemplaba con expresión anhelante. Gómez se había movido en su dirección, en actitud protectora y alerta.

—¿Cómo estás? —Había interés sincero en la pregunta.

Tardó en contestarle:

—Bien.

—Quería... Es que, durante el verano... Estuve pensando... mucho, y... quería decirte que te considero una excelente mina y que me habría gustado... ser tu amiga. Pero todo se arruinó.

—Sí, todo se arruinó.

Se miraron fijamente. Gómez era testigo de la intensidad de ese intercambio de pensamientos y recuerdos.

—Me gustaría ser como vos —afirmó Bárbara—, para que, algún día, alguien me quiera tanto como Lautaro te quiere a vos.

La frase le destruyó la última línea de defensa, y Camila experimentó compasión por la chica que había llegado a convertirse en su enemiga. Meditó la respuesta reflexionando en lo que había aprendido durante el año anterior.

—Para que alguien te quiera de verdad, tenés que ser vos misma.

—A mí no me gusta cómo soy.

—Una persona muy sabia me dijo que todos tenemos luces y

sombras en nuestras personalidades. A veces, solo mostramos las sombras; a veces, mostramos las luces. Vos tendrías que descubrir tus luces y ser Bárbara desde ese lugar luminoso.

—¿Y eso cómo se hace?

—Uf, es un trabajo difícil. Todo empieza conociéndose a sí mismo.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Conocerse a sí mismo?

—A mí me sirvió la astrología. Una carta natal es una buena manera para empezar.

—Camila, ¿vamos? —la apremió Gómez.

—Sí, ya voy.

—Gracias por el consejo —susurró Bárbara.

—De nada.

FIN

## **Agradecimientos**

*A mi querida lectora Valeria Catalfo, encargada del Programa de Uso Público del Parque Nacional Quebrada del Condorito, que siempre, de manera tan solícita y desinteresada, contesta a mis preguntas. En el caso de Nacida*

bajo el signo del Toro, tu ayuda para escribir los capítulos XIV y XV, querida Vale, fue inestimable.

*A mi querida lectora Anabela Fiorano, cuyo trabajo como docente de la secundaria me sirvió para conocer la cultura de los adolescentes de hoy, tan distinta de la mía. ¡Gracias, querida Ana! Sin tus largos mensajes, llenos de información valiosísima, habría cometido varios anacronismos.*

*A mi querida amiga Gelly Caballero, también docente y gran admiradora de los adolescentes. Con tu corazón escorpiano, vos los entendés mejor que nadie, Gelly querida. Gracias por tu asesoramiento en materia de vocabulario, música y pensamiento de los jóvenes de hoy. Fue oro en polvo para mí, ya lo sabés.*

*A mi querida amiga Carlota Lozano, sin cuyo asesoramiento en materia de Facebook habría sido imposible incluir esta herramienta cibernética en la vida de Camila. Gracias, Loti querida, por tenerme paciencia y explicarme cada vez que una duda me asaltaba.*

*A la querida escritora marplatense Laura Giudici, una persona que desborda poesía, cariño y generosidad. Gracias, Laura, por asesorarme en las cuestiones del karate y su filosofía. El esposo y el hijo de Laura son karatecas, igual que mi Lautaro.*

*A mi querida lectora adolescente, Milena de Bilbao, una chica excepcional, tan joven y tan madura. Gracias, querida Mile, por contarme cómo son tus pares con esa profundidad y esa seriedad que te caracterizan.*

*Y, muy especialmente, a mi querida amiga Adriana Brest. Se podría decir que Adri es la madrina de Camila y que me ayudó a “parirla”. Gracias, Adri querida, por transmitirme tu sapiencia en materia astrológica y por tomarte el trabajo de estudiar la carta natal de Cami y contármela.*





## **Florencia Bonelli**

Inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias Blancas*, *El cuarto arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, todos ellos enmarcados en los acontecimientos históricos del siglo XIX argentino, se convirtió en la referente actual de la novela histórico romántica de Argentina. Otras novelas como *Marlene*, que transcurre en el barrio de La Boca a principios del siglo XX, o *Lo que dicen tus ojos*, que nos traslada a la exótica Arabia Saudí y sobre todo su última entrega, *Caballo de fuego* (publicada en tres volúmenes, París, Congo y Gaza) la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. Sus libros se han traducido a varias lenguas y han conseguido la admiración de lectores en todo el mundo. Esta es su primera novela para adolescentes.

[www.florenciabonelli.com](http://www.florenciabonelli.com)